

La clandestinidad anarquista

De la Comuna
de París a la
Mano Negra
(1871-1883)

Clara E. Lida

EL COLEGIO DE MÉXICO



La clandestinidad anarquista.
De la Comuna de París a la Mano Negra
(1871-1883)

CLARA E. LIDA

La clandestinidad anarquista.
De la Comuna de París a la Mano Negra
(1871-1883)



EL COLEGIO DE MÉXICO

Nombres: Lida, Clara E. (Clara Eugenia), autora.

Título: *La clandestinidad anarquista : de la Comuna de París a la Mano Negra (1871-1883)* / Clara E. Lida.

Descripción: Primera edición. | Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2025.

Identificadores: ISBN 978-607-564-732-6

Temas BDCV: Anarquismo – España – Historia – Siglo XIX. | Movimientos clandestinos – España – Historia – Siglo XIX. | Mano Negra Jerezana (Organización) – Historia. | Federación Regional Española – Historia. | Anarquistas – España – Historia – Siglo XIX.

Clasificación DDC: 320.57/0946/09034 – dc23

*La clandestinidad anarquista:
de la Comuna de París a la Mano Negra (1871-1883)*
Clara E. Lida

Primera edición, 2025

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.
Carretera Picacho-Ajusco 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
14110 Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN 978-607-564-732-6

Impreso en México

ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos	10
Advertencia	12
Introducción	13
I. Hacia la clandestinidad anarquista, 1871-1874	31
1. Los primeros pasos en España del asociacionismo internacionalista	34
2. La Federación Regional Española entre lo público y lo secreto: el impacto de la Comuna de París	38
3. República y proscripción	50
4. Reflexiones finales	59
II. “Invisibles e inasibles”: la reorganización en las sombras	61
1. Hacia una larga clandestinidad	65
2. El centrifugalismo de los grupos: las Conferencias Comarcales y la radicalización discursiva	72
a) <i>La reorganización en comarcas</i>	72
b) <i>La radicalización discursiva</i>	79
3. Penurias y declive	91
4. Los impresos clandestinos y la censura postal	100
5. Conclusiones	110
III. Los lazos transnacionales	115
1. Transformaciones doctrinarias: el anarcocomunismo	118
2. La propaganda por el hecho como acción revolucionaria	125
3. La prensa anarquista y sus redes transfronterizas	133

4. Internacionalismo y transnacionalismo	137
5. La presencia española en reuniones europeas	138
a) <i>Espanoles en Francia</i>	149
b) <i>El caso suizo</i>	156
6. Consideraciones finales	161
IV. Hacia la Mano Negra. Del auge a la extinción del primer anarquismo español	165
1. Nuevos rumbos en el mundo rural: la Unión de Trabajadores del Campo	166
2. El Congreso de Londres: dos vertientes del internacionalismo transnacional	176
3. De la clandestinidad a la reorganización: la Federación de Trabajadores de la Región Española	187
4. La huelga agraria, la Mano Negra y las nuevas estrategias represivas	193
5. Para concluir	207
Siglas y fuentes	213
Índice onomástico y toponímico	231

Para Fernando Lida-García,
por su largo afecto fraternal,
in memoriam (1936-2025)

AGRADECIMIENTOS

A lo largo de muchos años he sumado infinitas deudas con archiveros, bibliotecarios, colegas y amigos. Muchos ya no están, pero su imborrable generosidad está presente en estas páginas, asociada a diversos lugares e instituciones. Ellas y ellos facilitaron mi investigación, removiendo trabas y allanando camino en contextos y espacios diversos.

Recientemente, Mariana Garduño, asistente de investigación, me ha apoyado con cuidadosas revisiones, transcripciones y sugerencias valiosas. Gracias especiales merecen Juan Pablo Vivaldo, lector cuidadoso, y en particular, Miranda Lida, aguda historiadora, y Fernando Lida-García, espléndido editor, ambos críticos generosos, que con sus certeras preguntas y penetrantes comentarios contribuyeron a afinar los contenidos y mejorar el texto en una versión algo más temprana.

De quienes me siguen acompañando, enseñando y apoyando debo mencionar, en primer lugar, al decano de todos, Nicolás Sánchez-Albornoz, interlocutor y amigo durante décadas, de quien tanto aprendo. Con María Dolores Lorenzo y Mario Barbosa, hoy destacados colegas, colaboramos durante más de dos décadas en impulsar el Seminario Permanente de Historia Social y los encuentros periódicos de Historia Social, Historia Plural, en los que más de una vez pude hablar de mis temas. A la vez, con Tomás Pérez Vejo hemos compartido desde 2002 la creación y dirección de un Seminario Permanente y una Cátedra México-España, como foros de intercambio sobre temas históricos y de actualidad, que a veces se han acercado a los míos.

Todos ellos han sido interlocutores pródigos con su sabiduría y aprecio.

José Antonio Piqueras, gran amigo y colega exigente, ha sido generoso al alentar intereses y proyectos en común. Asimismo, Jorge de Hoyos es un amigo infatigable en su afecto y apoyo. Para ambos mi gratitud y amistad a la distancia.

Agradezco asimismo a los evaluadores anónimos del manuscrito sus valiosos comentarios y sugerencias, que verán integrados a esta última versión.

Finalmente, Ariel Rodríguez Kuri, colega inteligente e informado, hizo valiosos comentarios y observaciones puntuales, que me han obligado a repensar algunas ideas. Mención especial merece Pablo Yankelevich, quien, como director del Centro de Estudios Históricos del Colegio, impulsó la publicación de este libro. Por último, conste mi agradecimiento a la Dirección de Publicaciones y a su directora, Gabriela Said, por su apoyo a lo largo del proceso de edición.

Dejo para el final un reconocimiento muy especial para Antonio Bolívar, cuya excelencia como editor es ampliamente reconocida; su esmerada y generosa labor al cuidado de la edición ha sido más que excepcional.

*El Colegio de México,
mayo de 2025*

ADVERTENCIA

Los nombres extranjeros se han conservado en casi todos los casos, salvo aquellos que en la época se conocían castellanizados, ya fuera en impresos publicados en España o en la correspondencia personal. Tal fue el caso de Miguel (Mijaíl) Bakunin, Pedro (Piotr) Kropotkin y Carlos (Karl) Marx. Por ejemplo, según a quien se dirigiera, Kropotkin también firmaba Piero, en su correspondencia con correligionarios italianos; Pierre, si era con francófonos, o Pedro, con sus compañeros españoles. Otro caso es el de un militante catalán radicado en el extranjero, Estanislao Figueras, cuyo nombre de pila sistemáticamente aparece en la prensa internacionalista y en diversos documentos de otros países como Stanislas.

Por otra parte, hemos mantenido castellanizados los nombres geográficos, conforme el uso en el último tercio del siglo XIX. Asimismo, dejamos los nombres de pila de los autores como aparecen originalmente en cada publicación, aunque a partir de la transición española cambiaran según las lenguas regionales y el uso local.

INTRODUCCIÓN

No es mi intención en estas páginas reiterar, por conocida, la historia del desarrollo del primer anarquismo internacionalista en España, desde su introducción en el otoño de 1868 hasta su desaparición en el decenio de 1880. Los momentos en los que dicho movimiento ocupó los espacios públicos, iluminado por las candilejas del activismo obrero y sus logros, han sido y siguen siendo tema de diversas publicaciones.¹ En cambio, en este libro mi deseo es mostrar otra cara, la oculta, la de las circunstancias en las que el anarquismo se dotó no solo de los instrumentos necesarios para desarrollarse y crecer a la luz pública, sino a la vez, de aquellos medios imprescindibles para protegerse de los frecuentes y severos intentos desde el poder y sus aliados por impedir sus avances. Así, el énfasis de estas páginas recaerá en explicar cómo, pese a dificultades y vaivenes, desde sus inicios en 1868, durante el llamado Sexenio Revolucionario o Sexenio Democrático, se diseñaron los mecanismos que permitieron que a partir de 1870 el movimiento creciera a plena luz, pero atento también, si fuera necesario, para hacerlo en secreto, en las sombras, en caso de eventuales persecuciones por los gobiernos en turno.

En efecto, como se podrá ver en el primer capítulo, desde sus inicios el internacionalismo español estuvo impulsado por corre-

¹ Véanse, en especial, las obras ya clásicas de Max NETTLAU sobre España, en particular su monumental *La Première Internationale en Espagne*, 1969. Para otras referencias se puede consultar la bibliografía final.

ligionarios cercanos al revolucionario ruso Miguel [Mijaíl] Bakunin, especialmente por el italiano Giuseppe Fanelli, quien a poco de iniciada en España la Revolución de 1868, no solo introdujo en círculos afines en Barcelona y Madrid el *Manifiesto inaugural* y los *Estatutos provisionales* de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), fundada cuatro años antes en Londres, sino también la fórmula propuesta por el ruso en su Alianza Internacional de la Democracia Socialista, de la cual Fanelli era miembro, constituida poco antes en Ginebra, en septiembre de 1868. Según esta, entre otras cosas se trataba de actuar públicamente cuando las circunstancias lo permitieran o de organizarse de manera secreta cuando peligrara su existencia por las amenazas y prohibiciones desde el poder. Lo sorprendente del caso es que en España, esa vida clandestina resultara más prolongada que la pública, pero que, aun en las sombras, el anarquismo lograra mantener su organización y conservar a sus militantes más dedicados, así como resurgir más de una vez a la luz con sus números no solo intactos, sino incluso aumentados. Además, también admira que adquiriese una sólida ideología internacionalista, y que, pese a la continua vigilancia de los Estados para evitar desplazamientos transfronterizos indeseados, sus militantes lograsen mantener en la práctica vínculos e intercambios transnacionales, e incluso transcontinentales, tanto individuales cuanto colectivos, con agrupaciones homólogas de otros países, y también participar activamente en sus reuniones públicas o secretas, según lo permitieran las circunstancias de cada lugar.

Desde septiembre de 1870, cuando se fundó la Federación Regional Española (FRE), afiliada a la Asociación Internacional de Trabajadores y seguidora del colectivismo bakuninista, hasta inicios de 1883, poco más de un año después de que en el otoño de 1881 el anarquismo peninsular se reorganizara en una nueva Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), se desataron diversos momentos de persecución y represión contra sus

seguidores. Según las circunstancias, esas acciones fueron locales, regionales o en todo el país (denominado "región", en clave antinacionalista, antiestatista y federada). Así, la historia de este primer anarquismo español transcurrió entre breves momentos de vida pública y largos años de sufrir acoso y tener que replegarse en la clandestinidad.

La mayor parte de la historiografía sobre esta etapa fundacional ha puesto la mirada en los años de organización pública o, cuando mucho, los ha extendido a los momentos de vida semisecreta. Sin embargo, en general ha pasado de largo sobre el extenso período de existencia subterránea en el cual la FRE desapareció de la escena pública. Si hacemos un cálculo rápido, podemos decir que de los poco más de 12 años antes señalados, la Federación Regional Española tuvo unos nueve meses de vida plena entre su fundación en septiembre de 1870 y mediados de 1871. Entonces, a raíz de la caída de la Comuna de París en mayo, la represión promovida en Europa por el gobierno francés, así como también por el alemán, se extendió más allá de los Pirineos. Sin embargo, al proclamarse la Comuna en marzo, desde la prensa y otros impresos se desplegó una intensa campaña de descrédito y miedo contra sus partidarios y, también, contra la Asociación Internacional de Trabajadores, que trascendió mucho más allá de las fronteras francesas. En España, entre el verano de 1871, ya con Amadeo I como Rey, y la primavera de 1873, cuando en febrero se estableció la Primera República, el anarquismo había sobrevivido unos 20 meses a salto de mata, prohibido aquí y allá, y desarrollando mecanismos de luz y sombra para evitar su desaparición. Pero incluso durante los efímeros 11 meses republicanos, las medidas contra la FRE causaron situaciones de gran dureza, como en el caso de Alcoy, o en el transcurso de los alzamientos cantonalistas y movilizaciones sociales en diversos lugares. Sin embargo, el período más difícil fue a partir de enero de 1874, tras el golpe de Estado del general Manuel

Pavía contra la República federal, cuando el anarquismo fue absolutamente proscrito y la FRE desapareció de la vida pública española durante los casi ocho años siguientes, hasta fines de septiembre de 1881, cuando reapareció públicamente, para convertirse en la Federación de Trabajadores de la Región Española.

Cabe preguntarnos cómo es que la prohibición y consiguiente desaparición de la escena pública no significaron su extinción, puesto que siete años y ocho meses después, cuando durante el gobierno liberal fusionista de Práxedes Mateo Sagasta se comenzó a debatir el derecho de libre asociación, el internacionalismo español aprovechó los resquicios que se abrían, para volver a surgir en el otoño de 1881 y reaparecer en una nueva Federación obrera. Es decir que, aunque durante poco menos de ocho años el anarquismo español pareció hallarse extinguido, transcurrido ese lapso demostró que durante los años en la sombra, la FRE no solo se había mantenido viva, sino que había realizado una oculta pero intensa actividad clandestina acompañada de reajustes, discusiones y transformaciones, según se muestra más adelante en los capítulos II y III. De hecho, al cabo de un año más, en el Congreso de Córdoba de 1882, la nueva FTRE podía presumir la hazaña de contar con poco menos de 60 000 afiliados. En otras palabras, a poco de volver a la vida pública, la nueva Federación lo hacía con el doble de seguidores que los que había declarado su antecesora 10 años atrás, pues recordemos que en el Tercer Congreso de la FRE, también en Córdoba, en diciembre de 1872, se había dado a conocer que esta tenía cerca de 30 000 afiliados. Si bien no podemos dar fe de la exactitud de estas cifras, lo cierto es que eran una pequeña gota en el amplio mar de cerca de 17 millones de habitantes.² Sin embargo, los números son indicativos en cuanto a la capacidad asociativa de la época —excepcional no solo para España, sino para

² Sobre la población española, véase MALUQUER, 2020.

toda Europa, buena parte de ella también obligada a recurrir a la vida clandestina, dadas las dificultades que debían enfrentar a partir de la represión parisina y la euforia antirrevolucionaria de los gobiernos europeos. Por otra parte, en 1881, la FTRE surgía con activas uniones de oficio que, como la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), con sede en Ubrique, en la provincia de Cádiz, que afirmaba agrupar a casi un tercio del total de los militantes de la Federación.

Como se verá en el capítulo IV, este dinámico renacer en 1881 y el indudable crecimiento del número de seguidores suscitaron una vez más la actividad represiva del Estado. Por una parte, se trataba de impedir que, al cabo de un lustro de malas cosechas y crisis general, cuando el agro prometía recuperarse con una excelente recolección cerealera, una huelga agraria proyectada para finales de la primavera de 1883 por los jornaleros rurales en la provincia de Cádiz, para mejorar sus ingresos y condiciones laborales, afectara la esperada recuperación económica. Por otro lado, esa huelga brindaba un pretexto represivo ante el reciente regreso del anarquismo con fuerza tanto más renovada y amenazadora. Sin embargo, la intensa actividad del asociacionismo no fue diezmada solo por la fuerza del Estado, sino que en su contra se gestó una hábil combinación de intereses y mecanismos instrumentados desde el poder. En efecto, a la fuerza de las armas se sumaron la judicialización en los tribunales, la influencia de la prensa pública y la presión política de los sectores sociales contrarios a la organización obrera y, además, se instrumentó un astuto manejo público de los discursos de descalificación y de miedo. A raíz de la amenaza de huelga en la primavera de 1883, unos pocos meses antes, a finales de 1882, se desató una muy sonada persecución armada y judicial y una intensa campaña de desprestigio en la presa contra los jornaleros anarquistas, acusados ahora de pertenecer a una violenta y criminal sociedad secreta llamada Mano Negra.

En un despliegue abrumador de sensacionalismo informativo, evocador del que, *mutatis mutandis*, había tenido sus primeros grandes éxitos contra la Comuna de París poco más de una década atrás, los impresos españoles esparcieron con abundancia noticias, caricaturas y todo tipo de imágenes amedrentadoras sobre el peligro que el anarquismo, travestido ahora en la peligrosa y ubicua Mano Negra, representaba para el orden social, para el conjunto de la sociedad y para la integridad de las personas. Gracias a este espectacular e insidioso despliegue propagandístico, la cuestión no solo alcanzó trascendencia nacional, sino que llegó a las primeras planas de la prensa internacional, y logró así el propósito de suscitar gran temor entre el público, al igual que descrédito y rechazo del anarquismo en general, aun más allá de las fronteras españolas. Las tácticas represivas de desprestigio y difamación, además de la militar y la judicial, dieron sus frutos en octubre de 1888, cuando la asociación obrera, ya diezmada numéricamente, se autodisolvió, dejando a sus miembros prácticamente a la deriva y poniendo fin así a esa etapa inicial del anarquismo español.

En síntesis, durante los doce años transcurridos entre el otoño de 1870 y el de 1882, este primer anarquismo español, representado por sus federaciones —la FRE, primero, y la FTRE, después—, solamente había podido vivir a la luz pública, libre de acoso y persecución, un año y nueve meses. En contraste, según fueran las circunstancias locales o regionales, entre el verano de 1871 y finales de 1873 pasó dos años y medio sobreviviendo malamente entre la vida pública y el secreto. Pero lo que no tuvo parangón fueron los poco menos de ocho años, de enero de 1874 hasta el otoño de 1881, en los que se vio forzado a permanecer en la más absoluta clandestinidad. Sin duda, explicar esa supervivencia y el notable crecimiento ulterior a pesar de esa larga etapa de represión constituye un gran desafío, reto que hasta ahora han aceptado muy pocos historiadores, más inclina-

dos a seguir la historia pública que a investigar la escondida vida subterránea.

* * *

Uno de mis desvelos desde que en 1969 publiqué mi primer estudio sobre estos temas, con especial atención a Andalucía y a la llamada Mano Negra, cuyos documentos di a conocer entonces, ha sido explicar cómo, no obstante la prolongada vida clandestina, estando severamente perseguido durante largos períodos por las fuerzas estatales y por poderosos sectores sociales hostiles, el anarquismo español no solo no se extinguió sino que, como el ave fénix, logró resurgir de sus cenizas aun con más fuerza. Para mí, esta ha sido durante mucho tiempo la incógnita por develar. En mis dudas y búsquedas, la única certeza que se fue afianzando ha sido lo imprescindible de penetrar en las sombras e iluminarlas. Así, durante largos años, ésta se convirtió en una de mis mayores preocupaciones. Este libro es resultado de ello, y más de una treintena de publicaciones previas lo han ido sustentando.

En efecto, el lector encontrará en estas páginas ecos de varios de mis estudios anteriores, que ahora adquieren nuevos matices y nueva interpretación, así como mayor y renovada información. Durante años de lentas y pacientes búsquedas en archivos a lo largo y ancho de varios países, fui reuniendo las piezas dispersas de un rompecabezas cuya imagen no era fácil de precisar: la de la vida clandestina del primer anarquismo español. Sin embargo, poco a poco fueron surgiendo algunos de sus contornos, y me ha sido posible dibujar los perfiles de una historia que, aunque todavía incompleta, nos permite comenzar a iluminar los fragmentos, ir completando ese rompecabezas, responder algunas preguntas y despejar varias dudas.

Si en el primer capítulo de este libro examino los pasos iniciales del anarquismo en España y el armado de los mecanismos

indispensables para que, en sus primeros años, sobreviviera entre la vida pública y la subterránea, en los dos capítulos siguientes muestro la sorprendente capacidad del internacionalismo español para reorganizarse en pequeños grupos invisibles, pero activos, y también, como lo aconsejara enfáticamente la Federación Regional Española desde finales de 1873, todavía durante la República castelarina, que para evitar sospechas policiales también lo hiciera en asociaciones públicas de aparente carácter neutro, como sociedades de cooperación y consumo, de ayuda mutua, de resistencia y otras, o en agrupaciones diversas, como las de apariencia cultural y de esparcimiento, detrás de cuyas fachadas se pudieran desarrollar actividades revolucionarias, proselitistas y militantes.

Gracias a esas recomendaciones tácticas y a la experiencia de resistencia y adaptación en los dos años y medio previos, al confirmarse la prohibición absoluta bajo el gobierno militar, a partir de enero de 1874, los anarquistas habían realizado ya un importante aprendizaje de cómo desarrollar un amplio y efectivo repertorio de acciones, y así sobrevivir activos en la clandestinidad. Entre estas podemos destacar el recurso a la simulación, al sostener centros de esparcimiento y cultura, asociaciones mutualistas y otras, que pudieran ser aceptables para la autoridad, pero que mantuvieran en secreto su carácter militante. Igualmente, se recurrió a la reorganización en grupos muy pequeños, cuando no minúsculos, de lucha, a menudo vinculados entre sí en redes internas, pero en muchas otras ocasiones, también internacionales. Asimismo, se sostuvieron reuniones periódicas en conferencias secretas en la propia Península, a la vez que se participaba en encuentros públicos o secretos transnacionales, en diversos países. Además, se logró una sorprendente capacidad para publicar impresos clandestinos, que circularon ampliamente por canales ocultos, con abundante información sobre sucesos en casa y en el extranjero, a veces con información de prime-

ra mano y otras tomada de la prensa pública. Que todo esto y más se pudiera desarrollar en las sombras durante casi ocho largos años, parecería un buen motivo para que los estudiosos prestaran seria atención a ese período e intentasen desentrañar las particularidades y la importancia de esa clandestinidad.

Se suele creer que es imposible penetrar en la vida secreta de los colectivos humanos. ¿Es realmente así? Evidentemente ello exige esfuerzo y, seguramente, lo que averigüemos será fragmentario: sin duda, siempre quedarán lagunas; pero aun así podremos delinear contornos y, a veces, algunas imágenes precisas. En un artículo de 1906, el filósofo y sociólogo alemán Georg Simmel hacía agudas observaciones sobre las sociedades secretas y sobre el secreto, señalando algunas características obligadas de las asociaciones clandestinas, que podríamos hacer extensivas al caso español: la necesaria confianza entre sus miembros, como garantía de protección; la indeclinable exigencia de que la confianza, una vez otorgada, no fuese traicionada; la inquebrantable amenaza de castigo para quien violara el secreto; la obligada solidaridad del grupo para proteger a cada integrante; la imprescindible pequeñez del grupo para garantizar la invisibilidad, y la necesidad de un conocimiento compartido entre sus miembros sobre los fines de dicha célula. A la vez, Simmel subraya el grave peligro que, sin embargo, corre una asociación secreta al dejar documentos escritos, ya que la materialidad de un texto que pudiera caer fácilmente en manos hostiles se opondría a la esencia misma del secreto.³

De hecho, la observación de Simmel queda confirmada al explorar los archivos de la represión, que guardan numerosos fragmentos escritos de esos rompecabezas históricos, y el rompecabezas español no es una excepción. Eso permitió más de una vez que los agentes de seguridad de los Estados pudieran rastrear

³ SIMMEL, 1906.

a sus actores o, al menos, afirmar haberlo hecho, e informar sobre sus actividades, quehaceres y redes. Hoy, gracias en parte a esos ricos repositorios podemos iluminar las sombras, aunque esto requiera que se les dedique especial atención y esfuerzo en la búsqueda, el armado de los fragmentos y su análisis crítico, lo cual hasta ahora apenas si se ha intentado.

No deja de sorprender que, en lo que respecta al siglo XIX, a pesar de la notable riqueza documental de dichos archivos de seguridad para la exploración de estos temas, muy pocos historiadores hayan recurrido a ellos y muchos los hayan descartado *a priori*, desconfiando de su validez. Esto ha significado ignorar no solo la información concreta contenida en ellos, sino también cuán metódicos eran los agentes confidenciales, espías, delatores y soplones (*mouchards*, en francés coloquial) —sobre todo hombres, pero también algunas mujeres— adiestrados para vigilar e infiltrar los diversos movimientos, asociaciones y grupos.⁴ Como

⁴ Se ha indagado poco sobre estos agentes, pero hay algunas excepciones que nos revelan perfiles destacados. Uno de ellos es el que firma “Droz”, generalmente muy bien informado sobre las actividades de la plana mayor de la Internacional en Suiza. Sobre este personaje véase Moss, 1974, quien señala que Droz era, sin duda, muy cercano a Louis Pindy, secretario del Bureau Fédéral, en Suiza, a Kropotkin y a otros militantes de primera fila. Es posible que muchos informantes fueran antiguos comunistas o, incluso, internacionalistas conocidos, reclutados bajo alguna forma de extorsión y presionados para dar noticias sobre sus camaradas. Por otra parte, sabemos por DEL BO, 1952, que el funcionario policial Oscar Testut, quien como agente en Lyon firmaba con el número “47”, era abogado de la Corte de Justicia de esa ciudad francesa y autor de varias obras sobre y contra la Internacional. Muchos escondían su verdadera identidad detrás de firmas con nombres falsos o números, incluso algunos usaban algún signo. Por ejemplo, para informar sobre actividades de militantes y exiliados españoles, destacaba uno que firmaba “Labore” y aparentemente era muy cercano a Tomás González Morago, José García Viñas, Rafael Farga Pellicer, entre varios más, y otro que solía rubricar sus informes con una estrella de cinco puntas.

a menudo había más de un informante que daba noticias sobre un mismo asunto, ello permite contrastar y verificar que los datos sean mínimamente fidedignos. También se ha tendido a ignorar que, en muchos casos, para dar mayor sustento al informe, se adjuntaban diversos documentos originales, a veces obtenidos por presión policial directa sobre los propios militantes y a veces por la acción de diversos intermediarios; estos anexos generalmente constaban de escritos varios, cartas y todo tipo de envíos postales, hojas sueltas, periódicos y otros impresos. Incluso no faltan listas con nombres y direcciones de corresponsales y de correligionarios aquí y allá, ni carteles con rastros de engrudo, evidentemente arrancados directamente de las paredes.

En este sentido son excepcionalmente ricos los Archivos de la Prefectura de la Policía, en París (APP), verdadera mina de información sobre diversos países europeos —así como de otros continentes, según las épocas. Hay que señalar asimismo que los archivos departamentales de Francia son también muy abundantes en información pertinente, sobre todo en aquellas regiones donde el movimiento anarquista tuvo especial presencia y se organizaban reuniones secretas a las que frecuentemente asistían correligionarios españoles y otros —y también agentes infiltrados. Esto mismo ocurría en países como Alemania, Bélgica, Suiza, Italia, por mencionar solo algunos. Por su parte, en España hay abundante información dispersa en los archivos de las diputaciones provinciales y en los municipales. En cambio, todavía hoy se siguen enfrentando dificultades excepcionales para acceder a ciertos repositorios e investigar, por ejemplo, en los archivos históricos del Ejército y en los de la Guardia Civil, aunque los documentos se remonten a más de un siglo y medio atrás.

No debemos olvidar otros acervos que también han dependido del poder, tales como los archivos diplomáticos. A menudo los documentos emanados de embajadores y, especialmente, de cónsules, pueden ser fuentes muy valiosas para conocer los con-

textos materiales, sociales y políticos de los lugares en los que se hallaban destinados. Los representantes diplomáticos solían observar atentamente sus respectivos entornos y analizar sus circunstancias, para poder informar a sus gobiernos de las situaciones y de las oportunidades para emprender negocios u otras actividades. En el caso de España, los informes consulares que guardan los archivos de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, por ejemplo, son ricos en muchos aspectos, incluyendo detallados datos sobre la situación política y social de cada lugar.

También existen escritos e impresos sobre actividades de grupos, organizaciones y redes de antaño, que circularon entre los propios actores, que, con los años, militantes, seguidores y estudiosos fueron depositando en manos de instituciones especializadas de Europa y de Estados Unidos.⁵ En tal sentido, quienes nos dedicamos a estos temas guardamos una deuda impagable con el excepcional archivo, hemeroteca y biblioteca del Instituto Internacional de Historia Social, de Ámsterdam (IISG, por sus siglas en holandés). Prueba de esto es, entre otros, el rico archivo de Max Nettlau depositado en este Instituto, que tan ampliamente fuera utilizado por él en sus múltiples publicaciones sobre estos temas.

Por otra parte, en los estudios que abordan el último período de nuestra investigación, a partir de la represión del anarquismo andaluz en 1882-1883, y, por extensión, del peninsular en su conjunto, se ha tendido, en general, a ignorar que la aterrador visión de la violencia criminal atribuida a la Mano Negra fue una bien calculada y concertada medida sensacionalista instrumentada por el gobierno español de turno, las autoridades militares, la Guardia Civil desde Jerez de la Frontera y los terratenientes de la región. Esto, a su vez, fue magnificado por

⁵ Mi investigación en archivos europeos comenzó en 1966, de modo que muchas de las firmas con las que estaban clasificados los documentos que cito pueden haber cambiado a lo largo de las décadas. En estas páginas utilizo las referencias originales.

la prensa peninsular y la extranjera, así como, en el ámbito legal, por los alegatos de los fiscales en los procesos judiciales y las severas condenas impuestas por los tribunales.

En la actualidad, muchos contemporáneos que se refieren a esa agrupación caen en la trampa de creer a pies juntillas lo que se profería en esos espacios, de que, en efecto, una vasta sociedad criminal y terrorista había surgido entonces en la provincia de Cádiz —¡si no en toda España!—, por lo que acaban repitiendo las versiones exageradas y engañosas de las autoridades y de la prensa de la época. Olvidan, por cierto, que desde las primeras líneas de los “Estatutos” se señalaba que “habiendo sido la Asociación Internacional de los Trabajadores puesta fuera de la ley”, algunos de sus antiguos miembros decidieron formar “núcleos” secretos de diez personas —uno de ellos fue el denominado “Tribunal Popular”, creado “para castigar los crímenes de la burguesía”.

No podemos precisar la fecha exacta de la redacción de estos textos ni de la creación de esas “células” o minúsculos grupos, pero, por lo que veremos más adelante, debió de haber sido en el segundo lustro del decenio 1871-1880, pues buena parte del lenguaje y de los objetivos en esos documentos coinciden con las formulaciones discursivas recogidas en otros textos clandestinos que revelan la amplia organización de pequeños grupos que existían en esos años, según mostraremos en los capítulos segundo y tercero. Que por arte de birlibirloque su redacción y referencias se trasladaran al siguiente decenio y al amplio territorio regional, cuando no nacional, es en buena medida lo que sucedió en la época y se ha reproducido hoy, cuando se ha pretendido examinar el tema. ¡Cuánto menos crédulos eran los abogados defensores en varios de los procesos llamados “de la Mano Negra”, en los que denunciaban dichas manipulaciones como motivadas por razones políticas, y precisaban que los documentos citados por las fiscalías y otros habían sido engañosamente extraídos de causas

previas incoadas hacia finales de los años setenta, con poca o ninguna relación con lo ocurrido casi un lustro más tarde, en 1883!

También es de notar cómo, desde las últimas décadas del siglo xx, ha surgido una tendencia creciente entre los historiadores de calificar como “terroristas” a quienes recurrían a la violencia contra la fuerza abusiva y represiva de las autoridades y los grupos de poder fáctico. El uso cada vez más extendido hoy del término “terror” y sus derivados, para designar de manera genérica formas de violencia social desarrolladas en diversos momentos y contextos, sin duda se debe a la amplísima influencia de los medios masivos de comunicación y quienes los sostienen. En efecto, en nuestro último medio siglo, a partir de la guerra en Afganistán, de la revolución islamista en Irán y, en particular, tras el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, en septiembre de 2001, esos términos y la correspondiente adjetivación se han extendido y convertido en moneda corriente, a menudo sin mayor precisión, con el propósito político, consciente o no, de expresar rechazo, pero que a la vez establece una connotación más infamante que descriptiva o analítica.

Pese a esto, muy variados estudios se han contaminado de ese sesgo. Ahora, “terrorista” se usa de manera abundante e indiscriminada, hasta para calificar aquellos movimientos sociales del pasado, cuyos actores creían en dar respuesta directa a la desigualdad económica oponiéndose y luchando contra la persecución política y a la injusticia y violencia sociales, sin el propósito de lastimar a víctimas inocentes. Se trataba de golpear a quienes abusaban de su riqueza y poder donde más les afectara: en sus propiedades e intereses. De hecho, nada prueba que en los años que estudiamos, los anarquistas practicaran sistemáticamente la violencia al azar, como sí fue sucediendo en aumento en las dos últimas décadas del siglo xix e inicios del xx en casi toda Europa e, incluso, en algunos países de América. Fue entonces cuando la represión, con la consiguiente desmovilización y contracción del asociacionismo obrero

y campesino, sumada al creciente énfasis en la acción individual y al uso difundido de nuevos explosivos, como la dinamita, llevaron a que la violencia contra el poder y los poderosos en ocasiones destruyera vidas inocentes por medio de atentados públicos. Equiparar este tipo de violencia —casi siempre individual y a menudo al azar— con la “propaganda por el hecho”, especialmente debatida en el Congreso Internacional de Verviers, en 1877, y de manera más extendida en el de Londres, en 1881, de cariz “socialista revolucionario”, con su llamado a realizar actos contra la propiedad y el poder de los patrones, implica una lectura sesgada del pasado. De hecho, poco después de la guerra franco-prusiana, el propio Bakunin había predicado la necesidad de complementar la teoría con la práctica, con actos que movilizaran con el ejemplo el espíritu de la protesta organizada. En sus inicios, según Bakunin, se trataba de promover la ejemplaridad del acto revolucionario: “de aquí en adelante debemos propagar nuestros principios, ya no con palabras, *sino con hechos, porque esa es la más popular, la más potente y la más irresistible de las propagandas*”. Y añadía —en una formulación que se podría calificar como “pedagogía revolucionaria”—, que incluso del fracaso se aprende, puesto que la experiencia del acto conduce a la reflexión inteligente.⁶

En sus inicios teóricos, la propaganda por el hecho no invocaba atentados contra la vida, como sí comenzaron a producirse a finales de la década de 1870 y, sobre todo, a partir de las siguientes, con el auge de los atentados magnicidas en Rusia, Alemania, Italia e incluso en la propia España, contra quienes desde la autoridad ejercían de manera arbitraria poderes coercitivos, según veremos en los capítulos III y IV —aunque hay que subrayar que quienes los cometieron no siempre fueron anarquistas. Ignorar tales distinciones y matices, al considerar la propaganda por el hecho como terrorismo indiscriminado, es darle un sen-

⁶ BAKUNIN, 1977; cursivas en el original.

tido sesgado y aplicarle consciente o inconscientemente una etiqueta estigmatizadora a ese primer anarquismo.⁷

En los últimos años, parecería haberse puesto de moda trazar una línea genealógica directa desde los primeros años del anarquismo hasta los atentados individualistas finiseculares —magnicidas u otros—, la violencia islámica —yihadista y muyahidín— y los movimientos llamados neoanarquistas o posmodernos. Hacerlo así, igualando la propaganda por el hecho con el terrorismo, sin analizar cuidadosamente las características de cada uno y sin situar cada episodio y proceso en su contexto histórico específico, ayuda muy poco o nada a la comprensión de los movimientos sociales y socialistas, como el anarquismo, en los años posteriores a la represión de la Comuna de París.⁸

* * *

Para concluir, recapitulemos. La finalidad de estas páginas es dirigir la mirada a la clandestinidad, que el primer anarquismo español contempló desde sus inicios como un repliegue táctico para sobrevivir en caso de ser perseguido y a la que más de una vez recurrió en momentos de coerción, pero que ha sido poco estudiada por la historiografía. Si en el caso español no nos adentráramos en esos años y nos quedáramos solo en los de la vida pública o semipública del movimiento, de 1870 a 1873, y, luego, a partir de 1881, omitiríamos largos y significativos momentos de radicalización discursiva y doctrinaria, así como de reorganización y de originales prácticas secretas de los grupos clandestinos. Esto sería especialmente cierto en las regiones agrarias, como las andaluzas,

⁷ VADILLO MUÑOZ, 2025, estudia el atentado de Juan Oliva Moncasi contra Alfonso XII, con base en documentación original, y muestra que carecía de vínculos directos con el anarquismo.

⁸ ECHEZARRETA, 2015. En este artículo, el autor hace un recorrido crítico por varias de las publicaciones que, en las últimas décadas, equiparan anarquismo con terrorismo.

donde el asociacionismo rural se veía duramente perseguido, lo cual contrastaba con las posibilidades de resistencia en las zonas urbanas, manufactureras e industriales, donde las asociaciones lograban mantenerse organizadas públicamente bajo una apariencia meramente obrerista, mutualista, cooperativista u otra. No obstante la persecución generalizada, en el mundo rural esas células lograron mantener vivo el anarquismo durante casi ocho años, de tal modo que, al volver a la luz pública, sus militantes pudieron reorganizarse en la Unión de Trabajadores del Campo, que como ya dijimos, formaba parte de una nueva y vigorosa Federación de Trabajadores de la Región Española. Esta abrazaba al proletariado rural del Sur, que en 1881 ingresaba con dinamismo inesperado a la vida pública y combativa peninsular.

Por todo lo anterior, la represión de 1883 contra los anarquistas gaditanos no puede entenderse al margen de esa larga historia oculta como lo han hecho hasta ahora la mayoría de los historiadores. La llamada Mano Negra no fue un fenómeno de 1883, sino un pretexto tomado del pasado y elaborado para reprimir la huelga agraria planeada para esa primavera y propinar un severo golpe a la pujante Federación anarquista. Pretender dilucidar su existencia, basándose solo en las noticias del momento y adoptando un lenguaje descalificador, empobrece la comprensión del complejo y plural proceso por el cual transitaban los anarquistas españoles del campo y la ciudad. En España, este tránsito se produjo primero en la semioscuridad, entre la Comuna de París y la Primera República, y luego, desde finales de la Primera República hasta el comienzo del siguiente decenio, durante largos y difíciles períodos de clandestinidad, y, finalmente, a partir de 1881, en una nueva legalidad desbaratada por una nueva e implacable persecución, so pretexto de la Mano Negra.

Así, pues, de todo lo anterior y algo más tratarán estas páginas.

I

HACIA LA CLANDESTINIDAD ANARQUISTA, 1871-1874

En las páginas anteriores ya adelantamos que fueron los enviados de Miguel Bakunin quienes en el otoño de 1868, poco después del triunfo de la Revolución que depuso a Isabel II, introdujeron en España las primeras nociones sobre la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT), fundada en 1864 en Londres, así como sobre la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, fundada por Bakunin en Suiza, en septiembre del 68. No entraré aquí a explicar en detalle lo que esta doble filiación significó para las desavenencias entre el Consejo General de la AIT, en especial con Carlos Marx y sus allegados, y Bakunin y sus seguidores, ni cómo este último, aunque declaró disuelta la Alianza, mantuvo activo un grupo secreto con sus más cercanos colaboradores internacionales. En cambio, sí daré unos breves antecedentes.¹

De hecho, sabemos bien que Miguel Bakunin y muchos miembros de su círculo más cercano habían participado activamente en las sociedades internacionalistas secretas de la época —carbonarias, jacobinas, masónicas, entre otras—, y que, al avanzar la década de 1860, eran partidarios de preservar dichas formas de organización oculta, para evadir, cuando fuera necesario, la acción represiva de los estados.² Ello serviría para sortear perse-

¹ ECKHARDT, 2016, estudia el cisma entre Bakunin y Marx en la Asociación Internacional de los Trabajadores.

² El interés de Bakunin por la organización revolucionaria secreta durante esos años está ampliamente documentado. Baste examinar los propios escritos del revolucionario ruso, en *Archives Bakounine*, editados por

cuciones e impulsar desde las sombras movimientos insurreccionales y revolucionarios que destruyeran la autoridad y el orden establecido, a la vez que lograsen la igualdad económica y social. En otras palabras, no debemos olvidar la larga tradición organizativa heredada por el anarquismo de otros movimientos sociales radicales y revolucionarios surgidos a lo largo del siglo XIX.³ Ya sabemos que la cultura y la práctica políticas no arrasan con la tradición ni con el pasado, sino que los heredan a la vez que los renuevan, dándoles nuevos contenidos y transformándolos.

Concebida a partir de esto, la Alianza tendría dos niveles: actuaría de manera pública, según lo permitieran las circunstancias, o secreta, cuando estas lo exigieran. Por otra parte, una de

Arthur Lehning en 7 volúmenes, entre 1961 y 1981 (véanse también *Bakounine. Oeuvres complètes*, en un CD-ROM que incluye una amplia compilación de su correspondencia, producido en el año 2000 por la Real Academia de Artes y Ciencias de los Países Bajos, en colaboración con el Instituto Internacional de Historia Social, de Ámsterdam). También véanse, por ejemplo, NETTLAU, 1969 y 1971, y los estudios en la primera parte de DRACHKOVITCH (ed.), 1966, sobre la tradición secreta en Europa y la del propio revolucionario ruso, y LEHNING, 1970 y 1974, sobre la tradición jacobina y Bakunin. Por su parte, CUTLER, 2014, analiza las diferencias de Bakunin con las sociedades secretas jacobinas, así como su defensa de la organización secreta, siempre y cuando sus fines revolucionarios fueran de carácter social. La participación de Bakunin en la masonería europea, en particular la italiana, hasta mediar la década de 1860, está ampliamente documentada en A. Lehning, *op. cit.*, y KUN, 1980 y 1982. Este último autor también señala cierto pragmatismo por parte del ruso, quien en 1866 escribía que la masonería le serviría de “máscara o pasaporte” para entablar contacto con diversos actores de la izquierda en otros países. El carácter fraternal e íntimo de varias de estas relaciones se sustentaba en la amistad y cercanía con Bakunin y con su pensamiento, así como en la confianza y solidaridad mutuas, cumpliendo así con lo que señalara SIMMEL, 1906, sobre las características de los lazos secretos.

³ Algo de esto en LIDA, 1972 y 1993, así como en LIDA e ILLADES, 2001.

sus premisas era promover la revolución internacional, aunque ello implicara el uso de la violencia política contra los sistemas despóticos que, según se señalaba, eran los que primero recurrían a la fuerza amparados en el poder del Estado. Además, la Alianza favorecía, entre otros principios, la igualdad social y la organización supranacional de las clases productivas, la colectivización de los instrumentos de trabajo y del producto entre los productores, la abolición de los Estados nacionales y su reorganización en una libre federación de comunas libres, sin la existencia de partidos políticos (lo cual más tarde se dio en calificar como "apoliticismo"). Todo lo anterior conformaba entonces las bases del pensamiento bakuninista.

En noviembre de 1868, cuando Bakunin solicitó a la Asociación Internacional de los Trabajadores que se aceptara a la Alianza como una rama de la Internacional, pero manteniendo su propia estructura organizativa, no anticipó que la AIT considerara que otra asociación dentro de ella era contraria a sus propios *Estatutos*, ni que varios de los principios de la Alianza fueran considerados irreconciliables con los de la Asociación Internacional, de carácter público, que propugnaba la organización de los trabajadores en partidos políticos para impulsar la lucha de clases, lograr la destrucción de la burguesía, consolidar un Estado proletario, abolir la propiedad privada e instituir un sistema comunista que asegurara la apropiación social de los medios de producción y del producto.

El Consejo General de la AIT, en su reunión del 23 de diciembre, rechazó dicha solicitud, a menos que, entre varias otras cosas antes mencionadas, la Alianza dejara de concebirse como un organización paralela a la AIT y se afiliara a esta como una sección obrera local pública. Cuando en la primavera de 1869 Bakunin y sus compañeros recibieron esta respuesta, parecieron aceptar las exigencias del Consejo y declararon disuelta la Alianza, para transformarla en Sección Ginebrina de la Internacional.

Pero, para entonces, el internacionalismo colectivista y la Alianza ya habían echado a andar en España, sin tener noticias de estos cambios. Sin duda, la difusión simultánea de la Internacional y de la Alianza en España, hizo de este país un caso *sui generis* en el desarrollo del internacionalismo obrero y, eventualmente, se convirtió en la manzana de la discordia entre los partidarios de Carlos Marx y los de Miguel Bakunin.

1. LOS PRIMEROS PASOS EN ESPAÑA DEL ASOCIACIONISMO INTERNACIONALISTA

Con estos breves antecedentes comprenderemos mejor por qué, cuando en el otoño de 1868 colaboradores cercanos de Bakunin comenzaron sus actividades en la Península, lo hicieran armados del programa aliancista, a la vez que de los *Estatutos* de la AIT, sin sospechar que el primero sería rechazado por el Consejo General en diciembre. Giuseppe Fanelli fue quien en Madrid y en Barcelona iniciaría con mayor entrega e intensidad la difusión de las nuevas doctrinas.⁴ Por ello, cuando se comenzaron a conocer los principios internacionalistas entre pequeños grupos republicanos y obreros, lo que en realidad se predicaba

⁴ Otras figuras cercanas a Bakunin que viajaron a España fueron Aristide Rey, Alfred Nacquet y Élie Reclus. Este último se acercó a los grupos republicanos surgidos a la vida pública con la Revolución de septiembre. Reclus llevó un diario de viaje, que convirtió en detalladas crónicas publicadas en *La Revue Politique*, sobre su periplo por Cataluña, Valencia, Andalucía y Madrid, acompañando a Fernando Garrido y a otros destacados republicanos en sus viajes de proselitismo, entre septiembre de 1868 y marzo de 1869. Sin embargo, sorprende que en ellas no mencione a Bakunin ni a la Internacional ni a la Alianza. La mayoría de estos textos fueron traducidos al español y aparecieron en *La Revista Blanca* a partir de marzo de 1932. Más recientemente, fueron compilados y publicados como libro por Francisco Madrid. Cf. RECLUS, 2007.

era una combinación muy *sui generis* de los principios aliancistas y los de la AIT. En otras palabras, Fanelli difundía con entusiasmo la doble organización, la pública a la vez que la secreta, como dos concepciones complementarias, lo cual, eventualmente, imprimiría un rumbo particular al socialismo anarquista en España, proveyéndolo de una amalgama ideológica y una táctica organizativa que, estrictamente hablando, no solo no eran las que propugnaba la Asociación Internacional de los Trabajadores, sino que ésta se oponía a algunas de ellas. Lo que se exponía, entre otras cosas, era el colectivismo en vez del comunismo; el antiestatismo y el antipoliticismo, en lugar de la creación de partidos obreros que lucharan por la formación de un Estado proletario; el recurso a la acción clandestina, además de la organización pública, todo lo cual era contrario a la AIT. A partir de entonces, en España, el bakuninismo dotaría de un carácter particular a esta corriente internacionalista, que más adelante se denominaría anarquismo, despojando a este término de su significado peyorativo.

En el transcurso de 1869 se constituyeron en España las primeras secciones que se adherirían a la AIT, y al mediar el año siguiente, en junio de 1870, se logró convocar a un primer Congreso Obrero, en Barcelona.⁵ A esta reunión asistieron unos cien delegados de sociedades obreras de diversas provincias y se fundó entonces la Federación Regional Española (FRE), coordinada por un Consejo Federal.

La nueva Federación solicitó su afiliación a la Asociación Internacional de los Trabajadores, en Londres, la cual se le concedió. Esto significó que el asociacionismo obrero español pasaría a formar parte del más moderno y extenso movimiento obrero internacionalista de carácter transnacional existente

⁵ Buena parte de la historiografía sobre el desarrollo del anarquismo peninsular se ha centrado en Cataluña, con poca atención a su desarrollo e importancia en otras regiones de España. Por ejemplo, TERMES, 1977.

hasta entonces, lo cual le permitiría en adelante vincularse con militantes y desarrollos semejantes en otros países.⁶

Así, gracias a los esfuerzos iniciales de Fanelli, en la Península se agruparon los primeros correligionarios y se colocaron los cimientos de lo que podríamos llamar un “internacionalismo aliancista”, sobre la base de ese doble nivel organizativo que proponía Bakunin. Lo que no se preveía era que, eventualmente, esto llevaría a una confrontación irreversible con el Consejo General, en especial con Marx y sus seguidores, y a la escisión definitiva de la propia AIT en 1872.⁷

Aunque ese cisma no es tema de estas páginas, el hecho debe ser tenido en cuenta, pues, en adelante, al hablar del internacionalismo español, no nos referiremos a los partidarios del Consejo General y de Marx, quienes no alcanzarían un desarrollo pleno hasta finales de la década siguiente, sino a aquellos que desde el comienzo siguieron los principios del colectivismo bakunista, aunque más adelante, como veremos, también entre estos ocurriesen escisiones y cambios doctrinales importantes. Por entonces se comenzaba a extender el término anarquista en diversos países, y este acabó por designar a los partidarios de Bakunin y de una autonomía radical, igualitaria y antiestatista. Sin embargo, en sus orígenes, el internacionalismo anarquista solo

⁶ En este sentido, difiero de E.J. Hobsbawm, quien en 1959 consideró a los anarquistas andaluces, y por extensión a otros, como “rebeldes primitivos”, desconociendo el exitoso desarrollo organizativo —a la par que el marxismo—, de este primer anarquismo en diversos contextos urbanos y rurales. Pese a sus diferencias y eventual ruptura, ambos movimientos fueron las principales vertientes del internacionalismo obrero y revolucionario más moderno de la época: el de la Primera Internacional. Como se podrá ver en los siguientes capítulos, el anarquismo no solo se expandió por muchos países europeos, especialmente los mediterráneos, sino también, poco después, por varios de los americanos.

⁷ Véanse LIDA, 1972, y la “Introducción” a NETTLAU, 1971. También ECKHARDT, 2017.

se podrá comprender si, entre otras cosas, se entiende como un socialismo sustentado en gran parte en los principios originales de la AIT, cuya meta era organizar a los trabajadores en un gran movimiento revolucionario internacionalista, público y masivo. Pero, por otro lado, el término anarquismo también conservaba implícita entre algunos de sus partidarios más destacados, la vocación secreta de la Alianza Internacional. En adelante, esta dualidad de lo público y lo secreto daría un perfil singular al anarquismo peninsular y a otros, aquí y allá.

A partir de 1870, con la fundación de la Federación Regional Española (FRE) en junio de ese año, el esfuerzo por organizar a las clases trabajadoras peninsulares fue dando sus frutos. A partir de entonces, la FRE creció de manera continua, aunque a menudo asediada por la oposición de los gobiernos de turno, lo cual le obligó a elaborar mecanismos que le permitieran sortear persecuciones.

Si el asociacionismo anarquista español supo crecer y multiplicarse en un tiempo muy breve y en circunstancias a menudo adversas, ello no se debió solamente al dinamismo de la Federación Regional. Lo decisivo fue, ante todo, la capacidad de sus militantes de crear y apoyar organizaciones de clase que defendieran los intereses de los trabajadores, más allá de aquellas de diversos signos que pervivían de los decenios anteriores, partidarias de la armonía del capital y el trabajo. Que la Federación Española fuera más allá de un mero reformismo, llamando a revolucionar la propiedad, a destruir el capital y a conformar una sociedad igualitaria, en la cual quienes trabajaran fueran dueños de lo que producían, fue algo inédito en el contexto peninsular. Que además de ser la representante cabal de obreros y artesanos urbanos, así como eventualmente también de los trabajadores del campo como sujetos revolucionarios, y que desde el inicio supiera convocar también a un amplio espectro de desposeídos, tales como otros asalariados empleados en comercios y oficinas,

así como a maestros, estudiantes y profesionales diversos, e incluso a algún dueño de un pequeño comercio o taller, todos miembros de sectores de escasos ingresos, prácticamente proletarizados, fue también algo que sorprendió, por parecer contrario al enfrentamiento de clases. Sin embargo, esto aseguró el apoyo de afiliados y militantes comprometidos con el cambio revolucionario en contextos sociales más plurales, especialmente en el amplio espectro de las clases populares urbanas.⁸

Así pues, desde el comienzo de la década de 1870, parecía que el internacionalismo se manifestaba en España con gran optimismo, traducido en dinamismo y expansión de nuevas secciones, y en la publicación de una vibrante prensa anarquista. Asimismo, la FRE iría adquiriendo un creciente reconocimiento por parte de los trabajadores como un movimiento que, en la práctica, defendía sus derechos, la transformación social de la propiedad y la igualación social. La intensidad y el compromiso de la Federación resultaban una novedad frente a otras organizaciones ya existentes, como aquellas que sostenían la armonía del capital y el trabajo, o las que, como las republicanas, se orientaban más al cambio político y, solo moderadamente, a un reformismo laboral.⁹

2. LA FEDERACIÓN REGIONAL ESPAÑOLA ENTRE LO PÚBLICO Y LO SECRETO: EL IMPACTO DE LA COMUNA DE PARÍS

Este proceso, que auguraba para la FRE un desarrollo continuo y promisorio, se vio súbitamente alterado en 1871. La derrota militar de la Francia napoleónica, enfrentada en 1870 en una guerra contra Prusia, dio lugar a una Alemania unificada, con

⁸ LIDA, 1997.

⁹ Véanse en LORENZO, 1974, parte I, cap. 27, pp. 203-205, las críticas al republicanismo federal por su "tibieza" reformista y burguesa.

el canciller Otto von Bismarck como su arquitecto. Para la Francia derrotada, el fin del Imperio resultó en la proclamación de una República provisional de carácter moderado, con gran parte de su territorio ocupado, incluyendo un París cercado y bombardeado por el ejército alemán, que dejó decenas de miles de muertos, y el gobierno nacional obligado a capitular y pagar onerosas reparaciones.¹⁰ Todo esto, amén de sufrir la importante pérdida de Alsacia y Lorena y enfrentar varias insurrecciones municipalistas en ciudades de provincia, autoproclamadas comunas libres y autónomas, en algunas de las cuales participaron internacionalistas destacados, como Bakunin en la de Lyon. Pero lo que provocó mayor desasosiego fue que en marzo de 1871 París se alzara en armas, llamara a elecciones y se proclamara Comuna libre, inspirada en la Comuna revolucionaria de 1793 y en diversas ideologías radicales y socialistas.

El Consejo de la Comuna quedó conformado por una mayoría de obreros y artesanos, e incluyó a pequeños comerciantes y empleados de cuello blanco, a miembros de diversas profesiones liberales, a periodistas, escritores y artistas.¹¹ Este fue un cuerpo federado heterogéneo de tendencias varias, desde jacobinos y republicanos, hasta internacionalistas de diversos signos —blanquistas, proudhonianos, y en menor proporción bakuninistas y marxistas. Dos meses después, en mayo, este ejercicio revolucionario fue duramente reprimido a sangre y fuego por la propia República, apoyada por tropas alemanas. Pero más allá de las fronteras francesas, la represión de la Comuna tuvo serias repercusiones directas en otros países, como España, lo cual incluso afectó a la Federación Regional Española.

En efecto, poco después de la derrota de la Comuna de París, a finales de mayo, Bismarck desde Alemania y el gobierno

¹⁰ FOURNIER, 2008.

¹¹ CLAYSON, 2002, cap. 32.

provisional francés encabezado por Louis-Adolphe Thiers, en un remedo de Santa Alianza, como la llamara el primer ministro inglés William Gladstone, iniciaron una amplia ofensiva diplomática desde Moscú a Madrid, de Berlín hasta Roma, para convocar a que en todos los países se prohibiera la Asociación Internacional de los Trabajadores y sus organizaciones. En España, las clases acomodadas y el gobierno de Amadeo I vieron con previsible aprensión que el comunismo transpirenaico se extendiera por la Península y que el auge de la Federación Regional, que para entonces presumía tener ya unos 20 000 asociados, encendiera una peligrosa chispa revolucionaria.

El desafío que representaba la Comuna no era solo político. Su carácter social y económico de indudable signo radical, se había hecho patente al replantear el concepto de la propiedad individual y del trabajo, que casi un cuarto de siglo atrás habían sido un reto central de la Revolución de 1848. Esto había convertido el trabajo en algo equiparable a la propiedad, y, por lo tanto, base suficiente para adquirir derechos ciudadanos igualitarios. La Comuna de 1871 dio, además, un nuevo ímpetu al imaginario obrero para instaurar la República del Trabajo (tan ansiada y perdida en 1848), y lograr la transformación material de las clases asalariadas por medio de una revolución en la organización laboral y la socialización de los medios de producción.¹² No sorprende que algunos de quienes se manifestaban a favor de estas transformaciones sociales se denominaran, incluso, “socialistas revolucionarios”,¹³ fórmula que se expandía ya en Ru-

¹² Los temas sociales de 1848 han sido tratados, entre otros autores, por MAGRAW, 2002 y LIDA, 1997 y 2002. Sobre los aspectos sociales y socialistas de la Comuna, son representativos los documentos compilados en EDWARDS (ed.), 1973, así como los interesantes textos obreristas y socialistas recogidos en SCHULKIND (ed.), 1974.

¹³ EDWARDS (ed.), 1973, especialmente “Formation of a ‘Revolutionary Socialist Party’”, pp. 53-54.

sia, pero que en los años siguientes adoptarían como suya los sectores internacionalistas más radicales de diversos países.

Así, en mayo de 1871, la intensa y amplia represión contra la Comuna de París, con sus miles de víctimas, entre hombres, mujeres y niños muertos; con otros varios de miles presos o deportados, condenados a trabajos forzados en los presidios coloniales, y también con numerosos exiliados en distintas latitudes, incluyendo las Américas, puso fin a esa experiencia de municipalismo autónomo y radical francés, lo cual sirvió de pretexto para intentar decapitar aquí, allá y acullá el incipiente movimiento internacionalista.¹⁴ España no quedó al margen de la violencia instrumentada desde el Estado contra las organizaciones anti-monárquicas, republicanas u obreras. Tampoco la prensa oficial y oficiosa se abstuvo de sembrar miedo, sino que rápidamente se hizo eco de diversos escritos panfletarios franceses y sus excesos discursivos. Llamar a los hombres y mujeres de la Comuna “incendiarios”, “petroleros” y “anarquistas” (en su sentido etimológico), fue lo más usual. Pero a ello se sumaron otros ataques igual o más encarnizados, si cabe, contra la Internacional y sus partidarios, al calificarlos de “comunistas”, “nihilistas”,¹⁵ “ateos”,

¹⁴ EDWARDS, 1971 y EDWARDS (ed.), 1973; RIHS, 1973; SCHULKIND (ed.), 1974; TOMBS, 1981 y 1999; GOULD, 1995; SHAFER, 1986 y 2005; MATSUDA, 1996; LIDA, 2003, 2014 y 2023; FARCY, 2019; DELUERMOZ, 2020. Sobre las comunas en otras ciudades véanse GIRAULT, 1971; GAILLARD, 1971; GREENBERG, 1971; MOISSONNIER, 1972. Sobre algunas repercusiones internacionales, véase DELUERMOZ, 2020.

¹⁵ Este término, acuñado en esos años por el escritor Iván Turgenev, en su novela *Padres e hijos*, publicada en 1862, se utilizó para calificar a las jóvenes generaciones rusas, partidarias de un cambio modernizador, cuando no radical, que rechazaban la esclavofilia conservadora y conformista de sus mayores. La connotación negativa y extremista dada al término “nihilista” por las autoridades y los sectores tradicionalistas en Rusia, se transmitió rápidamente a Occidente y se utilizó ampliamente por la prensa anticomunalista y por los informantes policiales.

“atilas revolucionarios”, “súcubos del infierno”, “demonios rojos”, “terroristas” o, simplemente, “asaltantes y ladrones”. Este derroche de epítetos y descalificaciones no solo evocaban el viejo fantasma del socialismo jacobino de 1793 y de las barricadas de 1848, sino también la amenaza de una lucha de clases violenta, dirigida por internacionalistas, extranjeros, “criminales” y “apátridas”.¹⁶ Así, cierta prensa comercial que pretendía ser informativa, se convirtió en instrumento y cómplice de la represión al forjar una opinión pública local, nacional y extranjera exacerbada contra los comunistas, sus partidarios y simpatizantes.

En España, los cambios políticos en el Sexenio dieron paso a diversas movilizaciones, no solo con mayor actividad del republicanismo federalista, sino también con mayores manifestaciones de malestar social. La combinación de las movilizaciones obreras y campesinas en diversos lugares, a la par del temor creado por el imaginario tremendista de la experiencia francesa, sembraron la alarma entre propietarios y burgueses.

En 1871, para el gobierno encabezado por un liberal moderado como Práxedes Mateo Sagasta, el espectro de la Comuna republicana y el desarrollo y crecimiento de la Federación Regional Española (FRE), afiliada a la Internacional, fueron un aliciente para plegarse a las presiones tanto de la recién unificada Alemania y su canciller, Bismarck, como del gobierno francés de Louis-Adolphe Thiers y su ministro de Asuntos Exteriores, Jules Favre. Ambos países, como ya dijimos, iniciaron una gran ofensiva diplomática continental para que en Europa e, incluso, en países de Latinoamérica se prohibieran la Internacional, sus or-

¹⁶ TOMBS, 1981, cap. 7, y 1999. Sobre la iconografía y retórica respecto de las mujeres “communardes”, calificadas frecuentemente como “petroleras” e “incendiarias”, véase GULLICKSON, 1996. Sorprende que algunos de estos y otros epítetos hayan pasado normalizados a la historiografía actual, sin tener en cuenta su origen peyorativo y estigmatizador.

ganizaciones y sus actividades, criminalizando el mero hecho de pertenecer a esa asociación.¹⁷ Así, desde finales de mayo de 1871 se entablaron acuerdos con diversos gobiernos europeos, formando de este modo algo que bien podríamos llamar una “Internacional de la represión” contra la Internacional de los Trabajadores y sus seguidores y contra toda actividad considerada subversiva. En San Petersburgo, Berlín y Viena las leyes y persecuciones, que ya existían contra los socialistas de diversas tendencias, solo se endurecieron más; por su parte, los gobiernos de España e Italia se plegaron, aunque con variantes, a la diplomacia francoalemana. En ambos países meridionales se preservó la apariencia de legalidad al proceder jurídicamente, por medio de decretos y leyes, contra una u otra sección o federación anarquista local, lo cual permitía también censurar sus órganos de prensa, clausurar sus locales y acosar a sus militantes. En cambio, Inglaterra y la cantonalista república suiza se negaron a pactar tales acuerdos y ambas permitieron la entrada de exiliados comunialistas de diversas tendencias.¹⁸ Por su parte, en España, el gobierno vería detrás del asociacionismo anarquista la revolución a la vuelta de la esquina, en tanto que, para los obreros federados, la brutal represión contra la Comuna era una llamada de alerta respecto de los extremos represivos a los que podría llegar el Estado.¹⁹

¹⁷ Sobre la ofensiva alemana contra la Internacional en Europa central y del este, véase WITZIG, 1972.

¹⁸ Constance Bantman ha estudiado la presencia de exiliados franceses en Inglaterra en las décadas finales del siglo XIX. BANTMAN, 2006 y 2013. Sobre la presencia de varias decenas de comunialistas franceses refugiados en Suiza y la vinculación de muchos de ellos con la Federación del Jura, véase ENCKELL, 2012.

¹⁹ ÁLVAREZ JUNCO, 1971, ha recogido artículos de la prensa española sobre los acontecimientos de París y algunos de sus ecos en España. Los anarquistas no fueron los únicos en la mira del gobierno; el radicalismo de los republicanos federales y el malestar social y obrero que se manifestaba en la Península, fueron otros focos de tensión, pero no son el tema

Cuando, a poco de pactar con el gobierno de Thiers, Sagasta emitió una circular a los gobernadores de provincia alertándolos contra el peligro que significaba la AIT y ordenando una serie de medidas contra la Internacional, el Consejo Federal español se previno y decidió protegerse, trasladando a algunos de sus miembros de Madrid a Lisboa. En estas circunstancias, los españoles ayudaron entonces a formar los primeros grupos internacionalistas en Portugal.²⁰ Por otra parte, el Consejo decidió que si las presiones del gobierno español amenazaran la estancia portuguesa de sus miembros, estos emigrarían desde allí a Londres, ya que Inglaterra no había respondido a las presiones anti-internacionalistas de Francia, como no lo haría después, ante la solicitud de Bonifacio de Blas, ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Sagasta.²¹ En el Acta de la sesión celebrada por el Consejo Federal el 3 de junio, se asienta que este aparentaría seguir residiendo en España —como lo exigían los Estatutos de la AIT—, pero fingiendo que su secretario Francisco Mora había renunciado a la FRE para evitar que las autoridades lusitanas o

de estas páginas. Para las protestas en el campo andaluz, véanse KAPLAN, 1977 y LÓPEZ ESTUDILLO, 2001; sobre la huelga textil de la gran fábrica Batlló, en Barcelona, consúltense los trabajos de GARCIA-BALAÑA, 2016 y 2018.

²⁰ FONSECA, 1973, y BAYERLEIN, 1982.

²¹ “Correspondence between the British and Spanish Governments respecting the International Society: 1872”, en GBP-A&P, LXX (1872), pp. 715-720. El 8 de marzo de 1872, Earl Granville, secretario de Asuntos Exteriores, escribía a Sir Austen Henry Layard, enviado extraordinario en Madrid, en respuesta a la llamada “Circular Sagasta”, enviada por De Blas, solicitando que se tomaran medidas contra la Internacional, aclarando que su gobierno no haría tal, pues mientras no existiera peligro para Gran Bretaña no habría razón válida para prohibir la AIT. Sobre las respuestas de otros países a las presiones alemana y francesa, véanse WITZIG, 1972, quien reproduce dicha Circular de 9.II.1872; también, GRASSO, 2020.

españolas pudieran perseguirlo por actividades ilícitas.²² Preca-vida, la FRE, lejos de desmayar ante la persecución, desarrolló una estrategia que le permitiera “trabajar a la sombra” en caso de ser reprimida y declarada fuera de la ley, y así transitar hacia la clandestinidad cuando las circunstancias lo exigieran, o permanecer en la vida pública mientras eso fuera posible. Esta estrategia, que evoca muy directamente los principios del bakuninismo aliancista, permitió al estudioso anarquista Max Nettlau decir con feliz expresión que, ante el temor por las medidas gubernamentales, los miembros del Consejo decidieron “volverse invisibles e inasibles”, y que lo mismo hicieron sus seguidores en caso de peligro.

Los cambios políticos y la asunción del ministerio progresista encabezado por Manuel Ruiz Zorrilla, en julio de 1871, abrieron la posibilidad del regreso a España del Consejo Federal, aunque la caída de este gobierno en octubre de 1871 y el ascenso de uno más moderado, con Francisco de Paula Candau en Gobernación, renovó entre los internacionalistas los temores de una persecución semejante a la intentada meses antes por el propio Sagasta. Este miedo no fue injustificado, ya que a mediados de octubre se comenzó a discutir en las Cortes una propuesta para declarar la Internacional fuera de la ley, advirtiendo que la AIT, y por lo tanto la FRE, eran asociaciones delictivas que comprometían la seguridad del Estado, por lo que debían ser disueltas y sus miembros llevados ante la justicia.²³ En consecuencia, cuando en noviembre se aprobó declarar la anticonstitucionalidad de la Internacional, la FRE recomendó a todas las federaciones

²² “Acta de la sesión 40”, y “Actas del Consejo federal desde junio a septiembre de 1871”, en AIT, 1969, t. I, pp. 63 y 66, respectivamente. Como veremos más adelante, la idea de fingir actividades y sedes falsas, para engañar a las autoridades, será una estrategia sugerida a finales de 1873 para evadir la represión.

²³ Sobre este tema véase el estudio de VERGÉS MUNDÓ, 1964, pp. 39-44.

prepararse para la organización secreta. El 16 de enero de 1872, nuevamente Sagasta, como presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior, se dirigió a todos los gobernadores de provincia para que disolvieran las secciones internacionalistas y se sometiera a proceso a sus miembros.

Aunque el Consejo Federal paulatinamente comprobó que las instrucciones de Sagasta no tenían en la práctica grandes consecuencias y que hacia finales de enero eran contados los casos de persecución, en previsión de cualquier peligro prosiguió con la organización secreta y la formación de pequeños grupos integrados por unos pocos individuos “de convicción firme”, en aquellos lugares donde la FRE tuviera secciones de oficio y federaciones locales. Es decir, a comienzos de 1872, en previsión de una represión extendida, los anarquistas españoles estaban ya dispuestos a continuar activos, “con la ley o a pesar de ella”.²⁴ En otras palabras, en esos meses se planteaban de manera efectiva dos fórmulas organizativas complementarias, según las circunstancias lo permitieran: la pública, cuando fuera legal, y la clandestina, en caso de quedar prohibida, lo cual una vez más hacía referencia a las tácticas de la Alianza bakuninista. Esto permitió, de hecho, evadir la vigilancia de las autoridades locales y reunir en secreto un Segundo Congreso Obrero en Zaragoza, en abril de 1872. Meses después, en septiembre, como se puede ver en las *Actas*, el Consejo Federal ratificaría esta estrategia al recriminar a una federación local por haberse disuelto por las presiones oficiales, en vez de prepararse a resistir de manera pública o secreta y fortalecerse con la persecución en vez de desaparecer.

²⁴ Véase LORENZO, 1974, parte I, cap. 31, p. 233, quien se refiere a esos pequeños grupos como “Defensores de la Internacional”, y explica su organización secreta. Cita tomada de la “Protesta del Consejo Federal de la Región Española (1871)”: ‘A todos los trabajadores y a todos los hombres honrados del mundo’, reproducida en LIDA, 1973, p. 199 y ss.

A partir de junio de 1872, con el retorno de Ruiz Zorrilla para encabezar un nuevo gobierno, las presiones sobre la FRE parecieron amainar hasta el año siguiente, ya proclamada la Primera República. Sin embargo, al revisar la correspondencia del Consejo Federal, es interesante constatar las precauciones que se mantuvieron en esos años para enviar cartas e impresos a diversos compañeros, frecuentemente pidiendo una “dirección reservada” o encubriendo a los verdaderos destinatarios bajo el nombre de alguna mujer, amiga o pariente, sin que ello implicara necesariamente que fueran federadas, pero sí “de confianza”. Como veremos en el siguiente capítulo, estos cuidados se mantuvieron durante los años de la clandestinidad, aunque no siempre con el éxito deseado.²⁵ Que en los últimos meses del reinado de Amadeo I la actividad pública pudiera transcurrir sin mayores contrariedades, lo demuestra el hecho de poder convocar a un Tercer Congreso Obrero en Córdoba, a finales de diciembre de 1872, en el cual se ratificó la ruptura entre anarquistas y marxistas a partir del quinto Congreso General de la AIT en La Haya, que había tenido lugar en septiembre. Pero lo que nos interesa subrayar aquí es que, según la propia Federación Regional, en esos momentos esta alcanzaba cerca de 30 000 afiliados, sin contar a los posibles simpatizantes. Aunque no podemos verificar la validez de esta cifra —que, incluso, podría ser exagerada—, la tomamos como indicativa del crecimiento del movimiento anarquista desde sus primeros pasos hasta entonces, con

²⁵ Véanse numerosas menciones de este procedimiento en AIT, 1972 y 1978. A partir de septiembre-octubre de 1872 encontramos datos sobre la utilización de direcciones de mujeres como destinatarias de diversos envíos postales a militantes, para que ellas los hicieran llegar a los interesados. Aunque en muchos casos se refieren a ellas como “compañeras”, parecería que las autoridades las vigilaban menos que a los hombres. Sobre las mujeres en el anarquismo, véase por ejemplo, ESPIGADO TOCINO, 2002b.

seguidores muy numerosos en Cataluña y Valencia, pero también con una presencia indudable en Madrid, Alicante, Sevilla, Málaga y, más esporádica, en otros puntos de la Península. Hay que notar que desde su fundación, la FRE había ido consolidando una presencia cada vez mayor, a pesar de los altibajos políticos, tanto entre trabajadores urbanos como rurales, formando abundantes secciones de oficio, en las que vemos también una creciente presencia de mujeres trabajadoras.

A medida que las secciones se expandían y pactaban con otras semejantes, se iban formando federaciones de oficios, tanto locales como regionales. Un tercer tipo de organización fueron las uniones de oficios, que convocaban al pacto entre federaciones de oficios dedicadas a una misma rama de la producción. Así, se fueron constituyendo varias uniones, tales como la Unión de los Trabajadores del Campo, que reunía viticultores, horticultores, pastores, esparteros, entre otros, o la de Noógrafos, es decir de obreros vinculados con las tareas de imprenta, como los tipógrafos, grabadores, encuadernadores, etcétera. En la “Memoria” del Tercer Congreso, en Córdoba, en diciembre de 1872, se informaba que ya se habían constituido 484 secciones de oficios y 119 de oficios varios, 236 federaciones locales y 10 uniones de oficios.²⁶

Aunque no podemos verificar la exactitud de estas cifras, ese crecimiento se corrobora si tenemos presente que, entre 1869 y

²⁶ En AIT, 1969, 1972, 1978, 1979a-c, 1987 y s.a., se encuentran numerosas referencias a los oficios de los asociados. Una lista bastante completa, en PIQUERAS ARENAS, 1999, anexo I, pp. 208-209. Una lista de las uniones de oficio constituidas o proyectadas en 1872, en LORENZO, 1974, parte II, cap. 5, p. 298. Es de notar que la FRE recoge para esas fechas abundantes noticias sobre las abismales diferencias entre las condiciones laborales y salariales de hombres y mujeres, a las cuales se sumaban también marcadas diferencias regionales. Sobre esto véase LIDA, 2022.

1873, en España se publicaron más de una docena de periódicos anarquistas y numerosos folletos, lo cual revela la preocupación por ampliar la difusión ideológica y desarrollar una cultura política propia entre los asalariados. Este amplio universo de impresos revela la existencia de un público afín —militante, afiliado o simpatizante—, poseedor de cierto grado de alfabetización y de capacidad de lectura individual o colectiva en voz alta, práctica esta última que sabemos muy extendida.²⁷ No se puede pasar por alto que el acceso a esas nuevas ideas tuvo una influencia indudable en la politización de los trabajadores, ya que sirvió para que muchos se inspiraran en ellas y pudieran entrever la posibilidad de transformar revolucionariamente su existencia. Pese a los altibajos, escollos y conflictos previos, en este contexto expansivo los internacionalistas españoles bien podían pensar con optimismo en el futuro.

Como vemos, durante el convulso bienio amadeísta, pero en especial a partir de la insurrección parisina de la Comuna y su consiguiente represión, la Federación desarrolló consciente y cuidadosamente una estrategia que, como mostraremos más adelante, le permitiese transitar hacia la clandestinidad, cuando los contextos nacionales o locales lo exigieran, o permanecer a la luz pública mientras existieran coyunturas propicias. Durante esos casi dos años, en gran medida organizada en la semi-clandestinidad, la FRE fue capeando las dificultades políticas y desarrollando la propaganda y la asociación, en un hábil juego de luces y sombras que le permitió llegar a la Primera República con su estructura a salvo y con el número de sus afiliados multiplicado.²⁸

²⁷ Sobre la prensa anarquista del período, véase la bien informada tesis doctoral de MADRID SANTOS, 1989.

²⁸ Para un recuento minucioso del desarrollo de la FRE en estos años, véase NETTLAU, 1969.

3. REPÚBLICA Y PROSCRIPCIÓN

Tras la renuncia de Amadeo I al trono y la proclamación de la Primera República el 11 de febrero de 1873, la situación política y social de España fue cambiando rápidamente y con ella la de los anarquistas. La primavera de 1873 estuvo surcada por huelgas, ocupaciones de tierras y manifestaciones municipalistas en diversos lugares de la Península, expresión del amplio malestar social, económico y político, tanto rural como urbano, en el contexto de una fuerte y extendida recesión económica, que trascendía fronteras. A la vez, las divisiones entre las distintas facciones que componían el republicanismo se vieron reflejadas en los sucesivos cambios de gobierno entre febrero de ese año y enero del siguiente, con cuatro presidentes representando posturas distintas, desde la república federal y autonomista hasta la unitaria y centralista.

Tampoco los ecos de la Comuna habían muerto en España. Según su inclinación, la prensa peninsular seguía informando con simpatía o no sobre la situación en Francia, los juicios, condenas y deportaciones de numerosos comunistas presos y la preocupación por parte de aquellos que buscaban asilo en otros países. España no quedó al margen de la presencia de refugiados franceses. Este fue un exilio transfronterizo en las sombras, ya que, como dijimos, bajo el reinado de Amadeo I se consideró a los comunistas como criminales. Sin embargo, fuentes de origen vario permiten reconstruir algunas de las relaciones entre los radicales españoles y los extranjeros, asentados especialmente en Barcelona, así como los vínculos entre algunos de estos y la Federación Regional.²⁹ Aun-

²⁹ LIDA, 2014. Sobre la presencia de exiliados comunistas franceses en España, véase LIDA, 1972, cap. 5, pp. 186-201. Consúltense también DELHOM, 2000, y GARCIA-BALAÑÁ, 2018, pp. 221-237.

que los primeros contactos que se desarrollaron a lo largo de 1871-1872 fueron esporádicos, a partir de febrero de 1873 se hicieron más frecuentes y públicos. Incluso, a partir de entonces, se constituyó una sección francesa de la FRE y, entre junio y septiembre, se publicó un periódico, *La solidarité révolutionnaire*, a cargo de tres exiliados: Charles Alerini, Paul Brousse y Camille Camet.³⁰

Por otra parte, la chispa federal, autonómica y revolucionaria se avivó en España cuando en julio se produjo la ruptura de los republicanos federales radicales o “intransigentes” con el gobierno de Francisco Pi y Margall, dando lugar a que, en diversas ciudades, especialmente en el Mediterráneo y Andalucía, estallaran insurrecciones municipalistas que se proclamaban en cantones autónomos, avivando así el recuerdo de las comunas francesas. Detrás de la gran mayoría de estas explosiones cantonales estaban los republicanos intransigentes, y solo en unos pocos casos alcanzaron protagonismo exclusivo los internacionalistas, aunque, en general, participaran en diversas movilizaciones, como lo reconocía la propia FRE.³¹ Sin embargo, tanto los informes consulares franceses, cuanto los delatores policiales y alguna prensa, no solo denostaban a los cantonalistas en términos semejantes a los empleados contra la Comuna, sino que, sobre todo, acusaban a los anarquistas de haber instrumentado la violencia. Así, por ejemplo, según un informe de la policía francesa sobre el cantón de Cartagena (en el cual la presencia anarquista era, si acaso, marginal), se acusaba a los federados de poseer grandes depósitos de petróleo, “al que llaman agua bendita”.³² Por arte de la fantasía, los anarquistas se convertían entonces en los nuevos “incendiaros” y “petroleros”, lo

³⁰ STAFFORD, 1971, pp. 35-45 y 264-265.

³¹ Véanse las frecuentes referencias en AIT, 1979c, t. v, pp. 154, 162 y *passim*. También MOISAND, 2018.

³² APP, Ba/413, 9.VIII.1873.

cual evocaba directamente los términos acuñados en Francia en 1871 contra los comunistas parisinos, especialmente contra las mujeres.

Un caso particular fue la violencia desatada en julio en la alicantina ciudad de Alcoy, sede de la Comisión Federal de Estadística y Correspondencia, que había sustituido al Consejo Federal desde el Congreso de Córdoba. Esta población, con algunos municipios cercanos, era un importante centro textil y papelerero, con miles de trabajadores en esas industrias y de artesanos en oficios diversos. El conflicto comenzó el día 7 de julio, con la convocatoria a una huelga general solidaria que exigía el aumento de 2 reales a los jornales de los trabajadores papeleros y la reducción a ocho horas de trabajo por día. Ante la negativa de los patrones de aceptar dichas demandas, obreros federados de la ciudad y alrededores acudieron al alcalde republicano, Agustín Albors, para que mediara en el conflicto. Al negarse este, le exigieron su renuncia y su sustitución por una Junta Revolucionaria, encabezada por Severino Albarra-cín, entonces secretario de la Comisión Federal de la FRE. Por su parte, Albors solicitó refuerzos armados al gobernador de Alicante y, al estancarse las negociaciones, ordenó que se despejara la plaza del Ayuntamiento, que se encontraba repleta de una multitud de inconformes. Lo inesperado fue que los guardias municipales dispararan contra ella, provocando así la explosión de la violencia en los días sucesivos. Según diversos autores, al cabo de tres días, la multitud enardecida asaltó el Ayuntamiento el 10 de julio, incendiándolo y matando al alcalde Albors, mientras la Junta Revolucionaria tomaba las riendas del gobierno. En todo caso, la revuelta se prolongó con diversos altibajos hasta el 23 de julio, cuando fuerzas militares y de la Guardia Civil tomaron la ciudad, iniciando una dura y larga persecución y procesamientos contra cientos de obreros e internacionalistas acusados de diversos crímenes y, como antes

se había dicho contra los comunistas parisinos, también por ser “petroleros”.³³

La suma de todo lo anterior marcó una dura represión de la mano de los gobiernos de la República, primero el de Nicolás Salmerón y, luego, el de Emilio Castelar.³⁴ El 12 de agosto, la Comisión Federal respondía a un comunicado emitido por la Unión de Noógrafos el día 5, en el que ésta proponía continuar organizados en “secciones pequeñas”. En vista de esta situación, la Comisión escribía entonces: “Vosotros haréis sobre el particular lo que creáis más conveniente”.³⁵ Quince días después, la Comisión respondía a otra comunicación, esta vez desde Jerez de la Frontera, recomendando que “mientras os sea posible reuniros a la luz del sol hacedlo así; si este derecho natural no os fuese permitido, si los republicanos hollasen la libertad, hacedlo a la sombra; reuníos secretamente”.³⁶ Las noticias provenientes de diversas localidades sobre la persecución, encarcelamiento e, incluso, la deportación sumaria de internacionalistas —y otros, como los republicanos intransigentes— a los presidios españoles en África y en el Pacífico Sur,³⁷ comenzaron a

³³ Sobre Alcoy, LIDA, 1972, cap. 6 y 2003; también, ARACIL y GARCÍA BONAFÉ, 1978; CERDÀ PÉREZ, 1980. Véase el artículo de FERNÁNDEZ VILAPLANA, 2019; en su Trabajo de Fin de Master, en la UNED, 2016, titulado “Alcoi, julio de 1873: El levantamiento obrero más importante del siglo XIX”, este investigador presenta una extensa bibliografía actualizada y comentada. Véase del mismo autor el artículo de 2021: “La infamia d’Alcoi de 1873”.

³⁴ Un recorrido por los diversos alzamientos se encuentra en ESPIGADO TOCINO, 2002a. Sobre la participación anarquista en el cantonalismo en Andalucía, KAPLAN, 1977, y LÓPEZ ESTUDILLO, 2001; además, sobre las movilizaciones obreras en Barcelona, GARCÍA-BALAÑÁ, 2018.

³⁵ AIT, 1979c, t. v, p. 171 y ss.

³⁶ *Ibid*, pp. 216-217.

³⁷ Para detalles sobre estas deportaciones a los diversos presidios de ultramar, especialmente en las Filipinas y las Marianas, de republicanos

conocerse a partir de septiembre, bajo el gobierno de Emilio Castelar. Ante el peligro de desaparecer, la Federación Regional buscó diversas respuestas tácticas, para evitar sufrir lo que sus correligionarios en Francia a raíz de la Comuna. Por ello la FRE, anticipando una nueva proscripción, instó una vez más a las federaciones locales a que se preparasen para organizarse en pequeños grupos secretos.

Así, en su extensa Circular número 30, del 12 de septiembre de 1873, dirigida a todas las federaciones locales, el lenguaje de la Comisión se tornaría más perentorio al aconsejar a sus afiliados que ante la persecución se organizaran en secreto, ya que “si no se permite reunirse a la luz del sol, deben reunirse a la sombra, o por otros medios que esta Comisión Federal pondrá en conocimiento de aquellas federaciones que se encuentren en este caso, privadas de sus derechos y de sus libertades”.³⁸ Unos días antes, en una carta a los sombrereros de Úbeda, la Comisión Federal los había instruido para que, en vista de la persecución, dividiesen “la Sección en subsecciones o grupos de ocho individuos”, para que les fuera “más fácil reunirse en los puntos diferentes” y poder así mantenerse en secreto. Una semana más tarde repite el consejo, esta vez para la federación de Chipiona, sugiriendo que lo hicieran en grupos de diez, que se puedan reunir

intransigentes, internacionalistas y otros, véase el interesante estudio sobre las deportaciones políticas en España de BACHERO BACHERO, 2020. Años después, en 1877, en una extensa “Memoria” secreta reproducida por LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, pp. 369-382, se informa que “muchos compañeros siguen presos en la Península”, y que todavía había 42 federados sanluqueños deportados a las colonias penales en el archipiélago filipino, primero a la isla del Corregidor. De esos presos, 40 fueron enviados poco después a la aún más inhóspita isla de Balabac, donde unos 29 murieron de fiebres infecciosas, mientras los restantes fallecieron posteriormente en ese presidio. Volveremos sobre este tema en el siguiente capítulo.

³⁸ Circular 30, 12.IX.1873, en AIT, 1979c, t. v, pp. 314-320.

“en cualquier casa o en el campo”,³⁹ y a los pocos días insta a los de Sanlúcar de Barrameda para que “si no os fuese permitido reuniros en Asambleas públicas hacedlas secretas. Al efecto, conviene reunirse y organizarse en grupos de diez individuos que pueden reunirse en cualquier parte, hasta a [sic] las barbas del burgués”.⁴⁰ Dos semanas después reitera el llamado, pero esta vez explicando en detalle cómo organizarse en grupos de diez, hasta llegar a cien, y recomenzar así hasta alcanzar, al menos, mil, “sin que lo sospechen los burgueses”.⁴¹

Como complemento de lo anterior, se recomendaba recurrir al disimulo y ocultamiento, y también a solicitar a los ayuntamientos permisos para establecer ateneos, escuelas o sociedades de socorros mutuos que sirvieran “de pantalla” para burlar a las autoridades y poder continuar asociados “dentro de la ley o fuera de ella”. Así, a partir de la suspensión de las garantías constitucionales por el gobierno de Castelar, en septiembre de 1873, la Comisión Federal subrayaba la urgente necesidad mantener a salvo diversos espacios de sociabilidad,

³⁹ AIT, 1979c, t. v. “A los sombrereros de Úbeda”, del 8.IX, y “A la Federación de Chipiona”, 15.IX.1873, pp. 252 y 268, respectivamente.

⁴⁰ AIT, 1979c, t. v, 23.IX.1873, p. 299. Años después, en 1879, en las Actas de la Federación Anarquista Italiana, se señala que los anarquistas se reunieron en enero, en Forlì, “en las barbas de la desvergonzada policía” (*in barba della sfacciata polizia*). Citado por MASINI, 1969, p. 147, n. 33.

⁴¹ AIT, s.a., t. VI, 10.X.1873, p. 43. Sanlúcar responde el 16.X, aceptando las recomendaciones de la Comisión, *ibid.*, p. 129. El 11.X se le aconseja la misma táctica a la Federación de Paterna, señalándole que así se ha hecho en Valencia, *ibid.*, p. 48. A partir de esa fecha, se recomiendan las mismas acciones a otras federaciones en Andalucía (Lebrija, Ubrique, Cádiz, etc.). Recordemos que esta forma de organización secreta en decurias y centurias tenía una larga tradición que, en el siglo XIX, se remontaba a las logias masónicas y a las células carbonarias, ZAVALA, 1971; LIDA, 1972 y 1993, y en el antiguo régimen, a las hermandades y los gremios: SEWELL, 1980.

pasando a la organización secreta o recurriendo al engaño aparentando cambiar el carácter de las organizaciones, sin traicionar los principios y reglamentos de la Internacional: “de este modo, para la autoridad seréis un Ateneo y para nosotros la Federación local”.⁴²

Si hasta entonces las recomendaciones habían sido una especie de enseñanza y aprendizaje en torno a cómo adaptarse para no desaparecer,⁴³ a medida que las acciones contra la Internacional se tornaban más encarnizadas, el tono de la Comisión también se fue radicalizando. Al discurso sobre la reorganización clandestina se sumó otro que reconocía la violencia como un mecanismo de lucha legítimo contra la represión y contra quienes la promovían. El 10 de noviembre, en su Circular 34, la Comisión establecía que los excesos contra los internacionalistas los empujaban a una respuesta extrema: “a un estado de horribles represalias [y a] la venganza personal”, e invocaba como ejemplo las *trade unions* inglesas, que en circunstancias semejantes se habían visto forzadas a incendiar fábricas o a matar a algún explotador o a un obrero traidor a la colectividad, amenazas y actos que, en efecto, habían tenido lugar en Gran Bretaña en la década anterior, en los llamados *Sheffield Outrages*.⁴⁴

Aunque ya en junio de 1871, a raíz de la represión de los comunistas parisinos, algunos conocidos internacionalistas españoles habían redactado un “Manifiesto” dirigido “a los poderosos de la tierra”, amenazándolos con la “guerra a muerte;

⁴² AIT, 1979c, t. v, 17.IX.1873, p. 285. Sobre sociabilidad anarquista, véase HERRERÍN, 2013.

⁴³ Agradezco al profesor José Antonio Piqueras Arenas la idea de que estas recomendaciones y prácticas de la FRE serían una suerte de “aprendizaje de la clandestinidad” para los militantes, que les permitirían sobrevivir a persecuciones posteriores mucho más severas.

⁴⁴ FRASER, 1974.

guerra del productor contra el parásito y el explotador; guerra entre ricos y pobres”, y con volar por el aire ciudades,⁴⁵ la violencia retórica no había estado casi presente en el discurso de la Federación. Pero a finales de 1873, ante la represión creciente, la invocación de un ejemplo extranjero se convertía en un recurso retórico legitimador, al mencionar como referente ejemplar nada menos que a la civilizada Inglaterra. A partir de entonces, la Comisión Federal anticipaba, tal vez sin sospecharlo, los caminos de la violencia discursiva, no necesariamente llevada a la práctica; como veremos en los capítulos siguientes, el discurso violento se haría cada vez más presente en el anarquismo español, sobre todo durante los largos años de clandestinidad, a partir de enero de 1874.

Con el golpe militar del general Manuel Pavía el 3 de enero de 1874, que puso fin a la República democrática, y con el decreto del 10 de enero contra los “perturbadores de la tranquilidad pública”, en el cual se prohibían “las reuniones y sociedades políticas” que amenazaran la seguridad pública, y se proscribía explícitamente a la Internacional, el discurso anarquista se hizo más apremiante.⁴⁶ Dos días más tarde, la Comisión Federal emitía su Circular número 38, en la que daba instrucciones precisas a toda la Federación Regional Española para defenderse, haciendo que “la organización pública sea secreta”, e instando a que los anarquistas se defendieran en nombre de la justicia, dentro o fuera “de la ley burguesa”. Esto se justificaba aduciendo que “los derechos naturales de asociación y reunión son anteriores y superiores a toda ley, y que nadie puede restringirlos ni atentar a [*sic*] su libre ejercicio”. Por lo anterior, la Comisión recomendaba a las federaciones locales

⁴⁵ “Manifiesto de algunos partidarios de la Commune a los poderosos de la tierra”. Fragmentos en ÁLVAREZ JUNCO, 1971, pp. 19-20n y en LIDA, 1972, p. 189.

⁴⁶ Decreto, en *Gaceta de Madrid*, 11.I.1874.

poner “en lugar seguro los documentos y objetos de importancia” y reiteraba la necesidad de dividir las Secciones en grupos pequeños y secretos, “o adoptando la forma que cada federación en uso de su autonomía considere más acertada”. Además, explicaba que en vista de que el gobierno y sus instituciones “se sostienen por la fuerza, sólo por la fuerza pueden ser derribadas”, por lo cual los federados debían “organizar todos los grupos revolucionarios que les [fuera] posible, a fin de estar apercebidos y dispuestos para la acción revolucionario-socialista del proletariado”.

Desde el punto de vista del lenguaje y del contenido, tal vez esta Circular 38 sea la que más explícitamente marca el paso de un discurso defensivo y de protesta a uno de confrontación e, incluso, de violencia social, como respuesta a la represión y persecución oficiales. Esto se evidencia en el llamado a mantener activa la organización y la propaganda para alcanzar el triunfo de la Revolución Social, mientras a la vez se advertía en términos francamente bélicos, que “la guerra social, la guerra de clases, la guerra entre pobres y ricos tantas veces provocada por la burguesía, no debe arredrarnos en lo más mínimo, porque tenemos la seguridad de que la Razón y la Justicia están con nosotros, y que el triunfo será de los hijos del Trabajo”.⁴⁷ No cabe duda de que, a partir del decreto de enero de 1874, que declaraba a la Internacional fuera de la ley y prohibía todas las publicaciones, actividades y asociaciones anarquistas en España, el discurso se radicalizó, generando una retórica de la violencia y de la represalia que en un momento dado bien podría pasar de las palabras a los hechos.

⁴⁷ Circular 38, 12.I.1874, en AIT, 1987, t. VII, pp. 26-27, en LIDA, 1969 y 1993. Más adelante veremos la pervivencia de estas tácticas de organización secreta y de violencia discursiva durante los años de la clandestinidad en España, incluyendo los acontecimientos en torno a la Mano Negra.

4. REFLEXIONES FINALES

En este recorrido, hemos podido observar cómo, desde sus inicios hasta su prohibición en enero de 1874, la Federación española formuló de manera detallada y específica, como una respuesta premeditada y razonada contra la represión, las estrategias de reorganización secreta que debían seguir sus asociados en caso de no poder continuar en la vida pública. En los siguientes capítulos veremos cómo, en adelante, sobre la base de esas recomendaciones, se construirían diversos mecanismos de supervivencia a partir de los cuales el anarquismo español lograría seguir activo, aunque en secreto, durante casi ocho años, hasta el otoño de 1881, cuando el regreso de la vida clandestina le permitió resurgir con nueva fuerza bajo el nombre de Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE). A lo largo de este proceso, los internacionalistas peninsulares no solo se plantearían cómo reorganizarse en la práctica, sino que, a la par, fueron construyendo un discurso que invocaba la acción violenta y las represalias, entendidas ahora no solo como un llamado a resistir la posible represión social y política y mantener firmes las convicciones revolucionarias, sino también a responder a la coacción desde el poder con la violencia por parte de los perseguidos y a concebir esas respuestas como legítimas en la lucha de clases revolucionaria, que se preveía inclemente.

Con la represión de 1874 culminó un proceso para el cual la Federación Regional y sus seguidores se habían preparado desde los primeros pasos del bakuninismo en España en 1868: organizarse en secreto cuando las circunstancias impidieran su vida pública y, así, mantener a salvo en la clandestinidad las organizaciones anarquistas. Esto era algo que, aunque de modo menos exitoso, había sucedido a raíz de la Comuna en otras federaciones anarquistas europeas, especialmente francesas, con las cua-

les la Comisión Federal había mantenido contactos estrechos y que, también, se habían reagrupado en secreto, aunque con gran dificultad.⁴⁸ Así, anticipando lo peor, la Federación Regional enfrentó la imposibilidad de reunirse en público, reorganizándose en unidades más pequeñas, para mantener ocultas, pero activas, las redes de información, y poder continuar con las labores de proselitismo por parte de sus afiliados y militantes, a la vez que promover por todos los medios la revolución social como meta. Es cierto que los anarquistas no fueron los únicos que en España sufrieron prohibición, represión, prisión y exilio, pues tanto los internacionalistas marxistas, como los republicanos federales, progresistas y otros, sufrieron durezas semejantes, pero fueron los que desde un comienzo se habían precavido más para enfrentar dicha eventualidad.

Lo que aquí nos interesa subrayar es que, en este contexto, podemos comprender mejor cómo el anarquismo español, lejos de desaparecer —a pesar de su inevitable contracción a causa de la proscripción—, supo sobrevivir en las sombras y retornar a comienzos de la década siguiente a la vida pública, después de la caída en 1881 del régimen canovista. Recurrir a la clandestinidad como estrategia de supervivencia ante la persecución fue algo que, en la práctica revolucionaria del anarquismo en España, seguramente se debe desde el inicio a los principios de la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, introducidos en España en 1868, por Giuseppe Fanelli, cumplido y eficaz emisario de Miguel Bakunin.

⁴⁸ Sobre las relaciones internacionalistas de la FRE, véanse, entre otras, las referencias en AIT, *Actas y Cartas*. La organización clandestina en Francia no había sido nula. MAITRON, 1983. En Italia, a pesar de la persecución oficial a partir de 1871, los anarquistas mantuvieron una intensa vida clandestina. MASINI, 1958 y 1969; PERNICONE, 1993.

II “INVISIBLES E INASIBLES”: LA REORGANIZACIÓN EN LAS SOMBRAS

Ya hemos visto cómo después del golpe de Pavía, particularmente a partir de la Circular 38, de mediados de enero de 1874, la Comisión Federal de la Federación Regional Española se preparó para pasar a la clandestinidad e instruyó a sus seguidores a reorganizarse en pequeños grupos o núcleos secretos según conviniera a cada Federación. Sin embargo, el mensaje iba más allá de la mera supervivencia: no solo se pretendía diseñar los mecanismos adecuados para seguir actuando con sigilo, cuando no de manera oculta, sino que, en un giro discursivo, se acentuaba la confrontación de clases, al convocar a los militantes a prepararse para “la guerra social”, como respuesta a aquella que “la burguesía” había desatado contra los trabajadores.¹

Para la FRE, pasar a la clandestinidad significaba abandonar el fértil terreno de la organización pública, que desde su fundación en 1870, pese a los altibajos analizados en el capítulo anterior, se había ido abonando exitosamente, aumentando el número de afiliados y convirtiéndose en una presencia incuestionable en el escenario social y político español. En cambio, se temía que reagruparse en pequeños núcleos “invisibles e inasibles”² equivaldría, en adelante, a frenar esa labor y perder la presencia ganada, aunque, a la vez, garantizara si no la fuerza numérica, sí una supervivencia combativa, aunque reducida y al margen de la legalidad y de la vida pública. En todo caso, queda

¹ Circular 38, 12.I.1874, en AIT, 1987, t. VII, pp. 26-27.

² NETTLAU, 1969, p. 90.

claro que lo que la FRE intentaba era estar lista para sobrevivir aun en las peores circunstancias, lo cual marcaría un sendero distinto del que se había seguido en Francia, donde la AIT había prácticamente desaparecido tras la represión de la Comuna y la deportación o el exilio de los internacionalistas, o del de Italia, donde el continuo golpeteo de las autoridades había logrado fragmentar y reducir la participación de los militantes, y a muchos mandarlos al exilio, a la vez que limitó severamente la actividad de las federaciones locales, con el consiguiente aislamiento entre ellas.³

También a diferencia de Francia, al dictarse su proscripción en enero de 1874, la Federación Regional Española había llegado a ser geográfica y numéricamente significativa. Recordemos que en el Tercer Congreso celebrado en Córdoba a finales de 1872, la Federación presumía —si bien no lo podemos verificar— de contar con cerca de 30 000 afiliados, distribuidos en una amplia red de federaciones y secciones locales, a lo largo y ancho de la Península. Es cierto que las agrupaciones poseían cierta independencia de acción, lo cual revelaba una fuerte tendencia hacia la autonomía, situación que más de una vez, como en el verano de 1873, incluso se tradujo en roces con la propia Comisión Federal.⁴ Sin embargo, desde la óptica comparativa, el anarquismo español aparecía más numeroso y más capaz de movilizar organizada y amenazadoramente a sus seguidores que ningún otro en Europa.

Dado el antecedente de Francia después de la Comuna y el de la represión desatada en España en 1873, a raíz del cantonalismo y de los sucesos de Alcoy en enero de 1874, la Federación

³ En el *Bulletin* de la Federación del Jura y más tarde en *Le Révolté* abundan las noticias sobre la persecución contra diversas federaciones europeas, incluyendo la española. Hay que recordar que la Federación Italiana de la AIT se fundó en Rímmini, en agosto de 1872; antes existía alguna que otra federación local.

⁴ Esto lo apunta acertadamente PIQUERAS ARENAS, 1999, al examinar el caso de Valencia.

podía prever con certeza que la proscripción no sería breve y que las medidas del gobierno para implementarla tampoco serían suaves. Anticipando tal dureza, la FRE no se propuso ingresar en la clandestinidad únicamente para subsistir de manera resignada y pasiva, esperando a que las autoridades decidieran levantar la prohibición, sino que lo hizo lo más razonadamente posible para proteger la organización y seguir luchando desde las sombras. En otras palabras, para evitar desaparecer y poder sobrevivir en secreto, el anarquismo español desarrolló desde finales de 1873, como lo mostramos antes, una estrategia que ponía el acento en reorganizarse en pequeños grupos revolucionarios, forjar nuevos mecanismos de lucha clandestina y sostener y estrechar los vínculos con agrupaciones internacionalistas afines en otros países, según mostraremos en las páginas siguientes. En una guerra por parte del gobierno, que la Federación Regional anticipaba desigual y sin cuartel contra ella, sus dirigentes procuraron crear los mecanismos que les permitieran subsistir de manera organizada en la clandestinidad, a la vez que desarrollar prácticas y discursos revolucionarios con los cuales, en adelante, dar sustento al internacionalismo y a la acción revolucionaria.

No debemos olvidar que, desde los inicios en 1868, al introducir en España la Alianza Internacional de la Democracia Socialista con su doble nivel organizativo: público, cuando fuera posible, y secreto, si fuese necesario, el bakuninismo dotó a la FRE de un mecanismo fundacional. En 1874 esto le permitió concebir su repliegue como una estrategia para desarrollar novedosos patrones clandestinos de organización, de propaganda y de resistencia, mientras durasen las coyunturas adversas, sin renunciar al principio de la organización pública, cuando fuera posible.

Por otra parte, pese a la represión, el anarquismo español no abandonó sus lazos internacionalistas y, en la medida de sus posibilidades, participó en los congresos, conferencias y demás actividades que, después de la escisión entre marxistas y bakuni-

nistas en el Congreso de La Haya de septiembre de 1872, el ala anarquista de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) organizaba desde Suiza en aquellos pocos países donde aún era legal. No faltaron tampoco los vínculos secretos españoles con las actividades que también se desarrollaban de manera clandestina en otros puntos de Europa, como veremos detalladamente en el próximo capítulo. Así, la Federación Española no solo se mantuvo al tanto de las transformaciones doctrinarias y organizativas dentro del propio internacionalismo, sino que en la práctica forjó vínculos transnacionales con movimientos afines tanto en el resto de Europa como en Hispanoamérica, donde, sobre todo en el Río de la Plata, la creciente emigración italiana y española, entre otras, ampliaba los contactos y las redes anarquistas.⁵ Por todo lo anterior, durante sus casi ocho años de vida clandestina, entre enero de 1874 y septiembre de 1881, queda claro que los cambios realizados por la FRE en su organización, así como sus adecuaciones doctrinarias y sus desarrollos culturales, fueron esenciales para sobrevivir e, incluso, refundarse en la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), después de la caída del gobierno conservador de Antonio Cánovas del Castillo, en febrero de 1881.

⁵ Sobre esto último, por ejemplo, en una extensa "Memoria", del 4.VII. 1877 (cit. en LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, pp. 369-382), la Comisión Federal señala la visita a España de un miembro de la Federación de Montevideo que llevaba una carta de adhesión al VIII Congreso en Berna, que tendría lugar en octubre de 1876, para que la transmitiera a la delegación española. Cf. *Compte-rendu officiel du VIIIe Congrès Général*, Berna, 1876, p. 52. Según un informe en APP, Ba/434, este mismo enviado participó en el Congreso de Verviers, en septiembre de 1877. Respecto de los lazos con el Río de la Plata, véase más adelante el capítulo III. También hay mención del apoyo económico prestado a un compañero de Sanlúcar de Barrameda para emigrar a Sudamérica y la noticia de que se escribiría a Buenos Aires y Montevideo para que allí, los compañeros trataran de conseguirle trabajo.

1. HACIA UNA LARGA CLANDESTINIDAD

A partir de enero de 1874 el mayor esfuerzo de la Federación Regional fue mantener la comunicación interna, tratando de no poner en peligro la integridad de sus redes ni la de sus miembros. De este modo se acentuó el énfasis en la autonomía e independencia de las secciones y en lugares más retirados se fomentó la formación de pequeños grupos locales. Por otra parte, se convocó a que, en lo posible, se mantuviera el contacto de estos núcleos entre sí, a la vez que con las secciones locales y federaciones regionales. Además, se subrayaba la necesidad de seguir en comunicación con la Comisión Federal, la cual, por su parte, se esforzaría por continuar enviando delegados a los congresos y reuniones internacionales convocados por la AIT y por sostener la correspondencia con la Oficina (*Bureau*) Federal internacional en Suiza y con otras federaciones y secciones en diversos países.⁶ En otras palabras, mediante estas disposiciones, el gran esfuerzo anarquista español se centró en mantener activas y enlazadas entre sí las agrupaciones peninsulares clandestinas y en sostener los vínculos con aquellas existentes en el extranjero, de tal modo que estas redes preservaran en las sombras el ir y venir de contactos e información de lo local a lo internacional y viceversa.

Ante el asedio de las autoridades no fue tarea fácil mantener y coordinar la organización en sus distintos niveles —desde el ámbito federal hasta las secciones locales y los pequeños gru-

⁶ Debemos recordar que en el VI Congreso de Ginebra, que se reunió del 1 al 6.IX.1873, se reformaron los Estatutos y se acordó disolver el Consejo Federal, y, en su lugar, crear un *Bureau fédéral* (artículo 8 de los nuevos *Estatutos generales* de la AIT). La sede de la Oficina Federal sería rotativa para coincidir con la sede anual de cada Congreso internacional. Cf. GUILLAUME, 1985, t. III, cap. v, p. 128 y *passim*; cito aquí por la excelente edición de Marc Vuilleumier.

pos—, ni su vinculación con otros países. Por el contrario, los constantes riesgos de ser descubiertos limitaban en la práctica lo que se había diseñado en teoría. El alargamiento temporal de las medidas restrictivas y los obstáculos de toda índole —especialmente políticos y materiales— más de una vez sobrepasaron con creces las dificultades imaginadas en un principio, fomentando lo que sería una fragmentación en ocasiones insalvable, pero a la vez agudizando la astucia organizativa.

Es cierto que con la restauración de la monarquía borbónica las restricciones parecían relajarse, ya que la Constitución de junio de 1876, en sus artículos 6, 7, 8, 10 y 13, garantizaba a todos los españoles el derecho de reunión, de asociación, de la libre emisión de ideas, así como la libertad de prensa, la inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio, entre otros. Sin embargo, esta laxitud resultaba más aparente que real, pues por el artículo 17, lo anterior se podría suspender por ley “cuando así lo exija la seguridad del Estado”. A esta duplicidad contribuía el que muchos decretos y leyes previos continuaran en vigor y limitaran *de jure y de facto* las actividades políticas de quienes habían sido proscritos. No hay que olvidar que estos abarcaban un amplio espectro que incluía, entre otros, a anarquistas y a internacionalistas partidarios de Marx, a carlistas, a republicanos de diversas tendencias y a patriotas antillanos y filipinos. Por otra parte, dichas actividades permanecían criminalizadas en un amplio abanico de delitos políticos comprendidos en el Código Penal, vigente desde 1870; aunque a partir de 1876 este fue modificado, la proscripción de actos políticos contrarios al régimen no se alteró.⁷

Un ejemplo de esta duplicidad legislativa fue la “Orden circular del Ministerio-Regencia” dirigida a los gobernadores, firmada el 7 de febrero de 1875 por Francisco Romero Robledo,

⁷ VIADA y VILASECA, 1885.

ministro de la Gobernación. En ella se señalaba que la Monarquía se proponía "respetar todos los derechos políticos", incluyendo los derechos "de reunión y asociación". La declaración podría parecer muy promisoria, si no fuera porque a continuación se explicaba que, para que ello fuera posible, se debían cumplir seis reglas puntuales. La primera estipulaba que para reuniones de más de 20 personas era indispensable obtener "permiso previo y por escrito del Gobernador de la provincia en las capitales y de la Autoridad local en los demás pueblos". Naturalmente, quedaba a discreción de la autoridad correspondiente conceder o no dicha autorización. Pero, además, la regla cuarta advertía, sin dar plazo alguno, que "por ahora" quedaban prohibidas "las asociaciones que tengan un objeto político, y las Autoridades no consentirán en manera alguna la continuación de las existentes, ni la constitución de otras nuevas". Las únicas asociaciones que quedaban exentas de estas obligaciones y restricciones eran las religiosas, que podrían reunirse y participar libremente en procesiones; en cambio, incluso las culturales, ya fueran benéficas, científicas, literarias o de esparcimiento, como los casinos y los círculos recreativos obreros, debían solicitar permiso de la autoridad, pero aun teniéndolo, podían ser prohibidas y sus miembros castigados en caso de que "su verdadero carácter" fuera político, lo cual debía ser informado de inmediato al Ministerio de la Gobernación. Esto resultaba en clara alusión a quienes pretendieran disfrazar sus verdaderas intenciones contrarias al régimen, cuando no radicales o revolucionarias.

Poco después, el 18 de mayo de 1875, un Real Decreto, con preámbulo del presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, declaraba vigentes "las anteriores disposiciones". Así, aunque se autorizaba a la prensa a "plantear y discutir" cuestiones políticas, enseguida se aclaraba explícitamente que ello solo sería así en lo referente a "cuestiones constitucionales". También se otorgaba permiso para celebrar reuniones

públicas; pero una vez más esto era engañoso, pues se precisaba que sería únicamente para “los partidos legales que lo soliciten”, con lo cual todos aquellos que cuestionaran o se opusieran a la forma de gobierno establecida quedaban al margen. Esto se corroboraba en el Código Penal vigente. Por ejemplo, el artículo 181 puntualizaba que, entre otros, era un delito preconizar o excitar al “reemplazamiento de la forma monárquica o de las instituciones existentes” por otras, ya fuera por medio de discursos, impresos, lemas, o cualquier otra forma de “inducción directa”, lo cual incluía desde manifestarse a favor del republicanismo hasta hacerlo en favor de “la autonomía colonial”.⁸ De hecho, la aparente tolerancia y apertura de la Restauración quedaban subsumidas en la prohibición y la coacción que se ejercían de muy diversos modos, para restringir actividades y propaganda contrarias al régimen.

En este contexto de restricciones legales y *de facto*, la Federación Regional Española daría sus primeros pasos secretos al reunirse clandestinamente en un Congreso Obrero a fines de junio de 1874, en Madrid.⁹ A partir de este Cuarto Congreso se percibe cada vez con mayor claridad la decisión de los anarquistas españoles de evitar ser erradicados y de mantenerse activos en la lucha, aun sabiendo que esta sería desigual y difícil. A este Congreso solo lograron asistir 48 delegados, en representación de un total de unas 190 federaciones locales y 349 secciones distribuidas en 193 localidades, lo cual significaba una reducción

⁸ En el artículo 190 de dicho Código se explicitaba que la solicitud de permiso para reunirse debía hacerse por escrito con 24 horas de antelación, y se dejaba implícito que la autorización también debía darse por escrito. VIADA y VILASECA, 1885, vol. II, p. 79.

⁹ Aunque la fecha exacta no está clara, NETTLAU, 1969, p. 251, da por buena la del 21 al 25 de julio de 1874, que aparece en la “Memoria” enviada al Congreso de Bruselas, en agosto de ese año. En cambio, GUILLAUME, 1985, t. II, cap. VII, p. 185, menciona el día 25 de julio y siguientes.

significativa respecto del Tercer Congreso de Córdoba, celebrado casi un año y medio antes.¹⁰

Mucho había cambiado en España y en la vida de la FRE desde entonces.¹¹ En el Cuarto Congreso, en Madrid, se planteó la necesidad de reformar diversos artículos de los *Estatutos* de la FRE, para que estuvieran en consonancia con los de la AIT, que en 1873 —una vez escindidos marxistas y bakuninistas en La Haya—, también se habían modificado y aprobado en septiembre, en el Congreso de la AIT en Ginebra, cuyos acuerdos la Federación Española había ratificado entonces. Es interesante anotar que, en este Congreso, José García Viñas y Charles Alerini —dos reconocidos militantes, cuya formación primera había sido como médico y como educador, respectivamente—, se pronunciaron a favor de definir claramente las categorías de “trabajador” y de “obrero”, ya que según ellos, la categoría de “explotados” era mucho más incluyente. Además aclaraban que, aunque no se trataba de negar a la burguesía como clase antagónica, sí había que aceptar a aquellos individuos que, aunque de ese origen, tuvieran

¹⁰ NETTLAU, 1969, p. 256, y LORENZO, 1974, parte II, cap. 7, p. 337.

¹¹ Las cifras existentes para este Cuarto Congreso son contradictorias, pues GUILLAUME, 1985, t. III, cap. VIII, pp. 188 y 214, menciona que entonces había 320 federaciones locales con 532 secciones. En cambio, LORENZO, en *idem*, menciona 190 federaciones locales y 349 secciones, lo cual se acerca más al informe del delegado español, “Gómez” (seudónimo de Rafael Farga Pellicer), al Congreso General de Bruselas (*cf. Compte-rendu officiel*, septiembre, 1874), quien menciona 193 federaciones locales y 349 secciones, lo cual supone un notable contraste con las cifras de Guillaume. Respecto de la estadística en la “Memoria presentada por la Comisión Federal para el Congreso de Córdoba”, de diciembre de 1872, sigo a LORENZO, 1974, parte II, cap. 5, pp. 300-302, quien cita del documento y señala que existían 236 federaciones locales y 603 secciones, con unos 29 000 federados. Dan cifras distintas GUILLAUME, 1985, t. III, cap. II, pp. 44-46 y cap. IV, pp. 85-86, al igual que DÍAZ DEL MORAL, 1929, apéndice II, p. 425.

afinidad con el anarquismo, pues unos y otros cuestionaban la noción de que para ser federados había que tener las “manos callosas”.¹² En otras palabras, se mantenía la idea de que en la pequeña burguesía podía haber individuos o grupos desclasados que se acercaban en sus realidades e ideales sociales al de los trabajadores urbanos y otros.

Entre las decisiones tomadas entonces estuvo la de reorganizar la Federación Regional en diez comarcas, encabezada cada una por una Comisión Comarcal, y se acordó ratificar la autonomía de los grupos y apoyar la celebración de pactos mutuos.¹³ En vista de las graves limitaciones impuestas por la represión, como, por ejemplo, la reducción del número de asociados y las consiguientes dificultades financieras, en el Cuarto Congreso de Madrid se votó el aumento de las cuotas de cada federado de 5 a 10 céntimos, lo cual en una coyuntura de crisis no dejaba de ser oneroso para algunos, y se instó a limitar las huelgas de resistencia, según los recursos disponibles de cada sección. Como corolario de esto último, más que aconsejar las huelgas para transformar la sociedad, como se sostenía en los *Estatutos* anteriores, los nuevos reglamentos hacían un llamado a emprender “una vía franca y decididamente revolucionaria”. Así, a partir de entonces, se introducía un nuevo instrumento de lucha social al reconocer como “un deber, la represalia”, con-

¹² NETTLAU, 1969, p. 214. Esto ya era una realidad en España, donde desde su fundación, la FRE tenía entre sus representantes y militantes destacados a estudiantes, a algún profesional y a algún dueño de un pequeño taller, miembros de una pequeña burguesía desclasada, que acababan por integrar las clases populares urbanas, como se señaló en el primer capítulo.

¹³ Estas comarcas fueron Andalucía del Este, Andalucía del Oeste, Aragón, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Cataluña, Extremadura, Murcia, Vasco-Navarra-Santaderina y Valencia. En la década siguiente, la FTRE hizo un reordenamiento y creó una tercera comarca andaluza, la del Sur.

cebida como una especie de justicia retributiva ante los abusos de autoridades, patrones, terratenientes, capataces y otros. La importancia de esto como arma para oponerse a la represión y coadyuvar al triunfo en la lucha de clases, se vería ratificada una y otra vez durante el resto de la década.¹⁴ En esta situación, calificada entonces de "conspiración obligatoria", se acordó que, además de ejecutar represalias, se convocara a los federados a fortalecer y extender la organización secreta, a aumentar la actividad propagandística y a llevar a cabo todo acto considerado revolucionario. Finalmente, se exhortaba a acentuar las medidas preventivas que permitieran escapar de la vigilancia oficial, y se fijó la fecha del siguiente Congreso Federal para mayo de 1875.¹⁵

Por otra parte, la Comisión se redujo a cuatro miembros, que se desempeñarían como "centro de correspondencia y estadística", actuarían de enlace para toda España y servirían de vínculo con las secciones internacionales, siguiendo el modelo de la Oficina (*Bureau*) Federal, según lo acordado en el "Pacto de Amistad, de Solidaridad y de Defensa Mutua entre Federaciones Libres", acordado en St. Imier a mediados de septiembre de 1872, y en lo convenido a finales de ese mismo año en el Tercer Congreso Obrero, en Córdoba. Finalmente, para prevenir medidas represivas, se decidió que la Comisión Federal, que desde la represión en Alcoy se había establecido en Madrid, se trasladara ahora a Barcelona, por considerar que la ciudad condal ofrecía

¹⁴ LORENZO, 1974, parte II, cap. 7, pp. 337-339. El Rapport de la FRE menciona varias huelgas. Cf. *Compte-rendu officiel du VIIIe Congrès Général tenu à Berne du 26 au 30 octobre 1876*, Berna, 1876, reproducido en LIDA, 1973, pp. 408-409. Al cuantificar los altos costos de estas huelgas, la FRE consideraba que hubiera sido más provechoso dedicar esos recursos "al desarrollo de la organización revolucionaria", ya que las huelgas pierden terreno, a medida que "el espíritu revolucionario lo gana".

¹⁵ LORENZO, *idem*.

mayor seguridad que la capital española. En este contexto, según Anselmo Lorenzo, crítico de las formas poco transparentes en las que él consideraba que actuaba la Comisión Federal, reaparecieron entonces con nuevo ímpetu las redes y los mecanismos de organización y acción clandestina de la antigua Alianza bakuninista, a la que el propio Lorenzo había pertenecido.¹⁶ Esto contrasta con la valoración de Max Nettlau quien, aunque enemigo de tales formas, veía en el recurso a las redes aliancistas una medida necesaria y positiva para evitar que se instalara la somnolencia, en vez de la alerta requerida.¹⁷

2. EL CENTRIFUGALISMO DE LOS GRUPOS: LAS CONFERENCIAS COMARCALES Y LA RADICALIZACIÓN DISCURSIVA

Las medidas que paulatinamente cambiarían el rumbo del anarquismo peninsular se fueron sucediendo al mediar la década, por iniciativa de la Comisión Federal, como respuesta a las acciones coercitivas del gobierno. Tal vez el cambio más significativo se produjo en 1875, cuando una vez más se revisaron los *Estatutos*, para adaptarlos a la creciente represión oficial.

a] *La reorganización en comarcas*

Una de las medidas más importantes que se ratificaron fue que la FRE se reorganizaría en unidades más pequeñas y autónomas, denominadas comarcas, que, como ya dijimos, inicialmente fueron 10 y corresponderían *grosso modo*, a las regiones geográficas,

¹⁶ LORENZO, parte II, cap. 8, p. 349.

¹⁷ *Ibid*, cap. 8. NETTLAU, 1969, pp. 260-261, afirma que “là où il n’y a pas une ‘Alianza’ quelconque, il y a somnolence et sommeil”.

según la organización territorial de la época. La excepción sería en aquellas de difícil coordinación y muy pocos afiliados, que se consolidarían en una sola (como la Vasco-Navarra-Santanderina), o las que tenían una filiación numerosa, como Andalucía, que entonces se dividió en dos, la Comarca del Este, que comprendía las provincias de Málaga, Granada, Jaén y Córdoba, y la del Oeste, para las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz; las dos últimas contaban con el mayor número de federaciones locales.

Esto significaría que en cada una de estas divisiones territoriales habría una Federación comarcal que debía mantener contacto estrecho con sus miembros, así como "facilitar las relaciones de la Comisión Federal". Además, cada comarca continuaría reforzando las labores de proselitismo, lo cual se suponía que permitiría reorganizar el territorio, tanto política, como social, ideológica y culturalmente.¹⁸ Esto también contribuiría a acercar a los militantes más comprometidos a los seguidores y simpatizantes, instándolos a que, cuando fuera posible, creasen nuevos grupos y mantuviesen vivos los lazos y los intercambios con los ya existentes y sus respectivas comunidades. A la larga, como veremos más adelante, gracias a estas prácticas, al volver la FRE a la vida pública en 1881, transformada en una nueva Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), sus seguidores se habían multiplicado respecto de los que el anarquismo tenía en 1873.

En este contexto, en 1875 se canceló el que hubiera sido Quinto Congreso Federal y en su lugar se convocó a Conferencias Comarcales secretas, que en adelante sustituirían los congresos generales. A cada una de ellas acudiría un delegado de la Comisión Federal para coordinar el orden del día y transmitir a los demás los acuerdos tomados. Queda claro que a partir de las primeras Conferencias Comarcales en el verano de 1875 y la

¹⁸ LORENZO, *ibid*, p. 351 y ss.

revisión de los *Estatutos*, la actividad de las federaciones comarcales fue en aumento, y con ello se fue también acentuando la regionalización y la presencia activa de grupos locales. Esto no era asunto menor, pues sin duda contribuyó a aumentar la autonomía local y regional frente a la Comisión Federal, aunque esta se reservara “la iniciativa en todos los asuntos que creyera conveniente”, tanto en materia de organización, cuanto en los de acción revolucionaria.

Según Anselmo Lorenzo, la Circular número 5, dirigida a las comisiones comarcales con el orden del día, convocó a las conferencias del verano de 1875. En la primera Conferencia Comarcal de Cataluña, que tuvo lugar ese verano en Sans (Barcelona), se subrayó que, incluso dentro “del mayor secreto”, se debían fomentar e intensificar la “acción revolucionaria” y las “medidas prácticas” para asegurar cuanto antes el triunfo de la Revolución Social y la destrucción del Estado.¹⁹ A partir de entonces, pero decididamente en las conferencias comarcales de 1876, la “línea de conducta” se radicalizó. Es decir, se acentuó discursivamente el llamado a intensificar en la práctica la acción revolucionaria.

La decisión de la Comisión Federal de intensificar las autonomías locales por medio de la acción comarcal hizo que, años después, Anselmo Lorenzo lo comentara con desagrado, responsabilizando a la propia Comisión de fomentar, “a la manera autoritaria”, dicha autonomía, en vez de que esta emanara de “abajo arriba”, desde los propios colectivos. Sin embargo, como ya se señaló, esto no siempre fue exacto, ya que en la medida de las posibilidades, durante gran parte de la clandestinidad las federaciones locales, sus secciones y sus grupos continuaron activos, en tanto las Conferencias Comarcales mantenían contacto con diversas Comarcas, así como con la Comisión Federal.²⁰

¹⁹ LORENZO, parte II, cap. 8, pp. 353-354.

²⁰ *Ibid*, pp. 351-353.

Dejando de lado si ello había sido imposición o no, lo cierto es que, ante los duros embates desde el poder, a partir de 1875 se fueron gestando desarrollos cada vez más autónomos, no siempre producto de consensos federales, sino de circunstancias particulares en cada lugar, en tanto que el desarrollo equilibrado de las partes dentro del todo resultaba a menudo muy difícil de sostener, acentuando el peligro de una creciente fragmentación y un acentuado centrifugalismo que, eventualmente, podría llevar a situaciones extremas, como veremos en el caso de grupos pequeños, como la Mano Negra y otros. Por su parte, la Comisión Federal, que actuaba en nombre de la FRE, reconocía que "en tanto [esta continuara] colocada por los gobiernos fuera de la ley", ²¹ carecería de plena capacidad coordinadora y supervisora, por lo cual las diversas comarcas, federaciones, secciones y grupos locales acabaron por asumir sus propias estrategias de supervivencia y de acción, según sus contextos y posibilidades particulares. Esto generó una relación muy laxa entre la Comisión y los afiliados locales, lo cual implicaba el peligro de que se convirtiesen en pequeños núcleos con estrategias y proyectos propios, al margen de la Federación o, incluso, contrarios a esta. Sin embargo, también es cierto que la organización desde abajo y la relativa autonomía de los grupos, contribuía a acercar a los nuevos seguidores a una práctica más cercana a las necesidades de cada comunidad. A la larga, esta podría ser una de las razones por las cuales, al volver el anarquismo a la vida pública en 1881, reagrupado en la nueva Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), su tamaño se hubiera ampliado considerablemente respecto del que había tenido su antecesora en 1873, como veremos en el último capítulo.

En las Conferencias Comarcales de 1876 se aprobaron nuevas resoluciones, entre las cuales destacaba la preocupación por

²¹ *Ibid*, p. 351.

sostener la actividad federada, pese a que en la realidad se fueran acentuando un autonomismo cada vez mayor y un centrifugalismo a veces incontrolable. También el lenguaje se fue radicalizando notablemente. Así, por ejemplo, tras acordar “llevar a cabo la Revolución social”, cada sección federal debía nombrar una “comisión ejecutiva” que organizara “grupos de vigilancia y de propaganda revolucionaria”. En cada comarca se nombraría, además, “un comité revolucionario o de guerra” para “estudiar los mejores medios para desarrollar [la propaganda], proporcionarse recursos, armas, municiones y hacer represalias”. Para subrayar la severidad de la situación, se advertía que todas estas actividades debían permanecer en el más absoluto secreto, que todos los documentos se redactarían en clave y sin sellos ni otros distintivos y que los delatores internos o externos serían severamente castigados como enemigos y traidores, hasta con la muerte.²² En vista de estos cambios, ¿por qué sorprendernos si estas ideas reaparecieron más o menos con el mismo lenguaje en los documentos que se harían públicos un lustro más tarde, los de la Mano Negra, grupo que, de haber existido, probablemente hubiera sido en esos años? Puesto que la Comisión Federal estaba encargada de hacer llegar las resoluciones a las diversas federaciones, y estas a las secciones para que las dieran a conocer a los grupos y a sus miembros, parece probable que entonces, algún pequeño grupo secreto en la zona de Jerez de la Frontera o aledaña los parafraseara para redactar sus propios reglamentos. Que luego fueran reflatados en 1883 por las autoridades, durante la re-

²² Este lenguaje está muy presente, por ejemplo, en los documentos citados por LORENZO, parte II, cap. 8, pp. 354-359. Se ha reparado muy poco en la riqueza documental que aparece reproducida en *El proletariado militante*. En general, esta obra se ha leído casi exclusivamente como las memorias personales del autor, pero también incluye un rico compendio de documentos de la época.

presión instrumentada a raíz de los supuestos crímenes de la Mano Negra, sirvió como recurso fácil para infundir temor y rechazo del anarquismo a medida que este reaparecía públicamente con renovada militancia.

Volviendo a los acuerdos de las Conferencias de 1876, también se resolvió que las localidades que lograran consolidar un movimiento insurreccional romperían "el lazo nacional", declarándose independientes y autónomas, socializando o destruyendo la propiedad individual y disolviendo el Estado y sus instituciones por medio de diversas medidas de convencimiento o, si fuera necesario, de fuerza, pero buscando siempre establecer una federación con las demás sublevadas. Esto a la vez reconocía la tensión entre la creciente tendencia a la fragmentación y el temor a que esta se acentuase rompiendo la cohesión del movimiento, lo cual no dejaba de mostrar lo inestable de este equilibrio. Por otra parte, se instruía a la Comisión Federal a nombrar un Comité de Acción que actuara de acuerdo con ella, aunque "en todo lo no previsto [dicho Comité quedará] en completa libertad para obrar como [lo crea] conveniente en bien de su objeto".²³

Por último, en consonancia con el ideal internacionalista, se afirmaba que se facilitarían "a todos los proletarios del mundo que lo deseen, los medios de venir al país de la revolución, ofreciendo así una verdadera patria a los desheredados",²⁴ propuesta que recuerda la realizada años antes, por la Comuna de París, en 1871, al proclamar la República Universal.²⁵ Ello evocaba la larga tradición del discurso jacobino revolucionario y de la fraternidad internacional, desde la llamada "República del género humano", de Anacharsis Cloots, en 1792, hasta la República

²³ "Memoria", en LORENZO, *ibid*, cap. 9, pp. 368-384.

²⁴ En LORENZO, *ibid*, pp. 356-359.

²⁵ Véase ANGENOT, 1997, p. 75.

democrática y social de 1848, sin olvidar la defensa del internacionalismo por la AIT.²⁶

Finalmente, la Comisión Federal quedaría encargada de redactar un proyecto de reglamento, que se sometería a la aprobación de los “grupos de acción revolucionaria”; este establecería los derechos y obligaciones de sus seguidores, “previa consulta con hombres inteligentes en la táctica de la guerra”. De hecho, en mayo de 1877, la Circular 9 daba noticia de la votación favorable para aprobar dicho “Reglamento”, que había sido sometido a votación en enero de ese año.²⁷ Por todo lo anterior, se puede apreciar que el año 1876 marcó un viraje en el discurso de la Federación. Por una parte se reconoció que se estaba produciendo un giro hacia la fragmentación en pequeños grupos cuyo autonomismo radical amenazaba la cohesión, y por la otra se mantenía el deseo de lograr mecanismos que atenuasen el proceso y apoyaran y sostuvieran la integridad de la FRE. A partir de entonces, el giro hacia un centrifugalismo revolucionario del anarquismo en España parece haberse efectuado paulatinamente, en paralelo a la proscripción de la vida pública que la Federación sufría desde los inicios de la Restauración. Simultáneamente, podemos observar cómo el discurso se fue radicalizando ante el creciente endurecimiento de la persecución oficial.²⁸

²⁶ SOBOUL, 1980; LIDA, 2002 y 2023. No hay que olvidar que al caer la Comuna, uno de los miembros de su Consejo, el poeta francés Eugène Pottier, miembro de la AIT desde 1870, compuso el poema *L'Internationale*, que en 1888, con música del belga Pierre De Geyter (Degeyter, en francés) se cantó por primera vez en Lille y, paulatinamente, se fue convirtiendo en el himno revolucionario obrero por antonomasia, traducido a diversos idiomas y cantado hasta hoy en numerosos países.

²⁷ Todas las citas de los acuerdos, en LORENZO, parte II, cap. 8, pp. 354-355 y ss.

²⁸ BACHERO BACHERO, 2020.

b) *La radicalización discursiva*

Un ejemplo de lo anterior lo hemos podido comprobar con un documento sin fecha, pero coetáneo de lo aquí tratado, que localizamos en el Archivo General Militar (AGM), en Segovia. Este es un ejemplo concreto de cómo se interpretaron y reelaboraron localmente estos principios. Se trata de la copia de un extenso "Programa para los grupos de acción revolucionaria", preparado por la Federación local de Arcos de la Frontera, posiblemente a finales de la década de 1870, que la Comandancia de la Guardia Civil de la provincia de Cádiz envió al Director General de este cuerpo y que, por medio de este, se remitió al ministro de la Guerra. Según lo indica el copista, el teniente coronel primer jefe, Pedro Mayor y Giménez, el original lleva un sello de la Federación de Arcos.²⁹

En este "Programa" se recuperan y reelaboran las resoluciones de las Conferencias de 1876. Así, se establece que un "Comité Ejecutivo" de cinco personas será responsable de, entre otras acciones, instruir a los asociados en cómo organizarse en pequeños grupos, teniendo en cuenta que una vez iniciados, por ningún motivo se podrán separar del suyo. Además, se explica que la obligación de los federados será trabajar para llevar a la práctica los acuerdos tomados y "violentar con propaganda práctica la revolución para que desaparezcan en el plazo más corto todos los privilegios". A ello se agregaba que los grupos de una federación local podrían colaborar con los de otra y prestar "apoyo moral y material en los hechos que hayan de realizar", siempre y cuando los principios y fines fueran los mismos. También se aclaraba que la obligación de la asociación era fomentar toda clase de conflictos "para excitar [*sic*] a la insurrección [con] activa propaganda",

²⁹ Documento sin fecha, en AGM, Segovia, 20/30 legajo 23. Este "Programa" se asemeja a otros documentos de la época, como los vinculados con la Mano Negra, tanto al explicar qué tipo de actos a realizar, cuanto a cómo tratar a los traidores. Véanse LIDA, 1993, 2012a y b.

para lo cual se quemarían archivos y se buscaría ejecutar castigos en personas, bienes “y [contra los] agentes más significados de la sociedad”. Se recomendaba, además, que se estudiara cómo imponer contribuciones de guerra entre “determinadas corporaciones y personajes ricos”, dinero que se emplearía para “levantar partidas cuyo número y organización se determinará según el objeto y terreno” del ataque. Como se puede ver, la radicalidad en el lenguaje resulta notable, pero no excepcional, y revela la tendencia discursiva que se iba imponiendo entre los grupos.

Por otra parte, para garantizar el éxito de toda acción secreta, en el “Programa” se establecían medidas punitivas ante la indiscreción de los propios federados. En el artículo 6 se demandaba “la mayor prudencia”, para que “qued[ara] segura [sic] la impunidad” y se exigía que todos los miembros cumplieran lo acordado, pues de lo contrario serían considerados traidores. El texto es muy claro sobre quién caería en esta categoría: el “socio que declare la existencia de este grupo o manifieste algunos de sus acuerdos y deje de realizar el hecho a que se haya comprometido” (art. 5). El traidor sería juzgado por un jurado que estudiaría “sin pasión y con determinimiento el hecho, y sea cual fuere la determinación que adoptaren, ningún individuo del grupo podrá negarse a prestar su cooperación hasta conseguir su exterminio [sic]” (art. 6). En caso de ser sorprendidos por las autoridades, en el artículo 21 se recomendaba resistir mientras se salvaba o inutilizaba “lo que no convenga que caiga”, como los “papeles de trascendencia o depósitos de armas”. Esta discrecionalidad en la interpretación de la autonomía local, que podía llegar hasta ordenar el “exterminio” de un correligionario acusado de traición, es algo que, como veremos, no solo radicalizó el lenguaje de algunos grupos, sino también el imaginario de la violencia al instar a tomar la justicia en las propias manos.³⁰ Esto

³⁰ SIMMEL, 1906, señala características generales de las sociedades secretas que coinciden con lo que aparece en este “Programa” andaluz.

contribuyó sin duda a que en la prensa se fuera instalando una imagen tenebrosa y criminalizada del anarquismo, que se explotaría una y otra vez desde el poder.

La violencia alegórica y discursiva aparece de manera gráfica en la misma copia del "Programa para los grupos de acción revolucionaria", de Arcos de la Frontera, que se encuentra en el AGM, en Segovia. El documento aparece encabezado en el ángulo superior izquierdo por un óvalo con un puñal dentro, sobre el cual se leen las iniciales C.D.R., que bien podrían significar Comité Directivo Revolucionario. Ahora bien, la imagen de un puñal en un documento de la época era menos rara de lo que podríamos suponer. Por ejemplo, pocos años después, en 1883, encontramos la antorcha y el puñal en cruz en una hoja en la que "Los Desheredados. Organización revolucionaria anarquista. Comité de guerra de la nación española", recrimina a la Comisión Federal por su conducta insolidaria con los jornaleros andaluces durante los sucesos de la Mano Negra.³¹ Hacia esos mismos años, en un cartel arrancado de un muro por las autoridades de París, encontramos un gran puñal al centro, que recorre la hoja de arriba abajo y muestra en la empuñadura la inscripción: *Mort aux exploiteurs*, firmado por el grupo simbólicamente llamado La Haine (El Odio). En el texto se enumera una larga lista de quienes viven explotando a los trabajadores; estos abarcaban desde la burguesía, los capitalistas, las autoridades, hasta "los jesuitas" (en referencia a la Iglesia), los uniformados y los delatores. Todos son calificados como "vampiros" sociales que deberán morir.³² Ninguno de estos casos era tan distinto ni distante del puñal de los Invencibles irlandeses ni del de la hoja rusa *Tierra y Libertad* (*Listok Zemlia i Volia*), que en un círculo

³¹ *Crónica de los Trabajadores*, libro I, 6.I.1883, p. 25.

³² APP Ba/200. El mismo cartel aparece también en Lyon, pero anónimo. Cf. ADR, 4M, *Placards anarchistes*.

rojo encerraba tres símbolos de violencia: una pistola, un puñal y un hacha.³³

En la extensa “Memoria” de 1876-1877³⁴ que la Comisión Federal dirigió a las Conferencias Comarcales en julio de 1877, se mantiene la exaltación retórica de la violencia como arma contra los enemigos de clase. En ella se informaba que en la Circular 6, del 1 de marzo de ese año, se había aconsejado a los Comités de Acción Revolucionaria en las distintas localidades “infiltrar en el ánimo del pueblo” la necesidad de “quitar del medio” al mayor número de “enemigos reaccionarios” para alcanzar la revolución, y se afirmaba que “el pueblo no perdona a sus enemigos y opresores, sino que acaba con ellos” hasta el día “en que los pobres no [*sic*] triunfen sobre los ricos”.³⁵

En esa misma “Memoria” se explicaba también que, a finales de mayo, la propia Comisión Federal había autorizado a uno de sus miembros a trasladarse a Andalucía del Oeste, en vista de que se hablaba de “un próximo movimiento político” —refiriéndose, sin duda, al preparado por el líder republicano Manuel Ruiz Zorrilla desde su exilio en París, quien por presiones del gobierno español, poco después sería deportado a Suiza.³⁶ Según la Comisión, los grupos de acción debían aprovechar dicha coyuntura para ponerse “en pie de guerra” y “conseguir la destrucción de todos los privilegios y el establecimiento de nues-

³³ Sobre esto último, véase la noticia en *El Acta*, Madrid, 7.VII.1879. Sobre el grupo populista secreto, Zemlia i Volia y la publicación de la hoja clandestina, consúltese VENTURI, 1960, cap. 20. Sobre Irlanda, McGARRY y MCCONELL (eds.), 2009; WHELEHAN, 2012.

³⁴ Reproducida íntegramente en LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, pp. 368-384.

³⁵ “Memoria”, en LORENZO, *ibid*, p. 374.

³⁶ Sobre las conspiraciones de Ruiz Zorrilla, véanse CANAL, 2000, e HIGUERAS CASTAÑEDA, 2016, p. 294 y ss.; también, MARTÍNEZ LÓPEZ, 2010.

tros principios anárquico-colectivistas en las localidades donde hubiera sido posible".³⁷ Que dicho movimiento se frustrara no quitaría el entusiasmo revolucionario manifestado por la Comisión Federal ni el llamado a estar "prevenidos y dispuestos para la acción revolucionaria socialista", aun en momentos de ostracismo público, como eran esos.³⁸ Un par de años después, en las Conferencias de 1879, se cuestionó que la Comisión Federal mantuviera sus esperanzas en levantamientos partidarios y se le exigió "abandonar la actitud expectante" respecto de la acción de partidos y líderes políticos y asumir una militancia revolucionaria activa e independiente.

La postura de la Comisión Federal ya había sido objeto de cuestionamientos en las Conferencias de 1878. De hecho, la Circular 4 del 20 de septiembre había dado cuenta de los acuerdos tomados ese verano.³⁹ En ellos se aprecian críticas emitidas por las delegaciones de Jerez y de Madrid contra la actuación de la Comisión, ahora acusada de "inercia". Esta se defendió, alegando su esmero por "no comprometer a ningún compañero con comunicaciones demasiado frecuentes", pues ya se había sufrido la repetida violación de la correspondencia. Sin embargo, en estos intercambios quedaban evidenciados desacuerdos en el propio seno de la Federación, que tarde o temprano llegarían a repercutir negativamente.

En esas Conferencias también se manifestaron fuertes diferencias cuando se acordó establecer "escuelas internacionales", pese a la oposición de los representantes comarcales de Castilla la Nueva, Aragón y Andalucía del Este, partidarios de la acción directa. Según ellos, sus federaciones no creían que fuera en las aulas donde se educaría para la Revolución, sino que para que esta triunfara, era imperativo "llevar a cabo la propaganda direc-

³⁷ "Memoria", en LORENZO, *ibid*, p. 376.

³⁸ *Ibid*, p. 381.

³⁹ LORENZO, *ibid*, cap. 11, pp. 407-409.

ta de los principios revolucionarios". En este contexto, Andalucía del Oeste votó "por unanimidad la propaganda por los hechos y las represalias". Si bien, como ya vimos antes, lo segundo se había predicado sin ambages, al menos desde la Circular 34, de noviembre de 1873, y había sido adoptado en 1874 por el Congreso de Madrid, cuando se reconoció como "un deber la represalia". Así, vemos que la propaganda por el hecho, también llamada a veces de acción revolucionaria, comenzaba a debatirse cada vez con mayor frecuencia en los círculos anarquistas de España y de Europa.

Por su parte, en este debate de 1878 sobre los medios para desarrollar organizaciones revolucionarias, la comarca de Aragón se pronunció a favor de que los distintos grupos de acción se identificaran por medio de lemas, es decir, por medio de nombres que distinguieran a unos de otros.⁴⁰ Esto ya estaba ocurriendo en el resto de Europa, donde los pequeños grupos se reproducían, adoptando, entre otros, nombres de guerra, retórica y simbólicamente violentos o amenazadores. Cundían los grupos que con nombres atemorizadores evocaban diversos grados de confrontación, como en el caso francés, según la siguiente muestra entresacada de numerosos ejemplos surgidos durante más de un decenio, desde finales de los años de 1870, en adelante: en París se constituyeron *La Main Rouge*, *Les Invincibles* (nombre que evoca el de su homónimo irlandés), *Les Justiciers*, *La Haine*, *Les Égaux*, *Le Voleur*, *La Panthère des Batignolles*, *Les Destructeurs*, *Les Révoltés Italiens*, *Les Insurgés*, *Les Parias*, *Athées*, *Nitro-glycérine*, *Comité révolutionnaire exécutif*. Esto se reprodujo en otras ciudades: en Béziers surgió *La Plèbe*; en Cette-Eygun, *La Misère*, y en Reims no faltaron los *Cercles d'Études Sociales*, con nombres como *Les Vengeurs* y *Les Égaliteurs*. También hay noticias en otros lugares sobre

⁴⁰ LORENZO, parte II, cap. 11, p. 408.

la existencia de grupos como L'Hydre Anarchiste, Les Affamés, Les Révoltés y Les Incendiaires, así como de la creación de Le Parti de la Liquidation Sociale.⁴¹ Este fenómeno no estuvo menos presente en otros países, como Italia por ejemplo, donde aparecieron I Malfattori, I Farabutti, La Plebe, La Canaglia, Il Ladro Primo, Lo Schiavo Bianco, Gli Spostati, los cuales en algún caso también correspondieron a nombres de periódicos anarquistas. En la propia Suiza sabemos también de una sección de propaganda en Ginebra llamada Les Deshérités, que posiblemente influyera más tarde en Los Desheredados andaluces, y otra en La Chaux-de-Fonds, Les Sauveurs.⁴²

⁴¹ En 1882, en Francia, en la cuenca minera alrededor de Montceau-les-Mines, una sociedad secreta denominada Bande Noire (Banda Negra), supuestamente vinculada a un Comité exécutif de France, realizó varios atentados con dinamita. Véase MEUNIER, 2017. A raíz de estos actos, Pedro Kropotkin, quien entonces residía en ese país, fue acusado de alentar la violencia dinamitera de dicha Bande, por lo cual a comienzos de 1883 fue apresado y juzgado en Lyon, donde se le condenó a 5 años de cárcel. Véanse también MAITRON, 1983, y BOUHEY, 2008, sobre la presencia de numerosos grupos clandestinos en ese país y las acusaciones en su contra culpándolos por otros atentados.

⁴² Abundan datos al respecto en APP Ba/32, Ba/39, Ba/73, Ba/199, Ba/200, Ba/438, Ba/441, Ba/1511. También en periódicos como *La Révolution Sociale*, *La Défense*, *Le Temps*, *Le Matin*, y en los italianos, como *La Plebe*. A riesgo de extenderme, a continuación doy los nombres en español, según el orden de aparición en el texto. En Francia: La Mano Roja, Los Invencibles, Los Justicieros, El Odio, Los Iguales, El Ladrón, La Pantera de Batignolles, Los Destruidores, Los Rebeldes Italianos, Los Insurgentes, Los Parias, Ateos, Nitroglicerina, Comité Revolucionario Ejecutivo, La Plebe, La Miseria, Los Vengadores, Los Igualitarios, La Hidra Anarquista, Los Hambrientos, Los Rebeldes, Los Incendiaristas, El Partido de la Liquidación Social. En Italia: Los Malhechores, Los Bribones o Los Sinvergüenzas, La Plebe, La Canalla, El Primer Ladrón, El Esclavo Blanco, Los Desplazados. En Suiza: Los Desheredados, Los Salvadores.

Sin duda, la propuesta de la Federación aragonesa en las Conferencias Comarcales de 1878 revelaba familiaridad con una práctica que se iba extendiendo por distintos países. Esta se insertaba directamente en esa tradición simbólica que dotaba a los grupos de identidad propia, convirtiendo la connotación peyorativa en un rasgo de distinción a la par que de desafío, cuando no de violencia.⁴³ Es significativo que a finales de 1878, hasta el papa León XIII se sintiera obligado a condenar en la encíclica *Quod apostolici muneris*, “la secta de quienes, con nombres bárbaros y diversos, se llaman socialistas, comunistas, nihilistas”, lo cual habla de lo extendido —y para muchos, amenazador— de estas prácticas y discursos en diversos países. ¿Por qué en el caso de España, donde nombres como La Mano Negra o Los Desheredados evocan La Main Rouge francesa o Les Deshérités de Francia y de Suiza, nos atrincheramos en la idea de que eran un invento policial —como afirman con cierta ligereza algunos autores, repitiéndose unos a otros—, como si en España no se supiera de prácticas extendidas en el resto de Europa? Como veremos en el capítulo siguiente, los vínculos transnacionales clandestinos de España y los transcontinentales, lejos de desaparecer, se mantenían firmes, pese a la vigilancia continua de las autoridades de los distintos países.

⁴³ Véanse LIDA, 2012a y b. Hay referencias a una amplia presencia de grupos en Francia a partir de 1880, en el capítulo 2 de BOUHEY, 2008, pp. 35-45. Por ejemplo, el autor señala que durante la década de 1880 existían más de 120 grupos en París y sus alrededores. Para Andalucía entre 1890 y 1893, LÓPEZ ESTUDILLO, 2001, apéndice C, pp. 537-548, recoge numerosos nombres igualmente provocadores de grupos anarquistas compuestos tanto por hombres como por mujeres. BREY, 1984, pp. 107-108, recogió nombres semejantes de grupos gaditanos en 1891. Estas prácticas aparecieron también en Buenos Aires, Argentina, al finalizar el siglo. Véase SURIANO, 2001, p. 42, y también se dieron en Perú al comenzar el siglo XX, cf. MELGAR BAO, 2012.

En esas mismas Conferencias de 1878 se votó por unanimidad publicar, aunque sin carácter oficial, periódicos, hojas sueltas y otros escritos clandestinos que contribuyeran a sostener el esfuerzo revolucionario y a informar a sus seguidores de las novedades que estaban sucediendo aquí y allá. Otra propuesta aprobada destacaba la necesidad de estadísticas que recogieran datos sobre las condiciones de trabajo, subsistencias y demás "preocupaciones e ideas más generales que dominan en cada oficio y en cada localidad", incluyendo los oficios no federados. Además se recomendaba dirigir la mirada a lo que sucedía en cada localidad, "aunque no se refiera a nuestra organización", lo cual significaba conocer mejor e imbricarse más estrechamente con las comunidades de origen y las de oficio para poder eventualmente influir en ellas. Finalmente, se eligió a los nuevos integrantes de la Comisión Federal y se decidió que Anselmo Lorenzo fuese delegado de España en el Congreso de París, resolviendo que allí se le sumaran otros compañeros, residentes en esa ciudad, tema que exploraremos con mayor detalle más adelante.⁴⁴

Ese otoño, en octubre de 1878, en el Congreso suizo de St. Imier, se hicieron públicos los casi desconocidos "Estatutos reformados" de la Federación Regional Española. En ellos, la FRE se proclamaba antimonárquica y establecía que el único modo de asociación era el secreto. Además, asentaba que entre sus objetivos estaban realizar acciones revolucionarias y difundir propaganda por medio de hojas volantes. Finalmente, se cuestionaba el establecimiento de cooperativas de producción, por dar lugar a "resultados funestos", pues hacían de la ganancia una meta en sí; en cambio, se promovía crear cooperativas de consumo, para satisfacer las necesidades sociales básicas, aun-

⁴⁴ En LORENZO, 1974, parte II, cap. 11, p. 409. Volveremos sobre el tema en el siguiente capítulo.

que sus logros fueran “regulares”. Estas cooperativas servirían también de fachada para encubrir reuniones de seguidores, sin suscitar sospechas de la policía. Esto evoca la insistencia que desde septiembre de 1873 se puso en crear centros de reunión, como ateneos, bibliotecas obreras, etcétera, que ocultaran su verdadera función como sedes de federaciones locales.⁴⁵ Evidentemente, estas tácticas de disimulo y ocultamiento fueron esenciales para que el anarquismo sobreviviese activo durante la clandestinidad.

Un año después, en octubre de 1879, se informaba sobre las Conferencias que habían tenido lugar ese verano.⁴⁶ En ellas se aprobó “el proyecto de organización presentado por el Comité de Guerra” y se acordó un “Programa de realización práctica inmediata”,⁴⁷ autorizando a la Comisión a publicarlo de la manera “más conveniente sin alterar la esencia de los artículos”. Es notable la defensa que se hace en este documento del “Municipio libre”, y de la idea de la responsabilidad comunal en lo concerniente a la educación obligatoria, la higiene pública, la fiscalidad, la justicia y el bienestar para todos los miembros de la comunidad, incluyendo, entre otros, a los enfermos y los viejos, es decir, a “los inútiles para el trabajo, de cualquier edad y sexo”. Esto, como veremos más adelante, muestra que los ecos de las ideas anarcocomunistas, que se propagaban ya por Europa, comenzaban a difundirse paulatinamente en España. Los dos últimos puntos del mismo documento proclamaban el “contrato matrimonial li-

⁴⁵ APP, Ba/437, ff. 3189-3192. Documento en francés sin título, fechado en St. Imier, el 28.X.1878. Estos estatutos, prácticamente desconocidos, fueron traducidos con varios descuidos léxicos.

⁴⁶ LORENZO, parte II, cap. 11, pp. 410-411.

⁴⁷ Reproducido, sin fecha, en LIDA, 1973, pp. 416-418. NETTLAU, 1969, p. 324, menciona una “nueva edición”, impresa en abril de 1881 y tomada de “la hoja redactada en 1879”.

bre" y señalaban que sería decisión de cada municipio "el establecimiento de centros de lactancia" y cuestiones como "los derechos políticos de la mujer", como reconocimiento a la militancia femenina.

En 1880 continuaron los intentos por mantener vigentes las Conferencias comarcales, y ese verano se volvieron a reformar los *Estatutos*, otorgando valor ejecutivo a los acuerdos que se tomaran en cada Comarca, siempre que no contraviniesen los *Estatutos generales*. También se acordó por unanimidad que la Comisión Federal hiciera circular el "Programa de realización práctica inmediata", votado el año anterior, y que se ratificara el énfasis en la vía revolucionaria activa. Finalmente, una vez más se reiteraba la "necesidad de ejecutar represalias", lo cual se acordó por mayoría, con la unanimidad de las comarcas andaluzas, las de Castilla la Vieja y la de Zaragoza. Desde el punto de vista discursivo, las represalias no solo estarían dirigidas contra las personas y los bienes de los burgueses, sino también contra aquellos trabajadores que traicionaran los secretos de la FRE. Sin embargo, se hacía explícita la salvedad de que, a la vez, se repudiaban los actos de castigo "inspirados por pasiones personales", con lo cual las acciones individuales quedaban sometidas a la disciplina y a los intereses del grupo.⁴⁸

Todavía del 6 al 9 de febrero de 1881 se reunió en Gracia —en aquel entonces municipio independiente de Barcelona— la que fuera la última Conferencia regional extraordinaria, antes de que la FRE se disolviese definitivamente, para dar paso, como veremos más adelante, a una nueva Federación. En esta Conferencia afloraron serias divisiones internas entre un sector de la Alianza, aparentemente más radical y crítico de la Comisión Federal, en general, y alguno de sus miembros, en particular,

⁴⁸ Acuerdos fechados el 16 de octubre de 1880, en LORENZO, *ibid*, pp. 413-415.

incluyendo al propio Anselmo Lorenzo, quien fue expulsado de la FRE, según lo narra él mismo en sus memorias.⁴⁹

Max Nettlau, por su parte, explica más ampliamente estos acontecimientos y detalla la presencia en Gracia de delegados que representaban 40 federaciones locales,⁵⁰ en contraste con las 73 registradas tres años antes, en 1877. En esta ocasión se elaboró un informe que la Comisión Federal enviaría al X Congreso Internacional, que tendría lugar en julio, en Londres, para intentar reconstruir la AIT. Para ello se proveyeron cifras oficiales sobre la FRE, según las cuales existían 48 federaciones locales, de las cuales la comarca de Andalucía del Oeste tenía 15, seguida por una Cataluña más o menos estable, con 14, y por Andalucía del Este con nueve.⁵¹ Quienes se hicieron entonces de la Comisión Federal, aunque eran aliancistas y partidarios de la acción secreta, parecían percibir con claridad que las dificultades extremas de la vida clandestina no solo habían diezmando al anarquismo peninsular, sino que, incluso, este podría llegar a desaparecer. Por ello, al tiempo que en febrero caía el gobierno conservador de Cánovas, y Sagasta asumía la Presidencia del Consejo de Ministros, la Comisión se manifestó por aprovechar dicha coyuntura política, aparentemente favorable, para retornar a la vida pública en cuanto las circunstancias lo permitieran.⁵²

⁴⁹ *Ibid*, p. 420.

⁵⁰ NETTLAU, 1969, p. 334.

⁵¹ NETTLAU, *ibid*, p. 339. Este declive se puede apreciar mejor si se compara con la estadística incluida en la extensa "Memoria" de 1876-1877 (reproducida íntegramente en LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, pp. 368-384), cuyas cifras difieren. En ella se aprecia que la comarca de Andalucía del Oeste (incl. Cádiz, Sevilla y Huelva) era la mayor, con 21 federaciones de oficios, incluyendo preponderantemente los agrícolas y vitivinícolas, seguida entonces de lejos por la catalana, con solo 13 federaciones de muy diversos oficios.

⁵² Recordemos que también en el contexto internacional se abrían los espacios públicos, ya que en julio de 1880 el gobierno de Jules Grévy

3. PENURIAS Y DECLIVE

Ya hemos visto que, desde los primeros momentos de vida clandestina, la Federación fue resintiéndose la merma en las cifras de afiliados, cuotas y recursos. Si en un primer momento se había pensado que estos nubarrones serían provisionales y pasajeros, poco a poco se fueron mostrando cada vez más amenazadores y permanentes una vez proclamada la Restauración, al irse consolidando en el poder las fuerzas conservadoras y a medida que se endurecían las acciones judiciales. Es sabido que al concluir la tercera guerra carlista en 1876 y la Guerra de los Diez Años en Cuba, en 1878, la situación de España era sombría. La situación social reflejaba la grave contracción de la economía y la crisis general europea que se extendió por España dejó especial huella en Andalucía, con una severa situación agraria, en la que incidían sequías, plagas y pérdidas de cosechas —particularmente en las regiones cerealeras, pero también en algunas vitivinícolas, afectadas a partir de entonces por la filoxera—, con la consiguiente crisis laboral y de subsistencias, de corte netamente tradicional, así como motines, protestas y asaltos a panaderías y otros expendios de alimentos duramente reprimidos por las autoridades. Durante casi un lustro el malestar se extendió desde Barcelona hasta Extremadura, pasando por el Levante y Andalucía en una magnitud difícil de estimar, y trajo aparejados el desempleo y el hambre, especialmente entre los jornaleros agrícolas.⁵³ A las po-

había proclamado la amnistía total para los condenados de la Comuna, lo cual permitió las posibilidades de organización legal de las asociaciones obreras francesas, hasta entonces clandestinas.

⁵³ Para detalles sobre esta crisis, véase CASTRO ALFÍN, 1986, 1a. parte; otros datos en LÓPEZ ESTUDILLO, 2001, pp. 262-265 y en GARRIDO GONZÁLEZ y MORAL PAJARES, 2012. Una breve síntesis se encuentra en LIDA, 1972, pp. 247-251, y 1988a.

líticas de coerción por parte del Estado, y a la coyuntura crítica por la cual atravesaba la economía española en ese lustro, habría que agregar las transformaciones que se empezaban a sentir dentro del propio internacionalismo en Europa, como veremos en el siguiente capítulo.

Si bien en 1876, ya iniciada la clandestinidad, la FRE no dejaba todavía de tener cierto margen de maniobra para apoyar a sus afiliados, a medida que avanzaba la década la situación se perfilaba cada vez más difícil. Así, en la "Memoria" de la Comisión Federal, se daba cuenta de las novedades ocurridas durante ese año para informar en las Conferencias Comarcales de 1877.⁵⁴ Tanto en este documento como en otros se daban noticias detalladas sobre los esfuerzos de solidaridad económica, pese a lo corto de los recursos, con los compañeros presos o deportados con sus familias desde 1873 a presidios de ultramar, especialmente los provenientes de Cádiz. Los informes hacían referencia explícita a muertes y maltratos en las cárceles locales, como La Carraca, y en los presidios, como los de las islas Marianas y las Filipinas, que afectaban a los "mártires de la Revolución Social". Es más, incluso se reproducía un fragmento de carta dirigida a la Comisión Federal desde Filipinas, en el que se pedía venganza y se declaraba que había habido un 75% de muertes, ya que "de los 40 [federados] que fuimos deportados a esta [isla de Balabac], solo quedamos unos 11".⁵⁵ Sobre la dureza de la represión contra

⁵⁴ "Memoria de la Comisión Federal Española a las Conferencias Comarcales de 1877", fechada el 4 de julio de 1877, reproducida en LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, pp. 368-382.

⁵⁵ Sobre las terribles condiciones de presos y deportados véanse datos en LORENZO, *ibid*, pp. 368-371, tomados de la "Memoria de la Comisión Federal a las Conferencias Comarcales de 1877". GUILLAUME, 1985, tt. III y IV, *passim*, reproduce al respecto numerosas noticias que a mediados de la década aparecían en el *Bulletin* de la Federación del Jura. A partir de finales de los años setenta, *Le Révolté* da amplia información al

los internacionalistas presos, se explayó la hoja clandestina, *El Orden*. En su número 42 de marzo de 1877, este impreso reproducía la narración difundida por una "Comisión de Propaganda" sobre los asesinatos de federados en el penal de La Carraca, en San Fernando, en Cádiz, por los cuales se culpaba por su saña represiva al entonces capitán general de ese distrito, luego residente en Madrid. El texto daba a conocer la dirección exacta donde este vivía, y concluía recomendándolo "muy eficazmente a los trabajadores de Madrid y al Núcleo Vengador Ejecutivo".⁵⁶

Pero volviendo al declive de afiliados y cuotas, el 11 de junio de 1876, el *Bulletin* de la Federación del Jura, daba cuenta del orden del día que la Comisión Federal española había enviado al convocar las reuniones de ese verano. En él se indicaba que las diez comarcas en las que se dividía la FRE se reunirían en julio y agosto en las respectivas Conferencias Comarcales, y que estas contaban entonces con un total de 112 federaciones locales. Esto significaba una notable reducción respecto de las cerca de 190 federaciones locales registradas dos años atrás en el IV Congreso, en Madrid.⁵⁷ Más preocupantes resultaban las

respecto. Por su parte la FRE hace constantes llamados al pago de cuotas extraordinarias para apoyar a los presos, los deportados y sus familias. Sobre las deportaciones políticas en el siglo XIX español, véase BACHERO BACHERO, 2020.

⁵⁶ LORENZO, *ibid*, pp. 383-384. J. Álvarez Junco, editor de *El proletariado militante*, pone en duda, sin más, la existencia de dicho Núcleo, pese a los documentos de la época que sobre la creación de pequeños grupos cita el propio Lorenzo.

⁵⁷ Las cifras existentes sobre este Cuarto Congreso son contradictorias, pues GUILLAUME, 1985, t. III, cap. VIII, p. 188, menciona 320 federaciones locales con 532 secciones. En cambio, LORENZO, *ibid*, cap. 8, p. 354, menciona 190 federaciones locales y 349 secciones, lo cual se acerca más al informe del delegado español, Gómez (seudónimo de Farga Pellicer), al Congreso General de Bruselas (*cf. Compte-rendu* oficial, septiembre), que mencionaba 193 federaciones locales y 349 secciones.

cifras que, por su parte, reproduce Lorenzo, de los acuerdos tomados por las Conferencias de 1876. En ellos se señalaba que, a diferencia de las anteriores, solamente llegaron a participar representantes de 37 federaciones y que dos más se adhirieron, pero no pudieron asistir, lo cual mostraba una presencia muy disminuida, si es que no también un declive indudable en la cantidad de afiliados.

Al año siguiente, la "Memoria" de 1877 revelaba una caída numérica incluso mayor, ya que del total de 112 federaciones locales registradas el año anterior, solo quedaban 73, y la mayoría de las secciones que agrupaban oficios específicos ahora se habían convertido en secciones de oficios varios. Vale la pena señalar, sin embargo, que la mayoría de estas se hallaba ahora en la Andalucía del Oeste (Cádiz, Sevilla y Huelva), seguida de lejos por Cataluña, a diferencia de las tendencias de la FRE en años anteriores.

Ya vimos antes el descenso que se fue registrando en la cantidad de afiliados desde el ingreso en la clandestinidad. Para ahondar en este declive, vale la pena detenernos un momento en los aspectos financieros, ya que a la vez que la FRE veía mermar el número de asociados, esto repercutía directamente en una evidente reducción de las cuotas recaudadas.

En el verano de 1876 la Comisión Federal reconocía que se encontraba en una situación extrema, "sin recursos para su cometido", por lo cual una vez más echó mano del mecanismo de elevar la cuota mensual de los federados activos. Estas estrecheces financieras eran ya indicativas de las múltiples dificultades que la Federación enfrentaba en la clandestinidad, pues la merma de recursos y de afiliados que cotizaban regularmente amenazaba su supervivencia. En el "Rapport" de la Comisión Federal española al Congreso de Berna de 1876 se daba cuenta de dichas penurias. Mientras que en 1875 se pagaban 10 céntimos por mes, que se distribuían de la siguiente manera: 5 para la Comisión Federal, 3

para la Comisión comarcal correspondiente y 2 para la Comisión local ("*commissions de groupe*"), en 1876 la reducción del número de afiliados y de secciones que cotizaban hacía que la cuota anterior resultara ya insuficiente y fuese necesario subirla a 15 céntimos por mes. Estos nuevos ingresos, a su vez, se distribuirían de la siguiente manera: 10 céntimos para la Comisión Federal, que a su vez pagaba 3 céntimos al Bureau Fédéral Internationale; otros 3 se destinaban a la Comisión Comarcal correspondiente, y los restantes 2 céntimos serían para la comisión encargada de las secciones locales.⁵⁸ Por otra parte se apelaba a todas las federaciones locales para que saldaran cuanto antes el pago atrasado de un real (25 céntimos) y la de otro medio real por cada federado, ya que era necesario sufragar la asistencia de delegados al VIII Congreso de la ART, en Berna, del 26 al 30 de octubre de 1876. Solo si los fondos sobraran, se destinarían a preparar el IX Congreso internacional del año siguiente.⁵⁹

Adelantémonos a señalar que en los años siguientes la situación empeoraría, pues el número de asociados iba a continuar disminuyendo. Así, el 28 de octubre de 1878, en el artículo XXIX de los antes mencionados "Estatutos reformados" de la FRE, presentados al Congreso de la Federación jurasiana en St. Imier, se indicaba que en adelante la cotización sería de 20 céntimos, a repartir de la siguiente manera: 3 céntimos para la llamada Comisión de grupo, otros 3 para las Comisiones Comarcales, y 14 para la Comisión Federal, que a su vez remitiría 5 céntimos mensuales, por cada miembro, al Bureau Fédéral.⁶⁰ Ya para entonces la situación era tan grave que sabemos que, para subsistir,

⁵⁸ Véase este "Informe" en el *Compte-rendu officiel*, p. 16, reproducido en LIDA, 1973, pp. 404-411.

⁵⁹ Todas las referencias a las Conferencias de 1876 se encuentran en LORENZO, 1974, parte II, cap. 8, pp. 354-358. Sobre el VIII Congreso, en Berna, véase el capítulo siguiente.

⁶⁰ APP, Ba/437, ff. 3189-3192.

la FRE requirió ayuda económica transnacional, de federaciones solidarias en el extranjero. Así, por ejemplo, en una carta del 29 de octubre de 1878, enviada desde St. Imier a “Francisco Portillo” (Trinidad Soriano) e interceptada por la policía francesa, se señalaba que, dada la crisis por la que atravesaba la Federación Regional y por diversas huelgas de cerrajeros, toneleros, tallistas y canteros, los anarquistas suizos apoyaban con sumas muy altas. El remitente concluía categóricamente: “*C’est l’Espagne qui, jusqu’à ce jour a coûté le plus cher à notre fédération* [del Jura]”.⁶¹ Estas estrecheces proseguirían al año siguiente. Así, por ejemplo, encontramos secciones suizas que en marzo enviaban 300 francos para apoyar a los presos de diversas “secciones comarcales” españolas.⁶² A partir del 1 de enero de 1880, dado que la situación continuaba siendo tan precaria, la FRE volvió a elevar a un real (25 céntimos) la cuota de cada federado, pese a las dificultades generales de los afiliados. Medio año más tarde, debido a la fuerte contracción laboral que se experimentaba en diversas regiones de la Península, en las Conferencias Comarcales de ese año la Comisión Federal se vería obligada a cancelar la cuota extraordinaria que se había estado pagando hasta entonces para auxiliar a presos y exiliados víctimas de la represión. En cambio, se proponía que el pago fuera de 30 céntimos por mes para cubrir la cuota de cada asociado y que esta la recabara cada federación local; a su vez, esta pagaría a la respectiva Comisión Comarcal para que fuera la encargada directa de socorrer las necesidades de los federados presos o emigrados de la propia comarca. Para ello, en la reforma del artículo 28 de los Estatutos se prescribía que:

⁶¹ “Es España la que hasta ahora le ha costado más caro a nuestra federación”. APP Ba/438, f. 4197.

⁶² APP, Ba/438, 10.III.1879. Comunicación firmada desde La Chaux-de-Fonds por “X”, quien informa sobre una carta de Louis Pindy a Adhémar Schwitzguébel en la que trata este asunto.

La Cuota federal se dividirá del modo siguiente: diez céntimos de peseta para la Comisión Federal, otros diez para la Comisión Comarcal respectiva y los diez restantes para atender al socorro de presos y emigrados a quienes cuando en una comarca haya presos o emigrados a quienes socorrer, la Comición [*sic*] Comarcal entregará los fondos que se vayan necesitando a la federación local a que pertenezcan los compañeros necesitados del socorro [...].⁶³

Las federaciones catalanas manifestaron su oposición a este nuevo aumento de las cuotas, pero, finalmente, la medida se aprobó por mayoría. De hecho, en sus memorias Anselmo Lorenzo se refiere a ese momento como un "período de triste decadencia" de la Federación. Según él, la mayoría de los recursos de la Comisión Federal provenía de los catalanes, ya que los aportes de las demás comarcas eran escasos, lo cual revela diferencias salariales importantes según las regiones, así como en las condiciones laborales.⁶⁴ Aunque los andaluces eran muchos, añade el autor, solo influían en la organización "por su número y por su sentimentalismo, y nada podían en otro sentido, porque, víctimas del latifundio y analfabetos en gran parte, no podían admi-

⁶³ En el IISG existe el manuscrito en español, con un sello ovalado en el ángulo superior derecho en el que aparece inscrito: "Asociación Internacional de los Trabajadores, Comisión Federal Española", y cuyo título es "Asociación [*sic*] Internacional de los Trabajadores. Estatutos aprobados por las Conferencias Comarcales de 1875, y reformados por las de 1876, 1877, 1878, 1879 y 1880", 11 págs. (incompleto). NETTLAU, 1969, pp. 318-323, lo reproduce traducido al francés; según él, solo existe "hectographié" (multicopiado). LORENZO, 1974, parte II, caps. 8 y ss., publica los acuerdos y otros documentos de las Conferencias Comarcales entre 1876 y 1880, pero no estos Estatutos, que se encuentran en el IISG.

⁶⁴ Sobre estos contrastes, véase LIDA, 2022.

nistrar ni dirigir”.⁶⁵ Al margen del evidente prejuicio que estas palabras revelan hacia los andaluces, y que más adelante veremos que otros también compartían, lo cierto es que la reducción en la cantidad de miembros y la crítica situación financiera de la Federación durante la clandestinidad muestran una gran precariedad económica, que en Andalucía era extrema cuando se sumaba una extendida crisis agraria, como fue el caso en gran parte de la época estudiada.⁶⁶

No cabe duda de que a medida que pasaba el tiempo, la FRE sobrevivía la clandestinidad con grandes dificultades cuantitativas y financieras y con fuertes diferencias internas entre los federados. A pesar de todos los esfuerzos, ni la organización en comarcas autónomas ni la abundante propaganda difundida en hojas sueltas y periódicos clandestinos lograban impedir que la Federación languideciera.

Sin embargo, a lo largo de todo el período, la FRE se mantuvo lo más activa que le permitieran las difíciles circunstancias, especialmente en ciertas regiones como Barcelona, donde mal que bien se contaba con el apoyo de las sociedades obreras, y en Madrid donde, por el contrario, las limitaciones se fueron haciendo cada vez mayores. En contraste, Andalucía, en especial la del Oeste, en las provincias de Sevilla y Cádiz, revelaba un proceso inverso, ya que allí las cifras de afiliados y de las federaciones locales se mantenían altas. Como veremos más adelante, esto reflejaba cambios de diversa índole, que abarcaban desde lo económico y material, hasta lo cultural, ideológico y organizativo. Podríamos hipotetizar con cierta certeza que, además, en el caso andaluz, sin duda contribuían a ello dos procesos para-

⁶⁵ LORENZO, 1974, parte II, cap. 11, p. 412. De hecho, no parece exacto decir que los catalanes sostenían la Federación, ya que como hemos mostrado en estas páginas, esta también recibía apoyos del extranjero, especialmente de Suiza, pero también de Francia.

⁶⁶ CASTRO ALFÍN, 1986.

lelos: por un lado, la múltiple creación de pequeños grupos organizados en secreto y, por el otro, la reorganización de la Unión de Trabajadores del Campo (UTC) que, aunque clandestina, había alentado a quienes se ocupaban en diversos oficios rurales a ingresar en las secciones locales y a mantenerse en pie. A finales de 1881, esto le permitiría reaparecer públicamente con sede en Ubrique (Cádiz) y al año siguiente informar que agrupaba algo más de 20 000 afiliados. Tal era su solidez y fuerza que, en una Circular de su Consejo, fechada en Marchena en enero de 1883, se criticaba a la Comisión Federal de la nueva Federación de Trabajadores de la Región Española por lo que consideraba su centralismo, y exponía los distintos grados de autonomía que proponía defender: "el individuo autónomo dentro de la sección; la sección, autónoma dentro de la comuna; la comuna, autónoma dentro de la región, síntesis de nuestros principios democráticos para la sociedad del porvenir".⁶⁷ Es evidente que este decidido énfasis en la autonomía individual y colectiva desafiaba y, a la vez, limitaba de manera extrema las funciones organizativas y de coordinación que había intentado mantener la Federación, y potenciaba considerablemente la idea de la independencia de los grupos, particularmente en las regiones agrarias.

Volviendo a los años en la clandestinidad, es cierto que el balance cuantitativo y financiero no parecía nada halagüeño para la Federación Española. No sorprende, pues, que unos años más tarde, en 1885, desde la *Revista Social*, Juan Serrano y Oteiza lamentara que, debido a la clandestinidad, la FRE hubiera perdido gran parte de sus afiliados, pues, según él, de unos 30 000 en 1873 se había pasado, cuando mucho, a 3 000 en 1881. Al margen de la exactitud de las cifras, habría que matizar ese pesimismo, pues una cosa era pensar solamente en quienes

⁶⁷ *La Autonomía*, año I, núm. 6, 18.II.1883, p. 2.

pagaban cuotas, consideradas por muchos muy altas, y otra eran los simpatizantes y seguidores cercanos, pero no afiliados, que participaban en pequeños grupos. En todo caso, no le faltaba razón a Max Nettlau al señalar que, después de casi ocho años de persecución y vida secreta, lo sorprendente no era que la Federación hubiera sido diezmada en el número de afiliados, sino que lo verdaderamente notable era que, ello no obstante, hubiera podido mantener un núcleo tan sólido de militantes activos y de simpatizantes, lo cual resultaba excepcional en comparación con otros países europeos.⁶⁸

4. LOS IMPRESOS CLANDESTINOS Y LA CENSURA POSTAL

Que la FRE, además de diseñar espacios de sociabilidad clandestinos, haya conservado simpatizantes y seguidores en diversos puntos de la Península, aunque no estuvieran afiliados ni pagaran cuotas, se debió en gran medida a la capacidad de desarrollar medios de información y propaganda efectivos, que circularon a pesar de la censura oficial, como las publicaciones impresas, tanto provenientes de la Comisión Federal como de las diversas secciones y federaciones comarcales y locales. Por otra parte, es cierto que si el analfabetismo en España era alto, la convicción de que la educación no debía ser patrimonio exclusivo de algunos sectores privilegiados impulsó entre los anarquistas el desarrollo de diversos mecanismos formales e informales de alfabetización, tanto en escuelas y centros obreros, como en vela-

⁶⁸ J. Serrano y Oteiza, *Revista Social*, Sans, 12.III.1885, citado por NETTLAU, 1969, p. 341. En su estudio sobre el anarquismo en Brasil, Jacy Alves de SEIXAS, 2012, muestra muy bien la diferencia fundamental entre simpatizantes, afiliados y militantes. Esto mismo se podría aplicar a España.

das, tertulias u otros espacios de sociabilidad. Además, también es cierto que la lectura en voz alta fue una forma extendida de transmisión de información, que complementaba la que se realizaba de manera individual.⁶⁹ Así, los impresos alcanzaron una presencia y circulación importantes en forma de carteles, hojas sueltas o volantes, y también folletos y libros. Pero, sin duda, las publicaciones que más destacaron fueron los periódicos. Aunque no tengamos modo de conocer sus tiradas, y que en la mayoría de los casos la prensa clandestina fuera de existencia efímera y formato modesto, su aparición, abundancia, circulación y difusión en coyunturas tan poco propicias no deja de ser sorprendente y permite entrever la existencia de un público lector interesado.

La atención prestada por las autoridades a dichas publicaciones fue grande; gracias a ello sabemos que prevenir su circulación fue una consideración mayor. Hay que tener en cuenta que los cambios materiales en las comunicaciones, como, por ejemplo, la expansión del sistema postal a las ciudades, a las cabezas de partido e, incluso, a villas y pueblos, así como el desarrollo de los transportes, en particular de los ferrocarriles y del telégrafo en distintas capitales, y el abaratamiento de los costos de impresión, no solo permitieron transmitir noticias más rápidamente, sino reducir los precios, acortar las distancias y los tiempos de entrega, así como ampliar la difusión, hasta alcanzar a un público numeroso. Por ello mismo, también abundan informes de instancias policiales, judiciales, postales y de los propios actores, que revelan el interés por impedir la distribución y confiscar la correspondencia y los ejemplares —cuando no las tiradas completas—, aunque

⁶⁹ BELTRÁN TAPIA *et al.*, 2022, calculan que poco más de 30% de la población española estaba alfabetizada. Sobre la educación anarquista en el siglo XIX, véase LIDA, 1971b.

ello significara la violación sistemática de los domicilios y de los envíos postales.⁷⁰

Esto no era nuevo, ni se limitaba a España. En el VIII Congreso de la AIT, en Berna, en octubre de 1876, convocado por los bakuninistas, Nicolás Joukowsky, delegado por Ginebra, advertía que no existía el secreto de la correspondencia y que hasta “un simple empleado de correos hac[ía] de policía”; por su parte, James Guillaume ratificaba que esta práctica se daba en la civilizada Suiza “igual que en todas partes”.⁷¹ Por otra parte, en un extenso informe de uno de los agentes mejor informados de la policía francesa, O. Testut, quien firmaba con el número “47”, se menciona la amplia circulación de impresos prohibidos, llevados a mano de lugar en lugar por vendedores itinerantes. Así, por ejemplo, un tal Antoine Rocher, ex comunalista asilado en Suiza —ya

⁷⁰ En los “Acuerdos” de las Conferencias Comarcales de 1878 se señalaba que la Comisión Federal no enviaría comunicaciones “demasiado frecuentes” para evitar la práctica por parte del gobierno de violar la correspondencia. Cf. LORENZO, 1974, parte II, cap. 11, p. 407. En APP, Ba/416, ff. 3130-3131, 18.II.1880, se conserva un informe enviado a la Prefectura policial parisina firmado por “Gonzalès”, sobre las medidas contra la libertad de prensa. En él se revela que Eduardo Gasset y Artime, diputado en Cortes y dueño de *El Imparcial*, escribe a un corresponsal en París que en España el oficio de periodista es “una verdadera *corvée*”, debido a la excesiva susceptibilidad del gobierno. Además, señalaba que “el gobierno autoriza y ordena que se viole la correspondencia, lo cual es contrario a la ley”. Hasta la más mínima noticia podía ser pretexto de suspensión para un periódico, continuaba Gasset, y explicaba que lo mejor era “valerse de personas de confianza para llevar y traer noticias y cartas”. Gonzalès señalaba que Gasset utilizaba un intermediario en St.-Jean-de-Luz. Por otra parte, en las observaciones finales que aparecen en los “Estatutos reformados” de 1878, enviados por la FRE a St. Imier, se explicita que se debe recurrir a las hojas volantes para impulsar la propaganda clandestina. APP, Ba/437, ff. 3189-3192.

⁷¹ *Compte-rendu*, p. 101. Recordemos que fue precisamente en 1874, en este país, donde por el Tratado de Berna se estableció la Unión Postal.

conocido de la policía francesa, pues había sido arrestado previamente, en 1871—, no solo imprimía sus propias obras y las de otros internacionalistas, sino que las vendía clandestinamente como “librero nómada”, como lo llama el informante.⁷² Nada indica que tal práctica no tuviese también lugar en otros países, España incluida, y que además no atravesara las fronteras nacionales.

La preocupación de las autoridades por prevenir la difusión de esos impresos es corroborada por las abundantes noticias sobre cartas interceptadas desde y hacia España, informaciones que aparecían tanto en la prensa clandestina como en los informes de los *mouchards*, los soplones que la policía de París tenía infiltrados entre los grupos internacionalistas de Europa. Esto no era nuevo. Por ejemplo, en la “Memoria” enviada por la FRE dos años antes, en septiembre de 1874, al VI Congreso de la AIT en Bruselas —texto probablemente traducido al francés por un informante de la policía parisina—, no solo se denunciaba la violación de la correspondencia, lo cual implicaba también la persecución de los corresponsales, sino también el robo de valores que contenían las cartas interceptadas, lo cual afectaba directamente las finanzas de la Federación. Además, se señalaba el decomiso de periódicos internacionalistas por parte del propio correo, que así actuaba de censor al servicio del Estado. Ante estos abusos, en dicha “Memoria” se aclara que se han tomado medidas para evitarlo en el futuro: “Hemos tomado nuestras precauciones para el futuro: ¡no nos robarán más nuestro dinero, no interceptarán más nuestras cartas!”⁷³

⁷² APP Ba/437, Informe firmado por el agente “47” (O. Testut), 6. III.1876, pp. 9-10. Véase LIDA, 2012a.

⁷³ “*Mais nous avons pris nos précautions pour l’avenir: on ne soustraira plus nos valeurs, on n’interceptera plus nos lettres!*”, en *Mémoire de la fédération régionale Espagnole au VIIe. Congrès Universel de l’Association Internationale des Travailleurs*, APP Ba/436. Sobre el tema de la violación postal, véase también NETTLAU, 1969, p. 259 y ss.

Por otra parte, las argucias para evitar imprentas allanadas y militantes presos por violar las leyes de imprenta eran también estrategias de propaganda y supervivencia.⁷⁴ Un caso significativo, según notas de Eudaldo Canibell citadas por M. Nettleau, fue el del taller tipográfico La Academia, que en 1877 había fundado en Barcelona Evaristo Ullastres, “un republicano con simpatías sociales”. En esta imprenta era regente el destacado tipógrafo internacionalista, Rafael Farga Pellicer, con quien trabajaron otros compañeros que, al igual que él, en diversos momentos también formarían parte de la Comisión Federal y también eran tipógrafos de oficio, como Anselmo Lorenzo, José Lluas y el propio Canibell.⁷⁵ No lo podemos afirmar a ciencia cierta, pero no sería descabellado pensar que se aprovecharan esas instalaciones y el papel y la tinta de La Academia, para estampar algún modesto impreso. Sin embargo, por lo que también recuerda Anselmo Lorenzo, las imprentas clandestinas eran bastante rudimentarias y, por lo visto, lo suficientemente móviles como para esconderse en un taller de tonelería lo mismo que en una zapatería.⁷⁶ Que algunos de esos impresos hayan sobrevivido se debe al ingenio de los militantes para esconderlos y disfrazarlos, evitando que cayeran en manos contrarias; pero también se conocen gracias al celo de los soplones, agentes policiales y empleados de correos que acompañaban sus informes con algún ejemplar recogido o interceptado. Aunque estos son

⁷⁴ Véase la “Memoria” enviada por la Comisión Federal al Congreso de Berna, en octubre de 1876, en la cual se señala que desde 1874 la censura postal y policial se habían ensañado con la correspondencia y propaganda de la FRE y los compañeros de las federaciones locales que las transmitían, incautando también las listas de direcciones. *Compte-rendu*, p. 12 y ss., reproducida en LIDA, 1973, p. 404 y ss.

⁷⁵ NETTLAU, 1969, pp. 431-432, y VICENTE IZQUIERDO, 1999, p. 53 y ss. Véase también GIRÓN SIERRA, 2012.

⁷⁶ LORENZO, 1974, parte II, cap. 11, p. 415.

datos dispersos aquí y allá, alguno nos deja entrever su difusión. Por ejemplo, en su obra *L'Internationale*, James Guillaume da noticia de la carta que le remite desde España un corresponsal en la que señala que a mediados de 1876, a pesar de la censura, *El Orden* se leía cada vez más, por lo cual se procedería a tirar 2 500 ejemplares y remitirlos "en sobre cerrado", pues aunque el costo de envío fuera más alto, se evitaría así que fueran fácilmente identificables y decomisados.⁷⁷

En el caso de España, sabemos de la existencia de publicaciones, a menudo de muy corta vida, que no pasaban de ser una modesta hoja impresa en una o en ambas caras. Entre estas conocemos o tenemos noticias de algunos números de *Las Represalias* (1875),⁷⁸ *A los Obreros* (1875),⁷⁹ *La Revolución Popular* (1877), *La Bandera Social* (1878) y *La Comuna Libre* (1880). Además, existieron otras de mayor duración, pero de formato semejante, como *La Solidaridad* (1874-1876), *El Municipio Libre* (1879-1880) y *El Orden* (1875-1878),⁸⁰ al que *La Revolución Popular* había sa-

⁷⁷ GUILLAUME, 1985, t. IV, cap. II, p. 20. De paso, Guillaume aprovecha para informar que la primera serie de sus *Esquisses historiques* (Bosquejos históricos) habían sido traducidos al español por José García Viñas, bajo el seudónimo de "G.D. Omblaga", y publicados en Barcelona ese año. NETTLAU, 1969, p. 271. El informe de la FRE al VIII Congreso de Berna, publicado en el *Compte-rendu*, pp. 12-20 (reproducido en LIDA, 1973, pp. 404-411), señala que la propaganda clandestina se realizaba por medio de hojas sueltas y de *El Orden*.

⁷⁸ En APP, Ba/195, hay recortes de julio de 1874 del *Bulletin de l'Union Républicaine de Langue Française*, publicado en Nueva York. En ellos se agradece el envío desde España de *Las Represalias*, así como de *La Revista Social*.

⁷⁹ Tres números han sido reproducidos en LIDA, 1973, pp. 398-403. En su tesis de doctorado, FRANCISCO MADRID SANTOS, 1989, provee amplia información sobre las publicaciones clandestinas de la época.

⁸⁰ Según NETTLAU, 1969, p. 269, de este último se llegaron a publicar 63 números y varios suplementos. LORENZO, *ibid*, cap. 9, p. 382 y ss. cita varios fragmentos tomados de diversos números. El propio Lorenzo cita

ludado en su primer número del otoño de 1877, como “decano de la prensa revolucionaria clandestina”, lo cual *El Orden* agradecía, dándole a su vez la bienvenida.⁸¹ Todavía en abril de 1881 *Le Révolté* informaba que también se había publicado de manera clandestina *El Autonomista*. Pese a la censura, en estos impresos lo mismo se incluían notas sobre cuestiones doctrinales que noticias sobre condiciones económicas y sociales, pero, conscientes de los peligros, cuidaban siempre de evitar toda información que comprometiera a nadie. Además, como verdadera prensa de combate, transmitía entusiasmo por la acción revolucionaria, lo cual por sí solo explica que estos periódicos estuvieran en la mira de las autoridades dentro y fuera de España.⁸²

Las noticias que se recibían en la policía de París muestran cómo esta prensa circulaba mucho más allá de esa capital. En Suiza, en 1878, un prolijo informante, que desde Berna firmaba “X”, señalaba que en octubre, en una reunión en La Chaux-de-Fonds, se reunieron 214 “compañeros” y se dieron noticias sobre *El Orden* y otras publicaciones españolas clandestinas, que eran costeadas gracias a las cotizaciones de los federados. Año y medio más tarde, otro *mouchard* remitía desde Marsella copia de *La Fédération. Bulletin mensuel des intérêts du prolétariat français*, del 7 de febrero de 1880, en el cual se acusa recibo de

de un documento publicado en *El Orden*, firmado por un “Núcleo Vengador Ejecutivo” (p. 384). En APP, Ba/316, hemos podido consultar los números 23 y 36, de octubre de 1875 y de agosto de 1876, respectivamente. Este impreso indicaba como lugar de publicación simplemente “España”, y como subtítulo llevaba dos lemas: “¡Paso al progreso!” y “¡Viva la Revolución!”.

⁸¹ GUILLAUME, 1985, t. IV, cap. xv, p. 280, cita directamente de *La Revolución Popular*, que explica que era el órgano de un nuevo grupo o partido “de acción revolucionaria”.

⁸² En la ya mencionada “Memoria”, de 1876, la Comisión Federal da noticia de que el gobierno ofrece recompensa a quien descubra la imprenta de *El Orden*; véase LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, p. 376.

La Comuna Libre, a la cual describe como una hoja distribuida ampliamente gracias a los cuidados de las federaciones.⁸³ Tampoco hay que olvidar *La Revista Social*, de Barcelona, que si bien entre 1872 y 1874 había aparecido en Manresa como "Órgano de los obreros manufactureros de España", después lo haría hasta 1880, bajo la dirección de José García Viñas, sin señalar ninguna filiación, intentando así disimular su orientación y evitando entrar en conflicto con las autoridades. Sin embargo, a partir de mediados de 1876, esta fue dando cada vez mayor información sobre los conflictos sociales y del mundo del trabajo dentro y fuera de España.

Así, la difusión de periódicos y demás impresos no solo revelaba la existencia de un amplio público alfabetizado, sino que también cumplía su misión de difundir ideas y noticias, y permitir a sus lectores informarse ampliamente sobre asuntos vinculados con el movimiento obrero y revolucionario, no solo en España, sino también en otros países e incluso otros continentes, como América y a veces el norte de África. Ello nos da una idea muy clara del interés por lo que sucedía más allá de las fronteras, pues las noticias que aparecían podían ser sobre la Internacional en Francia, Italia, Alemania, Suiza o Bélgica; sobre la violencia revolucionaria en Alemania o sobre las huelgas de obreros en distintos países. Muchas abarcaban también las protestas agrarias en Rusia y en Irlanda, incluyendo en esta última la lucha por la independencia y contra el colonialismo inglés de las organizaciones fenianas. Además, los impresos se explayaban sobre las resoluciones aprobadas en congresos anarquistas internacionales públicos o clandestinos.

En general, la prensa anarquista se convirtió entonces en un instrumento de intermediación, que articuló información di-

⁸³ Año I, núm. 3, del 7.II.1880, anexo al expediente en Ba/1477. Cf. también APP, Ba/438, 14.X.1878, f. 4190.

versa con objetivos plurales. Entre ellos contribuyó, por una parte, a forjar una comunidad ideológica, conocedora de lo que sucedía no solo en casa, sino más allá de las fronteras y a estimular la vocación solidaria de sus militantes, afiliados, seguidores y simpatizantes. Por otro lado, fomentó la participación de los lectores, incitándolos a enviar comentarios y noticias, lo cual en cierto modo los convertía en corresponsales activos, atentos a las novedades y a los problemas que se presentaban en sus propias localidades. La prensa se convertía así en un vehículo para la movilización y la concientización, al promover información sobre las actividades revolucionarias y de protesta que en esos años se sucedían en diversas regiones de España y del mundo, y al contribuir a la difusión de principios ideológicos. Pero a la vez —y no menos importante— los impresos se convertían *de facto* en espacios de sociabilidad, que fomentaban la pertenencia a una comunidad de clase.

La prensa no dejó de recoger en sus páginas la retórica inflamada que se desarrollaba en el anarquismo en esos años. Durante el Congreso de Madrid de 1874, ya hubo noticias de que se planeaba publicar una hoja clandestina titulada *Las Represalias*. Poco después un clandestino “Manifiesto a los trabajadores” advertía que se aplicaría la ley del talión contra la criminal burguesía y que los burgueses y capitalistas, explotadores, zánganos, parásitos y vividores, serían alcanzados por las represalias, sucumbirían por el golpe implacable de un brazo invisible, y sus propiedades serían consumidas por el fuego.⁸⁴

⁸⁴ Según GUILLAUME, 1985, t. III, cap. VIII, p. 188, quien cita un fragmento, este apareció el 19 de julio de 1874 en el *Bulletin*, de la Federación jurasiana. El uso de esos epítetos estaba muy extendido para designar a los “explotadores”, no solo en España sino también en otros países. Incluso en la década siguiente, *Le Révolté*, núm. 7, 26.V.1883, utiliza más de una vez *sangsues* (sanguijuelas o chupasangres) para referirse a quienes aplaudían la represión española por la Mano Negra.

Lo anterior lo reiteraría en septiembre, en Bruselas, Rafael Farga Pellicer, quien asistió como delegado de la FRE al VI Congreso Internacional de la AIT bajo el seudónimo de "J. Gómez". Está claro que la adopción de nombres falsos se concebía como un mecanismo de ocultamiento para poder acudir a reuniones internacionalistas, sin que las autoridades detectaran la verdadera identidad de los delegados. En Bruselas —independientemente de la veracidad de sus palabras—, Farga afirmó que en España las propiedades de varios "infames explotadores" habían sido arrasadas por el fuego, y auguró que la "guerra de clases" les seguiría costando cara, pues aquellos tenían mucho más que perder que los "pobres" y "desheredados", mayormente privados de todo.⁸⁵ Es evidente que el lenguaje utilizado seguía las líneas discursivas marcadas desde enero de 1874 por la Circular 38, que examinamos en el capítulo anterior. Lo que hasta entonces había sido una retórica amenazadora, pero ocasional, de ahora en adelante se repetiría una y otra vez, subrayando en el discurso la violencia revolucionaria y la confrontación de clases, e instando a pasar de las palabras a los hechos.

Esta dureza retórica —que alguna historiografía ha confundido erróneamente con violencia indiscriminada—, llamaba a ejecutar represalias específicas contra actores determinados, especialmente contra aquellos patrones y capataces considerados abusivos e injustos con sus trabajadores. Asimismo, se denunciaban las medidas coercitivas ejercidas desde el poder por las autoridades, amparadas por el Estado. En el primer caso, se trataba de utilizar las represalias para golpear a los patrones donde más les doliera: en sus propiedades y bienes. Así, las acciones colectivas o individuales que se sugerían contra la propiedad eran variadas, según los ámbitos en las que se realizaran. En los

⁸⁵ *Compte-rendu officiel du septième Congrès général de l'Association Internationale des Travailleurs, tenu à Bruxelles du 7 au 13 septembre 1874*. Verviers, Imprimerie E. Coussard, 1875.

espacios urbanos se recomendaba ejecutar sabotajes contra las máquinas, enviar mensajes amenazadores, estallar petardos en fábricas, talleres y viviendas de empleadores. En los ámbitos rurales se sugería la quema de cosechas, los ataques al ganado y la destrucción de maquinaria agrícola, entre otras acciones.

En cambio, ante el abuso de poder desde el Estado, se trataba de responder a la fuerza con la fuerza, en la medida de las posibilidades y limitaciones prácticas de cada colectivo. Sin embargo, durante estos años de persecución y represión política y de crisis económicas, esas respuestas fueron esporádicas, según lo registraban las autoridades y lo informaba la prensa. Nada prueba que en España, durante la clandestinidad, se produjeran llamados a una violencia descontrolada que atentara al azar contra vidas humanas. De hecho, repito, las escasas veces en que la violencia se llevó a la práctica, ello no fue contra la integridad física de propietarios, patronos u otros, sino para herirlos en sus propiedades e intereses económicos. Solo al finalizar esta década hubo dos fracasados atentados magnicidas contra el rey Alfonso XII, sin que la FRE tuviera que ver directamente con ellos, pero que sin duda estuvieron influidos por actos semejantes en el resto de Europa, especialmente en Rusia, y también en Alemania e Italia, los cuales habían sido ampliamente difundidos por toda la prensa europea, incluyendo la peninsular. Fuera de ello, durante estos años no hay evidencias para acusar a los anarquistas de la FRE de acciones concretas destinadas a sembrar el terror o la muerte.

5. CONCLUSIONES

Al recapitular sobre el desarrollo de la Federación Regional Española desde su fundación, admira que las ideas y la organización internacionalistas se hubieran podido mantener vivas a

pesar de las intermitentes prohibiciones entre 1871 y 1873 y de los largos años de proscripción desde finales de la Primera República, a partir del golpe del general Pavía, hasta el regreso a la vida pública con el gobierno de Sagasta, en 1881. Estos fueron años de repliegue y reorganización subterránea, pero también de centrifugalismo, debido a la consiguiente dispersión de diversos núcleos de seguidores, que en ocasiones actuaban con extrema autonomía. A la vez, no deja de ser un tributo a la intensa dedicación de los militantes más activos, quienes, a partir de 1876, en plena clandestinidad, lograron que los minúsculos "grupos de acción revolucionaria" se multiplicaran y que cada sección federal fuese encabezada por una "Comisión ejecutiva" que estableciera contactos estrechos con sus seguidores. Esto permitió mantener la presencia invisible, pero activa, de la FRE en las diversas comunidades, especialmente en las dispersas poblaciones rurales.

Por otra parte, para mantener la cohesión, se difundía la idea de que dichas organizaciones, o sus miembros, serían severamente castigados —al menos retóricamente— si rompían la disciplina y la unidad internas. Ello subrayaba la necesidad de mantener y respetar la autonomía del grupo, pero garantizando siempre la supervivencia de la red. De ahí la importancia táctica de elaborar un discurso que evocase el temor, el escarmiento y el rigor, tanto para los enemigos externos como para quienes dentro del grupo quebrantaran la lealtad y el secreto debidos o exagerasen su grado de autonomía hasta amenazar la unidad del todo. Mantener el difícil equilibrio entre autonomía y organización, entre lo centrífugo y lo cohesionado, fue una dura prueba de la que, como veremos más adelante, el anarquismo no siempre salió indemne.

Durante esos años la FRE estuvo en condiciones precarias, mas logró sobrevivir a pesar de los enormes y variados retos, aunque muy mermada en las cantidades de asociados y de cuo-

tas. En parte, esa continuidad se debió también a la insistencia del anarquismo en la necesidad de que todos sus militantes y grupos se imbricaran estrechamente con sus comunidades con el fin de reforzar la solidaridad y la responsabilidad mutuas. Se alentaba así un mayor grado de autonomía para organizar las federaciones, secciones locales y grupos, pero a la vez se aseguraba mayor protección ante la mirada intrusa de las autoridades, merced a la solidaridad comunal. Es cierto que se corría el peligro de que, eventualmente, lo local desplazara a lo federal, con la consiguiente fragmentación,⁸⁶ pero no es menos cierto que las “medidas prácticas” para llevar a cabo la revolución alentaban la cohesión y estimulaban la actividad federada, a lo cual también debían contribuir decididamente las Conferencias Comarcales.

Solo teniendo eso en mente podremos comprender el renovado dinamismo con el que pudo resurgir el anarquismo a la vida pública 10 años después de la Comuna de París, en septiembre de 1881, como Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE). Esto lo analizaremos en el último capítulo, pero por ahora queda claro que, en la clandestinidad, el anarquismo se había visto obligado a enfrentar severos y variados desafíos para sobrevivir, incluso llegando al borde de la desaparición. Sin embargo, no se debe soslayar que si militantes, grupos, secciones y federaciones locales, así como la Federación Regional, se pudieron mantener organizados, con redes activas dentro y fuera de la propia España, ello no fue hazaña menor y, sin duda, fue lo que le permitió resurgir con especial fuerza en 1881, al concluir el gobierno de Cánovas y comenzar el de Sagasta.

En síntesis, pese a las enormes limitaciones que imponía la vida clandestina, es imposible comprender a cabalidad la refundación del anarquismo en la FTRE si no entendemos el esfuerzo

⁸⁶ Sobre este tema, véase LIDA, 1993.

por mantener vínculos y contactos desde lo local hasta lo transnacional, así como la continua actividad secreta desarrollada por los militantes. Tampoco será posible entenderla sin tener en cuenta a los pequeñísimos grupos capaces de reproducirse en las diversas localidades, aprovechando la invisibilidad y el secreto. Como veremos en el capítulo siguiente, estos cambios se vinculaban estrechamente con las transformaciones que en la cultura y en las prácticas políticas tenían lugar también entre los revolucionarios del resto de Europa, pero que en España se conocían por contactos personales y por los impresos.⁸⁷ De hecho, pese a las redes de vigilancia y espionaje de las policías en los distintos países, los anarquistas españoles no cesaron de mantener relaciones directas con correligionarios más allá de las fronteras.

Todo lo anterior no solo implicó un cambio en los mecanismos organizativos de la Federación Regional Española, sino también en los contenidos discursivos e, incluso, en los programáticos y doctrinales que surgieron en el seno de las organizaciones anarquistas internacionales. En otras palabras, a pesar de la prohibición de participar en la vida pública, durante los años de vida secreta los anarquistas siguieron desarrollando ideas y prácticas políticas y culturales colectivas que se expresaban en las diversas geografías por medio de acciones y lenguajes compartidos. Desde luego, este proceso no fue uniforme. Por el contrario, a lo largo de esos años, en el anarquismo español como en el de otros países, las experiencias de lucha y organización dieron lugar a reformulaciones doctrinales que marcaron diferentes caminos y, en ocasiones también, reacomodos, confrontaciones e, incluso, rupturas, como veremos a continuación.

⁸⁷ Véase FERGUSON, 2023, quien, como ejemplo, estudia este tipo de intercambios de los anarquistas anglosajones en Inglaterra y Estados Unidos.

III

LOS LAZOS TRANSNACIONALES

Ha sido un lugar común de cierta historiografía pensar que el final de la vida pública de la FRE significó su extinción, y que ello habría consolidado el aislamiento de España respecto de los movimientos en el resto de Europa. Sin embargo, nada es menos exacto. Las memorias personales, las minutas y otros informes sobre diversos encuentros internacionales, la prensa militante y una amplia documentación que ha sobrevivido, encerrada en diversos archivos, nos muestran que, por el contrario, los lazos e intercambios en las sombras, lejos de las candilejas públicas, continuaron muy activos durante el resto del decenio. Cabe recordar que, al mediar los años setenta, muchos militantes de asociaciones internacionalistas en diversos países habían huido de la amplia persecución continental posterior a la Comuna, buscando refugio más allá de las fronteras. Dos de las naciones más tolerantes fueron Suiza y Gran Bretaña, que contrastaban notablemente con las del resto del continente. Ambas recibieron a buen número de exiliados, en muchos casos otorgándoles asilo e, incluso, permitiendo que los recién llegados mantuviesen sus actividades políticas, siempre y cuando no amenazaran la estabilidad del país receptor ni violaran sus leyes. En este sentido, los desplazamientos transnacionales, los vínculos y redes que se desarrollaron más allá de las fronteras nacionales, la expansión del horizonte geográfico, la consiguiente circulación de ideas y prácticas revolucionarias, pero también los intercambios, las sociabilidades y las reciprocidades no solo ampliaron las redes, sino también el universo men-

tal, cultural y doctrinario de los militantes. En ese decenio de represiones y exilios, todo ello contribuiría con su potencial subversivo a extender y transformar la cultura política y social de los internacionalistas europeos.

España no estuvo ausente de este proceso, aunque no solamente debido a los exiliados que debieron emigrar desde el inicio de la Restauración, sino así mismo por trabajadores que, por diversas razones, especialmente económicas —aunque también políticas—, tuvieron que abandonar su país buscando sobrevivir más allá de las fronteras. Por otra parte, que la Federación Regional lograra reagruparse de manera clandestina permitió hasta cierto punto proteger la identidad de sus asociados en la Península. Además, cabe advertir que entre los militantes que huyeron no solo había anarquistas: también hubo internacionalistas marxistas que se habían ido organizando desde agosto de 1871, cuando el yerno de Marx, el francocubano Paul Lafargue, se exilió en España huyendo a su vez de la represión por la Comuna. Además, conviene tener en cuenta que en la Península, desde el final de la República, pero sobre todo a partir de la proclamación de Alfonso XII como rey, muchos líderes republicanos radicales tuvieron que salir también al exilio. Lo mismo les sucedió a muchos carlistas, cuando se consolidó la nueva monarquía y el carlismo en armas fue derrotado en 1876. No faltaron tampoco algunos patriotas antillanos buscando obtener apoyos y armas para sus compatriotas en el Caribe.

Aunque no es mi propósito estudiar todos estos procesos y sujetos, sí quiero subrayar paralelismos e intersecciones, pues en varias de sus actividades transnacionales unos y otros se entrecruzaron más de una vez. Se ha reparado muy poco en que los republicanos españoles, e incluso los carlistas refugiados en otros países, que conspiraban contra la Restauración, tuvieron frecuentes puntos de contacto, no solo entre sí sino también con

los anarquistas.¹ En cambio, las policías europeas, particularmente la francesa, seguían sus huellas con tenacidad, llegando incluso a confiscar —como en el caso de Manuel Ruiz Zorrilla— sus archivos y correspondencia personales, cuando no prohibiéndoles la entrada a Francia o deportándolos por haber ingresado ilegalmente.² De ahí que, entre los españoles desterrados, encontremos republicanos como Fernando Garrido, Nicolás Estévanez, Antonio de la Calle, José Paúl y Angulo, Nicolás Salmerón y otros; militares como los generales José Lagunero, Félix Ferrer y un tal comandante Delgado; antillanos independentistas, como un banquero apellidado García, de quien se decía que en 1877, desde Ginebra, proveía fondos para, entre otras cosas,

¹ APP Ba/416 y Ba/1262. A menudo se habla de las relaciones entre republicanos, internacionalistas y “jesuitas” (se refiere a los carlistas), según una carta interceptada, dirigida por F. Pi y Margall a N. Estévanez; en otra, de F. Garrido a Salas, el primero se autodenomina “cantonalista”. Es evidente que el delator, quien desde París firma Gonzalès, era muy cercano a todos ellos. Informe del 23.VIII.1881.

² APP Ba/415. Jordi Canal atribuye esta celosa vigilancia a las presiones del embajador español en París, marqués de Molins. CANAL, 2000, pp. 267-299. Aunque las presiones diplomáticas serían un aliciente más, la policía francesa se caracterizó por mantener por su cuenta una estrecha vigilancia sobre los grupos de exiliados españoles y otros, preocupada, sobre todo, por los posibles vínculos con sectores radicales y desafectos en la propia Francia, pero también por los posibles lazos de bonapartistas con monárquicos cercanos a Alfonso XII. Las redes de la policía parisina llegaban incluso hasta la Corte en Madrid, y un informante que firmaba con el número “61”, señalaba que habían colocado espías cerca “del rey, de Cánovas, del duque de Alba, tío del príncipe imperial, de Sagasta, de Castelar y de un periodista muy dotado en el partido constitucional”. En parte, esto era consecuencia de una conversación sostenida en noviembre de 1876 con el propio Cánovas, quien había expresado sus temores de que Francia estuviera “entre la disolución social y el sable”, por lo cual, el político conservador afirmaba: “como vecino prefiero mucho más el sable” (Ba/415, 16.IX.1876, ff. 2735-2745).

comprar armas destinadas a Cuba, donde entonces se libraba la llamada Guerra de los Diez Años; y también encontramos varios líderes carlistas, incluyendo al propio pretendiente, Don Carlos.³ Muchos de ellos conspiraban entre sí, pero a veces también se vinculaban con individuos o grupos de otras tendencias, tanto del exilio cuanto locales, por lo cual en algunos informes policiales se les llegó a acusar de planear juntos el asesinato de Alfonso XII.⁴

1. TRANSFORMACIONES DOCTRINARIAS: EL ANARCOCOMUNISMO⁵

Durante estos años, si bien la vigilancia y la persecución de los gobiernos no dieron tregua, los internacionalistas peninsulares mantuvieron la actividad propagandística por todos los medios posibles. Como veremos más adelante, el contacto entre los anarquistas españoles y los de otros países se desarrolló por medio de intercambios epistolares y noticias de prensa que circulaban de modo clandestino, así como por la presencia de delegados de la FRE en reuniones públicas y secretas, especialmente en la Federación del Jura (Suiza), más esporádicamente en Bélgica y en Francia (París, Lyon, Marsella, especialmente), país en el que las organizaciones anarquistas y socialistas comenzaban a resurgir un lustro después de la Comuna. Si consideramos las dificultades políticas y la escasez de recursos para desplazarse de

³ En APP Ba/416 hay numerosos informes sobre estos exiliados, fechados entre 1875 y 1878. Véanse también APP Ba/415 y Ba/417, *passim*. Sin embargo, no hemos podido precisar mayor información sobre el supuesto banquero García.

⁴ APP Ba/415.

⁵ En esta sección y la siguiente reelaboro, reviso y amplío LIDA, 2010 y 2012b.

un lugar a otro, no puede menos que resultar sorprendente la intensa actividad desarrollada por los españoles para mantener, al mismo tiempo, sus vínculos ideológicos y doctrinarios internacionalistas y las prácticas transnacionales, así como los contactos secretos en la propia Península.⁶

También hay que tener en cuenta que, en el plano internacional, en estos años se fueron produciendo debates y cambios doctrinales que introdujeron nuevas ideas. Al mediar el decenio iban desapareciendo quienes en los inicios de la Internacional habían tenido un liderazgo indudable, como Bakunin, quien murió en julio de 1876, y en su lugar surgían líderes más jóvenes, marcados por la vida clandestina, la represión y el exilio.

Por otra parte, algunos de ellos comenzaron a cuestionar el colectivismo bakuninista. Así se fue elaborando un cambio doctrinario denominado anarcocomunismo. En el VIII Congreso General, celebrado en Berna en octubre de 1876 con la presencia de delegados de diversas federaciones europeas perseguidas, cuando no prohibidas, se discutió ampliamente la reorganización de la sociedad. En su vehemente intervención, un joven italiano, Errico Malatesta (n. 1853), aunque declaraba que los anarquistas italianos eran seguidores de Bakunin, puntualizaba: “nosotros [...] no compartimos todas [sus] ideas teóricas y prácticas”; en cambio, “nos interesamos en los diferentes programas de reorganización social que han visto y verán [en el futuro] la luz del día”. El anarquismo, concluía Malatesta, se debía mantener en una lucha continua contra las instituciones y en una revisión doctrinal profunda, en una revolución permanente (“*une révolution en permanence*”), para alcanzar y sostener el cambio social.⁷

⁶ LIDA, 2021.

⁷ *Compte-rendu officiel du VIIIe Congrès*, pp. 93-99.

Este cuestionamiento de las doctrinas bakuninistas no era nuevo. Desde comienzos de 1876, en las reuniones internacionalistas se empezaban a revisar las ideas previas y a plantear nuevas perspectivas doctrinales.⁸ El colectivismo había sido hasta entonces la teoría aglutinadora de los anarquistas. La idea de que los instrumentos de trabajo y el producto debían de estar colectivamente en manos de quienes, por su esfuerzo, eran los productores, se resumía, según el propio Bakunin, en una sola frase: “De cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo”. Esto resultaba especialmente atractivo para los trabajadores manuales, ya que se imbricaba directamente con reivindicaciones de la tradición artesanal. Pero, a mediados de la década de 1870, entre los internacionalistas se empezaba a cuestionar si las transformaciones que se producían en el mundo laboral, por el auge de la industrialización, de la automatización y de la división del trabajo, permitían seguir pensando exclusivamente en el productor único de un producto final. Algo semejante se podía decir de las faenas agrícolas, cuya suma de labores distintas era la que podría resultar en una cosecha exitosa.

Estos cuestionamientos comenzaron a formularse bajo el nombre de anarcocomunismo. El primero en exponerlo, en febrero de 1876, en Ginebra, fue el francés François Dumartheray, influido en su juventud por el comunismo icariano de Étienne Cabet y luego, en Lyon, por el anarquismo. En el folleto titulado *Aux travailleurs manuels partisans de l'action politique*, publicado ese año, trazaba la evolución de las ideas comunistas desde François-Noël (alias “Gracchus”) Babeuf, pasando por Cabet, hasta llegar a la Comuna de París, para actualizarlas a la luz del comunismo anarquista. Poco después, en marzo, el reconocido geógrafo y activo militante y teórico anarquista, Élisée Reclus, también exiliado en Suiza, exponía la nueva teoría en una con-

⁸ Recojo y sintetizo algunas ideas expuestas en LIDA, 2012a, pp. 83-89.

ferencia en Lausana, que luego seguiría desarrollando en su copiosa obra.⁹

Coincidentemente, pocos días antes del Congreso de Berna, en octubre de 1876, la propia Federación italiana, por iniciativa de Errico Malatesta y otros, había aprobado en el Congreso secreto de Florencia-Toso, que había tenido lugar el 21 y 22 de octubre, una declaración a favor del “colectivismo del producto del trabajo”, bajo la nueva fórmula “de cada uno según la propia fuerza, a cada uno según la propia necesidad”, aclarando que en una sociedad verdaderamente solidaria, “las nociones de *mío* y *tuyo* no tendrán razón de ser”. Pese al uso del término “colectivismo”, en esta formulación se contradecía la idea bakuninista de que el producto del trabajo fuera para los productores que lo habían creado. La frase “colectivismo del producto del trabajo” eludía el uso del término comunismo, todavía directamente asociado a Marx y sus seguidores “autoritarios”, pero la formulación correspondía claramente al anarcocomunismo, que comenzaba a difundirse rápidamente, aunque al principio la diferencia entre el uso del término “colectivismo” y de “comunismo” no fuese muy claro. Prueba de ello es que en 1878, en el Congreso de París, se pudiera afirmar que “el colectivismo no es más que el comunismo disfrazado”, y que “los campesinos jamás serán colectivistas”.¹⁰

Esto mismo se puede apreciar en España, ejemplificado en el “Programa para los grupos de acción revolucionaria”, de Arcos de la Frontera, en el cual se declaraba que el grupo es colectivista,

⁹ Para una síntesis de estas discusiones, véanse los libros de CAHM, 1989, especialmente pp. 40-43, y de FLEMING, 1979, p. 137 y ss., que examinan a Malatesta y otros.

¹⁰ DADÀ, 1984, pp. 184-187, reproduce el “Acta”, impresa por *Il Martello*, 19.XI.1876. Véase también MASINI, 1969, p. 100, y 1958, pp. 39-43. Cita tomada del informe del agente “Pamphyle”, en APP, Ba/28, del 15.VI.1878.

aunque en el artículo 27 decía: “El primer cometido de esta partida será distribuir entre todos cuanto se pueda repartir, teniendo en cuenta la necesidad de cada familia, pero haciéndoles comprender que toda la propiedad de ese pueblo es colectiva del municipio”. Es evidente que las diferencias doctrinales entre colectivismo y anarcocomunismo no estaban todavía claras, pero la idea sí lo estaba: el reparto no se haría según el trabajo de cada uno, sino igualitariamente en la comunidad, según las necesidades de sus integrantes, y quedaría en manos de cada municipio realizarlo.¹¹ A diferencia de los colectivistas, los anarcocomunistas señalaban, además, que los modos de producción modernos alcanzaban tal grado de complejidad industrial y técnica que era imposible determinar la proporción exacta del trabajo realizado por cada uno y el pago justo que le correspondería. Intentarlo sería volver al sistema capitalista de salarios y a una sociedad inequitativa, en la que ciertos individuos recibirían mayores ventajas que otros, pese al esfuerzo de cada uno. Además, debido al tipo de trabajo realizado, muchos quedarían marginados de tales ganancias, ya que las relaciones laborales eran muy variadas, e incluían desde trabajadores especializados en talleres, fábricas, campos y minas, hasta aquellos que llegaban a ejercer más de un tipo de trabajo y producir piezas y resultados variados, no comparables entre sí y sin posibilidad tampoco de comparar plenamente el trabajo invertido. Esto podía suceder lo mismo en la fábrica, con su producción mecánica, segmentada, como en los campos, con los aparceros o con los peones no calificados pluriempleados como, incluso, entre pequeños comerciantes, empleados y trabajadores de oficio independientes, obligados a ejercer múltiples tareas durante larguísimas jornadas para poder obtener un ingreso mínimo. Este proletariado abarcaba desde campesinos y jornaleros sin tierras, o con tierras insuficientes

¹¹ AGM, Segovia, 20/30, leg. 23, sin fecha.

para lograr cierta independencia, hasta artesanos y obreros calificados de fábricas y talleres, así como aquellos que no poseían un oficio determinado o los que apenas tenían conocimientos rudimentarios, y también desde trabajadores urbanos en los servicios públicos hasta quienes tenían empleos domésticos por lo general no calificados. No faltaban tampoco los dueños de pequeños talleres y comercios, cuyas actividades casi no daban para vivir, ni las mujeres ocupadas en sus múltiples tareas cotidianas en el hogar, sin remuneración alguna, o malamente retribuidas en trabajos menudos o marginales, tanto en las ciudades como en el campo. Incluso se pensaba en los viejos y en los enfermos, que habían dejado su vida y salud en labores diversas que ya no podían seguir practicando.

En otras palabras, según el anarcocomunismo, para que existiera una prosperidad general y justa era imprescindible la socialización de los instrumentos de trabajo y del producto entre todos los miembros de la sociedad. Así, los anarcocomunistas insistían en que esta corriente doctrinaria ampliaba las bases sociales urbanas y rurales, lo cual el colectivismo apenas si contemplaba. Ellos sintetizaban su pensamiento defendiendo la noción de que el reparto del producto debía ser social y que se debía realizar “de cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades”.¹²

Como veremos más adelante, estas ideas se comenzaron a difundir de inmediato, y a la llegada a Ginebra, en febrero de 1877, del activo exiliado ruso Pedro Kropotkin, este se convirtió en su principal propagador, junto con Reclus y Mala-

¹² Sin duda, la idea del producto distribuido entre la comunidad poseía un carácter excluyente respecto de quienes actuaban en los márgenes. Estos podían ser quienes se dedicaban a actividades consideradas reprobables por razones morales, como la mendicidad, el robo, la prostitución, lo cual, paradójicamente, acercaba la valoración desde el anarquismo a la de la propia burguesía y de la Iglesia.

testa, sobre todo, por mencionar solo algunos. El anarcocomunismo comenzó a adquirir verdadero impulso durante el IX Congreso General, celebrado en Verviers (Bélgica), en septiembre de 1877, al cual acudieron como delegados por España José García Viñas, bajo el nombre de “Rodríguez”,¹³ y Tomás González Morago, con el alias de “Mendoza”. Allí tuvieron lugar las primeras discusiones públicas entre colectivistas y comunistas, en las que Kropotkin participó activamente, bajo el nombre de “Alexis Levachoff”.¹⁴ Tras una reñida discusión entre colectivistas y comunistas, a instancias de James Guillaume se resolvió, finalmente, que, en virtud del principio de autonomía, cada sección adoptara la postura más apropiada para sus fines. Sin embargo, esta solución salomónica no ocultó la división planteada ni pudo evitar que se acentuara el centrifugalismo.

Por otra parte, frente a las diferencias doctrinarias y al decaimiento que las organizaciones obreras sufrían en Europa ante los embates represivos, la propia Internacional anarquista no pudo evitar una crisis profunda, que ahora sumaba los antagonismos sordos o explícitos dentro de cada Federación. Todo ello significaría el fin de los Congresos Generales. De hecho, el IX Congreso de Verviers, en 1877, fue el último en reunir ambas posturas, puesto que el llamado “décimo” fue convocado para reunirse en secreto en Londres cuatro años después, en julio de 1881, con el eventual propósito de “reconstituir la Asociación Internacional”, aunque ello no tuvo el éxito deseado, como veremos en el siguiente capítulo.

¹³ NETTLAU, 1969, p. 296, según notas de Kropotkin y una carta del propio García Viñas. En APP, Ba/434, pièce 410, se recoge el *Compte-rendu* del Congreso, publicado por *Le Mirabeau* en el núm. 426, del 16 de septiembre de 1877.

¹⁴ La transliteración de este apellido aparece en diversos textos como Levashev, Levashov, Levachof o Levachoff, entre otros.

2. LA PROPAGANDA POR EL HECHO COMO ACCIÓN REVOLUCIONARIA

En estos años también se planteó la preocupación por aunar el discurso teórico con la práctica. Era evidente que la capacidad represiva de los Estados y de sus valedores sembraban el desánimo y dejaban huella en las organizaciones anarquistas que veían sus fuerzas disminuidas y su desarrollo frustrado. Para los militantes más comprometidos quedaba de manifiesto la necesidad de actuar de modo tal que la acción y el entusiasmo militante resurgieran a la par de la teoría y no divorciados, tal como lo había recomendado años atrás Bakunin, quien ya en 1870 señalaba que un modo más efectivo de propagar principios era con hechos y que “predicar con el ejemplo [era] más efectivo que con el discurso”. Para el revolucionario ruso, hasta en un acto revolucionario malogrado hay “ejemplaridad”, puesto que “incluso del fracaso se aprende” y nos obliga a reflexionar.¹⁵

En los años que ahora nos ocupan se señalaba que había que ir más allá de la mera organización obrera y de la propaganda doctrinaria, pero también más allá de las meras “represalias”, del simple “ojo por ojo” que se habían proclamado al comenzar esta etapa clandestina. A partir de entonces se fue perfilando, en cambio, la idea de que para movilizar a los seguidores se debía recurrir a la “propaganda por el hecho”. En otras palabras, se pensaba que la acción directa por medio de actos revolucionarios serviría de ejemplo, fomentaría la participación, actuaría de estrategia de negociación colectiva en ausencia de espacios sindicales y sería un ejemplo didáctico para agitar y desarrollar la conciencia de clase por medio de la lucha revolucionaria. Esto

¹⁵ BAKUNIN, 1977, carta del 30.VIII.1870, p. 104 y *passim*. Véase *supra*, Introducción, p. 27.

se debía extender a las regiones agrarias para ampliar la organización a las poblaciones campesinas e incorporar a los asalariados del campo a una activa militancia anarquista. Para esto, en la propaganda por el hecho existía el propósito esencial de enseñar con el ejemplo, con la acción, que conjuntamente con la teoría forjarían un proletariado consciente, verdaderamente revolucionario.

Esta noción de ejemplaridad, que enseñaría por medio de la acción y la teoría —que en líneas muy generales ya había sido expuesta por Bakunin unos años antes—, parece haber resurgido en la Federación del Jura de la mano de Paul Brousse y de Pedro Kropotkin, en 1877.¹⁶ Sin embargo, muy rápidamente, hacia finales de la década, se fue transformando hasta abarcar diversas formas de protesta, incluidas las que incorporaban el uso de armas y explosivos. Sin duda, en gran medida esto se debió al importante lugar que ocuparon en la prensa de la época las noticias sobre la violencia desarrollada en distintas latitudes de Europa.

Rusia figuró con frecuencia en un lugar destacado en esas noticias, debido a la intensa movilización contra la autocracia zarista por parte de los sectores radicales rusos, los llamados *narodniki* o populistas —con su notable participación de mujeres revolucionarias.¹⁷ Los atentados magnicidas que se ejecutaban en Rusia se consideraron como una forma de violencia defensiva, legítima ante la represión gubernamental, y como una práctica revolucionaria justa, específicamente dirigida contra blancos determinados, desde el zar hasta funcionarios y agentes del gobierno, desde terratenientes, dueños de fábricas y grandes propietarios hasta espías policiales, así como traidores y delato-

¹⁶ *Bulletin de la Fédération jurassienne*, 5.X.1877, citado por ENCKELL, 2012, pp. 123-124.

¹⁷ Sobre las mujeres vinculadas a los movimientos revolucionarios en la Rusia de la época, véanse ENGEL y ROSENTHAL, 1975; BROWER, 1975; BROIDO, 1977; BERGMAN, 1983.

res dentro del propio grupo. A partir de la década de 1860, la organización populista secreta, *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad) había promovido la revolución campesina y la federación de comunas rurales que sustituirían al Estado autocrático; años después, un sector radical de esa organización se volcó a la acción directa y preparó el atentado que en enero de 1878, Vera Zasúlich llevaría a cabo contra el general Fiódor Trépov, jefe de la policía zarista en San Petersburgo.

Al año siguiente se constituyó el grupo *Chernyi Peredel* (Reparto Negro), bajo la influencia del marxista Pedro Lavrov, así como la sociedad conspirativa *Naródnaia volia* (Voluntad del Pueblo), dirigida por un Comité Ejecutivo de tendencia anarquista, con el fin de establecer un socialismo revolucionario y comunalista agrario. Mientras tanto, un pequeño grupo de militantes de *Naródnaia volia* retomaría la violencia magnicida y lograría asesinar al zar Alejandro II, tres años después, en marzo de 1881. El atentado contra Trépov realizado por Zasúlich, primero, y el posterior magnicidio del Zar, después, fueron recibidos por los internacionalistas de diversos países como verdaderas hazañas revolucionarias.¹⁸ En otros ámbitos, sin embargo, los

¹⁸ En *Souvenirs d'un préfet de police* (1885), recuerdos del ex prefecto de policía francés Louis Andrieux, no solo se puede atisbar la variedad de actividades de la policía francesa entre los grupos revolucionarios en ese país, sino también en otros, actuando como lo que podríamos llamar una "Internacional de la represión". En el caso de Rusia, son muy sugerentes las observaciones que sobre la sistemática organización del espionaje político realizó Victor SERGE (seudónimo del revolucionario ruso Viktor Lvóvich KIBÁLCHICH). Estas se publicaron por primera vez en la Unión Soviética en 1921, y en español en México en 1972 por Ediciones Era, con el título de *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión* (reeditadas por el Fondo de Cultura Económica, en 2019). Después del triunfo de la revolución bolchevique, Lenin comisionó a Kibálchich para que examinase los archivos de la Policía de Seguridad General zarista, la denominada Tercera Sección, mejor conocida como la

revolucionarios rusos en general fueron satanizados por la prensa de la época, e incluso por cierta historiografía posterior que los representó con calificativos infamantes, como “terroristas” y “nihilistas” ciegamente destructivos, aunque sus objetivos de lucha fueran exclusivamente contra los abusos de autócratas y de sus colaboradores. En esos años, muchos de estos revolucionarios, mujeres y hombres, huyeron al exilio y varios hallaron refugio en Suiza, donde algunos se vincularon con la Internacional anarquista, que los reconoció como suyos por su socialismo revolucionario y comunalista.¹⁹

Por entonces tampoco faltaron noticias sobre atentados contra el káiser Guillermo I, ejecutados en Alemania por Max Hödel y Karl Eduard Nobiling, en mayo y junio de 1878, respectivamente, sin duda inspirados por el ejemplo contra Trépov, unos meses antes. Esto permitió al jefe de gobierno, el canciller Bismarck, conseguir la promulgación de una ley antisocialista en octubre de 1878, renovada a lo largo del decenio siguiente, dirigida especialmente contra la socialdemocracia, pero por extensión también contra los anarquistas. Entre otras medidas, esta ley prohibía las asociaciones y las publicaciones que propagaran ideas socialistas, en un sentido amplio, así como la consoli-

Ojrana. Esta se había fundado en 1881 y desde 1883 tuvo una extensión en París, la llamada *Agentura*, que luego se amplió a otros países donde hubiera exiliados rusos. En su obra, Serge analiza la estructura de esta organización secreta y el perfil y la cuidadosa selección y entrenamiento de policías, agentes provocadores, soplones y demás actores en esa red de espionaje contrarrevolucionario. Sobre la presencia europea de la policía política rusa, véanse también FISCHER, 1997, y ZUCKERMAN, 2003. Una visión de conjunto sobre las actividades del espionaje policial en Europa se puede leer en MILLER, 2013, especialmente los capítulos 4 y 5; también, parcialmente, en JENSEN, 2014, pp. 66-74.

¹⁹ BROWER, 1975; ENGEL y ROSENTHAL, 1975; BROIDO, 1977; BORCKE, 1982; PERRIE, 1982 y BERGMAN, 1983.

ción y expansión de una *Politische Polizei*. Todo lo anterior supuso una amplia represión y un vasto exilio alemán, así como la creación de una prensa revolucionaria clandestina o en el exilio que, como el influyente periódico anarquista *Freiheit*, con su exaltación de la violencia, se editó primero en 1879 en Londres, por el activo emigrado Johann Most, y alcanzó gran eco entre las comunidades germanoparlantes en Europa y de inmigrantes transcontinentales en Estados Unidos, donde el propio Most halló luego refugio.²⁰

Por su parte, como ya lo señalamos, el movimiento republicano irlandés, llamado feniano, también atrajo la atención de la prensa general y de la anarquista en particular. De él surgieron diversas facciones radicales partidarias de la independencia, como la *Irish Republican Brotherhood* (Fraternidad Republicana Irlandesa). En los impresos se comentaron ampliamente la agitación agraria y la movilización organizada por dicha Fraternidad secreta contra la presencia colonial británica, así como diversos actos de violencia y atentados contra figuras políticas inglesas. Aunque el movimiento irlandés era nacionalista y anticolonial, su carácter agrario tuvo influencia en el anarquismo, al mostrar el potencial revolucionario de los actores campesinos.²¹

También desde Italia se amplió el recurso a la rebelión (*il fatto insurrezionale*) para difundir los principios anarquistas con el ejemplo. Esto, que se debatió en 1876 en el ya mencionado Congreso de Florencia-Toso y que luego también lo presentaron Malatesta y Carlo Cafiero en el VIII Congreso General de

²⁰ CARLSON, 1972 y 1982. Este autor señala que *Freiheit* había sido infiltrado por espías policiales, que, incluso, a menudo redactaban artículos incendiarios, confiando así en que las policías locales prohibieran su circulación.

²¹ ALTER, 1982; KENNY, 1994; MCGEE, 2005; MCGARRY y MCCONNELL (eds.), 2009; WHELEHAN, 2012.

Berna,²² se puso en práctica pocos meses después, en abril de 1877, con el intento de fomentar una insurrección campesina en el macizo del Matese, en el sur de la provincia de Benevento, en la Campania. La organización de un grupo armado se atribuyó a un pequeño núcleo encabezado por Cafiero y Malatesta, y por un populista ruso exiliado en Italia y miembro de la Internacional, Serguéi Kravchinski (alias “Stepniak” y, también, “Rublev”), quien había escrito unas “Instrucciones” para una “guerra de bandas”, es decir, de partidas de campesinos armados o guerrillas. La represión no se hizo esperar y las protestas tampoco. En ciudades importantes, como Florencia y otras, se realizaron amplias manifestaciones que fueron también severamente contenidas. Como resultado, en noviembre de 1878 se produjo en Nápoles el intento de Giovanni Passanante de apuñalar al rey de Italia, Humberto I. Poco después, en Florencia, en medio de una demostración de adhesión al rey, estalló una potente bomba semejante a la empleada contra Napoleón III por F. Orsini, en 1858, que dejó varios heridos, mientras un episodio parecido ocurrió en Pisa. Aunque no quedaba claro que las asociaciones anarquistas fueran instigadoras de dichos actos de violencia individual, estos sirvieron de fácil pretexto para reprimirlas. Estos atentados con bombas y explosivos caracterizaron entonces la violencia italiana, antes de extenderse por toda Europa en la década siguiente.²³

²² En una carta firmada por estos dos delegados italianos, se explica que el *Compte-rendu* del Congreso de Berna es incorrecto, pues no refleja bien la crítica italiana al colectivismo si no es solidario y no garantiza la propiedad colectiva del producto del trabajo. Además, tampoco reflejaba su postura sobre el *fatto insurrezionale* (acto insurreccional), como un método de propaganda y lucha para afianzar los principios internacionalistas. *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, núm. 49, 3.XII.1876.

²³ MASINI, 1958, 1963 y 1969; PERNICONE, 1993 y PERNICONE y OTTANELLI, 2018.

Estaba claro que en ciertos momentos, en países como Rusia e Irlanda, por ejemplo, el apoyo campesino había sido imprescindible. Esto conducía a pensar que también en el sur de Europa, fuertemente rural o agrourbano, la radicalización de los trabajadores de la tierra sería posible si se tuvieran estrategias sencillas y precisas, que conjugaran la propaganda con la acción. Sin embargo, la experiencia italiana había mostrado el fracaso de actos espontáneos y la necesidad de una planeación cuidadosa de la protesta.

Debería quedar claro, sin embargo, que inicialmente, a diferencia de los atentados personales, la "propaganda por el hecho" de los anarquistas tanto en el campo como en la ciudad, no se entendía como violencia ciega y arbitraria para sembrar el terror en la población, puesto que caerían víctimas inocentes, sino como actos dirigidos, sobre todo, contra objetivos económicos determinados en manos de explotadores. En el mundo rural esto se lograría destruyendo cosechas, depósitos de granos, animales, talleres y máquinas. Es decir, estaba dirigida contra aquellos bienes que al ser destruidos pudieran herir a propietarios y patrones no en su integridad física, sino en sus negocios y propiedades. Más que apoyar los atentados contra determinados gobernantes o grupos de poder, en estos años esa violencia social no estaba dirigida a las personas, sino que se concebía como una guerra económica contra las posesiones de quienes practicaban políticas salariales y laborales intransigentes y coercitivas. Así, un trienio después, Pedro Kropotkin escribiría en una extensa carta de 1881, que de lo que se trataba era de "tranquilizar" a los patrones y capataces, sugiriendo que con esto se aplacarían sus prácticas abusivas.²⁴ En este sentido, como ya lo hemos señalado, en el decenio de los años setenta la violencia revolucionaria

²⁴ Citada en LIDA, 1993, p. 63. Original, sin fecha, pero anterior al 8 de julio, en vísperas del Congreso de Londres, en IISG, Archiv Nettlau, Rond AIT, 13 pp.

anarquista estaba todavía lejos del atentado personal, con su frecuente secuela de víctimas inocentes.

Volviendo a España, solo a finales de la década de 1870, los atentados y actos magnicidas europeos, considerados por sus autores como legítimas armas revolucionarias en respuesta a la opresión, represión e injusticia, hicieron su aparición suscitando el interés del público español, gracias, sobre todo, a su gran difusión en la prensa general. No pasó inadvertida la vinculación de estos movimientos con los problemas agrarios y las poblaciones campesinas, ni la idea de establecer la comuna campesina. Era paradójico que los periódicos de amplia circulación, como *El Imparcial* y otros comentasen extensamente dichos “actos funestos” cometidos en diversas latitudes de Europa y que esa prensa contribuyera especialmente a difundir información sobre tales acciones, que al poner el acento en la violencia la equiparaba con el anarquismo, estableciendo vínculos e influencias aterradoras. Estaba claro que a los lectores en general, todo ello los llenaba de temor, lo cual en sí mismo tenía un propósito propagandístico contra las ideas y acciones consideradas revolucionarias.

Por su parte, la prensa anarquista española también reprodujo, difundió y comentó esas noticias. Esto tenía una doble ventaja para los militantes: por una parte, los pocos impresos que podían circular abiertamente como prensa obrera informativa o cultural, evitaban así ser censurados, pues la que publicaban era información que ya había sido dada a conocer legalmente por otros. Pero sin duda, lo más importante era que sus propios lectores pudiesen extraer las lecciones correspondientes, reflexionaran sobre la legitimidad justiciera de llevar a cabo actos de violencia contra los bienes de patrones y opresores y contemplaran el potencial de acción revolucionaria del mundo campesino, amén del urbano.

Aunque, como ya hemos visto, la retórica de la violencia no era nueva, esta fue adquiriendo cada vez mayor presencia en los

debates y discusiones entre los anarquistas. Desde finales de la década de 1870 y comienzos de la siguiente, la violencia se fue convirtiendo en una noción revolucionaria cada vez más extendida. En consecuencia, la propaganda por el hecho se fue transformando, inyectada de una violencia cada vez más indiscriminada que se fue extendiendo en el anarquismo finisecular. Sin embargo, esto no fue unánime ni el predominio uniforme, pues no existía una noción unívoca sobre el empleo de la violencia como arma revolucionaria. Las dos últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siguiente, en diversos lugares y contextos del Viejo y del Nuevo Mundo, vieron cómo se repetían prácticas que iban desde el magnicidio, como atentado individual, hasta el uso indiscriminado de explosivos arrojados a colectivos humanos considerados antagónicos, es decir “burgueses”, pasando por diversos actos contra sus propiedades. Pero volviendo a nuestro período, a partir de finales de la década de 1870 el anarquismo se encontraba dividido entre quienes rechazaban la violencia y los que la defendían como un medio para coadyuvar a concientizar y estimular la militancia revolucionaria en las ciudades y los campos.

3. LA PRENSA ANARQUISTA Y SUS REDES TRANSFRONTERIZAS

Sin afán de presentar aquí un repertorio exhaustivo, vale la pena examinar brevemente cómo la prensa internacionalista transnacional se sirvió de las redes de información, facilitadas entonces por el desarrollo del telégrafo y del correo postal, para difundir noticias sobre lo que sucedía en un país u otro y cómo se convirtió en una eficaz transmisora ideológica entre los militantes de las diversas federaciones europeas. Pese a las persecuciones y a la amplia, aunque estricta, vigilancia policial, los trasvases de noti-

cias, de ideas y de novedades doctrinales permitieron mantener continuos intercambios y solidaridades transnacionales.

En la mayoría de los casos, esta prensa europea, incluyendo la española, fue de existencia efímera y formato modesto, pero pese a publicarse en coyunturas poco propicias, fue relativamente abundante. Estos periódicos estuvieron en la mira de las autoridades, como lo demuestran los numerosos informes en los archivos de la policía, como la de París, que revelan lo amplio de su circulación, mucho más allá del país de origen. En el capítulo anterior ya dimos cuenta de las publicaciones en España y de los informes enviados desde Suiza sobre *El Orden* y *La Comuna Libre*, entre otros.²⁵ Aquí veremos cómo la difusión de las noticias sobre diversos movimientos revolucionarios europeos circularon desde otros países y llegaron también a España.

La prensa anarquista en los diversos países donde se imprimía, compartía los mecanismos de la española para proveer a los lectores locales e internacionales de noticias provenientes de cada lugar, servir de vínculo entre las diversas federaciones, y mantener así la cohesión y la acción internacionalistas. En Suiza, donde estas publicaciones tenían carácter legal y público, su amplia distribución en los cantones helvéticos permitía que los militantes, de manera personal u organizada, establecieran desde allí canales para la difusión clandestina hacia aquellos países donde esos impresos circularían por redes secretas, burlando la censura. Gracias a esta porosidad de intercambios, esas redes podían generar y difundir información sobre la intensa actividad en diversas latitudes, incluyendo a España, aun a pesar de las diferencias lingüísticas —que no parecían ser obstáculo para la difusión de la información, en especial la que se publicaba en francés y en italiano. Hay que tener presente que en estos años el

²⁵ Véase capítulo II, apartado 4 de este libro. En las páginas siguientes retomo y amplío lo dicho en LIDA, 2010.

desarrollo de las actividades en un país no se entendía de manera aislada, ya que la imbricación de individuos y grupos locales y nacionales con los internacionales era continua y ampliamente compartida, y su difusión dependía de las redes tejidas por los propios militantes y federaciones de cada lugar, así como por los desplazamientos transnacionales por motivos económicos o políticos. De este modo, la prensa anarquista, al ampliar su presencia en determinadas comunidades sociales, creaba una cultura impresa, que disputaba el terreno a la prensa pública, llamada “burguesa” por los anarquistas, y que intentaba romper de este modo el monopolio de la información y de la formación de una opinión pública única, fomentadas desde el poder en contextos políticos excluyentes.

Esta prensa proletaria creaba comunidades y redes lectoras amplias, compartidas por redactores, impresores, tipógrafos, lectores e, incluso, por escuchas, cuando se leía en voz alta, una práctica que permitía que llegara a un público no alfabetizado o sin fácil acceso individual a los impresos. En esos años, en los que, como ya vimos, el correo no garantizaba la inviolabilidad de la correspondencia debido a la censura postal, también cumplían una función importante quienes —como buhoneros u otros miembros de oficios ambulantes— transportaban esta prensa a espacios distantes, incluso transfronterizos y transnacionales, lo cual ampliaba las comunidades lectoras.

Volviendo a Suiza, no exageramos su importancia al reiterar la intensa labor que se realizaba desde allí para difundir por medio de impresos noticias locales e internacionales. Por el contrario, vale la pena recordar que entre 1868 y 1878, la importante sección del Jura publicó en La Chaux-de-Fonds, el ampliamente difundido *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, de orientación colectivista, bajo la dirección de James Guillaume, hasta que este se trasladó a París en mayo de ese último año. El *Bulletin* informaba extensamente sobre la organización en diversos paí-

ses, así como de las discusiones que tenían lugar en los congresos y las conferencias internacionales y las directrices doctrinales que en ellos se aprobaban.

Ya avanzada la década, también desde La Chaux-de-Fonds apareció *L'Avant-Garde* (1877-1878), que inspirado por Paul Brousse, exiliado de la Comuna, servía de órgano quincenal de la sección francesa de la Internacional y difundía información novedosa. En él, al igual que en el *Bulletin*, colaboró activamente el joven y activo emigrado ruso, miembro de la Federación del Jura, Pedro Kropotkin, y también colaboraron anarquistas alemanes exiliados en Suiza. En esos periódicos aparecieron noticias sobre España, incluso las que alababan intentos de asesinato, como en el caso del atentado contra Alfonso XII por Juan Oliva Moncasi, en octubre de 1878. *L'Avant-Garde* destacó su valentía y su "gran servicio a la revolución",²⁶ pero el entusiasmo del periódico ante este y otros intentos fallidos de magnicidio, como los llevados a cabo contra el káiser Guillermo I, condujeron a que las autoridades suizas consideraran que aplaudir semejantes actos criminales era también alentarlos y que ello quebraba el orden y la neutralidad del Estado helvético, por lo cual Brousse fue arrestado, procesado y expulsado del país, a la vez que se prohibía la publicación.

Su lugar fue tomado por *Le Révolté* (1879-1887), que en febrero del año siguiente surgió desde Ginebra, dirigido por una nueva generación revolucionaria, relativamente joven, en su mayoría. Su plana mayor, anarcocomunista y partidaria de la propaganda por el hecho, la conformaban Pierre (Pedro) Kropotkin (n. 1842), Élisée Reclus (n. 1830), François Dumartheray (n. 1842), y contó con la colaboración de otros militantes ya destacados pese a su juventud, como Georges-Henri Herzig (n. 1857), Errico Malatesta (n. 1853) y Andrea Costa (n. 1851). *Le Révolté*

²⁶ *L'Avant-Garde*, 18.XI.1878.

impulsaría con vigor la tradición de una prensa radical que informara sobre el internacionalismo revolucionario y sus acciones en diversos países, pero que también diera a conocer desde sus páginas nuevos giros doctrinales y organizativos que, como veremos más adelante, incidirían sobre el anarquismo. En todo caso, en esos momentos es notable el intenso activismo revolucionario que aparece en la prensa internacionalista y que atraviesa Europa de este a oeste y de norte a sur en esa segunda mitad del decenio.

4. INTERNACIONALISMO Y TRANSNACIONALISMO

Sin temor a reiterar, es importante insistir en que la Comisión Federal española permanecía al tanto de estas discusiones e intercambios por medio de los delegados que enviaba a diversas reuniones internacionales y por la correspondencia que, a pesar a las dificultades, mantenía con otras secciones y federaciones en Europa. Además, también recibía las noticias que publicaban algunos órganos de prensa obrera, que contribuían a dar a conocer cada vez más ampliamente las nuevas tendencias que se debatían aquí y allá en cada país. Así, incluso a fuer de repetir, es importante tener presente que durante los años de clandestinidad, la Federación Regional Española, pese a las restricciones que sufría, se esforzó por mantener el carácter transfronterizo y transnacional, cuando no transcontinental del internacionalismo (aunque esto último no sea tema de este libro). Pensarse como parte de un movimiento de clase que desconocía fronteras y mantener los vínculos internacionales existentes, aunque encubiertos, o crear otros nuevos fue consubstancial al anarquismo, incluso en la adversidad y el secreto. Aunque hasta ahora hay pocas investigaciones al respecto, es importante recalcar el esfuerzo del anarquismo español por mantener contacto con sus pares de otros países, pues si algo lo caracterizó fue, entre otras

cosas, su decidido rechazo a los Estados y a las fronteras divisorias, con el consiguiente repudio a los nacionalismos y al colonialismo, tan presentes en la época.

En España, pese a la represión, la Federación española supo mantener los mecanismos de asociación clandestina, continuar con la correspondencia con otras federaciones y costear viajes ocasionales de delegados para asistir a encuentros públicos o secretos que tenían lugar en distintos puntos de Europa, aprovechando la expansión de los transportes y el abaratamiento de los pasajes. Por otro lado, los militantes que habían escapado de la represión en la Península y habían logrado trasladarse temporalmente más allá de las fronteras, también contribuyeron desde el exilio a que los lazos de solidaridad internacional y de acción concertada continuaran activos. Esto, sin olvidar a los trabajadores que habían pertenecido a alguna sección anarquista, pero que a causa de la fuerte crisis económica que atravesó el decenio, se vieron forzados a emigrar en busca de ocupación remunerada más allá de la propia España, sin abandonar su compromiso ideológico. En síntesis, gracias a su vocación internacionalista y transnacional, el anarquismo peninsular supo mantener en la clandestinidad los vínculos revolucionarios secretos con otros países a lo largo del decenio, hasta el regreso del movimiento obrero anarquista a la vida pública en septiembre de 1881. Y todo ello evadiendo a menudo a las policías políticas, a la vigilancia militar y a las demás autoridades de cada país que, a su vez, ampliaban y perfeccionaban la geografía transnacional de la represión.

En la medida de lo posible, sorteando la severa vigilancia y persecución a la que estaban sometidos, los anarquistas españoles lograron mantenerse al tanto de los debates teóricos y contribuir a los cambios en las tácticas organizativas y de lucha, y, en general, a participar en las transformaciones que ocurrían aquí y allá en el mundo revolucionario europeo de la época. De hecho, la Federación Española mantuvo una correspondencia activa con federa-

ciones, secciones y asociaciones de otros países y, en la medida de lo posible, envió delegados a reuniones y congresos. Asimismo, difundió por correo hojas sueltas, circulares y periódicos clandestinos, aunque las severas medidas oficiales para impedir la circulación de cualquier tipo de escrito internacionalista significaran, a menudo, la violación sistemática de los envíos postales, como se señaló en el capítulo anterior.²⁷ En fin, sobre estos intercambios encontramos referencias frecuentes en las noticias que los periódicos publicaban aquí y allá sobre la actividad anarquista en diversos países, así como en la correspondencia y en las actas que han sobrevivido de la Comisión Federal de la FRE. Y todo esto, sin descartar tampoco el desarrollo de vínculos con países transatlánticos, donde el anarquismo comenzaba a difundirse paso a paso.

Está claro que, en general, los intercambios no siempre pudieron ser en persona, por lo cual la correspondencia fue un vehículo importante para el ir y venir de noticias, pese a que fuera continuamente vulnerada por la intervención policial en los distintos países. Así, por ejemplo, en Bélgica, meses antes del Congreso General de la AIT de septiembre de 1874, que tendría lugar en Bruselas, la policía parisina revelaba en sus informes los nombres y las direcciones de varios corresponsales españoles con los que los internacionalistas belgas mantenían contacto epistolar e intercambiaban puntos de vista sobre cuestiones que posiblemente serían tratadas en el congreso. Entre ellos figuraban Tomás González Morago (grabador), Nicolás Alonso Marselau (exseminarista), Francisco Tomás (albañil), Rafael Farga Pellicer (tipógrafo), José García Viñas (estudiante de medicina), Antonio Ochanda y Tomás Agustín Cervantes.²⁸ Esta violación de la

²⁷ Sobre la extendida práctica de las policías políticas europeas de violar la correspondencia, véase GOLDSTEIN, 1983, p. 69 y ss. También, *supra*, capítulo II, nota 70.

²⁸ APP, Ba/436, pièces 2322 a 2324 y *passim*. Más adelante, véase la nota 49, en la que "X" cita una carta de Portillo (T. Soriano). Carecemos de

correspondencia se repetiría frecuentemente a lo largo de los años, por lo cual los archivos policiales son repositorios importantes que conservan cartas y otros documentos interceptados y a veces copiados antes de que siguieran sus recorridos, o que fueron simplemente secuestrados.

En España, la FRE trató de evadir esta censura postal usando nombres y direcciones falsos o camuflados. En las actas y la correspondencia de la Comisión Federal se encuentran numerosos casos en los que se avisa que la correspondencia —cartas, periódicos u otros envíos postales— se debe remitir a nombre y dirección de mujeres no identificables como militantes activas, para que ellas la entreguen a los compañeros correspondientes. Estas llamadas “direcciones reservadas” eran para uso exclusivo de correligionarios de confianza, que así intentaban salvaguardar la inviolabilidad de la correspondencia y garantizar la seguridad en las comunicaciones.²⁹

Ya hemos visto, también, que en plena clandestinidad, las Conferencias Comarcales en España pedían a sus seguidores cuotas extraordinarias —aunque para muchos resultaban onerosas—, para subvencionar a los representantes españoles que, escondidos bajo diversos seudónimos, acudirían a los congresos de la AIT, como el VIII Congreso General en Berna, en 1876 y el IX

datos sobre Ochanda. En el caso de Cervantes, sabemos que era militante de Cáceres. Sin embargo, por el acta de sesión de la Comisión Federal del 7.XI.1873, lo encontramos en Córdoba, ocupando una cátedra de Derecho Canónico en la “Universidad libre”. Allí se le instruyó un expediente por difundir “doctrinas anticatólicas”, AIT, 1969, *Actas*, t. II, pp. 195-196, y 1987, *Cartas*, t. VII, p. 26 y *passim*.

²⁹ AIT, 1979c, *Cartas*, t. V, pp. 17-20, 25 y *passim*. La práctica aparece antes, pero parece intensificarse a lo largo de este año. Es difícil saber si el uso de los nombres de mujeres corresponde a compañeras militantes o no; tampoco sabemos si las mujeres que pertenecían a secciones femeninas estaban menos vigiladas por las autoridades que los hombres. Sobre las mujeres en el anarquismo, véase ESPIGADO TOCINO, 2002a.

en Verviers, en 1877³⁰ —último en el que colectivistas y anarco-comunistas participaron juntos, por lo cual varios lo han considerado como el fin de la Internacional—, y a un Congreso Socialista Mundial, en Gante, en 1877. Finalmente, como veremos más adelante, cuatro años después, en 1881, volvemos a encontrar dos delegados españoles enviados por la FRE a un X Congreso, en Londres, también llamado Socialista Revolucionario, convocado con la intención de reconstituir la AIT.

Enviar representantes a congresos y encuentros internacionalistas en diversos países dependía esencialmente de la gran voluntad de la FRE —pese a sus escasísimos recursos— y de artilugios que permitieran burlar a las autoridades dentro y fuera de España. Este transnacionalismo permitió a los participantes saber lo que sucedía en otros países, solidarizarse con las luchas de sus correligionarios aquí y allá, conocer las discusiones teóricas que se sucedían en esos años, enterarse de las prácticas de lucha y de resistencia que se desarrollaban en diversas latitudes y transmitir esa información a sus compañeros en España.

Si tenemos en cuenta las restricciones políticas, la vigilancia policial y la censura y la escasez de recursos para desplazarse de un lugar a otro, sorprende, e incluso admira, la actividad desarrollada por la clandestina Federación Regional Española para mantener sus vínculos y dar a conocer ampliamente en los diversos foros internacionalistas lo que acontecía en la Península.³¹ A diferencia de otros países, cuyos militantes anarquistas más connotados habían tenido que emigrar para buscar refugio en contextos más tolerantes, como Suiza e Inglaterra, los corre-

³⁰ Hay que recordar que la numeración se mantuvo, aunque el VII Congreso nunca se celebró. Se había pensado que tuviera lugar en Barcelona, pero las circunstancias represivas en España lo impidieron.

³¹ Detalles sobre estos congresos, en LORENZO, 1974, *passim*; NETTLAU, 1969, *passim*; GUILLAUME, 1985, tt. III y IV; LIDA, 1972 y 1979; además, LIDA e ILLADES, 2001.

ligionarios españoles —con notables excepciones—, en su mayoría, permanecieron en la Península, en la clandestinidad. Severino Albarracín (maestro) fue uno de los pocos anarquistas españoles exiliados, aunque no el único. Brevemente preso en abril de 1874 y exiliado en Suiza entre 1874 y 1877, Albarracín regresó a España ya muy enfermo, para morir en Barcelona al año siguiente.

Otro internacionalista muy activo, aunque menos conocido, fue Stanislas [Estanislao] Figueras, electricista de oficio, quien durante la toma del ayuntamiento de Barcelona en junio de 1873, colaboró con Paul Brousse, entonces exiliado en la ciudad condal, y con García Viñas, por lo cual se vería forzado a escapar a Francia poco después. Según diversos informes policiales, Figueras sería, en adelante, un anarquista muy activo en su destierro. En la segunda mitad de la década de 1870, mientras residía en Francia, dejó pocas pistas, pero entre 1880-1881 lo vemos reaparecer en Londres, en Bélgica y en varios encuentros internacionales, y en 1884, en París, donde radicó hasta su muerte en 1919. La policía francesa lo consideraba especialmente peligroso y lo vigilaba asiduamente; así, los numerosos informes permiten saber que sostenía frecuentes viajes a Inglaterra y a otros países europeos, participaba en diversos encuentros anarquistas y estaba en continuo contacto personal con camaradas de España y de otros países, incluyendo exiliados rusos. Todavía en 1904, un informe señalaba que tenía un taller propio en París y lo calificaba de *"chevalier de l'industrie"*, lo cual revelaría un cierto bienestar económico que, sin embargo, no lo llevaba a abandonar sus ideas y actividades revolucionarias.³²

Volviendo a los delegados enviados desde España por la FRE a los Congresos generales o a quienes participaban en reuniones

³² Varios expedientes policiales están dedicados a él. El más detallado en APP, Ba/1078.

secretas, después de prohibida en enero de 1874, encontramos a Rafael Farga Pellicer, bajo el nombre de J. Gómez, como representante en el VI Congreso General, en Bruselas, en septiembre de 1874. Pocos meses después, en un informe confidencial enviado por el departamento político del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia a la Prefectura de Policía en París, también se daban noticias de una reunión secreta en Le Locle (Suiza), el 24 y 25 de diciembre de 1874, convocada para preparar una insurrección en Francia a comienzos de 1875,³³ en la cual aparece presente un español, bajo el nombre de “Esteban”. En este documento, cuya veracidad no hemos podido comprobar, se menciona que bajo la presidencia de Louis Pindy, comunalista francés exiliado allí, acudieron 16 delegados representando a las federaciones suiza, española, italiana y belga, entre ellos el propio Miguel Bakunin —quien moriría al año siguiente—, los suizos James Guillaume y Schweizerguebel [*sic* por Adhémar Schwitzguébel], el italiano Palavicini [¿Salvatore Pallavicini?], de quien carecemos de información, y el español Esteban, quien por la descripción parece ser Stanislas Figueras.³⁴

Debido a las persecuciones en la Península ibérica, en 1875 se suspendió el VII Congreso de la AIT, que debía tener lugar en Barcelona, pero la numeración general se mantuvo. Por eso, al año siguiente se reunió en Berna el VIII Congreso General, en el cual participaron dos delegados españoles.³⁵ Anselmo Lorenzo, en *El proletariado militante*, reproduce una extensa “Memoria” secreta de la Comisión Federal, de 1877, en la que se señalaba que los delegados elegidos habían sido Severino Albarracín

³³ MAITRON, 1983, cap. 7, muestra los intentos de recomposición de la sección francesa de la AIT durante los años posteriores a la Comuna, hasta finalizar la década.

³⁴ APP, Ba/438, ff. 3965-3967, 4.I.1875. Informe de un tal Cabaret-Combet al conde de Harcourt, que era el embajador de Francia en Suiza.

³⁵ *Compte-rendu officiel du VIIIe Congrès*, p. 9.

—quien, como ya se mencionó, estaba entonces exiliado en Suiza— y Trinidad Soriano (estudiante de ciencias y arquitectura); entre ambos debían nombrar un tercer delegado, que resultó ser José García Viñas (estudiante de medicina). Max Nettlau explica que el distanciamiento existente entre Albarracín y Viñas hizo que el primero no se presentara en Berna, sino que se dirigiera directamente a La Chaux-de-Fonds, donde se vincularía con Kropotkin, dejando a sus dos compañeros como únicos representantes por España. Por su parte, James Guillaume, en su imprescindible *L'Internationale*, también confirma la presencia de Trinidad Soriano, bajo el seudónimo de Francisco Portillo, y de José García Viñas, como “Antonio Sánchez”, según constaría en el *Compte-rendu* oficial.³⁶

En este encuentro en Berna, los delegados españoles, sobre todo García Viñas, fueron especialmente activos. Ellos propusieron, y se aprobó por unanimidad, que se instituyera una cotización mensual de 3 céntimos por cada miembro para que el *Bureau* federal creara una caja internacional de propaganda que fomentara la solidaridad transnacional —incluso, transcontinental— y poder apoyar así la propaganda “en países tan lejanos como la República Argentina”, que ya se perfilaba como gran receptora de inmigrantes europeos que se podrían sumar a la militancia internacionalista, como había sucedido en el otro extremo de América, en Estados Unidos.³⁷ En una carta interceptada por la policía francesa, en la que una de las firmas parece ser de Paul Brousse, dirigida a unos “Compañeros” —posiblemente de secciones francesas clandestinas—, se informa que los delega-

³⁶ LORENZO, 1974, parte II, cap. 9, pp. 369-382; NETTLAU, 1969, p. 281; GUILLAUME, 1985, t. IV, cap. VIII, p. 93; *Compte-rendu officiel du VIIIe Congrès*, p. 3 y nota, donde se indica que los dos nombres son seudónimos.

³⁷ Esto lo confirman los informes sobre el Congreso en APP Ba/415, Ba/438 y Ba/441.

dos franceses apoyaron solidariamente la propuesta española, subrayando la necesidad de respetar la autonomía local. En una clara demostración de fraternidad transnacional, los franceses también propusieron que los revolucionarios de cada país “apoyaran a, o al menos simpatizaran con los de los países vecinos”, moción que, según Brousse, fue apoyada con “apasionamiento revolucionario” por las federaciones italiana, española y jurasiana.³⁸

Al año siguiente, en 1877, España tampoco faltó a la cita en el IX Congreso General, en Verviers (Bélgica). También sabemos que días antes, varios internacionalistas como Paul Brousse (Francia), Andrea Costa (Italia), Pedro Kropotkin y James Guillaume (ambos de Suiza) y García Viñas, se habían reunido antes en secreto en La Chaux-de-Fonds. Años más tarde, Max Nettlau calificaría este cónclave como “sociedad revolucionaria internacional”, derivada de la Alianza bakuninista.³⁹ Entre el 6 y el 8 de septiembre de 1877, este mismo grupo se trasladó a Verviers, para participar en dicho Congreso. Como se señaló más arriba, allí también acudieron como delegados por España, Tomás González Morago y García Viñas, en representación de varias federaciones comarcales y locales españolas.

Vale la pena anotar que en este congreso hicieron su aparición asociaciones transcontinentales, de América Latina y del norte de África, regiones en las cuales el internacionalismo comenzaba a extenderse. Así, en Verviers se recibió a la Federación de Montevideo, que delegó su representación “en los compañeros españoles”,⁴⁰

³⁸ *Compte-rendu officiel du VIIIe Congrès*, pp. 79-80 y APP Ba/438.

³⁹ NETTLAU, 1969, p. 296, con base en varias fuentes, corrige el dato proporcionado por GUILLAUME, 1985, t. IV, p. 258, de que Rodríguez era Soriano y confirma que ese fue seudónimo de Viñas.

⁴⁰ Véase *supra*, cap. 2, nota 5. LORENZO, *ibid*, p. 372. Recuérdese que las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX vieron un aumento espectacular en las cifras migratorias a la Argentina y Uruguay, especialmente de quienes provenían de Italia y España.

y también se reconoció una sección de Alejandría, en Egipto.⁴¹ A la par, se planteó la necesidad de hacer “propaganda en Oriente”, demostrando en todos estos casos la vocación transnacional manifestada en esas resoluciones.

Volviendo a los dos delegados españoles, estos llevaron a Verviers la propuesta de la Federación de Castilla la Nueva de estudiar cuáles serían los medios más adecuados para llevar a cabo lo más rápidamente posible la acción revolucionaria; además, sumaron la recomendación de la Federación de Aragón de dar a conocer esos medios más allá de las fronteras, en todos los países. Después de una larga discusión, en el *Compte-rendu* de este IX Congreso se asentaría que a raíz de este debate, se había resuelto acordar “la solidaridad *de facto* en la acción socialista revolucionaria”, puesto que está reconocida por el Congreso y por los “Grupos socialistas revolucionarios” como el medio indispensable “para asegurar el triunfo de la Revolución social”.⁴² Asimismo, se resolvió que todo revolucionario, en ausencia de espacios sindicales, tenía la obligación de recurrir a la “propaganda por el hecho”. Todo lo anterior demuestra la presencia activa y la influencia de España en estos encuentros internacionales, lo cual no siempre se ha destacado.

Hay que señalar que, además de Morago y Viñas, en dos informes dirigidos al Prefecto de la Policía de París, también se menciona como delegado en Verviers al español Antonio

⁴¹ GUILLAUME, 1985, t. IV, p. 259. A fines de 1878, Errico Malatesta estuvo exiliado en esa ciudad egipcia, de la que poco después fue expulsado. Alejandría poseía una amplia colonia de residentes italianos, y en el X Congreso, en Londres, en 1881, Malatesta aparecerá nuevamente como su representante.

⁴² *Compte-rendu du 9e Congrès général de l'Association Internationale des Travailleurs* (Verviers), en *Le Mirabeau*, núm. 426, 16.IX.1877, pp. 1-2.

Alier, “empleado de comercio en Barcelona”. Esto hay que tomarlo con cautela, pues en la “Memoria”, publicada por *Le Mirabeau* (Verviers), no aparece ninguna referencia a él.⁴³ Sin embargo, poco después, otro informe lo vuelve a mencionar junto a los otros dos, como los delegados españoles al Congreso Universal Socialista, que se reunió a continuación en la ciudad de Gante los días 9 al 15 del mismo mes, con un total de 46 delegados de diversos países. Sin embargo, una vez más, Alier estuvo ausente de la “Memoria” de dicho congreso y en ella solo aparecieron Viñas y Morago con sus respectivos alias. Por *Le Mirabeau* también sabemos que de los tres delegados que presidieron ese Congreso, uno era español, pero no se menciona su nombre.⁴⁴ La reiterada referencia por parte de la policía parisina a Antonio Alier —quien, como veremos más adelante, tuvo una participación activa en la FRE tiempo después—, permite suponer que estuviera presente en algunas de las sesiones o actividades públicas organizadas alrededor del Congreso, aunque no apareciera oficialmente como delegado de la FRE, lo cual podría explicar las reiteraciones y confusiones de los agentes policiales.⁴⁵

⁴³ *Le Mirabeau*, núm. 426, 16.IX.1877 y APP, Ba/436, 6.IX y 15.IX.1877. En 1880 Alier sería elegido miembro de la Comisión Federal. Otro expediente de APP, Ba/1078, sobre Stanislas Figueras, informa de la presencia de Alier en Verviers, pero no precisa que lleve mandato alguno; en cambio, debido a sus fuertes declaraciones contra la policía, fue expulsado de Bélgica. Aprovecho para corregir esta información en la nota 26 de mi artículo sobre las Conferencias Comarcales, LIDA, 2015. Datos sobre Alier también en APP, Ba/436, pièces 2740-2742.

⁴⁴ Recorte de *Le Mirabeau*, núm. 426, 16.IX.1877, en APP Ba/434. Guillaume, quien el 23.IX.1877 publicó un informe sobre el Congreso, en el *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, lo amplió luego en su libro, sin mencionar a Alier, GUILLAUME, 1985, t. IV, pp. 265-280.

⁴⁵ APP, Ba/434, pièce 410.

5. LA PRESENCIA ESPAÑOLA EN REUNIONES EUROPEAS

Sabemos que en los años posteriores al IX Congreso, la llamada Internacional “antiautoritaria” se reveló cada vez más debilitada por la amplia y larga persecución que se producía contra ella en muchos de los países de la Europa continental. Por ello, la actividad principal recayó sobre la Federación del Jura, de vida pública, la cual, después de que James Guillaume se trasladara a París a comienzos de mayo de 1878, quedaría bajo la influencia del activo emigrado, Pedro Kropotkin, entonces de 35 años.

Estos cambios no impidieron que representantes españoles acudieran frecuentemente a diversos encuentros públicos o clandestinos de las federaciones regionales en Suiza, en Francia, y también, aunque en menor grado, en Bélgica. Incluso, al finalizar la década, encontramos también referencias a internacionalistas españoles que estaban refugiados en Londres, desde donde asistían a reuniones en otras ciudades europeas.⁴⁶ Además de la continua presencia de delegados españoles en muchos de los congresos y encuentros internacionales, ya dijimos que su presencia también fue frecuente en las reuniones convocadas por las federaciones locales en diversos países. A continuación reco-

⁴⁶ EN APP, Ba/985, del 7 y 8.VIII.1879, se informó que el alemán Johann Most y Paul Brousse estuvieron en Verviers con Martínez, español “*d’une grande activité*”, y que de allí los dos últimos se trasladaron a Bruselas y, posteriormente, a París. En ningún momento se revela el nombre de Martínez, de quien el informante dice que tiene dinero, pero que no ha sido posible averiguar quién es ni cuáles son sus planes, pues “es muy prudente”. En el mismo expediente, en otro informe fechado en enero del año siguiente, se habla de internacionalistas españoles refugiados en Bélgica que han formado, junto con otros, un Comité Socialista Revolucionario llamado *Amis de la Revanche*, que la policía francesa califica de “nihilista”, vinculado con un Comité Revolucionario Central, en Londres, también en contacto con refugiados españoles en esa ciudad.

gemos rastros de las frecuentes relaciones entre los federados españoles y sus contrapartes francesas y suizas. Mientras que en Suiza las actividades eran legales, sabemos que en Francia los internacionalistas buscaban reorganizarse a medida que las prohibiciones oficiales se relajaban paulatinamente, y aumentaban después de la proclamación en 1880 de una amnistía general para los comunistas presos.

a] *Españoles en Francia*

Dada la natural vecindad con Francia y la porosidad de la frontera, allí se concentraban varios exiliados políticos españoles, republicanos y carlistas,⁴⁷ —por no mencionar también a numerosos trabajadores emigrantes. En ese país encontramos abundantes huellas de peninsulares participando activamente en los congresos obreros locales. Por otra parte, en épocas de crisis no era inusual la solidaridad transfronteriza, en particular durante la segunda mitad de la década, en el contexto de la contracción económica internacional que golpeará, entre otros, a la Península ibérica. Así, por ejemplo, en 1876 sabemos de la creación de una sección única francoespañola de toneleros para apoyarse mutuamente en esos difíciles momentos.⁴⁸ Dos años más tarde, al producirse una serie de huelgas de diversos oficios en Barcelona, fueron los obreros del Jura suizo los que cubrieron una cotización especial para apoyar a los españoles necesitados.⁴⁹

⁴⁷ Véanse los trabajos y compilaciones de Jordi Canal sobre exiliados republicanos, primero, y luego sobre carlistas emigrados a raíz de la guerra de 1872-1876.

⁴⁸ APP, Ba/437, f. 3185, 25.IV.1876. Según este informe, eran toneleros de Barcelona y del Midi.

⁴⁹ Informe firmado por "X", en el que copia textualmente de una carta de Trinidad Soriano, del 29 de octubre, "recibida por nosotros", sin

Después de la victoria electoral republicana en Francia, en las elecciones legislativas de febrero de 1876, tras haberse levantado el estado de sitio promulgado desde 1871 a raíz de la Comuna, los encuentros en ese país se multiplicaron. De hecho, en octubre se logró convocar legalmente un primer Congreso Obrero en París, con representantes de diversas asociaciones de oficio provenientes de diversas regiones de Francia, que después de haber quedado prohibidas tras la Comuna reaparecían en 1876 a la sombra del republicanismo.⁵⁰ Aunque este congreso fue vigilado muy de cerca por la policía, lo cual obligaba a mantener un tono moderado y esencialmente apolítico, los delegados se pronunciaron a favor de la creación de organizaciones obreras (*syndicats*) que dieran lugar a una eventual reconstitución del descompuesto movimiento obrero. A pesar de que el Congreso mantuvo un tono prudente para no provocar a las autoridades, y que en ningún momento declaró una postura internacionalista, James Guillaume exclamaría entusiasmado desde las páginas del *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, lo admirable que era que, al cabo de cinco años, desde la vasta e intensa represión anticomunista, el movimiento obrero francés osara levantar la cabeza, lo cual auguraba un mejor futuro: “*C’est là un fait énorme. Le temps fera le reste*”.⁵¹

Este encuentro dio el toque de salida para la reorganización de la militancia internacionalista francesa, aunque a menudo no fuera más que de manera clandestina. De hecho, en noviembre de 1877, pese a las presiones policiales y judiciales, Jules Guesde había logrado fundar en París el semanario de orienta-

especificar los destinatarios. APP Ba/438, f. 4197, 1.XI.1878. Es muy posible que “X” fuera uno de los informantes policiales reclutados en Suiza por O. Testut. Sobre este importante agente, véase Introducción, nota 4.

⁵⁰ Moss, 1976, pp. 65-66.

⁵¹ “Ese es un gran hecho. El tiempo hará el resto”, en *Bulletin de la Fédération Jurassienne*, núm. 48, 8.X.1876.

ción marxista, *L'Égalité*. Por su parte, ya mencionamos que Paul Brousse, desde junio del mismo año, había iniciado en La Chaux-de-Fonds, la publicación de *L'Avant-Garde*, con el apoyo de Pedro Kropotkin; este era un periódico quincenal destinado a la propaganda clandestina en Francia de las ideas anarquistas. Brousse, quien había estado exiliado en Barcelona después de la Comuna y seguía manteniendo contacto con lo que allí pasaba, era también quien redactaba las noticias sobre España e Italia en ese periódico.⁵² Pocos meses después, en el IX Congreso General de Verviers, del 6 de septiembre de 1877, se informaba que “la recientemente constituida Federación francesa” sería admitida como miembro de la AIT, en Suiza.⁵³ Cuando en enero de 1878, el segundo Congreso Obrero se reunió en Lyon, la reorganización internacionalista en Francia aparecía como una realidad, aunque sus logros todavía fueran modestos. Esta vez sería *L'Avant-Garde*,⁵⁴ el que se mostraría optimista y se opondría a juzgar el resultado exitoso o no del Congreso con la misma vara de medir que si hubiese tenido lugar en un país con libertades plenas.

En la reunión de Lyon se decidió convocar a un Congreso Obrero Internacional en París. Este se reuniría entre el 2 y el 12 de septiembre de ese año, aprovechando la presencia de compañeros franceses y extranjeros que asistirían a la Exposición Universal, que tendría lugar entonces en la capital de Francia entre la primavera y el otoño de 1878. En un minucioso y extenso informe de la Policía Municipal de París no solo se dan noticias de los preparativos para dicho Congreso, sino también de otro paralelo, que se definía como “Congreso Internacional Socialista Revolucionario”, cuyo objetivo sería dar nuevo ím-

⁵² Véase el expediente de Paul Brousse en APP, Ba/985.

⁵³ *Compte-rendu du 9e Congrès général de l'Association Internationale des Travailleurs* (Verviers), en *Le Mirabeau*, núm. 426, 16.IX.1877, pp. 1-2.

⁵⁴ *L'Avant-Garde*, núm. 20, 23.II.1878.

petu a la AIT, después del último congreso en Verviers, en 1877. Sin embargo, este no se pudo llevar a cabo, pues en mayo varios de los organizadores fueron perseguidos y dos de ellos tomados presos —uno de ellos era el conocido internacionalista italiano, Andrea Costa—; muchos fueron juzgados y condenados en el famoso *Procès des 39*.⁵⁵ A partir de entonces, el término “socialista revolucionario”, acuñado en la Comuna, como vimos en el primer capítulo, pero desarrollado en Rusia a partir de 1878, empezó a cundir en el resto de Europa entre partidarios de la propaganda por el hecho, y también a aparecer con frecuencia en los informes policiales, a la vez que era estigmatizado en la prensa.⁵⁶

Por los impresos anarquistas que se publicaban clandestinamente en España sabemos del interés que en este país despertaban las actividades de los obreros franceses. Así, en las Conferencias Comarcales de septiembre de 1878, se decidió enviar como delegado al Congreso Obrero Internacional en París a Anselmo Lorenzo, quien acudió bajo el seudónimo de “Lorenzo Fort”; además, se resolvió que allí se le sumaran otros españoles entonces residentes en París. De hecho, sabemos que quienes se vincularon con este Congreso fueron Pedro Eriz, José López Montenegro, Ubaldo Romero Quiñones y Stanislas Figueras,

⁵⁵ Así aparece en un folleto del mismo nombre. En otro folleto titulado *Le Collectivisme devant la 10e chambre*, de 1878 (p. 18), se acusa a la policía francesa de encarcelar al grupo con el propósito de “terroriser les travailleurs et les détourner à l’aide de cette terreur salutaire, de la voie socialiste et révolutionnaire dans laquelle ils tendaient de plus en plus à s’engager” (aterrorizar a los trabajadores y con ayuda de este saludable terror, alejarlos de la vía socialista y revolucionaria con la cual tendían a comprometerse cada vez más).

⁵⁶ APP Ba/28, Informe de 21.VII.1878, y Ba/199, *passim*. Sobre el surgimiento en Rusia de un Comité Ejecutivo del Partido Social Revolucionario, su uso de la violencia y su desarrollo posterior, véase VENTURI, 1966, p. 161 y ss.

militantes que en estos años reaparecerían más de una vez en relación con el internacionalismo en el exilio.⁵⁷

Ya señalamos que, como en ocasiones anteriores, las autoridades citadinas habían prohibido el congreso, por lo que al desafiar la prohibición todos sus organizadores fueron arrestados.⁵⁸ De hecho, el propio Anselmo Lorenzo estuvo cerca de caer preso, pues según un informe policial sin firma, se confirmaba que había participado bajo el alias de Lorenzo Fort en una reunión privada para organizar una protesta pública. Según esto, en ella Lorenzo expresó que “en nombre de los españoles que represento [...] marcharé hacia adelante con vosotros”.⁵⁹

⁵⁷ En LORENZO, 1974, parte II, cap. 11, p. 409 se dan solamente iniciales. José Álvarez Junco desata dos de estas en la página 462, nota 54: P.E. [Pedro Eriz], pintor de profesión, según M. NETTLAU, 1969, p. 306, y J.L.M. [José López Montenegro], de quien sabemos por Nettlau que estaba exiliado en París, pero cuya ocupación desconocemos. En APP Ba/28, Ba/29, Ba/1078, etc., se menciona también a Ubaldo R. Quiñones y a Stanislas Figueras (con el alias “Auriol” u “Oriol”) y se indica que Anselmo Lorenzo asistió a dicho Congreso bajo el alias de Lorenzo Fort. También hemos encontrado a un tal A.A., iniciales que encubrían a Antonio Alier. En estos años, U. Romero Quiñones, militar y periodista que provenía del republicanismo, estuvo cerca de los anarquistas.

⁵⁸ MAITRON, 1983, pp. 101-102.

⁵⁹ APP, Ba/28 (Interdit), 4.IX.1878, f. 374. LORENZO, *idem*, al tratar las Conferencias Comarcales de 1878, da cuenta de la votación para delegados al Congreso de París. Estos aparecen bajo sus iniciales: 14 votos para T.M. [Tomás Morago], quien no aceptó; 13 para A.L. [Anselmo Lorenzo], que sí aceptó; 10 para J.G.V. [José García Viñas]; 10 para T.S. [Trinidad Soriano]; 7 para R.F.P. [Rafael Farga Pellicer]; 2 para A.A. [Antonio Alier] y otros 2 para F.T. [Francisco Tomás]. Tres compañeros residentes en París acompañarían a Anselmo Lorenzo: P.E. [Pedro Eriz]; J.L.M. [José López Montenegro] y un tal M.A.B., cuyas iniciales no he podido saber a quién pertenecían. En APP Ba/29 se menciona también la presencia de Ubaldo R. Quiñones con Lorenzo, y en APP Ba/28 se sabe que un tal Oriol fue uno de los 39 apresados; es posible que este fuera S. Figueras.

Debido a esta actividad ilegal, el español sería buscado por la policía en su dirección de la rue St. Jacques 308, pero otro informe señalaba que todo fue en vano, pues no se pudo dar con él, probablemente por usar nombres falsos.⁶⁰ Además, según el generalmente bien informado agente policial O. Testut, quien firmaba con el número "47", el tal Lorenzo Fort había anunciado que a su regreso a Barcelona imprimiría una protesta contra la prohibición del Congreso Internacional, y que desde allí la enviaría a otros países.⁶¹

A raíz de esa prohibición, muchos simpatizantes fueron apresados y llevados a los tribunales. Entre ellos, un periodista belga llamado Émile-Nicolas Massard, en cuyo poder se encontró una carta firmada por González Morago, con el alias de "Antonio Mendoza", dándole nombres y direcciones de contactos de españoles a los cuales enviarles "manifiestos revolucionarios". Entre estos aparecen Carlos Frontaura, director de *El Cascabel*, de Madrid; el "director del periódico democrático *La Discusión*", así como los directores de *La Correspondencia de España*, *La Igualdad* y *El Imparcial*, todos en Madrid. Además, también se nombraba en Madrid a M. Real y Prado, a A. Durand, editor, y a Félix Borrel, farmacéutico. En una libreta de direcciones, encontrada por la policía también en poder de Massard, aparecían las direcciones de Ubaldo R. Quiñones, de Madrid, y de un tal Ch. Burnery, en Córdoba.⁶²

En el bienio siguiente, en España, la Federación Regional sufriría un evidente declive por efecto de su larga proscripción. En páginas anteriores hemos mostrado que la reducción del número de afiliados se tradujo en una dramática merma en los ingresos por la reducción en el pago de cuotas. Era natural que,

⁶⁰ APP, Ba/29, 6.IX.1878.

⁶¹ APP Ba/28, 27.IX.1878, f. 568, informe de "47".

⁶² APP Ba/29, donde también hay varios informes judiciales y policiales firmados por diversos agentes.

en consecuencia, los viajes al extranjero se vieran también reducidos.⁶³ Sin embargo, esto no significó que los contactos personales desaparecieran, sino que se siguieron desarrollando pese a las graves limitaciones. Así lo manifestaba el periódico *La Fédération*, de Marsella, al explicar que desde el Congreso Socialista Obrero que había tenido lugar en octubre de 1879 en esa ciudad, las noticias que se habían podido publicar sobre el movimiento proletario en la Península habían sido posibles gracias a informes “transmitidos personalmente” por compañeros españoles. Este mismo periódico da noticias sobre *La Comuna Libre*, hoja clandestina que se publicaba en España, que había llegado a sus manos.⁶⁴ Aquí vale la pena señalar que en informes sobre ese Congreso no hemos encontrado representantes españoles, pero en cambio hubo una sorprendente presencia de refugiados rusos calificados como socialistas revolucionarios, provenientes de Suiza, Londres y Austria; asimismo, estuvieron presentes delegados de la Federación italiana en el exilio suizo, y alemanes asilados en varios cantones helvéticos y en Inglaterra. Estaba claro que en los años posteriores a la Comuna, la circulación transnacional de exiliados estaba a la orden del día entre los revolucionarios de gran parte de los países de la Europa continental.

En los años posteriores a la amnistía también encontramos una importante actividad organizativa de grupos anarquistas en diversas ciudades francesas; estos llamaban a congresos y otros encuentros en los que abundaría un lenguaje radicalizado y se multiplicarían los nombres de guerra de los grupos. Así, podemos encontrar que en la convocatoria al Congreso Obrero, que tendría lugar en septiembre de 1881,

⁶³ LIDA, 2015.

⁶⁴ *La Fédération*, núm. 3, 7.II.1880, p. 6. Este periódico lo publicó el Comité Général Exécutif, conformado en 1879 para organizar el Congreso Socialista Obrero, en Marsella.

en Reims, pero que comienza a circular ampliamente en la prensa desde el 6 de abril, enviada por el *Centre d'Études Les Vengeurs* (Los Vengadores) y por el de Les Égaliteurs (Los Igualadores), se anticipaba que se sentaría en el banquillo de los acusados a “la vieja sociedad”, para ser juzgada por un “tribunal popular”, lo cual, palabras más o menos, era lo mismo que expresaban los Estatutos de la Mano Negra en España hacia finales de la década anterior.⁶⁵ Volviendo al Congreso Obrero en Reims —nombre que se cambiaría a Congreso Socialista Revolucionario al comenzar las sesiones—, este se autoproclamó “Socialista Revolucionario” en la inauguración. Esta fórmula se repitió en otros casos, y en los años siguientes encontramos gran abundancia de grupos y reuniones distribuidos por la geografía francesa con nombres de guerra diversos, como los mencionados, y también con abundantes referencias a España y a impresos anarquistas españoles, lo cual demuestra la cercanía entre los militantes de ambos países y las influencias mutuas que manifestaban.⁶⁶

b] *El caso suizo*

El acceso transfronterizo de revolucionarios españoles a Francia no fue un caso único. Suiza, aunque más lejana, fue también un lugar privilegiado para múltiples encuentros interna-

⁶⁵ Véase LIDA, 1969.

⁶⁶ Véanse por ejemplo, APP, Ba/39, “Appel aux travailleurs de France et tous les groupes ouvriers constitués” y Ba/73. Podemos advertir por estos y otros expedientes policiales las abundantes menciones a periódicos clandestinos españoles —como, por ejemplo, *El Orden*, *El Murciélagu* y *La Revolución*—, a lo largo de los años de la clandestinidad, lo cual nos permite reconfirmar la porosidad de la frontera francoespañola y la frecuencia de los contactos e intercambios existentes.

cionalistas, que fueron vitales para mantener vivo el ímpetu anarquista, gracias a la activa labor de la Federación del Jura. De hecho, allí también encontramos un gran número de refugiados de distintos países —alemanes, franceses, italianos, polacos, rusos, entre otros— que trababan contactos entre sí y con correspondientes en otros países. En esos encuentros, semilleros importantes para la difusión y la adopción de nuevas concepciones anarquistas, estuvieron presentes más de una vez delegados de España.

Los contactos de la FRE con Suiza fueron variados. Ya en agosto de 1876, la Comisión Federal enviaba felicitaciones al Congreso de La Chaux-de-Fonds, proponiendo a los compañeros suizos que el Congreso de Berna se pospusiera hasta octubre.⁶⁷ Pero al concluir la década, estos contactos se fueron intensificando. El 2 de agosto de 1878, por ejemplo, se enviaba un mensaje de solidaridad al Congreso de la Federación del Jura, expresándole su adhesión,⁶⁸ y en octubre, la Federación en St. Imier informaba sobre unos “Estatutos revisados”, enviados por la FRE, fechados en octubre de 1878, en los que se explican las acciones y la propaganda revolucionarias realizadas en España.⁶⁹ Asimismo, en enero siguiente se recibió en Ginebra una carta de España, presumiblemente de la FRE, solicitando ayuda para financiar una revolución en la primavera, y dos meses después, en La Chaux-des-Fonds, en otra carta desde Barcelona, dirigida a Adhémar Schwitzguébel, se denunciaban las presiones que las secciones comarcales sufrían por parte de las autoridades españolas. La situación era tan grave, continuaba el mensaje, que había resultado en varios anarquistas presos. En vista de lo anterior, los correligionarios suizos mostraron su solidaridad

⁶⁷ GUILLAUME, 1985, t. IV, cap. VI, p. 59 y ss.

⁶⁸ APP Ba/437, f. 3188, y *L'Avant-Garde*, 9.IX.1878, que cita la carta de la FRE.

⁶⁹ Aparecen traducidos al francés, en APP Ba/437, ff. 3189-3192.

al enviar 300 francos para ayudar a los once compañeros españoles presos.⁷⁰

Meses después, en mayo de 1879, un detallado informe policial daba cuenta de la presencia de revolucionarios extranjeros, incluyendo españoles, en distintas ciudades suizas; en él se revelaba que Ubaldo R[omero] Quiñones, de Madrid, y un “tal Cámara”, del cual no tenemos información, habían sido invitados a asistir al Congreso del Jura, en Berna, pero sin voz ni voto. Además, se señala que un tal “Guillaume”, es quien lleva la correspondencia con Barcelona desde Neuchâtel, y que su contacto en esa ciudad era “un tal Benot, *chez* Farre, relojero”.⁷¹

Por otra parte, en el otoño de 1878 y la primavera siguiente, Fernando Garrido, a veces escrito “Garita”, también aparece mencionado repetidas veces en los despachos policiales. Así, lo encontramos desde 1876 moviéndose entre Ginebra y París, vinculado a “sociedades [anarquistas] secretas regicidas”.⁷² Ya antes, había sido tachado nada menos que de “regicida”, junto con un tal “García Olías”, calificado como “ex garibaldino”, quien había encabezado una “Legión española”, y aparecía exiliado en Francia.⁷³ Según esto, Garrido además estaba en contacto con varios expatriados republicanos que, como José Guisasola, habían buscado refugio allí, pero también con algunos que como Manuel Ruiz Zorrilla y Antonio de la Calle, entonces exiliados en Ginebra, se relacionaban con grupos anarquistas en Suiza y

⁷⁰ Informe de “Ludovic” del 28.I.1879, ff-4251-4252, e informe de “X”, del 10.III.1879, en APP, Ba/438, f. 4245.

⁷¹ APP, Ba/438. Sabemos que James Guillaume se había instalado en París en 1878, por lo que si esta fuera una referencia a él, no tenemos documentada su presencia en Neuchâtel. Tampoco podemos precisar la identidad de Benot.

⁷² APP Ba/415, f. 2966, informe de Gonzalès, desde París, 21. XI.1878.

⁷³ APP, Ba/415, informe de González, del 25.IV.1876.

republicanos en Londres.⁷⁴ Eran momentos en los que republicanos e internacionalistas españoles, como Ubaldo Romero Quiñones, parecían estar planteando la posibilidad de establecer una alianza de movimientos revolucionarios de diversos países.⁷⁵

Como resultado de los contactos entre anarquistas españoles y otros residentes en Suiza, habría que recordar que Pedro Kropotkin viajó clandestinamente desde Suiza a España en junio y julio de 1878, encubierto por un pasaporte a nombre de Alexis Levashev. Su cercanía con delegados españoles desde el Congreso de Verviers, como García Viñas, entonces redactor de *La Revista Social*, y Tomás González Morago, facilitaría sus contactos en el país. Durante esta breve estancia de un mes y medio

⁷⁴ El mismo González, cuyo alias suele aparecer como Gonzalès en francés, y que evidentemente era cercano a los españoles desde 1876, solía informar detalladamente desde París. Véase APP Ba/415, ff. 2966 y 2974-2975, donde también señala la existencia en Londres de un “Comité directivo para Europa”, que suponemos republicano. Sobre Ruiz Zorrilla y muchas de las redes transnacionales del republicanismo, véanse CANAL, 2010 y 2014, así como MARTÍNEZ LÓPEZ, 2010.

⁷⁵ “*Rapport sur les sociétés politiques organisées en Suisse au mois de Mai 1879*”, APP, Ba/198. Este informe contiene también referencias a Moncasi, ejecutado en enero de 1879, tras haber atentado contra la vida de Alfonso XII en octubre del año anterior, y menciona apoyos económicos enviados por los relojeros del Jura a su viuda en Barcelona. Antes, en una carta de Romero Quiñones a J. Ph. Becker, internacionalista alemán exiliado en Suiza, fechada en Madrid, el 14.II.1878, el español le manifestaba haber sido amigo de Fanelli, y le plantea la necesidad de “*faire une alliance internationale des partis socialistes révolutionnaires*” (hacer una alianza internacional con partidos socialistas revolucionarios) de diversos países, incluida España, y le pregunta: “*Pourrions nous mettre d'accord tous les socialistes révolutionnaires français, allemands, suisses, italiens, espagnols et belges?*” (¿Podríamos poner de acuerdo a todos los socialistas revolucionarios franceses, alemanes, suizos, italianos, españoles y belgas?). IISG, Fondo Nettlau, Dossier Becker, pièce 658.

se relacionó, sobre todo, con militantes de Barcelona y, en mucho menor grado, de Madrid. No lo podemos afirmar a ciencia cierta, pero cabe la posibilidad de que en ese viaje, Kropotkin-Levashev difundiera el anarcocomunismo. Nettlau señala que en una conversación sostenida con Kropotkin, 23 años más tarde, el revolucionario ruso se manifestó impresionado por el “espíritu de revuelta” de los campesinos españoles, tan similar, pero tanto más firme, que el de los campesinos rusos y tan diferente del de otros en Europa.⁷⁶

El interés por España también se manifestó en Suiza, donde permanecería vivo pese a la contracción de la FRE, tanto numérica como material, que ya mencionamos. Así, pocos días antes de que se celebrara el congreso suizo de la Federación del Jura en La Chaux-de-Fonds, en octubre de 1880, un pequeño grupo marcado por la “intimidad internacional”, en el que figuraba García Viñas, se reunió con Kropotkin en Vevey, en el cantón de Vaud,⁷⁷ para revisar temas discutidos en el congreso juarasiano en Berna el año anterior y precisar las medidas tácticas para llevar a cabo la propaganda por el hecho, que anticipaban ya las que al año siguiente se decidirían en el Congreso de Londres.⁷⁸ Estas incluían destruir por la fuerza las instituciones actuales; propagar el espíritu revolucionario por medio de diversos actos ilegales, considerados los únicos verdaderamente revolucionarios; estudiar química y aplicarla como medio de ataque y de defensa; desarrollar la autonomía de los grupos para que se pu-

⁷⁶ En carta a Paul Robin, del 4.VIII.1878 (en Fondo Nettlau, IISG, Ámsterdam), Kropotkin menciona su estancia en España. En NETTLAU, 1969, pp. 307-308, se dan más detalles, basados, sobre todo, en una conversación del revolucionario ruso con el autor, en 1901. Allí se señala que Kropotkin participó en las Conferencias Comarcales catalanas, antes de dirigirse a Madrid.

⁷⁷ Véase informe de Droz, en Ba/198a.

⁷⁸ NETTLAU, 1969, p. 295, y MAITRON, 1983, pp. 82-83, 113 y ss.

dieran comunicar entre sí, evitando la dispersión y manteniendo contacto con un buró central encargado de la información y de sostener la cohesión de todos los grupos.⁷⁹ Por su parte, el acucioso y generalmente bien informado espía de la Prefectura de París, que firmaba “Droz”, escribía el 14 de octubre que en el Congreso de La Chaux, se había tomado la decisión de “nombrar delegados pagados por la caja de la Federación [del Jura]”, para ocuparse de “la agitación anarquista”, en diversos países, incluida España. Y agregaba que Suiza financiaría “propagandistas para agitar en España”.⁸⁰

6. CONSIDERACIONES FINALES

Podríamos seguir ampliando este repertorio sobre los variados contactos transnacionales que los internacionalistas españoles mantuvieron en la clandestinidad, pero ello solo serviría para reiterar lo señalado. Hemos visto que además de mantener una presencia activa en diversos escenarios europeos, el anarquismo fue también transnacional, con trasiegos frecuentes de partidarios y de impresos, aun en los momentos más difíciles de su temprana existencia. Esta fue siempre una característica del internacionalismo peninsular, que por medio de sus delegados se mantuvo siempre activo en sus contactos con los países en los cuales se difundía. Baste recordar los congresos generales de la Asociación Internacional de los Trabajadores desde su fundación, en 1864, para confirmar que los principios internacionalistas y la práctica transnacional estuvieron siempre estrechamente ligados, como no podía ser de otra manera. En los años formativos y expansivos del anarquismo español los cambios

⁷⁹ *Le Révolté*, núm. 17, 17.X.1880, citado en MAITRON, *idem*.

⁸⁰ Informe de Droz, APP, Ba/438, f. 4295, 14.X.1880.

políticos en Europa permitieron que los intercambios se dieran con mayor libertad, hasta que la guerra francoprusiana y las sucesivas represiones de las comunas francesas, en especial la de París, pusieron fin al ir y venir abiertamente en gran parte de la Europa continental, sometida a duras prohibiciones, persecuciones y proscripciones oficiales, con la consiguiente actividad clandestina por parte de militantes y organizaciones.

A comienzos de 1874, cuando en España la Federación Regional fue severamente perseguida, la dedicación y astucia de sus militantes logró mantenerla viva y activa en las sombras durante años, por medio de una organización flexible y adaptada a las circunstancias, no solo dentro de España, como era natural, sino también en lo concerniente a sus estrechos vínculos transfronterizos y transnacionales, cuando no transcontinentales. Nada de esto fue fácil; sin embargo, a lo largo del resto de la década y a comienzos de los años ochenta, los anarquistas españoles se esforzaron por mantener lazos más o menos continuos con sus homólogos de otros países y los encontramos participando en varios de los diversos encuentros que pública o secretamente tenían lugar, por ejemplo, en Francia, Bélgica, los Países Bajos, Inglaterra y Suiza. Consciente de que los vínculos personales eran muy importantes, la Federación Regional se esforzó por enviar representantes a la mayoría de ellos, y en gran medida lo logró. Pero hizo más: mantuvo una asidua correspondencia con las asociaciones de otros países, lo cual le aseguraba recibir información sobre lo que sucedía en el resto de Europa y, a su vez, le permitía enviar noticias sobre los desarrollos en España, lo cual, como ya mostramos antes, era apoyado por el ir y venir de impresos clandestinos.

No queremos hipotetizar sobre lo que hubiera sucedido si los años de clandestinidad se hubieran prolongado más, pero sin duda hubieran sido más difíciles de lo que ya eran. Probablemente, sin recursos y ya muy mermada en sus afiliados, la FRE hubiera menguado hasta desaparecer, sin poderse reconstituir.

En cambio, como veremos en el siguiente capítulo, los hechos tuvieron un desenlace distinto. Aun en medio de las dificultades, merecen destacarse la excepcional dedicación y el enorme esfuerzo realizado por la Federación Española y sus militantes y simpatizantes más activos en dos direcciones. La principal, por lograr sostenerse activos pese al peligro real de fragmentación y de centrifugalismo. La segunda, mantener la vocación y práctica internacionalista y transfronteriza. Y todo esto, incluso durante una severa crisis económica y laboral, ya que a medida que el paro o desempleo se extendía, los recursos escaseaban y las cuotas de los afiliados se derrumbaban. Pero, sobre todo, cabe tener muy presente que esa supervivencia se logró pese a la dureza de una bien orquestada represión, también coordinada a escala transnacional —como lo demuestran los abundantes y frecuentes informes ampliamente documentados de las fuerzas de seguridad, que se conservan en los riquísimos archivos de diversos países, desde la Península ibérica hasta el Imperio ruso.

Que las acciones tomadas con inusual tesón a partir de 1874 le permitieran al anarquismo español sobrevivir hasta su regreso a la vida pública con renovada fuerza, con la fundación de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) en septiembre de 1881, no se debe considerar hazaña menor, así como tampoco se debe pasar por alto que en la base de su internacionalismo estaba la vocación por ignorar fronteras, cuando no abolirlas, así como estrechar lazos con sus pares del mundo. Un último esfuerzo transnacional en este sentido, antes del regreso a la legalidad, en el otoño de 1881, fue el controvertido clandestino Congreso de Londres, de julio de ese año, convocado para reconstituir la Internacional, en el cual España estuvo también representada, aunque insistiendo en que la AIT no necesitaba reconstruirse, pues seguía en pie pese a todos los embates. Pero de esto hablaremos en el siguiente capítulo.

IV HACIA LA MANO NEGRA. DEL AUGE A LA EXTINCIÓN DEL PRIMER ANARQUISMO ESPAÑOL

Ya hemos visto que avanzado el decenio de 1870, la Federación Regional Española que sobrevivía en la clandestinidad parecía ir declinando a medida que la prohibición se extendía. Sin embargo, pese a las dificultades, muchos de los trabajadores fabriles, manufactureros y de oficio de los centros urbanos, aunque no pudieran llevar a cabo una militancia pública, seguían agrupados y continuaban activos en sociedades camufladas en otras de apariencia neutra. En el campo, en cambio, dado el escaso desarrollo de ese tipo de asociaciones, esta opción prácticamente no existía. De hecho, el colectivismo, con su énfasis en el trabajo por pieza y el derecho al producto, tan afín a los ideales de los trabajadores de oficio, estaba muy lejos de las abusivas condiciones laborales impuestas por los propietarios sobre sus jornaleros agrícolas en las muy diversas faenas realizadas en el mundo rural.

Por otra parte, si la crisis general afectaba a todo el país y a otros, en esos años el campo español atravesaba una crisis agraria especialmente severa, que al finalizar el decenio alcanzaba tintes dramáticos.¹ La pérdida de cosechas por sequías y plagas, y el hambre, el desempleo y las reducidas contrataciones a bajos jornales, así como el fácil reemplazo de la mano de obra por esquirolaje en caso de protesta o conflicto, hacían que la situación laboral, generalmente difícil, fuera muy precaria para los trabajadores de la tierra, en especial en Andalucía. Sabemos que a esto se sumaba la amplia presencia en la zona de jornaleros portugueses

¹ CASTRO ALFÍN, 1986, cap. II, ss., *passim*.

provenientes especialmente del bajo Alentejo y el Algarve, que sufrían las mismas estrecheces en sus lugares de origen y recurrían a emigrar a las regiones transfronterizas en busca de trabajo. En caso de conflictos laborales, esto permitía a los terratenientes andaluces reemplazar a menor costo a los jornaleros locales, y con mayor razón, a los descontentos. De este modo, dada la abundante oferta de mano de obra agrícola en un momento de enorme contracción productiva, se podía recurrir fácilmente a contratar esquiroles o rompehuelgas, para frenar cualquier intento de protesta. A esto habría que sumar el aumento de la vigilancia ejercida por guardias civiles y rurales y por los propios terratenientes y sus capataces, lo cual limitaba las posibilidades de coordinar movilizaciones y protestas colectivas en los campos del sur.

1. NUEVOS RUMBOS EN EL MUNDO RURAL: LA UNIÓN DE TRABAJADORES DEL CAMPO

No sabemos a ciencia cierta si la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), que se había fundado en Cataluña en 1872, pero que en 1873 se había trasladado de Sans (Barcelona) a Ubrique (Cádiz), permaneció activa en secreto, pero lo cierto es que en 1881 reaparecería públicamente con enorme fuerza numérica. Parecía probable que si la FRE, aunque diezmada, seguía actuando en secreto, la UTC, su afiliada, también lo hiciera en las sombras. ¿Cómo explicar si no, que al comenzar el decenio siguiente y volver a la vida pública, esta pudiera presumir que alcanzaba unos 20 000 afiliados?² Para entonces, el anarcocomunismo,

² Sorprende el nulo conocimiento que existe de las actividades de la UTC en estos años de clandestinidad. Se sabe del traslado de su sede a Ubrique, pero la pista se borra hasta la reaparición pública de la FTRE, en 1881. MAURICE, 1990 y 2007, estudia la importante presencia pública de la UTC, pero le pierde el rastro en los momentos de vida clandestina.

con su idea de que la tierra fuera de la comunidad y que sus productos se distribuyeran según las necesidades de cada uno, era fácilmente comprensible para una población que durante más de un lustro se encontraba carente de lo más elemental, a pesar de sus afanes.

Si volvemos atrás brevemente, recordaremos que ya en el segundo capítulo mostramos que en enero de 1874, al prohibirse la Internacional, la Comisión Federal de la FRE instaba a sus afiliados a que se organizaran en pequeños núcleos y continuaran actuando desde el secreto. También vimos cómo, para asegurar la unidad y la comunicación entre las diversas regiones, al año siguiente los congresos generales se sustituyeron por conferencias comarcales,³ para lo cual la Federación Regional Española se dividió en diez comarcas, de las cuales dos representaban a Andalucía: la del Este, que comprendía las provincias de Málaga, Granada, Jaén y Córdoba, y la del Oeste, para las provincias de Sevilla y Cádiz —que contaban con el mayor número de secciones y federaciones locales—, además de la de Huelva, con menos afiliados. Asimismo, a partir de 1876, las conferencias comarcales de Andalucía adoptaron por unanimidad varias resoluciones para alentar la propaganda y la acción revolucionaria, instando a ejercer represalias contra traidores y enemigos. Además, se reafirmó el principio básico de la colectivización de la tierra y de todos los instrumentos de trabajo.⁴

Permítaseme aquí un paréntesis, para señalar que, si bien en las páginas que siguen mi énfasis estará puesto en lo rural, eso no quiere decir que Andalucía, en general, y la provincia de Cádiz, en particular, fueran regiones exclusivamente rurales. Por el contrario, cuando en 1882 la nueva Federación de Trabajadores de la Región Español (FTRE) convocó a su Congreso de

³ LIDA, 2015.

⁴ LIDA, 1969 y 1988b.

Sevilla, pudo presumir con orgullo que a un año de haber vuelto a la vida pública contaba ya con numerosas secciones de oficio, muchas de las cuales pertenecían a las respectivas uniones. Así, cuatro de cada diez federados gaditanos pertenecían a secciones de oficios no agrícolas,⁵ cuya gama abarcaba, literalmente, de la A a la Z, desde albañiles hasta zapateros —pasando, por ejemplo, por curtidores, herreros, maquinistas, noógrafos, panaderos y sombreros. Muchos de estos talleres y manufacturas se encontraban en poblaciones relativamente menores, como Alcalá de los Gazules, Benaocaz, Bornos, Chiclana de la Frontera, San Roque, Setenil, donde se fabricaban tejidos e hilados, tintes, curtidos de pieles y cordobanes, alfarería, jabón, velas, cera y muchas cosas más. Además, en esas y en muchas otras existían molinos de harinas y de aceite, hornos de pan, etcétera. Por lo general, esos productos estaban destinados al consumo local o al de la comarca, o, incluso, al de comarcas vecinas, gracias a las ferias que se celebraban periódicamente en cada región. Mención aparte merecen villas serranas, como Grazalema, Ubrique y Arcos. La primera había conocido un gran apogeo en la producción de tejidos de lana hasta mediados del siglo, y, a decir de Madoz en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*, había sido “uno de los pueblos más manufactureros de la provincia”. Décadas más tarde, en los años de la Primera Internacional, esas industrias seguían activas, pero ya en franco declive.⁶ Arcos también había destacado por sus

⁵ Para un estudio sobre los trabajadores de oficio en las diversas poblaciones de la provincia de Cádiz, véase LIDA, 2005.

⁶ MADOZ, 1986, *s.v.* Grazalema, p. 225. SERRÁN PAGÁN, 1980 y 1984. Este autor realizó una severa revisión crítica del famoso libro de Julian Pitt-Rivers, *People of the Sierra*, 1954 (hay trad. española, 1989), con base en un estudio histórico y antropológico de esa población que, en 1877, alcanzaba los 8 000 habitantes, pero que 15 años después había perdido el 20% de su población. Como cabeza de partido judicial, Grazalema abarcaba, entre otros, los municipios de Benaocaz y Ubrique.

fábricas de curtidos de pieles y de tejidos. Si bien las segundas estaban muy diezmadas por el colapso general de las manufacturas, las pieles seguían siendo una de las riquezas de la región y los curtidores conformaban una sección anarquista importante. Por su parte, Ubrique —que fue sede de la UTC entre 1881 y 1883— era conocida por sus tejidos y por haber alcanzado una actividad económica, al margen de la rural, nada despreciable.⁷

De hecho, es significativo que en 1882, nada menos que la cuarta parte de los afiliados a la FTRE laboraran en las manufacturas locales, así como en otros oficios. Contra la visión de una historiografía que ha presentado a estas y otras poblaciones como exclusivamente rurales, los datos muestran que muchos de sus federados pertenecían a uniones de oficio, como las de Obreros Manufactureros, de Sombrereros, de Obreros del Calzado, de la Construcción, entre otras. La contracción fabril de mediados de los años de 1870, en adelante, sin duda los redujo drásticamente, y en muchos casos, posiblemente, fueron empujados a trabajos poco calificados o, incluso, a las labores del campo, cuando no a la emigración.⁸ Hay que tener presente que las consecuencias de este proceso, sumadas a la gran crisis cerealera de finales de la década de 1870 y al grave paro agrícola, golpearon fuertemente a todos estos trabajadores, tanto del campo como a los pequeños productores locales en poblaciones urbanas y agrouurbanas, que se vieron sumidas en la precariedad e, incluso, en la desaparición de empleos y trabajos regulares.⁹

SERRÁN PAGÁN, 1984, pp. 29-53. Véanse también MADDOZ, 1986, *s.v.* Grazalema, partido judicial, pp. 223-224; Grazalema, villa, p. 225; *s.v.* Benaocaz, p. 58; *s.v.* Ubrique, pp. 294-295. Benaocaz, por ejemplo, contaba con batanes, telares y tejedores de paños.

⁷ NADAL OLLER, 1972, pp. 3-80.

⁸ SERRÁN PAGÁN, 1980 y 1982.

⁹ LIDA, 2005.

Pero si volvemos a la crisis agraria y económica de finales del decenio de 1870, aunada a la de los oficios, vemos una situación propicia para levantamientos y motines en todas las regiones del Sur. Un ejemplo de estas protestas se produjo desde los primeros meses de 1879, una tras otra, en diversos puntos de Andalucía. Algunas de las ciudades afectadas por estos disturbios cubrieron un amplio territorio, como Puerto de Santa María (13 de enero),¹⁰ Sanlúcar (15 y 16 de febrero), Ronda (20 a 24 de abril), Cádiz y Granada (24 de abril), Jerez y Arcos (26 de abril), Córdoba (27 de abril), Sevilla (11 de mayo), y así sucesivamente. Estas son sólo unas pocas muestras de las innumerables señales de descontento en el Sur, que marcaron el malestar social al concluir el decenio e iniciar el siguiente. Que la chispa del descontento proviniera de la crisis general, no cabe duda, pero también es muy posible, si no seguro, que esto fuera resultado de las actividades orquestadas por grupos anarquistas locales.¹¹

Dado el malestar reinante, no debe extrañar que en el secreto “Programa de realización práctica inmediata”, que se presentó en las conferencias comarcales del verano de 1879, y que fue votado por unanimidad por las comarcas andaluzas, según vimos en el segundo capítulo, ya se observara un discurso muy radicalizado. Además de la referencia recurrente a la vida municipal, con sus autonomías y tradiciones comunitarias, también se planteaban explícitamente las obligaciones de todos para luchar por el bien común por la vía revolucionaria activa e, incluso, si fuera necesario, que se “ejecutaran represalias” contra pro-

¹⁰ Entre paréntesis indico las fechas en las que aparecieron estas noticias en un periódico de circulación nacional, como *El Imparcial*. Para información más abundante, véanse *La Andalucía*, *El Guadalete* y otros periódicos regionales.

¹¹ Para una síntesis del malestar agrario andaluz, véase MORALES MUÑOZ, 2015. Sobre este tema es imprescindible la consulta de DÍAZ DEL MORAL, 1929.

pietarios, capataces y otros personajes abusivos, donde más les doliera: en sus propiedades y riquezas.

En este “Programa”, como en el anarcocomunismo, se subrayaba la obligación de solidarizarse con los viejos, los enfermos, los débiles, la responsabilidad mutua y la obligación de repartir las cargas públicas entre todos los adultos capaces. Esa vinculación con la cultura y tradiciones de la comunidad también fue una estrategia de supervivencia que permitió que muchos de los anarquistas pudieran mantener en secreto en diversas zonas rurales sus actividades y agrupaciones. Rara vez encontramos escritas las normas de conducta que los guiaban, pero por los fragmentos preservados aquí y allá sabemos que se apoyaban en una larga tradición de hermandad comunal, traducida en fraternidad de la clase.¹²

Es cierto que entre los militantes, sus simpatizantes y el resto de la comunidad hay zonas grises, nada fáciles de iluminar. Pero lo cierto es que, a no ser que existiera aceptación o, al menos, simpatía por estas actividades, la supervivencia de los militantes estaría siempre expuesta, si no al peligro de la confrontación, sí al de la delación. El que esto rara vez ocurriera y que las comunidades fueran esencialmente solidarias con sus propios miembros, revela que colectividad y clase hasta cierto punto convergían y parcialmente se traslapaban. De este modo, las mujeres y los hombres del común, que entraban en contacto con estas nuevas formas discursivas y de sociabilidad, sin duda alcanzaban a comprender que lo que estaba en juego eran sus propios intereses y bienestar individuales y colectivos. Muchos entendían que lo que estaba amenazado por quienes los ignoraban o, peor, combatían o excluían, eran sus normas, valores, expectativas y sentido de la justicia.

¹² Reproducido sin fecha en LIDA, 1973, pp. 416-418. NETTLAU, 1969, p. 324, menciona una “nueva edición” impresa en abril de 1881 de “la hoja redactada en 1879”. Sobre este y otros textos clandestinos semejantes, véase el capítulo II, *supra*; también LIDA, 2011.

La cuestión no era la etiqueta doctrinal, sino el concepto mismo, ya que el énfasis colectivista en que los instrumentos y el producto del trabajo fueran para quienes lo trabajaban —en referencia clara al mundo de los oficios artesanales, con su producción manual pieza por pieza—, significaba poco en las labores del campo, donde existían claras divisiones y jerarquías del trabajo, todas dirigidas a un producto compartido. Ahí, roturar la tierra y sembrarla no era lo mismo que segar las mieses, y tender las vides o atar las parras era muy distinto que podar los racimos. ¿Cómo calcular entonces, de acuerdo con el colectivismo, qué parte del trabajo se debía considerar y cómo calcular el producto que se debía distribuir a cada uno según su trabajo? Además, esto significaría dejar fuera del usufructo al resto de la comunidad y que la mayoría continuara en la miseria como única recompensa. Es evidente que una situación así podía resultar en una fuente de nuevas inequidades y conflictos. Vale aclarar que, a su manera, algo semejante se podría decir de la producción minera, con su multiplicidad de tareas en situaciones a menudo inseguras, en la que perforar la roca no es lo mismo que transportar el mineral ni beneficiarlo. Lo mismo ocurría en el trabajo industrial, con sus cadenas productivas y tajante división del trabajo: ¿cómo precisar qué parte del producto final correspondería al trabajo de cada uno? Todo ello era distinto para el mundo artesanal, al cual el colectivismo contemplaba especialmente; era indudable que los trabajadores de oficio tenían mucho mayor control sobre el trabajo realizado por cada operario y sobre el producto final, además de poder precisar cuántas y cuáles piezas había producido cada uno.

Volviendo al campo, sabemos que la vida clandestina de los pequeños grupos militantes estuvo estrechamente vinculada a la cultura tradicional de su entorno, pues los discursos clandestinos sólo se podían legitimar si se imbricaban con los

de la comunidad. Estaba claro que para que estos discursos resultaran comprensibles y atractivos y tuvieran una amplia recepción, los grupos debían adaptar las ideas y objetivos de la asociación a las expectativas, necesidades, prácticas, imaginarios y valores de la población. En este sentido, los anarquistas locales se convertían en los agentes y mediadores, en los difusores e intérpretes del discurso internacionalista y su recepción en los pueblos, lo cual les otorgaba cierta autoridad moral y prestigio. Además, la voluntad de los anarquistas por vincular a los miembros de la comunidad con una cultura de clase igualitaria e incluyente adquiría en los pueblos formas prácticas, entre las que estaba su afán por instruirse, por enseñar —y aprender, aunque fuera de manera rudimentaria—, a leer y escribir a quienes no supieran, a menudo en espacios informales. Salvo contadas excepciones, estos eran los únicos ámbitos de alfabetización (o, al menos, semialfabetización) que los trabajadores tenían a su alcance, que habían sido forjados por ellos mismos, para sí.¹³

Veamos un caso concreto. Más allá de las cifras generales del Censo de población de 1877, que daban para Cádiz una media provincial de poco más de 23% de alfabetizados, tomemos como un microejemplo a 17 acusados y a la víctima, Bartolomé Gago, apodado “Blanco de Benaocaz”, en uno de los más sonados procesos judiciales vinculados a la Mano Negra.¹⁴ Todos estos hombres trabajaban en el cortijo o en el molino de La Parrilla, en San José del Valle, aunque ninguno era nativo del lugar, sino que provenían de poblaciones más o menos distantes,

¹³ LIDA, 1971b; PIQUERAS ARENAS, 1988.

¹⁴ *Proceso*, 1883. Este impreso contiene abundantes datos sobre cada uno de los actores en este juicio. Sin embargo, aunque hubo 17 condenados a prisión o a muerte, en el proceso no aparecen datos sobre uno de ellos, un tal Juan Cabezas Franco. Por ello, en adelante, solo nos referiremos a los 16 restantes y a la víctima.

como Benaocaz, Jerez, Alcalá, Guadix, Júcar, Bornos, Ronda, Ubrique, Écija, Chiclana. De estos 17 hombres, encontramos que 11 sabían leer y escribir; de los restantes, tres dijeron que “oyeron leer” y uno que solo sabía firmar. Es más, uno de ellos, Juan Ruiz, destacó entre sus compañeros, pues se dijo que estaba dotado de “una cultura poco común”, y fue considerado por el fiscal como uno de los jefes de la Mano Negra, “el más inteligente y activo”. Lo más sorprendente es que Ruiz, que había sido empleado de consumos cesado en Arcos, no solo trabajaba en labores agrícolas en el cortijo de La Parrilla, sino que, además, actuaba como “maestro de escuela sin título”, y enseñaba a otros jornaleros y a sus hijos, por lo cual cobraba de 7 a 10 reales.¹⁵ En otras palabras, vemos que, más de un 60% de estos hombres estaba básicamente alfabetizado y, por añadidura, uno de ellos enseñaba a otros a leer y escribir, lo cual pondría en tela de juicio el sesgo que se ha perpetuado a lo largo de casi siglo y medio, sino es que más, de que las clases trabajadoras de Jerez y su término —y las andaluzas, en general— carecían de toda instrucción.¹⁶ No sabemos si este caso se repetiría en otros cortijos, pero es posible que el afán por aprender estuviera mucho más extendido de lo que sabemos debido a subregistros en las estadísticas oficiales.

En el *Proceso*, publicado en 1883, leemos cómo en un ir y venir por los campos de trigo jerezanos, segadores de Ronda evidentemente alfabetizados, traían consigo algún libro y algún folleto que leían en voz alta, y que lo mismo sucedía con “excursiones de propaganda” organizadas por federaciones locales a regiones alejadas.¹⁷ Esta práctica, que podríamos calificar de *propaganda itinerante*, estaba bastante extendida, y no

¹⁵ *El Guadalete*, 2 de marzo de 1883; también *El Porvenir*, 3 de marzo y *El Imparcial*, 4 de marzo.

¹⁶ *Proceso*, 1883, *passim*. LIDA, 2005.

¹⁷ *Idem*.

solo tenía como propósito transmitir propaganda oral, sino también impresa, que contribuyera a crear una cultura política compartida.¹⁸

¿Qué impide suponer que entre los trabajadores de oficio andaluces la situación fuera, al menos, comparable, si no superior a la de un aislado cortijo gaditano? Los datos con que contamos, aunque fragmentarios, nos permiten afirmar también que entre los artesanos de los pueblos la alfabetización era mayor que la media provincial. Esto no era nuevo en el mundo de los oficios, donde era usual que sus integrantes tuvieran mayor acercamiento a las primeras letras y a ciertos conocimientos de aritmética. Lo mismo se evidenciaba en la mayoría de las federaciones locales, donde los secretarios que llevaban la correspondencia y la estadística eran, en general, trabajadores de oficio alfabetizados —zapateros, sastres, carpinteros, etcétera.

Volviendo a la proliferación y actividad de los grupos, en el segundo capítulo ya examinamos cómo durante estos años, en las reuniones convocadas por la FRE se fue conformando la idea de la autonomía de los grupos militantes, lo cual no pasó inadvertido entre los anarquistas andaluces. No es de sorprender que estos recurrieran a la táctica de reunirse en pequeñas células que, aunque dispersas, mantuvieran la cohesión mediante una disci-

¹⁸ *Crónica de los Trabajadores*, libro I, cap. v, p. 6; en diciembre de 1882, en el libro I, cap. xvi, p. 17, se señala, por ejemplo, que la Federación de Villamartín organizó comisiones de propaganda para defender y extender las ideas anarcocolectivistas a poblaciones gaditanas como Bornos, Espera y Puerto Serrano, y a las localidades sevillanas de Coronil, Montellano y Utrera. En la misma publicación aparece información sobre comisiones de otras federaciones y otras regiones que hacían propaganda en distintas poblaciones. Asimismo, se denuncia que los llamados “perturbadores” —los anarcocomunistas— también enviaban emisarios desde otros puntos de la Península a diversos pueblos de Andalucía para organizarse contra la Comisión Federal.

plina estricta y el más absoluto secreto.¹⁹ Además existían diversos espacios de sociabilidad, con sus intercambios informales que se prestaban a la conspiración y a la propaganda, como las tabernas y los ventorrillos, los pequeños expendios de vino y aguardiente. En los entornos rurales estos cumplían las mismas funciones que los cafés, vinaterías y cervecerías en los centros urbanos, aunque igual que en ellos cualquiera estaba expuesto a delaciones de escuchas y soplones —que a menudo eran los propios venteros y taberneros. En todo caso, lo que interesa rescatar aquí es que durante los años de clandestinidad, las actividades anarquistas de propaganda y asociación, aunque severamente restringidas y dispersas, nunca desaparecieron plenamente de las ciudades y de los campos, sino que adquirieron cierta autonomía que, a su modo, mantenía viva, aunque fragmentada, una organización que cada vez aparecía menos y menos frondosa, pero cuyas raíces subterráneas, sin embargo, se extendían y ramificaban por territorios invisibles, pero no por ello inexistentes.

2. EL CONGRESO DE LONDRES: DOS VERTIENTES DEL INTERNACIONALISMO TRANSNACIONAL

Como vimos en el capítulo anterior, aunque en varios países las actividades internacionalistas languidecían y en España, a finales de la clandestinidad, la Federación Regional estaba muy diezmada, en 1881, entre los grupos anarquistas de diversos países, comenzó a circular la idea de recrear la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Recordemos que esta había ido

¹⁹ SIMMEL, 1906, realiza un interesante análisis de las características generales de las sociedades secretas, al examinar el caso de la checa “Omladina”, creada a finales del siglo XIX sobre el modelo carbonario. En algunos aspectos, los grupos secretos españoles no se diferenciaban demasiado del modelo general.

desapareciendo de la luz pública después de la intensa represión continental de la Comuna de París una década antes, y que a raíz de las diferencias entre marxistas y bakuninistas en el Congreso de La Haya de septiembre de 1872, había quedado definitivamente escindida y que, poco después, su Consejo General de orientación marxista, se trasladaría a Estados Unidos, donde se disolvió en 1876. Por su parte, los bakuninistas se reagruparían con la creación del *Bureau* Federal, con sede en Suiza, y continuarían promoviendo la organización de una Internacional calificada de antiautoritaria, para mantener enlazadas las escasas federaciones anarquistas existentes y seguir realizando congresos internacionalistas. Sin embargo, estos esfuerzos también se fueron agotando paulatinamente, al finalizar los años setenta. En cambio, al comenzar el decenio siguiente, el afán por reconstruir el internacionalismo revolucionario y revivir la AIT fue en aumento en diversos países.

De hecho, el contexto parecía propicio después de que, en julio de 1880, la Tercera República francesa proclamara la amnistía plena para los comunistas presos que comenzarían a salir de las cárceles y de los presidios de ultramar, para reincorporarse a la vida política en su país. Simultáneamente, se fue produciendo el regreso desde diversos países de numerosos militantes exiliados. En tajante contraste con este panorama auspicioso, en marzo de 1881 el zar Alejandro II fue asesinado en Rusia por el grupo radical *Naródnaia volia* (Voluntad del pueblo) en un ataque magnicida con explosivos. El temor de las autoridades europeas ante el resurgir de la violencia revolucionaria contra cabezas de Estado fue evidente y en muchos lugares se volvieron a avivar las medidas coercitivas.

En esta coyuntura fluctuante, desde finales de 1880 grupos anarquistas de Europa habían ido concertando la idea de organizar un congreso internacionalista para refundar la Asociación Internacional de los Trabajadores. Aunque en un comienzo los

objetivos de esta reunión no estaban claramente definidos, finalmente se estipuló que al cumplirse un decenio del alzamiento de la Comuna, este se conmemoraría convocando a un décimo Congreso General de la AIT, que se reuniría en Londres el 14 de julio de 1881, fecha simbólica que también permitiría conmemorar la toma de la Bastilla en 1789. La razón de que tuviera lugar en Londres, era que se pensaba que Inglaterra garantizaba espacios ideológicos menos restrictivos, ya que esa capital daba cobijo a numerosos exiliados continentales.²⁰

A medida que en ciertos países la represión contra el internacionalismo parecía amainar, los anarquistas comenzaron a recomponer organizaciones y vínculos que en la década anterior se habían fragmentado o desaparecido o habían sido reducidos al secreto. Aunque el asesinato del zar mostraba que la situación era incierta y que los mecanismos de represión locales se podrían reactivar en cualquier momento, se decidió que el encuentro a convocar fuera secreto, para proteger la identidad y seguridad de los participantes. Sin embargo, aunque concebido como clandestino, en la práctica la convocatoria al Congreso tuvo amplia difusión en la prensa anarquista de diversos países.

En efecto, mucho de lo anterior se reflejó abundantemente, incluso desde meses atrás, en las páginas de periódicos como *Le Révolté* (Ginebra), *La Revista Social* (Madrid), *The An-Archist* (Boston), *Il grido del Popolo* (Nápoles), *Freiheit* (Londres) y, claro está, en el *Bulletin du Congrès de Londres*, que desde Bruselas editaba Gustave Brocher bajo el alias de “Rehcorb”, como secretario de redacción.

Tanto interés suscitó este Congreso, que, a su vez, las autoridades de distintos países se movilizaron para infiltrarlo. Esto permitió que espías policiales informaran con detalles particular-

²⁰ Véase BANTMAN, 2006 y 2013, sobre Londres como ciudad de acogida a perseguidos políticos de diversos países.

mente ricos, incluso aquellos que se podrían pensar secundarios, como los que se detenían en la fisonomía o en la vestimenta de los participantes.²¹ En este contexto se dio un ejemplo muy inusual del interés policial por infiltrar y controlar el congreso. En efecto, el Prefecto de policía de París, Louis Andrieux, financió la publicación de un periódico exaltado, *La Révolution Sociale*, con el cual se intentaba provocar la radicalización del Congreso, para averiguar quiénes eran sus suscriptores y simpatizantes, para luego demonizarlos y poder así extender la represión contra los internacionalistas. El propio Andrieux se jactaba en sus memorias (*Souvenirs d'un Préfet de police*, 1885), de que darles un periódico a los anarquistas era una táctica que le permitía “instalar un teléfono” entre los conspiradores y la policía. Por otra parte, la abundantísima documentación de primera mano que existe en los archivos policiales es también prueba de la existencia de muchos otros “teléfonos” conectados a la policía, en manos de soplones e infiltrados en estas actividades.

Es casi redundante decir que un congreso internacionalista es transnacional e, incluso, transcontinental, pero es de subrayar que a esta convocatoria acudieron representantes de más de 60 agrupaciones revolucionarias de cuatro continentes. Estos llevaron mandatos y representación de sus propios países y asociaciones, pero también de otros, no sólo europeos, sino de América (Estados Unidos y México), e incluso de Asia (Turquía) y de África (Egipto). Se trataba de discutir las nuevas es-

²¹ Así describe un informante a varios de ellos: Kropotkin “pasa de los 40 años, descuidado en el vestido y en el sombrero, con aspecto de comerciante judío”, calvo, con barba y anteojos; Fournier es un catalán, “vestido con cuidado, aunque con ropa de obrero”; Merlino, va “cuidadosamente arreglado”, con el pelo cortado al ras, barba negra y corta; el Dr. E. Nathan Ganz es un hombre de unos 28 años, que viste “aburguesadamente”. En APP, Ba/30, 13.VII.1881.

trategias organizativas y los cambios doctrinales del anarquismo, con el propósito de difundirlos ampliamente por la vasta geografía internacionalista y darle nuevo brío a la AIT.

En este Congreso encontramos caras nuevas respecto del decenio anterior, con una fuerte presencia de mujeres y un amplio repertorio de posturas.²² Hay que tener en cuenta que muchos de los militantes más jóvenes, formados políticamente en la década posterior a la Comuna de París, en general eran ajenos a una experiencia revolucionaria directa. Pero también participaron figuras de generaciones previas, muy conocidas por su larga y activa militancia, que convocaban desde diversos países.²³ Entre estas últimas destacaba la veterana comunalista Louise Michel (n. 1830), recientemente amnistiada luego de cumplir varios años de condena en el presidio francés de la Nueva Caledonia. Asimismo, destacaba el revolucionario ruso, Pedro Kropotkin,²⁴ entonces también radicado en la Confederación Suiza, quien a sus

²² Los archivos policiales y la prensa internacionalista conservan abundante información sobre este congreso. Véanse, por ejemplo, los numerosos recortes con y sin fecha enviados por *mouchards*, en APP, Ba/30, Ba/38, Ba/438, etc. Véanse también las noticias en *Le Révolté* y *Revista Social*, además del ya mencionado *Bulletin du Congrès*. Todo esto, sin mencionar los diversos fondos que se encuentran en el Instituto Internacional de Historia Social (IISG), en Ámsterdam, en especial los fondos Nettlau y Brocher.

²³ Vera Zasúlich, la revolucionaria rusa que en 1878 había atentado contra el jefe de policía zarista Trépov, firmó la convocatoria al Congreso, pero en una carta recogida por el agente policial "Stoltz", dirigida el 26.II.1881 a "*Citoyens*", se disculpa por no poder asistir personalmente, y explica que no habla en nombre de los revolucionarios rusos, sino en el de *Chernyi Peredel*, grupo al cual pertenece. Además aclara que no aprueba el programa revolucionario de *Naródniaia volia*, aunque admira sus actos. APP, Ba/30, f. 31 recto y verso.

²⁴ Hay que tener en cuenta que ya antes del Congreso, Kropotkin expresaba, en correspondencia con los compañeros de su grupo secreto, serias dudas y reservas respecto de este Congreso y sus organizadores, a

treinta y tantos años largos era considerado un destacado militante que despuntaba como teórico del anarquismo. Tampoco faltaron los nombres de varios anarcocomunistas italianos, algunos relativamente jóvenes, pero ya reconocidos por su militancia, como Carlo Cafiero (n. 1846), Francesco S. Merlino (n. 1856) y Errico Malatesta (n. 1853), quien llevaba un mandato de la sección internacionalista de Alejandría (Egipto), como lo había hecho ya antes, en 1877, en el IX Congreso General, en Verviers. Entre los menos conocidos, pero relativamente numerosos, encontramos a los delegados provenientes de América del Norte. Entre estos, aparecen un alemán, el doctor Edward Nathan Ganz (n. ca. 1847), residente en Boston, sobre el cual existe poca información fidedigna, quien publicaba *The An-Archist* y asistía en representación de una llamada Confederación Mexicana Socialista.²⁵

quienes consideraba blanquistas, cuando no influidos por Marx. Incluso, suponía que habría *mouchards* de la policía, lo cual ahora sabemos que resultó muy cierto. En esta larga carta de 13 páginas, el ruso aprueba la creación de una gran asociación internacional pública, dada la necesidad de reconstituir el “partido anarquista” [*sic*], pero al mismo tiempo sostiene la necesidad de reforzar al propio grupo de “hermanos internacionales”, a los que se dirige, para lo cual habrá que reclutar “una docena de hombres jóvenes, activos, buenos conspiradores y hombres de acción”. Los hermanos internacionales actuarían en secreto, como “Comité directeur” en cada país. Además, se deberá fundar un periódico clandestino en Londres, a cargo de “Henri” [Errico Malatesta], refugiado allí, para generar información y propaganda. Carta manuscrita en francés, en IISG, Archiv Nettlau, Rond AIT, s.f. (por el contenido, se puede fechar poco antes del 10.VII.1881). Esta y otras cartas relacionadas con el tema, cuyos originales se encuentran en el IISG, fueron publicadas por NETTLAU, 1933-1934, traducidas al italiano en *Studi Storici* (Montevideo).

²⁵ Sabemos muy poco sobre este personaje. Respecto de E.N. Ganz y México, véanse LIDA, 1979, y LIDA e ILLADES, 2001. Más allá del Congreso de Londres, en noviembre del mismo año, el agente Droz informaba desde La Chaux-de-Fonds que en México se siguieron creando grupos anarquistas que habían conformado una Federación Mexicana de la AIT.

Marie Le Compte, de origen francés, probablemente nacida en Canadá hacia 1850, aunque residente en Estados Unidos, figuraba como representante de grupos estadounidenses de Pater-son, Nueva York y Boston. El propio Gustave Brocher (n. 1850), francés residente en Bélgica, participaba en representación de la Comunidad Icariana de Iowa, y Johann Neve, nacido en 1844 en Dinamarca, pero radicado en Nueva York, representaba al Socialistic Labor Party, mientras que el alemán Carl Seelig, lo hacía en nombre de otras dos asociaciones, una de Nueva York y otra de Filadelfia.

Aquí nos interesa señalar que, pese a su postración, la Federación Regional Española, designó a dos delegados: Emmanuel (Manuel) Fournier (tejedor) y Stanislas Figueras (electricista), bajo el seudónimo de Oriol, y no solo uno, como se ha dicho.²⁶ Ambos portaban mandatos en representación de la Federación española, con sus "7 federaciones Comarcales y 49 federaciones locales", expedidos por la Comisión Federal y el Consejo de la Unión de Constructores de la FRE, con sede en Barcelona. Suponemos que Fournier, quien acudió desde Barcelona, fue subvencionado por las federaciones locales, mientras que Figueras, de quien ya hablamos antes, parece haber estado entonces viviendo en Londres, por lo cual pudo acudir sin tener que desplazarse de un país a otro.

Este Congreso que, como vemos, convocó a revolucionarios que representaban organizaciones de distintos países y conti-

Informe del 23.XI.1881, en Ba/438, ff. 4336-4337. Al año siguiente, Ganz fue tomado preso en Ámsterdam. Su ficha policial se conserva en el Archivo Municipal de esa ciudad; en ella, en un lugar se indica que era nativo de Pest, Hungría, y en otro, que era nativo de Maguncia, y que hablaba nada menos que siete idiomas.

²⁶ NETTLAU, 1931, cap. x, y 1933-1934. Sobre los asistentes al Congreso, *Le Révolté*, 23.VII.1881, p. 2. En algunos documentos en francés, Figueras aparece también como Auriol.

nentes, fue calificado también como “socialista revolucionario”, lo cual revelaba la fuerte influencia que desarrollos homónimos en Rusia habían comenzado a tener en Occidente desde finales de la década anterior, especialmente a raíz de los atentados magnicidas que habían ocurrido en años recientes. En cambio, por su parte, la prensa comercial y las autoridades, en una permanente guerra de epítetos atemorizantes, los caracterizaba, entre otras cosas, como “terroristas” y “nihilistas”, esto último también por influencia rusa.²⁷ Asimismo, otro calificativo que se extendió entre ciertos sectores conservadores para infundir rechazo y miedo fue el de llamar “Internacional negra” a esta reunión londinense y, desde entonces, al internacionalismo anarquista más radical.²⁸

Sabemos que en Londres se reunió la flor y nata del revolucionarismo de Europa y de América, tanto a título individual como representando a diversas asociaciones y grupos. En los seis días en los que el Congreso sesionó, se pudo apreciar la pluralidad de miras de los delegados de los diferentes países.²⁹ Ya hemos visto cómo las distintas federaciones, aunque disminuidas

²⁷ Como ya vimos, en 1871 este calificativo se utilizó muy frecuentemente en la prensa contra los comunistas, en el sentido de destructivo y amenazador. A partir de la década siguiente se fue convirtiendo en sinónimo de terrorista.

²⁸ Sorprende que, incluso en la actualidad, se sigan usando estos epítetos entre investigadores de cierta relevancia, sin reconocer el origen y uso sesgado y estigmatizador de términos cuyo propósito era infundir temor y rechazo. Un ejemplo relativamente reciente es el libro de MESSER-KRUSE, 2012, cuyo tercer capítulo, sobre el Congreso de Londres y su influencia entre los anarquistas de Chicago, se titula, precisamente, *The Black International*.

²⁹ He desarrollado estos temas en LIDA, 1979 y LIDA e ILLADES, 2001. Véanse también BANTMAN, 2006, especialmente pp. 963-969, AVILÉS, 2012a, y BARENBOIM, 2017, además de otras fuentes citadas en este apartado.

después de la Comuna, habían permanecido activas en la clandestinidad transnacional, en muchos casos coordinadas desde El Jura suizo por el *Bureau* Federal Internacional. Además, encontramos que atravesando fronteras y océanos, en muchos países se iban difundiendo las ideas y las prácticas por medio de la creación de grupos y asociaciones locales. Estos, en reuniones formales e informales discutían planteamientos teóricos e ideológicos nuevos que durante la clandestinidad, ya entrada la década de 1870, habían desarrollado aquí, allá y acullá militantes jóvenes iniciados en la acción revolucionaria. Así, al aproximarse el décimo aniversario de la insurrección de la Comuna de París, la ocasión parecía propicia para llamar a una reunión que condujera a la “reconstrucción de la Asociación Internacional de los Trabajadores”.

Aunque desde la clandestinidad no era fácil organizar este encuentro, durante los meses previos a la realización del Congreso la prensa militante y la correspondencia privada muestran discusiones y discrepancias diversas que continuarían durante todas las sesiones. Por ejemplo, para los emisarios de la FRE el objetivo de un X Congreso General no podía ser refundar una nueva AIT, pues consideraban que esta nunca había dejado de existir, y menos aún en España,³⁰ aunque aceptarían que se revisaran sus estatutos, pero sin afectar su organización federal. Si acaso, para los españoles solo se trataba de revitalizarla con las uniones de oficio como base de la organización, teniendo la anarquía y el colectivismo como sus metas. Sin embargo, para grupos y militantes de otras latitudes, los objetivos se orientarían en direcciones distintas, si no contrarias, poniendo énfasis en el anarcocomunismo, además de plantear que los actores eran plurales e incluían a los “revolucionarios del mundo entero”, como plu-

³⁰ MAITRON, 1983, p. 113, n. 9, cita parte de la protesta española, reproducida por *Le Révolté*, núm. 2, 18.III.1881.

rales eran sus métodos de organización, desde las pequeñas células hasta las asociaciones numéricamente significativas. Además, decían, estos sujetos no solo eran trabajadores de oficio u obreros sino que abarcaban amplios sectores sociales, desde campesinos hasta maestros de escuela y estudiantes, desde jóvenes profesionales hasta laboriosos propietarios de pequeños comercios y talleres. Si bien casi no hay referencias de género, nada de esto excluía a las mujeres que, si nos basamos en el caso español, desde temprano forjaron secciones de oficio afiliadas a la FRE y lo siguieron haciendo durante la clandestinidad, incluso en poblaciones agrouurbanas de Andalucía.³¹ En todo caso, lo que queremos subrayar aquí es la inclinación manifestada en Londres, de que las asociaciones de oficio no se consideraran las únicas bases de militantes, como sostenían los delgados españoles, sino que abarcaran desde los pequeños grupos agrarios hasta diversos colectivos urbanos plurales, no solo de obreros.

Durante el Congreso se mostró especial preocupación por encontrar una respuesta a la represión oficial, por lo que uno de los temas que generó más discusiones y posturas disímiles fue la llamada “propaganda por el hecho”. Kropotkin mismo retomaría este tema recordando que ya los revolucionarios rusos habían dado un paso importante en esa dirección, pero que esta no era violencia al azar, sino que debía estar acompañada de una amplia propaganda clandestina, que contribuyera activamente a la concientización y organización revolucionarias masivas, en especial entre las clases trabajadoras del campo y la ciudad.

Asimismo, las discusiones giraron en torno al desarrollo de nuevos medios para llevar a cabo la acción revolucionaria directa, como la utilización de explosivos diversos. Recordemos que,

³¹ PIQUERAS ARENAS, 1999, y LIDA, 2005. Si se revisan las actas y comunicaciones de la FRE, encontraremos referencias a secciones de oficios conformadas por mujeres y datos sobre sus condiciones laborales y salariales, usualmente peores respecto de las de sus pares masculinos. Cf. LIDA, 2022.

como lo señalamos más arriba, algunos de estos temas se habían discutido antes, como por ejemplo, en la reunión del pequeño grupo de “intimidación internacional” allegado a Kropotkin, que en octubre de 1880 se congregó en Vevey, poco antes de acudir al Congreso de la Federación del Jura, en La Chaux-de-Fonds. Y recordemos también que varios atentados magnicidas, incluyendo el reciente asesinato del zar Alejandro II, se habían perpetrado con bombas tipo Orsini o con dinamita.

Uno de los temas más debatidos fue cómo organizarse en adelante para la revolución. Mientras varios delegados, como Carlo Cafiero, defendían la creación en cada localidad de pequeños grupos dedicados a la acción directa, Kropotkin y otros confiaban en la reconstitución de una gran organización pública que trascendiera fronteras, como había sido el caso de la Asociación Internacional de los Trabajadores.³²

Finalmente, recordemos que al concluir, el Congreso adoptó por unanimidad en sus resoluciones finales que la acción socialista revolucionaria e insurreccional se llevara a cabo por medio de organizaciones y grupos campesinos y obreros que utilizaran “todos los medios a su alcance”, como armas de “defensa y de ataque”. Esto incluía la propaganda impresa y, a propuesta de Edward Nathan Ganz, también se votó “el estudio y aplicación de la química, las técnicas y las ciencias militares”. En otras palabras, se adoptaron la propaganda por el hecho y la utilización de todos los medios posibles, incluyendo los artefactos explosivos, como la recientemente inventada dinamita. Todo esto debía entenderse como necesario para avanzar en el sendero de la revolución social, respetando al mismo tiempo “la completa autonomía de los grupos locales”, lo cual no dejaba de contraponerse a la idea de una amplia organización internacionalista federada. Todas estas pro-

³² DADÀ, 1984, pp. 190-194 y *passim*. Por otra parte, en Ginebra, *Le Révolté* dio abundantes y detenidas noticias sobre el Congreso durante los meses anteriores y el siguiente.

puestas abrirían una doble vía para la acción militante y darían paso en adelante a una eventual división en la práctica anarquista.³³ Los delegados recibieron, además, el mandato de comunicar todas las resoluciones a las federaciones, secciones y grupos que representaban, para que estos las transmitieran por todos los medios de difusión disponibles y las publicaran en la prensa anarquista, así como en diversos impresos, como pasquines y hojas sueltas.³⁴

El Congreso de Londres marcaría en las décadas siguientes un parteaguas en el desarrollo general del anarquismo, dividiéndolo entre defensores de la acción directa, individual o de pequeños grupos, y los de la acción colectiva, con organizaciones públicas o clandestinas, según las circunstancias lo permitieran.³⁵ De hecho, podemos aventurar que para un gran número de los anarquistas que surgirían a la militancia a partir del Congreso de Londres, el internacionalismo como se había conocido desde 1864 sería solo historia o anécdota, ya que las discusiones y los acuerdos tomados, cuando el anarquismo era duramente perseguido aquí y allá, marcarían el derrotero hacia las posturas individualistas que en adelante seguirían muchos de sus militantes.

3. DE LA CLANDESTINIDAD A LA REORGANIZACIÓN: LA FEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE LA REGIÓN ESPAÑOLA

Las circunstancias locales e internacionales que acabamos de examinar, nos permiten comprender mejor el contexto que enmarcaría el inicio de la que prometía ser una nueva etapa auspiciosa

³³ Recortes sin fecha conservados en APP. Sobre Edward Nathan Ganz véanse también el informe de *Le Révolté*, núm. 11, 23.VII.1881, y de *Revista Social*, núm. 9, 4.VIII.1881, además del ya mencionado *Bulletin du Congrès*.

³⁴ *Le Révolté*, núms. 11-13, julio-agosto de 1881.

³⁵ Véanse LIDA, 1979 y LIDA e ILLADES, 2001.

en el difícil desarrollo del anarquismo español. Tras el ascenso al poder del gobierno liberal fusionista de Práxedes Mateo Sagasta, en febrero de 1881, resurgieron las discusiones sobre el derecho de asociación.³⁶ Con ello se abrió un resquicio para que la FRE se disolviera y se convocara a un congreso obrero en Barcelona para finales de septiembre, en el que se decidió fundar una nueva organización, la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), de carácter público y orientación anarcocolectivista. Sin embargo, el perfil del anarquismo que surgía entonces era muy distinto del que había tenido al ingresar a la clandestinidad en 1874, lo cual quedó de manifiesto al cabo de un año, al reunirse el segundo Congreso anual de esta nueva Federación, en Sevilla, en septiembre de 1882. Entonces se reveló una situación sorprendente, que inquietó a las autoridades.³⁷

Si bien en el segundo capítulo mostramos cómo durante la clandestinidad, la Federación Regional vio mermar sus fuerzas y recursos al regresar de la clandestinidad al cabo de casi ocho años de persecución, el anarquismo comenzó a resurgir a la vida pública con una fuerza nueva e inusitada. Frente a los cerca de 30 000 afiliados con los que la extinta FRE decía haber contado en 1873, un año después de su fundación, en 1882, la FTRE aseguraba que sus miembros sumaban poco menos del doble. También a diferencia de 1873, cuando predominaban las zonas manufactureras, industriales y urbanas de Barcelona, Baleares, Valencia, Alicante y Madrid, la nueva Federación tenía ahora una importante presencia andaluza, con gran peso de seguidores del campo, que durante una década habían sobrevivido en sus comunidades y paulatinamente se habían vinculado calladamente a la Unión de Trabajadores del Campo (UTC), específicamente orientada a organizar al proletariado agrícola dentro de

³⁶ FLAQUER, 1999.

³⁷ Sobre el desarrollo de este encuentro, véase Memoria, 1882.

la Federación española. Si bien, como ya lo señalamos más arriba, para la UTC era difícil actuar abiertamente donde el caciquismo y el latifundismo dejaban en manos de los propietarios agrícolas, sus capataces y delegados la posibilidad de contratar o vetar trabajadores, gracias a una eficaz labor secreta, durante esos años esta Unión supo incorporar a numerosos adeptos, lo cual le permitió presumir unos 20 000 asociados poco tiempo después de volver a la vida pública. Aunque no podemos dar fe de la validez de las cifras, sino señalar que son meramente indicativas, la situación no podía ser más promisorio para los anarquistas. Es cierto que, sin lugar a dudas, la represión y la persecución habían sido duras, pero también lo es que no solo no habían destruido el movimiento, sino que los mecanismos de acción y solidaridad se habían mantenido activos en la clandestinidad, permitiéndole volver a la vida pública con renovada fuerza. Si una vez más tomamos como botón de muestra a los involucrados en el proceso de La Parrilla por el asesinato del Blanco de Benaocaz, resulta que de los 16 acusados de los que tenemos información, además de la víctima, 14 de 17 jornaleros estaban afiliados a la Federación de San José del Valle y pagaban una cuota mensual de 3 reales, la cual sorprende por ser relativamente alta.³⁸ Según podemos leer en el *Proceso*, entre estos se encontraban el Presidente, el Vicepresidente y el Secretario de dicha Federación, además de dos "decuriales".

En contraste con este dinamismo, fue precisamente en ese segundo congreso de Sevilla donde surgieron los primeros indicios de que los años de la clandestinidad, con sus transformaciones teóricas, diferencias doctrinales y modos de organización diversa, no habían pasado en vano. En efecto, allí se enfrentaron abiertamente quienes defendían el colectivismo, la legalidad y el

³⁸ El dato sobre la cuota sorprende, en vista de las condiciones salariales poco desahogadas de la época.

asociacionismo obrero masivo y público, con quienes durante la clandestinidad, habían sobrevivido gracias a la organización en pequeños grupos, conscientes de que la invisibilidad les había permitido sobrellevar su vulnerabilidad ante el poder represivo de patrones y autoridades. Muchos de estos militantes se habían ido acercando al anarcocomunismo, a la propaganda por el hecho y a la acción directa, a lo cual habían contribuido no poco los impresos, redes, contactos y desplazamientos que habían permitido saber de los acuerdos tomados en reuniones internacionalistas previas, incluyendo los del Congreso de Londres. Por todo ello insistían, no sin cierto pragmatismo, en que se necesitaban formas flexibles de asociación, como las que ya se habían formulado desde la introducción del bakuninismo en la Península y durante varios años de vida clandestina. Así, se abogó una vez más —evocando la recomendación fundacional de la Alianza bakuninista—, por un doble nivel organizativo: el público y el secreto; en otras palabras, se defendía que las asociaciones fueran de masas cuando las circunstancias lo permitieran, pero también invisibles y conformadas en pequeños grupos, según lo requirieran cada momento y contexto. Además, en Sevilla se discutió cuál sería la vía más segura hacia la revolución, si la pública y masiva, con sus instrumentos de lucha y movilización como las huelgas, según defendían, por ejemplo, los obreros catalanes, o si como predicaban muchos andaluces, entre otros, sería más efectivo recurrir a la propaganda por el hecho, a la acción directa, a la violencia revolucionaria o a las represalias por cualquiera o todos los medios, en la lucha continua de pobres contra ricos. Ante estas discusiones y divisiones no debe de sorprender que, en adelante, los caminos a seguir por ambos sectores se fueran bifurcando y, eventualmente, llegaran a la confrontación abierta e incluso a la escisión.

A esta dualidad también contribuyeron circunstancias insospechadas en una coyuntura muy particular. El impulso ini-

cial de la FTRE y sus afiliados en su primer año de vida, se vería severa e inesperadamente frenado por sucesos dramáticos surgidos en la provincia de Cádiz en el invierno de 1882-1883. Allí, tras un lustro de pérdidas de cosechas, miseria y hambre, en el que el precio medio del trigo había subido de 26 pesetas el hectolitro en el invierno de 1876-1877 a 32 y 34 pesetas en el mismo período de 1881-1882, a partir del otoño siguiente se comenzaron a percibir señales seguras de recuperación. Ello permitía suponer que la cosecha de 1883 sería muy abundante en el vasto término de Jerez de la Frontera y otras importantes zonas cerealeras.³⁹ Esto despertaba la esperanza de una clara mejoría ocupacional después del largo paro agrícola. Además, para los jornaleros estaba claro que una excelente cosecha daría lugar a una bonanza en los precios agrícolas y que esto resultaría en una coyuntura propicia para que los propietarios obtuvieran mayores ingresos, pero que también permitiría a los propios trabajadores agrícolas negociar jornales más altos.

Hagamos un paréntesis y recordemos que en las zonas agrarias del Sur, los jornales eran insuficientes y las condiciones laborales, pésimas. Allí solo ciertos trabajadores de las vides, con oficios muy especializados como los podadores, podían ganar de 5 a 8 reales por 10 horas de trabajo, mientras que en los demás quehaceres podían variar, en promedio, de 3 a 6 reales por destajo de 12 o más horas. En las eras, durante la siega, estas cifras aumentaban, pero también aumentaba la dureza del trabajo, a pleno rayo de sol estival. Por una jornada a destajo, el segador podía aspirar a unos 12 reales diarios, comenzando el trabajo hacia las 3 o 4 de la mañana y continuándolo hasta las 8 o 9 de la noche, con un par de horas a lo largo del día para comer y fumar; es decir, podían

³⁹ Aunque en las páginas siguientes nos centremos, sobre todo, en la provincia de Cádiz, otras provincias del Sur sufrían condiciones semejantes, como, por ejemplo, en las de Extremadura, como lo muestra ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, 2022.

llegar a trabajar unas 16 horas diarias. En el resto de las faenas agrícolas menos especializadas, los jornaleros estaban atados a severas condiciones de trabajo, en general mucho peor remuneradas. Los peones y gañanes que trabajaban de sol a sol en los cortijos podían ganar, según la labor, de 1 a 2 reales diarios en época de siembra; otros llegaban hasta 4 o 4.5 diarios en la trilla y la limpia.⁴⁰

Si volvemos a finales de 1882, momento en el que se percibía que comenzaba la recuperación económica, vemos que la Unión de Trabajadores del Campo y las secciones de jornaleros discutieron y planearon las acciones a seguir y decidieron qué medidas tomar en caso de que en la negociación con los patrones no se llegara a un acuerdo. Fue entonces cuando se comenzó a barajar la idea de lanzarse a una huelga agraria que, llegado el momento, impidiera segar y trillar la cosecha. Dado el ciclo agrícola, se planeó que esta protesta se desatara antes de junio de 1883, cuando comenzaría la siega y, si fuera necesario, se continuara durante el período de la trilla. Entre los trabajadores rurales afiliados a la UTC se extendía la idea de que, al igual que en los centros urbanos, la huelga podría ser un eficaz instrumento de negociación para los jornaleros organizados, especialmente si quienes la encabezaban practicaban un oficio tan especializado y estratégico dentro del ciclo agrícola como el de los segadores y trilladores, lo cual permitiría o no recoger la cosecha según fuera la respuesta de los propietarios.⁴¹

⁴⁰ El cónsul de Estados Unidos en Cádiz, Ernest L. Oppenheim, nos ha dejado detalladas estadísticas sobre salarios en distintos oficios, tanto en las ciudades como en el campo. Véanse sus informes en los NAW, "Cádiz 1883", t. 187. También OPPENHEIM, 1885. En 1881, la *Revista Social* publicó sucesivas "Monografías del salario", mostrando los ingresos devengados por quienes en la provincia de Cádiz ejecutaban cada oficio agrícola y las condiciones materiales bajo las cuales se realizaban. Véase también BERNAL, 1979, p. 403 y ss.

⁴¹ He estudiado en detalle esta huelga y su contexto en LIDA, 1988a.

Muchas de las reivindicaciones laborales que se planteaban entonces eran básicas y ya eran moneda corriente en otras latitudes. Estas incluían la defensa del trabajo asalariado en oposición al destajo; la reducción de las horas de trabajo a un máximo de diez por día, contra la jornada a destajo de sol a sol en el campo; condiciones de trabajo dignas, seguras e higiénicas, en contraste con la insalubridad y el maltrato reinantes; la supresión de los abusos de capataces y patrones, que *de facto* gozaban de derechos absolutos sobre sus trabajadores. Este tipo de exigencias podían parecer ominosas a los terratenientes y caciques andaluces, como lo demostrara un acalorado debate en las Cortes el 28 de febrero de 1883, en el que diputados del Sur, mayoritariamente propietarios, se oponían a la idea del salario frente al destajo y consideraban injustificada la postura de los braceros andaluces contra sus patrones. ¡Cómo sería la realidad, para que el propio ministro de la Gobernación, Pío Gullón, los refutara severamente, recordándoles que el estado social de aquellas provincias provenía de males muy antiguos: de la desigual distribución de la propiedad, de la escasez de las cosechas y del desempleo o paro obrero!⁴²

4. LA HUELGA AGRARIA, LA MANO NEGRA Y LAS NUEVAS ESTRATEGIAS REPRESIVAS

Es evidente que el ideal de cambio en las condiciones de trabajo de los jornaleros andaluces se oponía esencialmente a la visión económica y laboral de sus patrones. Estos dos universos entraron en conflicto en el invierno y prosiguieron en la primavera de 1883. Si bien al comienzo la esperanza de los campesinos era

⁴² Sobre este debate véase el *Diario de Cortes*, sesiones 54 y 55, del 28.II y 1.III.1883, respectivamente.

llegar a un acuerdo pacífico con los patrones, las circunstancias resultaron contrarias al diálogo. Los terratenientes, seducidos por la urgencia de una cosecha que, ¡al fin!, prometía ser lucrativa y terminar con las vacas flacas de los años pasados, se resistieron tajantemente a los pedidos de sus trabajadores. En estas condiciones de tensión, al llegar la última semana de mayo, a ojos de los trabajadores del campo se hizo evidente que la huelga quedaba como la única alternativa posible para obligar a una negociación laboral.

Como era de prever, estos propósitos huelguísticos llegaron desde finales de 1882 a oídos de las autoridades gaditanas y de los terratenientes locales. Por ello, la Guardia Civil, con el apoyo de los latifundistas y del Ejército, diseñó medidas preventivas para desarticular la protesta y sofocar todo intento de huelga. Estaba claro que las actividades de las organizaciones de trabajadores serían legales mientras fueran públicas y no afectaran intereses de terceros, pero que no lo serían si fueran secretas o contestatarias. Por ello, al finalizar el año comenzaron redadas y arrestos aquí y allá contra los anarquistas de la zona, bajo el pretexto de que pertenecían a una sociedad revolucionaria secreta denominada Mano Negra, que —según se aseguraba— había mandado asesinar a una o más personas. Al participar en una supuesta organización secreta, los anarquistas eran acusados de violar abiertamente la ley, atentar contra la vida de las personas y conspirar contra el orden social y el Estado, pues las organizaciones clandestinas permanecían criminalizadas por el Código Penal, y más si sus actos eran homicidas. Para subrayar lo anterior, las autoridades locales dieron a conocer un *Reglamento* y unos *Estatutos* que presuntamente revelaban los fines conspiratorios y criminales de los asociados a la llamada Mano Negra.⁴³

⁴³ LIDA, 1969.

En otras páginas he examinado detenidamente los antecedentes y el desarrollo de esta huelga y la amplia e indiscriminada represión desatada en Cádiz por las fuerzas armadas —la Guardia Civil y el Ejército—, al avanzar la primavera de 1883. Para legitimar estas acciones, se fue maquinando una amplia justificación para perseguir y dar un golpe de gracia al anarquismo, acusándolo de actuar desde la ilegalidad, al planear una huelga agraria con el apoyo de, o con la pertenencia a una asociación delictiva. En ese y en otros escritos mostré cómo, con el fin de dar mayor contundencia a la represión, desde el poder se fraguó una gran trama acusatoria y represiva cuyo desarrollo sintetizaré a continuación.⁴⁴

Se ha reparado poco que en la carta al Ministro de la Guerra, del 9 de noviembre de 1882, que di a conocer en 1969, el Director de la Guardia Civil en la provincia de Cádiz, general Tomás García Cerunio, encabezaba su misiva acompañando el envío de un “Reglamento especial titulado La Mano Negra”, transcribiendo unos párrafos del oficio reservado que, a su vez, le había hecho llegar el día 5 de ese mes el “Coronel Subinspector del 4o. tercio del Cuerpo de mi cargo”.⁴⁵ En este oficio, dicho coronel asociaba estos documentos con los sucesos que “estaban acaeciendo en la vecina república de Francia”, sin duda en referencia a los eventos de Montceau-les-Mines y la Bande Noire,

⁴⁴ LIDA, 1988a, 1993 y 2012b.

⁴⁵ No se da el nombre de dicho coronel, pero poco después se informa en la prensa que esos documentos fueron hallados nada menos que bajo una piedra, por dos miembros de las fuerzas armadas: el comandante de la Guardia Rural de Jerez, Tomás Pérez Monforte, y el capitán del XIV Tercio de la Guardia Civil (y teniente coronel del Ejército) Juan Oliver, ambos habían sido soldados en la Guerra de Marruecos, según los expedientes personales conservados en el AGM, en Segovia. Lo que en cambio no se decía es que en esa zona, las estribaciones de la serranía de Cádiz son tan pedregosas, que pretender que dichos documentos se descubrieron bajo una piedra resulta sumamente fantasioso.

entre otras movilizaciones de los anarquistas franceses, lo cual invocaría la amenaza de una especie de conjura subversiva transnacional.⁴⁶ Es importante subrayar que, además, ese mismo coronel subinspector indicaba claramente que nada de eso había sido casual, pues señalaba que “en carpeta reservada conservo relaciones nominales de los principales agentes instigadores de diferentes localidades, para poder en su día darles el golpe de gracia merecido si nos lo permite el Código y se presentan bien las circunstancias”. No es casualidad que “las circunstancias” se presentaran precisamente al saberse la intención de los jornaleros de declarar la huelga agraria y las autoridades recurrieran, como lo señalaba el coronel subinspector, a los documentos de la llamada Mano Negra y, posiblemente, a las listas de nombres recogidos con anterioridad. Se trataba, en efecto, de darles el deseado “golpe de gracia”, a las asociaciones anarquistas partidarias de la huelga, como la FTRE y la UTC, según lo anhelaba dicho militar.

Por otro lado, en las “Observaciones” finales que el propio general García Cerunio comunicaba al Ministro, fincaba la responsabilidad por algunas de las huelgas recientes, así como por “la mayoría de los crímenes cometidos en este país [Andalucía], al sinnúmero de malhechores aprehendidos”, que a su vez habían sido inspirados por “dicha Sociedad y sus Núcleos”. Fuera como fuese, lo importante era subrayar la influencia maligna del anarquismo y afianzar la existencia de una criminal Mano Negra como justificación más que suficiente para la represión. Queda claro que en todo esto, la Guardia Civil y el Ejército ejercían no solo funciones propiamente militares, sino también policíacas, pues de hecho, a partir de la reforma de las fuerzas armadas de 1878, la “Ley Constitutiva del Ejército” dejaba cla-

⁴⁶ Simone Saillard, autora de un detallado “Estudio preliminar” a la edición crítica de *El hambre en Andalucía*, de Leopoldo ALAS, 2001, apunta consideraciones semejantes.

ramente señalado en su artículo 2, que “la primera y más importante misión del Ejército” no solo era defender “la patria [...] de enemigos exteriores”, sino también de los interiores. Esto daba a las fuerzas armadas una misión cuasi policial en tareas de seguridad interior, que se sumaba a la que ya tenía la Guardia Civil, que, según el artículo 22 de esa misma Ley, debía “prestar auxilio a la ejecución de las leyes y para la seguridad del orden de las personas y de las propiedades”.

Si examinamos las características discursivas de los documentos atribuidos a la Mano Negra en su contenido, forma y lenguaje, está claro que se asemejaban a y se insertaban en todo un corpus documental emanado del internacionalismo europeo durante la clandestinidad, como lo mostramos en los dos capítulos anteriores. En este sentido, hay que volver a subrayar, como lo detallamos antes, que el supuesto nombre del grupo tampoco era extraño a la tradición clandestina, puesto que, como hemos visto, muchos grupos anarquistas y revolucionarios en Rusia, Irlanda, Francia, Italia y otros países, adoptaban lemas y nombres de guerra extremos, incluso alguno semejante, como la francesa *Main Rouge* (Mano Roja), y que hasta el papa León XIII había condenado esas sectas de “nombres bárbaros”.⁴⁷ No hay por qué suponer que España fuera ajena a estos usos en los años posteriores a la Primera República, puesto que en el segundo capítulo vimos que esto ya se había discutido en las Conferencias Comarcales al finalizar esa década.

Lo novedoso fue que en pleno regreso de la FTRE a la vida pública desde 1881, a las autoridades les bastara con echar mano de documentos que al parecer habían sido recogidos unos años antes, en 1878-1879, en un proceso judicial en Jerez, cuando la

⁴⁷ Encíclica *Quod apostolici muneris*, 28 de diciembre de 1878. Sobre la proliferación de lemas y nombres de guerra, véase *supra* el capítulo II.

AIT y la FRE todavía estaban prohibidas, para generar, en complicidad con la prensa en general, una campaña pública de descrédito y miedo.⁴⁸ No importaba que los *Estatutos*, desde sus renglones iniciales, señalaran claramente que se recurría a la organización secreta en un momento en el cual “la Asociación Internacional de los Trabajadores [había sido] puesta fuera de la ley por los gobiernos burgueses”. Tampoco importaba que estos documentos de la década anterior hubieran sido reflatados por la Guardia Civil en noviembre de 1882 y dados a conocer públicamente poco después, para usarlos como pretexto para reprimir la protesta social y laboral, y que esta fuera una astuta maniobra para atemorizar a crédulos e incautos. Y menos importó que casi simultáneamente se hicieran públicos algunos crímenes comunes, ocurridos desde diciembre de 1882 en diversos lugares de la provincia gaditana, para que ni cortas ni perezosas las autoridades y la prensa se apresuraran a culpar a militantes de la FTRE de ser miembros de esa supuesta sociedad secreta criminal llamada Mano Negra y que, por lo tanto, comenzaran redadas dirigidas específicamente contra los anarquistas federados. Esta nueva artimaña tenía el propósito evidente de generar, si cabe, más temor entre la opinión pública y aprovechar que el sensacionalismo amarillista de la prensa cundiera entre los lectores, para actuar libre e impunemente contra los jornaleros andaluces organizados.

En este bien orquestado plan bastó con exhibir y difundir documentos recogidos y archivados antaño, como prueba fehaciente de las amenazantes conspiraciones de hogaño, para culpar a unos jornaleros anarquistas de crímenes comunes. Estas engañifas, secundadas por la prensa, lograron crear un clima de

⁴⁸ En 1883, ya en plena acción judicial contra los acusados de pertenecer a la Mano Negra, tanto la prensa como algunos de los abogados señalaron el anacronismo de utilizar documentos provenientes de un proceso de 1878, cinco años más tarde. Véase NETTLAU, 1969, p. 311.

opinión suficientemente enrarecido como para permitir a las autoridades del orden público y a las judiciales actuar deliberadamente contra hipotéticos enemigos sociales. Que esto sucediera gracias a la enorme difusión concedida entonces por los medios periodísticos a las truculentas noticias divulgadas desde el poder, demuestra cómo, desde la Comuna de París, el cuarto poder se había ido consolidando como un indispensable socio libelista de los gobiernos de turno.

Pero lo que más sorprende es que haya historiadores que para refutar lo tramado por las autoridades, afirmen aún hoy —repitiéndose unos a otros, sin dudar—, que estos documentos habían sido falsificados por las propias fuerzas represoras, como si estas necesitaran ejecutar actividad tan engorrosa como falsificar documentos imitando el lenguaje clandestino en una inusitada tarea casi filológica, para luego reprimir y coaccionar a vulnerables sujetos sociales tildados de criminales peligrosos. Discurrir sobre la autenticidad de los documentos debería exigir volver la mirada a fondo sobre un período tan poco explorado como los años de la clandestinidad, con el repliegue del anarquismo en pequeños grupos secretos y sus nuevos lenguajes y estrategias de lucha y supervivencia en las sombras —como intentamos hacer en este libro. Lo que tampoco se ha hecho es examinar y analizar a fondo las tácticas y artimañas desarrolladas desde el poder en complicidad con la prensa, para reprimir libremente a grupos antagónicos y convencer a incautos y crédulos de que así se protegía a la sociedad.⁴⁹

En su momento, solo alguno que otro periódico local reveló que ya un lustro antes, en 1878, se había abierto en Jerez de la Frontera una causa incoada contra asociaciones políticas ilícitas, en la cual se presentaron diversos documentos de sociedades secretas, entre las que se decía que figuraba una que se llamaba

⁴⁹ LIDA, 2014 y 2023.

de “Pobres honrados contra los ricos tiranos”,⁵⁰ muy semejante al título de uno de los documentos revividos en 1882-1883. El sensacionalismo y la exageración periodística que se manifestaron en las noticias entonces, parecen haber impedido hasta ahora reparar suficientemente en estos antecedentes. Que esos documentos se desenterraran con propósitos represivos era una maniobra burda, pero efectiva, para cautivar la atención del público lector y suscitar un amplio rechazo.

No debe sorprender que ya desde el otoño de 1881, con el surgimiento legal y público de una nueva y dinámica Federación de Trabajadores de la Región Española, con su Unión de Trabajadores del Campo, con la creciente publicación de la prensa y otros impresos y un aumento indudable de un público lector, los sectores conservadores percibieran con temor que el anarquismo manifestaba una inesperada capacidad de desarrollo, expansión y resistencia. Pese a los años de prohibición y represión oficiales durante la década previa, esos sectores veían en esta renovada y acrecentada vitalidad el resurgimiento del espectro de la Comuna y del sacudimiento social. Durante años, la imaginación pública se había nutrido del discurso atemorizador generado por una prensa cercana a los gobiernos de turno, que ya en 1871 había demonizado a la Internacional so pretexto del alzamiento comunalista parisino, y que en 1873, lo volvería a hacer durante la huelga en Alcoy y el cantonalismo en la Primera República. No puede extrañar que en 1883 se reavivara el miedo y se recurriera a la vieja estrategia sensacionalista de blandir el espectro de la Mano Negra como encarnación de la violencia criminal para demonizar en el imaginario público a la FTRE y a la UTC. ¿Cómo sorprendernos de que las autoridades adujeran entonces, que su obligación era actuar con todo rigor para prevenir inminentes trastornos sociales?

⁵⁰ *La Andalucía y El Guadalete*, 1.III.1883; *El Día*, 2.II.1883.

Así, al cabo de pocas semanas de iniciadas las redadas desde el poder, las cárceles de la provincia de Cádiz se llenaron de cientos de anarquistas acusados de pertenecer a la Mano Negra y sociedades afines, y para marzo ya se hablaba de miles de presos. Las noticias que se filtraban a la prensa local, nacional y extranjera de la época señalaban que los miembros de dicha asociación provenían de los más diversos orígenes, según se aseguraba que sucedía en la propia FTRE. Por ejemplo, solo para referirse a Jerez de la Frontera, se decía que “los 360 detenidos que hace poco fueron traídos [...], no sólo eran de todas las edades, sino que incluían desde pequeños propietarios a simples campesinos y contrabandistas”, desde habitantes de la comarca de Jerez hasta los de los pueblos de la serrañía de Ronda.⁵¹ Los periódicos locales también mencionaban a muchos otros, lo cual resultaría en un amplio corte transversal de la sociedad local: soldados de la reserva y oficiales subalternos;⁵² guardias civiles y rurales;⁵³ buhoneros, contrabandistas y gitanos andaluces,⁵⁴ así como algunos propietarios “de fincas rústicas de cierto bienestar, y otros dotados de conocimientos nada vulgares y de costumbres irreprochables y de carácter bondadoso”.⁵⁵ También se involucró a algunas mujeres; a una de ellas, la activista Isabel Luna, una trabajadora agrícola alfabetizada, quien en diversos escritos llamaba a que las mujeres se asociaran e ingresaran en la Federación, se la apodó “la Luisa Michel de Benaocaz”, en clara alusión a la comunalista francesa que había sido acusada de incendiaria

⁵¹ *The Nation*, 5.IV.1883.

⁵² *El Guadalete*, 1.III.1883, y *The Saturday Review of Politics, Literature, Science and Art*, 18.VIII.1883, p. 196.

⁵³ *El Imparcial*, 13.III.1883.

⁵⁴ *Ibid.*, 6.III.1883.

⁵⁵ *El Porvenir*, 6 y 11.III.1883; véanse también *El Imparcial*, 1.III y *El Guadalete*, 6.III.

y condenada a presidio.⁵⁶ Entre los sospechosos figuraba también Antonio Moreno Merino, farmacéutico, quien —según disparataba *El Imparcial*— admitió nada menos que su vinculación con la sociedad secreta como “miembro honorario”.⁵⁷ En otras palabras, si creyéramos todo lo que acusaba la prensa, esta supuesta asociación secreta abarcaría a sectores tan numerosos, amplios, plurales y diversos de la sociedad andaluza que, claro está, de secreta tendría muy poco o nada.

Al margen de si las noticias eran o no verdad, el gobierno, secundado por el sensacionalismo de la prensa diaria, afirmaba que la Mano Negra y la Federación de Trabajadores de la Región Española eran una y la misma cosa, con lo cual, por un acto de prestidigitación discursiva, un supuesto puñado de asesinatos dispersos en caminos y pueblos de Cádiz, se convertía en la obra de 60 000 federados anarquistas, y la FTRE, pese a ser legal y muy numerosa, quedaba equiparada a una criminal sociedad secreta. Hasta un periódico nada simpatizante con el anarquismo, como *El Porvenir*, de Sevilla, señalaba entre irónico y escéptico:

No puede llamarse sociedad secreta aquella que hace unos meses celebraba público y numeroso congreso en Sevilla, y después de discutir sus estatutos y predicar el colectivismo y la anarquía,

⁵⁶ *La Andalucía y El Porvenir*, 14.III.1883. Isabel Luna fue una militante activa que escribió artículos y cartas instando a las mujeres a organizarse; véase, por ejemplo, “A las obreras de España, en general, y de la Serranía de Ronda en particular”, en *Revista Social*, 23.III.1882. En 1883 fue detenida varios meses, sin cargo alguno. Véanse sus recuerdos de la cárcel en “La agricultora prisionera”, *Revista Social*, 17 y 24.V.1883. Falta estudiar a fondo la presencia de las mujeres en el mundo del trabajo agrícola, su activismo y su solidaridad con los huelguistas en los pueblos de la comarca jerezana y de la sierra.

⁵⁷ *El Imparcial*, 13.III.1883.

daba un voto de gracias al gobernador de la provincia [...] por la conducta liberal que dentro de la ley había observado con ellos.⁵⁸

No voy a examinar aquí el desarrollo de la huelga agraria, pues ya lo he hecho en otras páginas, ni cómo las fuerzas armadas actuaron como agentes del orden y también de represión. Solo quiero señalar que tras el acuerdo del Consejo de Ministros, se decidió que el capitán general de Andalucía, Camilo Polavieja, y el general Arsenio Martínez Campos, Ministro de la Guerra, en consulta con Gobernación, se ocuparan directamente de negociar con los terratenientes locales para que estos contrataran soldados que actuaran como esquirols, remplazando a los trabajadores agrícolas en huelga.⁵⁹ Estos y otros aspectos de esta huelga y su desenlace, incluida la participación de los poco menos de 2 000 soldados y suboficiales (sargentos y cabos) asignados para vigilar a la tropa contratada en las tareas agrícolas, los estudié detalladamente con anterioridad.⁶⁰

Baste decir ahora, para finalizar, que aunque la cosecha de trigo de 1883 fue excelente, tal vez haya sido una de las más caras en la historia andaluza. El precio de salarios, haberes, manutención, enseres y otros gastos por los quehaceres de la tropa enseñaron a la oligarquía gaditana que recurrir al Ejército para sustituir a sus jornaleros podía resultar en costos mucho más

⁵⁸ *El Porvenir*, 10.III.1883. La referencia es al Segundo Congreso de la FTRE.

⁵⁹ En LIDA, 1988a, di a conocer las negociaciones entre el Ejército y los terratenientes andaluces, con base en los documentos que se encuentran en el Servicio Histórico Militar (SHM), Orden Público, 2a. sección, 4a. división. También existen las relaciones nominales de los soldados repartidos en distintos cortijos de Jerez, en el mismo SHM y en AMJF, legajo 8, junio de 1883.

⁶⁰ LIDA, 1988a.

onerosos que los anticipados y en tensiones imprevistas con este duro aliado. El Estado también pagó un alto precio cuando al convertir a las fuerzas armadas en esquiroles, resolvió de manera tan excepcional en la historia esta huelga agrícola. Si bien los soldados recibieron sus salarios de manos de los propietarios locales, en realidad fue la Nación la que subvencionó a los latifundistas en su guerra social contra el proletariado. Esta fue la que costó mantener en pie de guerra al Ejército y a la Guardia Civil, movilizar tropa, correr con los gastos de la represión y, por fin, transportar, vigilar y ocuparse de los “soldados segadores”. Más aún, el costo humano para los soldados fue muy grande, ya que muchos sufrieron bajas por enfermedad o muerte al trabajar en el duro clima del Sur. El costo para los ayuntamientos fue también alto, obligados a emplear a sus guardias municipales en vigilar y perseguir a huelguistas y a reclutar nuevos efectivos en estos servicios extraordinarios, así como a mantener las cárceles repletas de presos. En ellas, la manutención diaria llegaba a costar casi tanto como el jornal agrícola que pedían los descontentos, aunque este rancho fuera muy inferior en calidad y precio al salario de los soldados esquiroles.⁶¹ Cabría mencionar también que los costos de enfermería requirieron una inversión importante para atender a los enfermos, sin contar otros gastos de limpieza, sanidad y vestido.

Pero frente a todo lo anterior, qué duda cabe de que el costo social y material de la huelga recayó, sobre todo, en la clase trabajadora. Por un lado, cientos de jornaleros y otros fueron acusados como criminales y muchos de ellos encarcelados, mientras que un puñado fue condenado a muerte. Por otra parte, la gran mayoría sufrió marginación, desempleo y hambre, ya que

⁶¹ Esto se deduce claramente del informe sobre Cádiz del cónsul de Estados Unidos, Ernest L. Oppenheim, quien indicaba que la dieta de un preso en esa ciudad era muy inferior a la de los soldados, por dos terceras partes; OPPENHEIM, 1885.

durante casi un mes, soldados y jornaleros portugueses también contratados fueron quienes realizarían la siega, la trilla y la recolección estival. Era evidente que los magros fondos de solidaridad de la UTC y de la Federación Española eran insuficientes para alimentar a los miles de jornaleros en paro y a sus familias. El hambre en Andalucía era más que un tópico literario puesto de moda por Leopoldo Alas ("Clarín"), en sus artículos de ese título publicados en *El Día*; de hecho, esa era la dura realidad cotidiana para una amplia parte de la población rural andaluza.

Debe quedar muy claro, a fuer de reiterarlo, que la represión desatada a partir del invierno de 1882-1883 y la exacta sincronización de esta persecución oficial con la gestación y puesta en práctica de la huelga agrícola en las comarcas cerealeras gaditanas no fue una inocente casualidad, sino el recurso a una eficaz estrategia represiva en un momento muy determinado.⁶² Asimismo, la sincronización con cuatro sonados procesos judiciales, con sus condenas a muerte por garrote vil contra los supuestos miembros de la Mano Negra, cuyos presuntos crímenes eran prolijamente seguidos por la prensa, resultó en una intensa campaña de descrédito de los anarquistas, convertidos por arte de birlibirloque en unos temibles asesinos agazapados en las sombras. Las causas judiciales reseñadas ampliamente en periódicos locales y nacionales, cuando no también internacionales, se convertían así en eficaces instrumentos para denostar al anarquismo y frenar las demandas sociales y laborales de los trabajadores.⁶³

En este contexto fueron raras las voces críticas. Excepcionales y en extremo perspicaces suenan las de dos respetados juristas, abogados defensores de algunos acusados, Eleuterio Mai-

⁶² LIDA, 1988a.

⁶³ Sobre los Procesos, véanse WAGGONER, 1972, MAURICE, 1990 y 2007, AVILÉS, 2012b.

sonnave y José Carvajal y Hué, ambos miembros de élites letradas y políticas de inclinación republicana, castelarina, y, claro está, sin vinculación alguna con el anarquismo. Ambos cuestionaron diversos aspectos del más sonado de los procesos llamados de la Mano Negra, el del crimen de La Parrilla, es decir, el del asesinato de Bartolomé Gago, el Blanco de Benaocaz. En su alegato final contra la pena de muerte dictada por el tribunal a varios de los procesados, Carvajal y Hué acusó que las imputaciones de la fiscalía eran “calentura de la imaginación”, que como en un sueño de horror pinta al proletariado andaluz como “desenfrenado”, influido por la pasión de un “comunismo bárbaro”, dispuesto “a dar el salto del tigre sobre el propietario honrado”. En suma, alega el magistrado defensor, la fiscalía, en su pesadilla, transforma a los procesados en la “encarnación repugnante de una apocalíptica disolución social”.⁶⁴ Por su parte, Maisonnave acusaba a los “defensores de la propiedad” de sobresaltar “al país desde la prensa, exagerando los hechos”, y aducía que lo mismo se hizo desde el Parlamento, donde se “alarmó y se exageró y se pintaron [los hechos] con los más negros colores”. Para ambos togados, la manipulación y la distorsión corrompieron la verdad y socavaron la justicia.⁶⁵

⁶⁴ Véanse los párrafos finales con los que CARVAJAL Y HUÉ concluye su alegato, en *La Mano Negra* (facs. de la 1a. ed., 1892). Reproducido en SERRANO RUIZ-CALDERÓN, 2017.

⁶⁵ Citado en GARCÍA-COMENDADOR ALONSO, 2014, pp.117-153. Este estudio se encuentra en una obra comisionada por el Tribunal Supremo en la que participaron diversos letrados del Gabinete de dicho Tribunal, que revisaron desde la actualidad algunos procedimientos judiciales realizados en los últimos dos siglos y las resoluciones dictadas en cada momento por el respectivo Tribunal Supremo. Entre estos letrados, García-Comendador examina el proceso contra los acusados del crimen de La Parrilla y cuestiona el procedimiento judicial, en el que se recurrió a pruebas documentales que pertenecían a otra causa previa “seguida contra una tercera persona”. Así, subraya contundente que lo que “levanta

5. PARA CONCLUIR

En este contexto de exacerbación, resultaba casi natural que las estratagemas coercitivas por parte de las autoridades y de los sectores sociales más privilegiados para frenar y desarticular la organización y la protesta agraria gaditana, tuvieran el propósito más amplio de dar un golpe de gracia a la propia Federación de Trabajadores, dada la notable expansión desde su regreso a la vida pública. Pero la movilización campesina fue un acicate para que el Estado y las poderosas y políticamente influyentes oligarquías andaluzas movilizaran todos los instrumentos a su disposición para desarticular la militancia proletaria, combinando métodos nuevos con los tradicionales.

Estaba muy fresco todavía el recuerdo de que en 1871, en Francia, la prensa había desempeñado un papel importante para desprestigiar a los revolucionarios parisinos, aunque, en realidad, la represión contra los comunistas parisinos acabó por ser llevada a cabo a sangre y fuego, empleando la tradicional superioridad de las armas y la fuerza del Estado. En España se podría decir algo semejante al pensar en la represión de Alcoy o la del cantonalismo, pero la que surgió bajo el pretexto de la Mano Negra recurrió a medios más variados y algunos más arteros. En efecto, el gobierno, en vez de apelar a una amplia confrontación armada contra los trabajadores de la tierra, usó a la Guardia Civil y al Ejército como cuerpos de orden y vigilancia cuasi policial, según lo permitían las leyes; nombró tribunales a modo; esgrimió pruebas sacadas de su contexto original, extraídas de archi-

más suspicacia e inquietud en los procesos de la 'Mano Negra', es la sensación más que palpable de que la Justicia fue instrumentalizada para fines distintos de los que le son propios". Y concluye categórico: "pero sí hay algo quizá bastante claro: la cuestión política desbordó a la puramente criminal".

vos judiciales de antaño; dictó duras condenas de cárcel y penas de muerte para inmovilizar o diezmar a los enemigos, pero, sobre todo, se valió del sensacionalismo periodístico para manipular el miedo como arma efectiva, ampliar el apoyo de los sectores sociales más incondicionales y ganarse también la opinión pública.

Por otra parte, nada garantizaba que el descontento no se extendiera por los campos del Sur, pero no era lo mismo reprimir a sangre y fuego espacios urbanos acotados, aunque complejos, como París, o más reducidos, como Alcoy, que las vastas extensiones de la Andalucía rural. Además, en un momento en el que el Ejército español estaba ocupado en tratar de mantener el orden colonial, sobre todo en las Antillas, Filipinas y África, controlar las regiones pirenaicas en las que el carlismo era endémico y vigilar aquellos lugares donde la amenaza de insurrecciones republicanas estaba latente, resultaba necesario adaptar los mecanismos represivos tradicionales a cada nueva circunstancia.

Esto se tradujo en el manejo insidioso y alarmista de las noticias de prensa, como un arma para manipular la opinión pública peninsular por el miedo, cuando no por el terror, y propaló un imaginario distorsionado sobre la violencia anarquista. Este clima de opinión daría al Estado el pretexto requerido para ejercer la coerción sin cortapisas. Bajo la supuestamente desmesurada amenaza de la Mano Negra, el Estado español inició una nueva etapa de refinamiento coercitivo al recurrir a eficaces técnicas de presión psicológica en el uso de los medios públicos de información. España ingresaba así a lo que podríamos llamar una “modernidad represiva”, creando en el grueso de la población un estado de intimidación discursiva tal, que no vacilara en apoyar cualquier medida coactiva que prometiera deshacerse de la amenaza de movimientos sociales y políticos considerados contrarios a la paz, al orden del Estado y a la seguridad de sus ciudadanos.

El éxito de esta maniobra se puede apreciar al examinar los propios sectores anarquistas de otras regiones peninsulares. Ante el temor a que el conflicto en Cádiz se convirtiera en un pretexto para volver a prohibir las actividades públicas de la FTRE, el Consejo Federal, con sede en Barcelona, no solo se deslindó de los compañeros gaditanos, sino que algunas voces no exentas de prejuicio juzgaron a los andaluces como bárbaros criminales, haciéndose eco de las acusaciones de la prensa y del gobierno.⁶⁶ En otras palabras, las tácticas del gobierno surtían el efecto deseado y acabaron por provocar el enfrentamiento e incluso la escisión dentro del propio internacionalismo.

Las respuestas airadas no tardaron en llegar desde Andalucía. Ya en 1882, durante el mencionado Segundo Congreso de la Federación Regional, en Sevilla, grupos disidentes habían sido calificados como “perturbadores” por la Comisión Federal y expulsados debido a sus críticas al asociacionismo colectivista, su defensa de la acción revolucionaria directa y de mayor autonomía para las organizaciones y grupos locales. Todas estas propuestas resultaban muy cercanas a las de los socialistas revolucionarios en el Congreso de Londres, aunque, como ya vimos en los capítulos previos, también se habían ido desarrollando durante los años finales de la

⁶⁶ Habría que examinar los rasgos etnófobos en los discursos emitidos por la prensa contra los anarquistas, especialmente los andaluces. Asimismo, sería importante explorar en detalle hasta qué punto las autoridades militares que instrumentaron estas medidas coercitivas, como Martínez Campos, Polavieja u otros de menor rango, como Tomás Pérez Monforte y Juan Oliver, recurrieron en Andalucía a su larga e intensa experiencia represiva, no exenta de racismo, aprendida en las crueles guerras coloniales en Marruecos y en las Antillas, así como en lucha contra el carlismo. En el AGM, en Segovia, se encuentran los expedientes personales de estos integrantes del Ejército, con datos de sus experiencias bélicas previas. Un ejemplo de esto podría ser Martínez Campos, quien sirvió primero en África, luego en México, con Prim; pasó después a Cuba, y en España combatió al carlismo, según datos que aparecen en su foja de servicio.

década anterior, con raíces propias insertas en las prácticas locales. De hecho, las críticas de la Comisión Federal no alcanzaron para frenar la oposición de los sectores tildados de disidentes. Algunos, como “Los Desheredados”, continuaron enfrentados abiertamente, mientras las diferencias se mostraban irreconciliables, hasta el punto de que estos reivindicaron las prácticas clandestinas y la propaganda por el hecho y convocaron a sus propios congresos a finales de 1882, así como en 1883 y 1884.⁶⁷

Si a estas divisiones internas les sumamos otros desacuerdos, como las pugnas entre colectivistas y anarcocomunistas, ampliamente reseñadas por la *Revista Social* al mediar la década, comprenderemos mejor cómo, paulatinamente, las fuerzas de la propia Federación de Trabajadores fueron dividiéndose, enfrentándose, debilitándose y mermando drásticamente, hasta que en octubre de 1888 se decidió su disolución y el establecimiento de una Organización Anarquista de la Región Española, que resultó efímera y cesó al año siguiente. En otras palabras, a raíz de la crisis de la Mano Negra se desarrolló una fractura que separaría, de un lado, a los militantes libertarios de una Andalucía agrourbana y, del otro, a los de regiones urbanas más industrializadas como en Cataluña. En estos contextos, parecería necesario hablar de anarquismos, en plural y no en singular, pues esto último ocultaría las hondas diferencias que se manifestaron en el primer asociacionismo ácrata en España a partir de los años en la clandestinidad.⁶⁸

En conclusión, a diferencia de momentos previos, cuando el anarquismo peninsular estuvo perseguido, pero supo encontrar

⁶⁷ Sobre las tensiones en la FTRE entre sus seguidores colectivistas y los llamados disidentes, especialmente andaluces, y sobre el auge del anarcocomunismo en Gracia y otros puntos de Cataluña en estos años, véanse especialmente los primeros cuatro capítulos del libro de FERNÁNDEZ GÓMEZ, 2017. También NETTLAU, 1969, p. 440 en adelante.

⁶⁸ Sobre la diversidad ideológica, véanse ÁLVAREZ JUNCO, 1976, y PANIAGUA FUENTES, 2008.

respuestas tácticas para resistir, sobrevivir y recuperarse, la situación en la década de 1880 fue mucho más severa por la suma, simultaneidad e intensidad de nuevas tácticas represivas que impidieron una respuesta pronta y eficaz contra los embates de las fuerzas armadas, de los tribunales, de las clases propietarias y de la opinión pública, que en una amplia pluralidad de acciones bien concertadas desarmaron cualquier intento de respuesta articulada por parte de los militantes. A la vez, las divisiones y enfrentamientos internos llevaron a fracturas y dispersiones, que acabaron por dejar el campo libre al surgimiento de la violencia individual y de grupos minúsculos, que a menudo resultaba errática e impulsiva, cuando no improvisada.

Esta crisis no fue exclusiva de España, sino que, *mutatis mutandis*, la compartieron la mayoría de los países europeos y de otras latitudes donde antes se había desarrollado el anarquismo. Durante esta larga etapa, los militantes quedaron sin estructuras definidas, si acaso con redes laxas, si no es que rotas, y sin organización nacional ni internacional efectiva.⁶⁹ Años después, en 1901, un revolucionario ruso, exiliado entonces en Alemania, Vladímir Ilich Uliánov, conocido luego como “Lenin”, advertía con perspicacia, sin negar la heroicidad de muchos de los actores, que la violencia de actos aislados tiende a producirse “cuando falta una organización revolucionaria central y son débiles las locales”.⁷⁰ Esta misma afirmación se podría aplicar a España desde los años postreros de la FTRE, en adelante.

Solo a comienzos del siglo xx se logró en España un reagrupamiento de los sectores obreros libertarios bajo una nueva formu-

⁶⁹ Para Italia véanse PERNICONE y OTTANELLI, 2018, y para Francia, BOUHEY, 2008.

⁷⁰ Lenin, “Por dónde empezar”, aparecido por vez primera en el periódico *Iskra* (*La Chispa*), núm. 4, mayo de 1901, órgano del Partido Obrero Social-Demócrata Ruso (POS DR).

lación teórica: el anarcosindicalismo,⁷¹ que desde finales del siglo XIX comenzaba a extenderse y consolidarse más allá de los Pirineos. En 1907 se estableció en Cataluña una primera organización anarcosindicalista, Solidaridad Obrera, y a partir de 1910 el anarcosindicalismo se extendió por toda la Península al crearse la Confederación Nacional del Trabajo, con la conformación de un sindicalismo revolucionario que no solo se extendía por Europa, sino que, incluso, alcanzaba a algunas repúblicas americanas.⁷²

En este proceso, el primer anarquismo que hemos estado examinando en estas páginas fue quedando como un recuerdo del pasado, como una etapa histórica fundacional, identificada con la Asociación Internacional de los Trabajadores —la Primera Internacional—, con sus federaciones regionales, numerosas uniones y secciones diversas, pero muy lejos ya de las experiencias y los desarrollos finiseculares que enfilaban hacia otros rumbos.

No nos adentraremos aquí en estos años, pues esas nuevas etapas ya no son motivo de estas páginas. Baste insistir en lo que sí lo es. Si para conocer las dos décadas iniciales de la presencia del anarquismo en España nos quedáramos solamente en los breves momentos de vida pública, perderíamos, como hasta ahora, la rica y compleja historia de sus diversos actores, su perseverancia, adaptación, transformaciones y redes. Estas nutrieron su vitalidad y persistencia durante los largos momentos de represión y de clandestinidad en las sombras en las que transcurrió su existencia.

Este libro ha pretendido iluminar dichas sombras y contribuir a la comprensión y el esclarecimiento de sus mecanismos de organización y lucha y de su tesón revolucionario, aun en momentos de una dura represión oficial, a partir de la caída de la Comuna de París y durante los años tempranos de la Restauración.

⁷¹ Este último término y sus derivados, cuando se refieren a lo laboral, se introdujeron por esos años del francés al español.

⁷² Sobre los años posteriores al Congreso de Londres, véase ABELLÓ, 1987.

SIGLAS Y FUENTES

ADR	Archives du Département du Rhône, Lyon
AGM	Archivo General Militar (antiguo Servicio Histórico Militar, SHM), Segovia
AIT	Asociación Internacional de Trabajadores
AMAE	Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París
AMJF	Archivo Municipal de Jerez de la Frontera
APP	Archives de la Préfecture de Police, París
FRE	Federación Regional Española
FTRE	Federación de Trabajadores de la Región Española
GBP-A&P	Great Britain Parliament. Accounts and Papers. British Sessional Papers. House of Commons, Londres
IISG	Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Ámsterdam
IWMA	International Working Men's Association
NAW	National Archives, Washington
SHM	Servicio Histórico Militar, Madrid
UTC	Unión de Trabajadores del Campo

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÓ I GÜELL, Teresa (1987), *Les relacions internacionals de l'anarquisme català (1881-1914)*, Barcelona, Ediciones 62.
- AIT (1969), *Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874)*, 2 tomos, transcripción y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1972), *Cartas, Comunicaciones y Circulares del III Consejo Federal de la Región Española*, t. I (septiembre-octubre, 1872), trans-

- cripción, estudio preliminar, notas e índices de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1978), *Cartas, Comunicaciones y Circulares del III Consejo Federal de la Región Española*, t. II (noviembre-diciembre, 1872), estudio preliminar de Carlos Seco Serrano, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1979a), *Cartas, Comunicaciones y Circulares de la Comisión Federal de la Región Española*, t. III (enero-marzo, 1873), transcripción, estudio preliminar, notas e índices de María Teresa Martínez de Sas, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1979b), *Cartas, Comunicaciones y Circulares de la Comisión Federal de la Región Española*, t. IV (marzo-mayo, 1873), transcripción, estudio preliminar, notas e índices de María Teresa Martínez de Sas, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1979c), *Cartas, Comunicaciones y Circulares de la Comisión Federal de la Región Española*, t. V (junio-septiembre, 1873), transcripción, estudio preliminar, notas e índices de María Teresa Martínez de Sas, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (s.a.), *Cartas, Comunicaciones y Circulares de la Comisión Federal de la Región Española*, t. VI (octubre-diciembre, 1873), transcripción, estudio preliminar, notas e índices de María Teresa Martínez de Sas, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- (1987), *Cartas, Comunicaciones y Circulares de la Comisión Federal de la Región Española*, t. VII (enero-abril, 1874), transcripción, estudio preliminar, notas e índices de María Teresa Martínez de Sas, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- ALAS, Leopoldo (Clarín) (2001), *El hambre en Andalucía*, edición crítica, estudio preliminar y notas de Simone Saillard, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.
- ALTER, Peter (1982), "Traditions of Violence in the Irish National Movement", en Mommsen y Hirschfeld (eds.), pp. 137-154.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1971), *La Comuna en España*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- (1976), *La ideología política del anarquismo español, 1868-1910*, Madrid, Siglo XXI Editores.

- ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, Chema (2022), “La Mano Negra en Extremadura: el montaje que acabó con el primer anarquismo obrero”, *El Salto Diario*, edición general, 2 de noviembre. [Consultado en línea: <<https://www.elsaltodiario.com/movimiento-obrero/la-mano-negra-en-extremadura-el-montaje-que-acabo-con-el-primer-anarquismo-obrero>>].
- ANGENOT, Marc (1997), “Le drapeau rouge: rituels et discours”, en Françoise Coblence, Sylvie Couderc y Boris Eizykman (eds.), *L'esthétique de la rue: Colloque d'Amiens*, París, L'Harmattan, pp. 73-100.
- ARACIL, Rafael, y M. GARCÍA BONAFÉ (1978), “Clase obrera y revuelta social: la identidad del cantonalismo alcoyano de 1873”, *Estudios de Historia Social*, núm. 7, octubre-diciembre, pp. 163-183.
- Archives Bakounine* (1961-1981). Arthur Lehning (ed.), Ámsterdam, Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis–Leiden, E.J. Brill, 7 vols.
- AVILÉS FARRÉ, Juan (2012a), “Un punto de inflexión en la historia del anarquismo: el congreso revolucionario de Londres de 1881”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34, pp. 159-180.
- (2012b), “Mitos y realidades: el extraño caso de la Mano Negra en 1883”, *Alcores: Revista de Historia Contemporánea*, núm. 13, pp. 189-211.
- BACHERO BACHERO, Juan Luis (2020), *La neutralización del adversario político. La deportación en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- BAKUNIN, Miguel (1977), “Cartas a un francés”, *Obras completas*, vol. I, Madrid, Ediciones La Piqueta.
- BANTMAN, Constance (2006), “Internationalism without an International? Cross-Channel Anarchist Networks, 1880-1914”, *Revue belge de philologie et d'histoire*, t. 84, núm. 4, pp. 961-981.
- (2013), *The French Anarchists in London, 1880-1914: Exile and Transnationalism in the First Globalisation*, Liverpool, Liverpool University Press.
- BARENBOIM, Axel (2017), “L'internationalisme du 19^e siècle: un exemple interdisciplinaire de global studies”, *Espaces Temps*. [Consulta-

- do en línea: URL: <<https://www.espacetemps.net/articles/linternationalismeglobal-studies/>>].
- BAYERLEIN, Bernhard (1982), "La Première Internationale au Portugal, vue à travers la Correspondance internationale, particulièrement celle avec le Conseil Générale", en *Utopie et socialisme au Portugal du XIXe siècle. Actes du Colloque, 10-13 de enero de 1979*, París, Centre Culturel Portugais-Fondation Calouste Gulbenkian, pp. 479-533.
- BELTRÁN TAPIA, Francisco Javier (2022), "La alfabetización en el mundo urbano español, 1860-1930", en Luis Enrique Otero Carvajal y Santiago de Miguel Salanova (eds.), *La educación en España. El salto adelante, 1900-1936*, Madrid, Catarata, pp. 40-56.
- BENSIMON, Fabrice, Quentin DELUERMOZ y Jeanne MOISSAND (eds.) (2018), *Arise ye Wretched of the Earth: The First International in a Global Perspective*, Leiden-Boston, Brill.
- BERGMAN, Jay (1983), *Vera Zasulich. A Biography*, Stanford, Stanford University Press.
- BERNAL, Antonio (1979), *La lucha por la tierra en la crisis del antiguo régimen*, Madrid, Taurus.
- BORCKE, Astrid von (1982), "Violence and Terror in Russian Revolutionary Populism. The Narodnaya Volya, 1879-1883", en Mommsen y Hirschfeld (eds.), pp. 48-62.
- BOUHEY, Vivien (2008), *Les anarchistes contre la République. Contribution à l'histoire des réseaux sous la Troisième République (1880-1914)*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- BREY, Gerard (1984), "Crisis económica, anarquismo y sucesos de Jerez, 1886-1892", en *Seis estudios sobre el proletariado andaluz (1868-1939)*, Córdoba, Ayuntamiento, Delegación de Cultura, pp. 75-127.
- BROIDO, Vera (1977), *Apostles into Terrorists. Women and the Revolutionary Movement in the Russia of Alexander II*, Nueva York, The Viking Press.
- BROWER, Daniel R. (1975), *Training the Nihilists. Education and Radicalism in Tsarist Russia*. Cornell, Cornell University Press.
- CAHM, Caroline (1989), *Kropotkin and the Rise of Revolutionary Anarchism, 1872-1886*, Nueva York, Cambridge University Press.

- CANAL, Jordi (2000), "Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895): de hombre de Estado a conspirador compulsivo", en Isabel Burdiel Bueno y Manuel Pérez Ledesma (coords.) (2000), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 267-300. [Reeditado en J. Canal (2014), *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, pp. 175-207].
- (2010), "Incómoda presencia: el exilio de Don Carlos en París", en Fernando Martínez López, Jordi Canal y Encarnación Lemus López (coords.), *París, ciudad de acogida: el exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons.
- CARLSON, Andrew R. (1972), *Anarchism in Germany*, Metuchen, N.J., The Scarecrow Press.
- (1982), "Anarchism and Individual Terror in the German Empire, 1870-90", en MOMMSEN y HIRSCHFELD (eds.), pp. 175-200.
- CARVAJAL Y HUÉ, José (1892), *La Mano Negra*, Quodlibetos jurídicos. Primera serie, Madrid, Librería de Fernando Fe, 1892. (Reproducción facsimilar en Serrano Ruiz-Calderón, 2017).
- CASTRO ALFÍN, Demetrio (1986), *Hambre en Andalucía. Antecedentes y circunstancias de la Mano Negra*, Córdoba, Ayuntamiento, Delegación de Cultura.
- CERDÀ PÉREZ, Manuel (1980), *Lucha de clases e industrialización. La formación de una conciencia de clase en una ciudad obrera del País Valencià (Alcoi: 1821-1873)*, Valencia, Almudín.
- CLAYSON, Hollis (2002), *Paris in Despair: Art and Everyday Life under Siege (1870-71)*, Chicago, University of Chicago Press.
- Le Collectivisme devant la 10e. chambre. (Affaire du Congrès Ouvrier International Socialiste). Defense collective.* París: Imprimerie Adolf Reif, 1878.
- CUTLER, Robert M. (2014), "Bakunin's Anti-Jacobinism: 'Secret Societies' for Self-Emancipating Collectivist Social Revolution", *Anarchist Studies*, vol. 22, núm. 2, pp. 17-27.
- DADÀ, Adriana (1984), *L'anarchismo in Italia: fra movimento e partito. Storia e documenti dell'anarchismo italiano*, Milán, Teti editore.

- DEL BO, Giuseppe (1952), "Lo spionaggio in torno alla I Internazionale: Oscar Testut, agente segreto 'numero 47'", *Movimento Operaio*, núm. 6, pp. 954-967.
- DELHOM, Joël (2000), "La Fédération espagnole de l'Internationale et la Commune de Paris (1871-1874)", en Gilbert Larguier y Jérôme Quaretti (eds.), *La Commune de 1871: utopie ou modernité?*, Perpiñán, Presses Universitaires, pp. 161-176.
- DELUERMOZ, Quentin (2020), *Commune(s) 1870-1871. Une traversée des mondes au XIXe siècle*, París, Éditions du Seuil.
- DÍAZ DEL MORAL, Juan (1929), *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba. Antecedentes para una reforma agraria*, Madrid, Revista de Derecho Privado.
- DRACHKOVITCH, Milorad M. (ed.) (1966), *The Revolutionary Internationals, 1864-1943*, Stanford, Stanford University Press-Hoover Institution on War, Revolution and Peace.
- ECHEZARRETA, Diego Gabriel (2015), "Lecturas de la violencia anarquista: una crítica al expansionismo del concepto 'terrorismo'", *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos* (Universidad Nacional de Cuyo), núm. 12, pp. 248-266.
- ECKHARDT, Wolfgang (2016), *The First Socialist Schism: Bakunin vs. Marx in the International Working Men's Association*, Oakland, PM Press.
- (ed.) (2017), *La Primera Internacional y la Alianza en España. Colección de documentos inéditos o raros*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.
- EDWARDS, Stewart (1971), *The Paris Commune, 1871*, Chicago-Nueva York, Quadrangle Books.
- (ed.) (1973), *The Communards of Paris, 1871*, Ítaca, Cornell University Press.
- ENCKELL, Marianne (2012), *La Fédération Jurassienne. Les origines de l'anarchisme en Suisse*, Ginebra-París, Entremonde.
- ENGEL, Barbara Alpern, y Clifford N. ROSENTHAL (1975), *Five Sisters: Women Against the Tsar*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- ESPIGADO TOCINO, Gloria (2002a), "La historiografía del cantonalismo: pautas metodológicas para un estudio comparado", en Rafael Serra-

- no García (dir.), *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 111-137.
- (2002b), “Las mujeres en el anarquismo español (1869-1939)”, *Ayer*, núm. 45, pp. 39-72.
- FARCY, Jean-Claude (2019), “La répression judiciaire de la Commune de Paris: des pontons à l’amnistie (1871-1880)”, LIR3S (Université de Bourgogne/CNRS), [subido en línea el 26 de septiembre de 2019, URL: <<https://communards-1871.fr>>].
- FERGUSON, Kathy E. (2023), *Letterpress Revolution. The Politics of Anarchist Print Culture*, Durham, Duke University Press.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, Fran (2017), *Orígenes del anarquismo comunista en España, 1882-1896*, Sabadell, Bells vells temps.
- FERNÁNDEZ VILAPLANA, Diego L. (2019), “El levantamiento obrero más importante del siglo XIX”, en Mónica Moreno Seco (coord.), Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.) (2019), *Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates. Actas del XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Universidad de Alicante, 20-22 de septiembre de 2018, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 67-80.
- (2021), “La infamia d’Alcoi de 1873”, *Ser histórico. Portal de historia*, 14 de marzo de 2021. [Consultado en línea: URL: <<https://serhistorico.net/2021/03/14/la-infamia-dalcoi-de-1873-diego-l-fernandez>>].
- FISCHER, Ben B. (1997), *Okhrana. The Paris Operations of the Russian Imperial Police*, Washington, Center for the Study of Intelligence, Central Intelligence Agency.
- FLAQUER MONTEQUI, Rafael (1999), “Los derecho de asociación, reunión y manifestación”, *Ayer*, núm. 34, pp. 155-175.
- FLEMING, Marie (1979), *The Anarchist Way to Socialism: Élisée Reclus and Nineteenth-century European Anarchism*, Londres-Totowa, N.J., Croom Helm, Rowman and Littlefield.
- FONSECA, Carlos da (1973), *A origem da 1ª. Internacional em Lisboa. O centenário da Federação Portuguesa*, Lisboa, Editorial Estampa.
- FOURNIER, Eric (2008), *Paris en ruines; du Paris haussmannien au Paris communard*, París, Imago.

- FRASER, W. Hamish (1974), *Trade Unions and Society. The Struggle for Acceptance, 1850-1880*, Londres, George Allen & Unwin.
- GAILLARD, Jeanne (1971), *Communes de province, Commune de Paris 1870-1871*, París, Flammarion.
- GARCIA-BALAÑA, Albert (2016), "Bajo la sombra de la Comuna: sindicalismo y republicanismo en la Barcelona de 1871", *Historia Contemporánea*, 53, pp. 491-520.
- (2018), "1871 in Spain. Transnational and Local History in the Formation of the FRE-IWMA", en Bensimon, Deluermoz y Moissand (eds.), pp. 221-237.
- GARCÍA-COMENDADOR ALONSO, León (2014), "Los procesos de 'La Mano Negra'", en VV. AA., *Los procesos célebres seguidos ante el Tribunal Supremo en sus doscientos años de historia. Siglo XIX*, Madrid, Tribunal Supremo-Boletín Oficial del Estado.
- GARRIDO GONZÁLEZ, Luis, y Encarnación MORAL PAJARES (2012), "El problema del paro en Andalucía desde la Constitución de Cádiz hasta el 2010: el caso de la provincia de Jaén", en Miguel Ángel Chamacho Cantudo y Jorge Lozano Miralles (coords.), *Sobre un hito jurídico, La Constitución de 1812: Reflexiones actuales, estados de la cuestión, debates historiográficos*, Jaén, Universidad de Jaén, pp. 755-798.
- GIRAULT, Jacques (1971), *La Commune et Bordeaux (1870-1871). Contribution à l'étude du mouvement ouvrier et de l'idéologie républicaine en province au moment de la Commune de Paris*, París, Éditions Sociales.
- GIRÓN SIERRA, Álvaro (2012), "Una historia contada de otra manera: librepensamiento y darwinismos anarquistas en Barcelona (1869-1910)", en Lida y Yankelevich (comps.), pp. 95-144.
- GOLDSTEIN, Robert Justin (1983), *Political Repression in 19th Century Europe*, Londres, Routledge.
- GOULD, Roger V. (1995), *Insurgent Identities. Class, Community, and Protest in Paris from 1848 to the Commune*, Chicago, The University of Chicago Press.
- GRASSO, Claudio (2020), "Le circolari Sagasta e De Blas: la Spagna nell'Internazionale della reazione (1871-1872)", *Spagna contemporanea*, núm. 58, pp. 7-31.

- GREENBERG, LOUIS M. (1971), *Sisters of Liberty. Marseille, Lyon, Paris and the French Reaction to a Centralized State, 1868-1871*, Cambridge, Harvard University Press.
- GUILLAUME, James (1985), *L'Internationale. Documents et souvenirs*, Marc Vuilleumier (ed.), París, Éditions Gérard Lebovici, 4 tt. en 2 vols. [1ª ed., París, 1905-1910, 4 tt.].
- GULLICKSON, Gay L. (1996), *Unruly Women of Paris. Images of the Commune*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press.
- HERRERÍN, Ángel (2013), "Anarchist Sociability in Spain, in Times of Violence and Clandestinity", *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*, vol. 38, núm. 1, art. 9.
- HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo (2016), *Con los Borbones, jamás. Biografía de Manuel Ruiz Zorrilla (1833-1895)*, Madrid, Marcial Pons.
- HOBBSBAWM, Eric J. (1959), *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Manchester, Manchester University Press.
- IWMA (1964), *Documents of the First International: 1868-1870: The General Council of the First International: Minutes*, Moscú, Ediciones Progreso.
- JENSEN, Richard Bach (2014): *The Battle against Anarchist Terrorism: An International History, 1878-1934*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KAPLAN, Temma (1977), *Anarchists of Andalusia, 1868-1903*, Princeton, Princeton University Press [edición en español, Ed. Crítica, 1977].
- KENNY, Kevin (1994), *Making Sense of the Molly Maguires*, Oxford, Oxford University Press.
- KUN, Miklós (1980), "Un tournant décisif dans la vie de Bakounine: données inédites sur son évolution idéologique et son activité conspiratrice", *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungariae*, vol. 26, núm. 1-2, pp. 27-75.
- (1982), "Left-Wing Freemasonry: A Framework for Ideology and Organization in the Middle of the 19th Century", *Annales Universitatis Scientiarum Budapestinensis de Rolando Eötvös Nominatae. Sectio historica. Annales*, 1982, pp. 99-134.

- LEHNING, Arthur, ed. (1970), *From Buonarroti to Bakunin. Studies in International Socialism*, Leiden, E. J. Brill.
- (1974), "Bakunin's Conceptions of Revolutionary Organisations and their Role: A Study of his 'Secret Societies'", en Chimen Abramsky y Beryl Williams (eds.), *Essays in Honour of E. H. Carr*, Londres, Palgrave Macmillan.
- LIDA, Clara E. (1969), "Agrarian Anarchism in Andalusia: La Mano Negra", *International Review of Social History*, 3, 315-352. [Hay traducción al español, mutilada por la censura franquista: *La Mano Negra*, Madrid, Ed. ZYX, 1972. El texto se encuentra completo, traducido al francés, en *La mano negra. Anarchisme rural, sociétés clandestines et répression en Andalousie (1870-1888)*, París, Éditions L'échappée, 2011].
- (1971a), "Educación anarquista en la España del ochocientos", *Revista de Occidente*, 97, 34-47.
- (1971b), "Introducción. La Alianza bakuninista y la crisis de la Primera Internacional", en Max Nettlau, *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, 1868-1873*, Nueva York, Iberama Publishing Co., pp. 9-27.
- (1972) *Anarquismo y revolución en la España del XIX*, Madrid, Siglo XXI.
- (1973), *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888)*, Textos y documentos, Madrid, Siglo XXI.
- (1979), "México y el internacionalismo clandestino del ochocientos", en *El trabajo y los trabajadores en la historia de México*, México-Tucson, El Colegio de México-University of Arizona Press, pp. 879-884.
- (1988a), "Del reparto agrario a la huelga anarquista de 1883", en *El movimiento obrero en la historia de Cádiz*, Cádiz, Diputación Provincial, pp. 127-161.
- (1988b), "Los mecanismos de la clandestinidad anarquista en la España del siglo XIX", en *De la ilustración al romanticismo. III Encuentro: Ideas y movimientos clandestinos*, Cádiz, Universidad de Cádiz, pp. 177-186.
- (1993), "Los discursos de la clandestinidad en el anarquismo del XIX", *Historia Social*, núm. 17, pp. 63-74.

- (1997), “¿Qué son las clases populares? Los modelos europeos frente al caso español”, *Historia Social*, núm. 27, pp. 3-21.
- (2002), “The Democratic and Social Republic of 1848 and its Repercussions on the Hispanic World”, en Guy Thomson (ed.), *The European Revolutions of 1848 and the Americas*, Londres, CILAS, The University of London, pp. 46-75.
- (2003), “Hacia la clandestinidad anarquista. De la Comuna de París a Alcoy, 1871-1874”, *Historia Social*, núm. 46, pp. 49-64.
- (2005), “Pluralidad de oficios e integración cultural. El anarquismo gaditano en tiempos de la Mano Negra”, en José A. Piqueras Arenas y Vicent Sanz Rozalén (eds.), *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 273-293.
- (2010), “La Primera Internacional en España, entre la organización pública y la clandestinidad (1868-1889)”, en Julián Casanova (ed.), *Tierra y libertad: cien años de anarquismo en España*, Barcelona, Crítica, pp. 33-59 y 289-290.
- (2011), “La Main Noire revisitée. L’anarchisme espagnol pendant la clandestinité”, en Clara Lida, *La Mano Negra. Anarchisme rural, sociétés clandestines et répression en Andalousie (1870-1888)*, París, Éditions L’échappée.
- (2012a), “Organización, cultura y prácticas políticas del anarquismo en la clandestinidad”, en Lida y Yankelevich (comps.), pp. 63-93.
- (2012b), “Para repensar la Mano Negra. El anarquismo español durante la clandestinidad”, *Historia Social*, 74, pp. 3-22.
- (2014), “La Comuna de París y sus repercusiones: el caso español”, en Guillermo Palacios y Erika Pani (coords.), *El poder y la sangre: Guerra, Estado y Nación en la década de 1860*, México, El Colegio de México, pp. 183-195.
- (2015), “Sobrevivir en secreto. Las conferencias comarcales y la reorganización anarquista clandestina (1874-1881)”, en *Hommage à Jacques Maurice, Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, núm. 2 [en línea <<https://journals.openedition.org/ccec/5467>>]. Este texto se reprodujo en 2016 como “La reorganización anarquista clandestina (1874-1881)”, en *De la structure à la “fine*

- pointe*". *Hommage au Professeur Jacques Maurice*, Angers, Ed. Cahiers de Civilisation espagnole contemporaine.
- LIDA, Clara E. (2021), "La vocación transnacional del anarquismo español en la clandestinidad (1874-1881)", *Historia Social*, 100, pp. 49-67.
- (2022), "Desigualdades y jerarquías en el mundo del trabajo. Ingresos y género en los albores del anarquismo español", *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 20, julio-diciembre [en línea <http://revistatrashumante.com/wp-content/uploads/2022/08/n20a17_stamped.pdf>].
- (2023), "El imaginario antianarquista, de la Comuna de París a la Primera República española", *Historia y Política*, núm. 49, enero-junio, pp. 373-382.
- , y Carlos ILLADES (2001), "El anarquismo europeo y sus primeras influencias en México después de la Comuna de París: 1871-1881", *Historia Mexicana*, 201, núm. 2, julio-septiembre, pp. 103-149.
- , y Pablo YANKELEVICH (comps.) (2012), *Cultura y práctica del anarquismo iberoamericano, desde sus orígenes hasta la primera Guerra Mundial*, México, El Colegio de México.
- LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio (2001), *Republicanism and anarquismo in Andalucía*, Córdoba, Ediciones La Posada.
- LORENZO, Anselmo (1974), *El proletariado militante*, prólogo, notas y cronología de José Álvarez Junco, Madrid, Alianza Universidad.
- MADOZ, Pascual (1986), *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar: Cádiz*, edición facsímil, Valladolid, Ámbito Ediciones–Editoriales Andaluzas Unidas.
- MADRID SANTOS, Francisco (1989), "La prensa anarquista y anarcosindicalista en España desde la I Internacional hasta el final de la Guerra Civil", tesis de doctorado, Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, Universidad Central de Barcelona.
- MAGRAW, Roger (2002), *France, 1800-1914. A Social History*, Londres, Routledge.
- MAITRON, Jean (1983), *Le mouvement anarchiste en France. I. Des origines à 1914*, París, François Maspero.

- MALUQUER DE MOTES, Jordi (2020), "Movimiento natural y saldos migratorios de la población de España (1880-2018)", *Investigaciones de Historia Económica*, 16, núm. 2, pp. 108-124.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, Fernando (2010), "La 'corte revolucionaria'. Ruiz Zorrilla en París", en Fernando Martínez López, Jordi Canal y Encarnación Lemus (eds.), *París, ciudad de acogida. El exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons, pp. 113-157.
- MASINI, Pier Carlo (1958), *Gli internazionalisti. La Banda del Matese (1876-1878)*, Milán, Edizioni Avanti!.
- (1963), *La Federazione italiana dell'Associazione Internazionale dei Lavoratori. Atti ufficiali 1871-1880 (Atti congressuali indirizzi, proclami, manifesti)*, Milán, Edizioni Avanti!.
- (1969), *Storia degli anarchici italiani da Bakunin a Malatesta (1862-1892)*, Milán, Rizzoli Editore.
- MATSUDA, Matt K. (1996), *The Memory of the Modern*, Nueva York, Oxford University Press.
- MAURICE, Jacques (1990), *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Barcelona, Crítica.
- (2007), *El anarquismo andaluz: una vez más*, Granada, Universidad de Granada.
- MCGARRY, Fearghal, y James McCONNELL (eds.) (2009), *The Black Hand of Republicanism: Fenianism in Modern Ireland*, Dublin, Irish Academic Press.
- MCGEE, Owen (2005), *The IRB: The Irish Republican Brotherhood from The Land League to Sinn Féin*, Dublín, Four Courts Press.
- MELGAR BAO, Ricardo (2012), "El anarquismo y la cultura de las clases y minorías subalternas en el Perú", en Lida y Yankelevich (comps.), pp. 175-217.
- Memoria (1882), "Memoria presentada por la Comisión Federal al Congreso Obrero de la Federación de Trabajadores de la Región Española, inaugurado en Sevilla el 24 de setiembre de 1882", Barcelona, Tipografía Española, pp. 46-96.
- MESSER-KRUSE, Timothy (2012), *The Haymarket Conspiracy: Transatlantic Anarchist Networks*, Champaign, University of Illinois Press.

- MEUNIER, Yves (2017), *La Bande Noire. Propagande par le fait dans le bassin minier (1878-1885)*, París, Éditions L'échappée.
- MILLER, Martin A. (2013), *The Foundations of Modern Terrorism. State, Society and the Dynamics of Political Violence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOISAND, Jeanne (2018), "Revolutions, Republics and IWMA in the Spanish Empire (around 1873)", en Bensimon, Deluermoz y Moisand (eds.), pp. 238-252.
- MOISSONNIER, Maurice (1972), *La Première Internationale et la Commune à Lyon (1865-1871), Spontanéisme, complots et "lutttes réelles"*, París, Éditions Sociales.
- MOMMSEN, Wolfgang J., y Gerhard HIRSCHFELD (eds.) (1982), *Social Protest, Violence and Terror in Nineteenth and Twentieth-century Europe*, Londres, St. Martin's Press.
- MORALES MUÑOZ, Manuel (2015), "La voz de la tierra. Los movimientos campesinos en Andalucía (1868-1931)", *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, núm 2.
- MOSS, Bernard (1974), "Police Spies and Labor Militants after the Commune", *European Labor and Working-Class History*, núm. 5, pp. 16-19.
- (1976), *The Origins of the French Labor Movement. The Socialism of Skilled Workers, 1830-1914*, Berkeley, University of California Press.
- NADAL OLLER, Jordi (1972), "Industrialización y desindustrialización del sureste español, 1817-1913", *Moneda y crédito*, núm. 120, pp. 3-80.
- NETTLAU, Max (1931), *Anarchisten und Sozialrevolutionäre. Die historische Entwicklung des Anarchismus in den Jahren 1880-1886*, Berlín, Asy-Verlag.
- (1933-1934), "Kropotkin, Malatesta e il Congresso internazionale socialista rivoluzionario di Londra del 1881", *Studi Storici*, Montevideo, núms. 28, 4.XII.1933 y 29, 21.IV.1934.
- (1969), *La Première Internationale en Espagne (1868-1888)*, revisión de los textos, traducciones, introducción, notas, apéndices, cuadros de Renée Lamberet, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co.

- (1971), *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España, 1868-1873*, introducción y notas de Clara E. Lida, Nueva York, Iberama Publishing Co.
- OPPENHEIM, Ernest L. (1885), "Spain. Cádiz", en *Labor in Europe. United States Consular Reports*, Washington, Government Printing Office, vol. II, pp. 1348-1370.
- PANIAGUA FUENTES, Javier (2008), *La larga marcha hacia la anarquía. Pensamiento y acción del movimiento libertario*, Madrid, Síntesis.
- PERNICONE, Nunzio (1993), *Italian Anarchism, 1864-1892*, Princeton, Princeton University.
- , y Fraser M. OTTANELLI (2018), *Assassins against the Old Order. Italian Anarchist Violence in Fin de Siècle Europe*, Champaign, University of Illinois Press.
- PERRIE, Maureen (1982), "Political and Economic Terror in the Tactics of the Russian Socialist Revolutionary Party before 1914", en Mommsen y Hirschfeld (eds.), pp. 63-79.
- PIQUERAS ARENAS, José Antonio (1988), *El taller y la escuela*, Madrid, Siglo XXI.
- (1999), "Trabajo artesano, industria y cultura radical en la época de la Primera Internacional", en José Antonio Piqueras, Vicent Sanz, Javier Paniagua (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Biblioteca Historia Social, pp. 165-210.
- Proceso (1883), *Proceso contra... por el asesinato de El Blanco de Benaoz. Sumario. Juicio oral. Sentencia*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación.
- RECLUS, Élie (2007), *Impresiones de un viaje por España en tiempos de Revolución*; edición, introducción y notas de Francisco Madrid, Logroño, Pepitas de calabaza.
- RIHS, Charles (1973), *La Commune de Paris. 1871. Sa structure et ses doctrines*, París, Éditions du Seuil.
- SCHULKIND, Eugene (ed.) (1974), *The Paris Commune of 1871*, Nueva York, Grove Press.
- SEIXAS, Jacy Alves de (2012), "Acerca del militante anarquista: sensibilidad, cultura y ética política. São Paulo y Río de Janeiro, 1890-1920", en Lida y Yankelevich (comps.), pp. 297-324.

- SERGE, Victor [Viktor KIBÁLCHICH] (1972), *Lo que todo revolucionario debe saber sobre la represión*, México, Ediciones Era.
- SERRÁN PAGÁN, Ginés (1980), "La fábula de Alcalá y la realidad histórica en Grazalema. Replanteamiento del primer estudio de antropología social en España", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 9, enero-marzo, pp. 81-115.
- (1984), *Cultura e historia de Grazalema. Replanteamiento de la antropología en un pueblo andaluz*, Málaga, Caja de Ahorros.
- SERRANO RUIZ-CALDERÓN, José Miguel (2017), *José de Carvajal y Hué: un decano ante el Supremo y la pena de muerte*, Valencia, Tirant Humanidades—Biblioteca del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid.
- SEWELL, William H. (1980), *Work and Revolution in France. The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press [trad. al español, Taurus, 1992].
- SHAFFER, David A. (1986), "Paris and the Rural Hordes: An Exploration of Myth and Reality in the French Civil War of 1871", *The Historical Journal*, 29:4, pp. 795-808.
- (2005), *The Paris Commune: French Politics, Culture, and Society at the Crossroads of the Revolutionary Tradition and Revolutionary Socialism*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- SIMMEL, Georg (1906), "The Sociology of Secrecy and of Secret Societies", *American Journal of Sociology*, 11 (4) pp. 441-498 [trad. al español, *El secreto y las sociedades secretas*, Madrid, Sequitur, 2010].
- SOBOUL, Albert (1980), "Anacharsis Cloots, l'orateur du genre humain", *Annales Historiques de la Révolution Française*, núm. 239, pp. 29-58.
- STAFFORD, David (1971), *From Anarchism to Revolution. A Study of the Political Activities of Paul Brousse within the First International and the French Socialist Movement, 1870-1890*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.
- SURLANO, Juan (2001), *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial.
- TERMES, Josep (1977), *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Crítica.

- TOMBS, Robert (1981), *The War Against Paris, 1871*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1999), *The Paris Commune, 1871*, Londres, Longman.
- VADILLO MUÑOZ, Julián (2025), “Juan Oliva Moncasi y el atentado contra Alfonso XII”, *Historia Social*, núm. 112, pp. 53-78.
- VENTURI, Franco (1966), *Roots of Revolution. A History of the Populist and Socialist Movements in 19th Century Russia*, Nueva York, Grosset and Dunlap Universal Library.
- VERGÉS MUNDÓ, Oriol (1964), *La I Internacional en las Cortes de 1871*, Barcelona, Publicaciones de la Cátedra de Historia General de España.
- VIADA Y VILASECA, Salvador (1885), *Código penal reformado de 1870, con las variaciones introducidas en el mismo por la ley de 17 de julio de 1876*, Madrid, s.e., 4 vols.
- VICENTE IZQUIERDO, Manuel (1999), *Josep Llunas i Pujals (1852-1905). La Tramontana i el lliurepensament radical català*, Reus, Associació d'Estudis Reusencs.
- WAGGONER, Glen (1972), “The Black Hand Mystery: Rural Unrest and Social Violence in Southern Spain”, en Robert J. Bezucha (ed.), *Modern European Social History*, Lexington, Heath.
- WHELEHAN, Niall (2012), *The Dynamiters: Irish Nationalism and Political Violence in the Wider World*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WITZIG, Carole (1972), “Bismarck et la Commune: la réaction des monarchies conservatrices contre les mouvements républicains et socialistes (1870-1872) vue à travers les archives allemandes”, *International Review of Social History*, vol. 17, núm. 1, pp. 191-221.
- ZAVALA, Iris M. (1971), *Masones, comuneros y carbonarios*, Madrid, Siglo XXI.
- ZUCKERMAN, Fredric S. (2003), *The Tsarist Secret Police Abroad: Policing Europe in a Modernising World*, Londres, Palgrave MacMillan.

HEMEROGRAFÍA

- El Acta*, Madrid, 1879
La Andalucía, Sevilla, 1883
L'Avant-Garde, La Chaux-de-Fonds, 1878
Bulletin de la Fédération Jurassienne, Ginebra, 1876-1877
Bulletin du Congrès de Londres, Bruselas, 1881
Crónica de los Trabajadores, España, 1883
El Día, Madrid, 1882-1883
La Fédération, Marsella, 1880
Gaceta de Madrid, Madrid, 1874
El Guadalete, Jerez de la Frontera, 1875-1883
El Imparcial, Madrid, 1870-1883
Le Mirabeau, Verviers, 1877
The Nation, Nueva York, 1883
La Plebe, Milán, 1875-1883
El Porvenir, Sevilla, 1883
La Revista Social, Manresa, 1872-1880
Revista Social, Madrid, 1881-1884; Sans, 1885
Le Révolté, Ginebra, 1879-1882
La Révolution Sociale, París, 1880-1881
The Saturday Review of Politics, Literature, Science and Art, Londres, 1883

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TOPONÍMICO

- Alas, Leopoldo (Clarín), 205
 Alba, duque de, 117
 Albarracín, Severino, 52, 142, 143
 Albors, Agustín, 52
 Alcalá de los Gazules, 168, 174
 Alcoy, 15, 52, 53n, 62, 71, 200, 207, 208
 Alejandría, 146, 181
 Alejandro II, 127, 177, 186
 Alentejo, 166
 Alerini, Charles, 51, 69
 Alexis Levachoff (seud. de P. Kropotkin), 124
 Alfonso XII, 28n, 110, 116, 117n, 118, 136, 159n
 Algarve, 166
 Alicante, 48, 52, 188
 Alier, Antonio, 147, 153n
 Alonso Marselau, Nicolás, 139
 Alsacia, 39
 Álvarez Junco, José, 93n, 153n
 Amadeo I, 15, 40, 47, 50
 Ámsterdam, 24, 32n, 160n, 180n, 182n
 Andalucía, 19, 34n, 51, 53n, 55n, 73, 86n, 91, 98, 165, 167, 170, 175n, 185, 196, 203, 205, 208-210
 Andalucía del Este, 70n, 83, 90, 167
 Andalucía del Oeste, 70n, 82, 84, 90, 94, 167
 Andrieux, Louis, 127n, 179
 Antonio Mendoza (seud. de J. López Montenegro), 154
 Antonio Sánchez (seud. de J. García Viñas), 144
 Aragón, 70n, 83, 84, 146
 Arcos de la Frontera, 79, 121, 168, 170, 174
 Auriol (seud. de E. Figueras), 153n, 182n
 Bakunin, Miguel (Mijaíl), 14, 27, 31, 32n, 33, 34, 36, 39, 60, 119, 120, 125, 126, 143
 Balabac, isla de, 54n, 92
 Baleares, islas, 188
 Bantman, Constance, 43n
 Barcelona, 14, 34, 35, 44n, 50, 53n, 71, 74, 89, 91, 98, 104, 105n, 107, 141n, 142, 143, 147, 149, 151, 157, 158,

- 159n, 160, 166, 182, 188, 209
- Becker, Johann Philipp, 159n
- Benaocaz, 168, 169n, 174
- Benevento, provincia de, 130
- Berlín, 40, 43
- Berna, 64n, 94, 95, 102, 104n, 105n, 106, 119, 121, 130, 140, 144, 157, 158, 160
- Béziers, 84
- Bismarck, Otto von, 39, 42, 128
- Blanco de Benaocaz (seud. de B. Gago), 173, 189, 206
- Bornos, 168, 174, 175n
- Borrel, Félix, 154
- Boston, 178, 181, 182
- Brocher, Gustave, 174, 180n, 182
- Brousse, Paul, 51, 126, 136, 142, 144, 145, 148n, 151
- Bruselas, 68n, 69n, 93n, 103, 109, 139, 143, 148n, 178
- Buenos Aires, 64n, 86n
- Burnery, Ch., 154
- Cabezas Franco, Juan, 173n
- Cádiz, 17, 22, 55n, 73, 79, 90n, 92-94, 98, 99, 166, 167, 168n, 170, 173, 191, 192n, 195, 201, 202, 204n, 209
- Cafiero, Carlo, 129, 130, 181, 186
- Camet, Camille, 51
- Campania, región de, 130
- Candau, Francisco de Paula, 45
- Canibell, Eudaldo, 104
- Cánovas del Castillo, Antonio, 64, 67, 90, 112, 117n
- Cartagena, 51
- Carvajal y Hué, José, 206
- Castelar, Emilio, 53-55, 117n
- Castilla la Nueva, 70n, 83, 146
- Castilla la Vieja, 70n, 89
- Cataluña, 34n, 35n, 48, 70n, 74, 90, 94, 166, 210, 212
- Cervantes, Tomás Agustín, 139, 140n
- Cette-Eygun, 84
- Chiclana de la Frontera, 168, 174
- Chipiona, 54, 55n
- Cloots, Anacharsis, 77
- Córdoba, 16, 47, 48, 52, 62, 69, 71, 73, 140n, 154, 167, 170,
- Coronil, 175n
- Corregidor, isla del, 54
- Costa, Andrea, 136, 145, 152
- De Blas, Bonifacio, 44
- De Geyter (o Degeyter), Pierre, 78
- De la Calle, Antonio, 117, 158
- Delgado, comandante, 117
- Don Carlos, pretendiente al trono de España, 118
- Droz, informante policial, 82n, 160n, 161, 181n
- Dumartheray, François, 120, 136
- Durand, A., editor, 154

- Écija, 174
 Eriz, Pedro, 152, 153n
 Espera, Cádiz, 175n
 Este, comarca del, 73
 Esteban (posible seud. de E. Figueras), 143
 Estévanez, Nicolás, 117
 Extremadura, 70n, 91, 191n

 Fanelli, Giuseppe, 14, 34-36, 60, 159n
 Farga Pellicer, Rafael, 22n, 69n, 93n, 104, 109, 139, 143, 153n, 182
 Favre, Jules, 42
 Ferrer, Félix, 117
 Figueras, Estanislao (o Stanislas), 142, 143, 147n, 153n
 Filadelfia, 182
 Filipinas, archipiélago, 53n, 92, 208
 Florencia, 130
 Florencia-Toso, 121, 129
 Forlí, 55
 Fournier, Emmanuel (o Manuel), tejedor, 179n, 182
 Francisco Portillo (seud. de T. Soriano), 96, 139n, 144
 Frontaura, Carlos, 154

 G.D. Omblaga (seud. de J. García Viñas), 105n
 Gago, Bartolomé, 173, 206
 Gante, 141, 147

 Ganz, Edward Nathan, 179n, 181, 182n, 186, 187n
 García, banquero, 117, 118n
 García Cerunio, Tomás, 195, 196
 García-Comendador, León, 206n
 García Olías, 158
 García Viñas, José, 69, 105n, 107, 124, 139, 142, 144, 145, 153n, 159, 160
 Garrido, Fernando (escrito también Garita), 34n, 117, 158
 Gasset y Artime, Eduardo, 102n
 Ginebra, 14, 65, 69, 85, 102, 117, 120, 123, 136, 157, 158, 186n
 Gladstone, William, 40
 Gómez (o J. Gómez) (seud. de R. Farga Pellicer), 69n, 93n, 109, 143
 Gonzalès (o González), informante policial, 102n, 117n, 158n, 159n
 González Morago, Tomás, 124, 139, 145, 154, 159
 Gracia, 89, 90, 210n
 Granada, 73, 167, 170
 Granville, Earl, 44n
 Grazalema, 168, 169
 Grévy, Jules, 90n
 Guadix, 174
 Guesde, Jules, 150
 Guillaume, James, 69n, 92n, 93n, 102, 105, 124, 135, 143-145, 147n, 148, 150, 158, 160

- Guillermo I, 128, 136
 Guisasola, José, 158
 Gullón, Pío, 193
- Harcourt, conde de, 143n
 Henri (seud. de E. Malatesta), 181n
 Herzig, Georges-Henri, 176
 Hödel, Max, 128
 Huelva, 73, 90n, 94, 167
 Humberto I, 130
- Iowa, 182
 Isabel II, 31
- Jaén, 73, 167
 Jerez de la Frontera, 24, 53, 76, 83, 170, 174, 191, 195n, 197, 199, 201, 203n
 Joukowsky, Nicolás, 102
 Júcar, 174
 Jura, Suiza, 43n, 62n, 92n, 93, 96, 118, 126, 135, 136, 148, 149, 157, 158, 159n, 160, 161, 184, 186
- Kravchinski, Serguéi, 130
 Kropotkin, Pedro (Piotr/Pierre/Piero), 22n, 85n, 123, 124, 126, 131, 136, 144, 145, 148, 151, 159, 160, 169n, 180, 185, 186
- La Chaux-de-Fonds, 86, 105, 135, 136, 144, 145, 151, 157, 171, 181n, 186
- La Haya, 47, 69, 177
 Lafargue, Paul, 116
 Lagunero, José, 117
 Lavrov, Pedro, 127
 Layard, Sir Austen Henry, 44n
 Le Compte, Marie, 182
 Le Locle, Suiza, 143
 Lebrija, 55n
 Lenin (Vladímir Ilich Uliánov), 127n, 211
 León XIII, 86, 197
 Lisboa, 44
 Llunas, José, 104
 Londres, 14, 27, 31, 35, 44, 90, 124, 129, 131n, 141, 142, 146n, 148, 155, 159, 160, 163, 176, 178, 181n, 182, 183, 185, 187, 190, 209, 212n
 López Montenegro, José, 152, 153n
 Lorena, 39
 Lorenzo Fort (seud. de A. Lorenzo), 152-154
 Lorenzo, Anselmo, 72, 74, 87, 90, 93n, 94, 97, 104, 105n, 143, 152, 153
 Ludovic, informante policial, 158n
 Luna, Isabel, 201, 202n
 Lyon, 22n, 39, 81, 85, 118, 120, 151
- Madoz, Pascual, 165
 Madrid, 14, 34, 40, 44, 48,

- 68-71, 83, 84, 93, 98, 117n,
154, 158, 159n, 160, 178, 188
Madrid, Francisco, 34n
Maguncia, 182n
Maisonnavé, Eleuterio, 206
Málaga, 48, 73, 167
Malatesta, Errico, 119, 121,
124, 129, 130, 136, 146n, 181
Manresa, 107
Marchena, 99
Marianas, islas, 53n, 92
Marsella, 106, 118, 155
Martínez Campos, Arsenio,
203, 209n
Marx, Carlos (Karl), 31, 34, 36,
66, 116, 121, 181n
Massard, Émile-Nicolas, 154
Mateo, macizo del, 130
Mayor y Giménez, Pedro, 79
Mendoza (o Antonio Mendoza)
(seud. de Tomás González
Morago), 124, 154
Merlino, Francesco S., 179n,
181
Michel, Louise, 180
Midi, Francia, 149n
Molins, marqués de, 117n
Montceau-les-Mines, 85n, 195
Montellano, 165n
Montevideo, 64n, 145, 181n
Mora, Francisco, 44
Moreno Merino, Antonio, 202
Moscu, 40
Most, Johann, 129, 148n
Murcia, 70n
Nacquet, Alfred, 34n
Napoleón III, 130
Nápoles, 130, 178
Nettlau, Max, 24, 45, 72, 90,
100, 104, 144, 145, 153n, 160
Neuchâtel, 158
Neve, Johann, 182
Nobiling, Karl Eduard, 128
Nueva Caledonia, 180
Nueva York, 26, 182
Ochanda, Antonio, 139, 140n
Oeste, comarca del, 73
Oliva Moncasi, Juan, 28n, 136,
159n
Oliver, Juan, 195n, 209n
Oppenheim, Ernest L., 192n,
204n
Oriol (seud. de E. Figueras),
153n, 182
Orsini, Felice, 130, 186
Palaviccini, 143
Pamphyle, agente policial
francés, 121n
París, 39, 41, 77, 81, 82, 87,
112, 117n, 118, 120, 121,
128n, 134, 142, 143, 146,
150, 153n, 158, 161, 162,
179, 180, 184, 199, 208, 212
Passanante, Giovanni, 130
Paterna, 55n
Paterson, N.J., 182
Paúl y Angulo, José, 117
Pavía, Manuel, 16, 57, 61, 111

- Pest, 182n
 Pi y Margall, Francisco, 51, 117n
 Pindy, Louis, 22n, 96n, 143
 Piqueras Arenas, José Antonio, 56n
 Pirineos, 15, 212
 Pisa, 130
 Pitt-Rivers, Julian, 168n
 Polavieja, Camilo, 203, 209n
 Pottier, Eugène, 78n
 Prim, Juan, 209n
 Puerto de Santa María, 170
 Puerto Serrano, 175n

 Real y Prado, M., 154
 Reclus, Élie, 34n
 Reclus, Élisée, 120, 123, 136
 Rehcorb (seud. de G. Brocher), 178
 Reims, 84, 156
 Rey, Aristide, 34n
 Rímini, 62n
 Río de la Plata, 64
 Robin, Paul, 160n
 Rocher, Antoine, 102
 Rodríguez (seud. de J. García Viñas), 124, 145n
 Roma, 40
 Romero Quiñones, Ubaldo, 152, 153n, 159
 Romero Robledo, Francisco, 66
 Ronda, 170, 174, 201, 202n
 Rublev (seud. de S. Kravchinski), 130
 Ruiz, Juan, 174
 Ruiz Zorrilla, Manuel, 45, 47, 82, 117, 158, 159n

 Sagasta, Práxedes Mateo, 16, 42, 44-46, 90, 111, 112, 117n, 188
 Saillard, Simone, 196n
 Salmerón, Nicolás, 53, 117
 San Fernando, 93
 San José del Valle, 173, 189
 San Petersburgo, 43, 127
 San Roque, 168
 Sanlúcar de Barrameda, 55, 64n, 170
 Sans, 64, 166
 Schwitzguébel, Adhémar, 96n, 143, 157
 Seelig, Carl, 182
 Segovia, 79, 81, 195n, 209n
 Serge, Victor (seud. de Viktor Lvóvich Kibálchich), 127n, 128n
 Serrano y Oteiza, Juan, 99
 Setenil, 168
 Sevilla, 48, 73, 90n, 94, 98, 167, 168, 170, 188-190, 202, 209
 Simmel, Georg, 21
 Soriano, Trinidad, 96, 139n, 144, 145n, 149n, 153n
 Saint Imier, 71, 87, 88n, 95, 96, 102n, 157
 Saint-Jean-de-Luz, 102n
 Stepniak (seud. de S. Kravchinski), 130
 Stoltz, informante policial, 180n

- | | |
|---|--|
| Testut, Oscar, informante
policial, 22n, 102, 103n,
150n, 154 | Valencia, 34n, 48, 55n, 62n,
70n, 188 |
| Thiers, Louis-Adolphe, 40, 42,
44 | Vasco-Navarra-Santanderina,
comarca, 73 |
| Tomás, Francisco, 139, 153n | Vaud, 160 |
| Trépov, Fiódor, 127, 128, 180n | Verviers, 27, 64n, 124, 141, 145-
147, 148n, 151, 152, 159, 181 |
| Turgenev, Iván, 41n | Vevey, 160, 186 |
| | Viena, 43 |
| Úbeda, 54, 55n | Villamartín, Cádiz, 175n |
| Ubrique, 17, 55n, 99, 166, 168,
169, 174 | Vuilleumier, Marc, 65n |
| Ullastres, Evaristo, 104 | |
| Utrera, 175n | Zaragoza, 46, 89 |
| | Zasulich, Vera, 127, 180n |

La clandestinidad anarquista:
de la Comuna de París a la Mano Negra (1871-1883)
se terminó de imprimir en septiembre de 2025,
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco,
C.P. 52170, Metepec, Estado de México, México.
Diseño de portada: Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta.
Cuidaron la edición la autora y Antonio Bolívar.
Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.
La edición consta de 500 ejemplares.

La clandestinidad de los movimientos revolucionarios, en general, y del anarquismo, en particular, ha sido apenas estudiada. Este libro explora el primer anarquismo español desde su introducción en España, en 1868, y analiza los mecanismos que ideó para desarrollarse a la luz pública, cuando las circunstancias lo permitieran, o proseguir en secreto, en caso de persecución.

En estas páginas se presta especial atención al decenio clandestino, al que recurrieron los anarquistas —hombres y mujeres— a partir de la represión de la Comuna de París y su repercusión continental, en 1871. En España, en las ciudades y en el campo, los militantes supieron ocultarse en grupos pequeños, pero activos, sumar sólidos intercambios transnacionales y transatlánticos (incluso con México y el Río de la Plata), y publicar diversos impresos clandestinos que consolidaron amplias redes revolucionarias. En 1881, ante el regreso público de una pujante Federación de Trabajadores, desde el poder se diseñó una vasta represión militar y judicial, y se recurrió a novedosos manejos de la opinión pública. Una prensa oficiosa transmutó una asociación legal en una aterradora sociedad criminal llamada la Mano Negra. El éxito de estas maniobras condujo al primer anarquismo español a extinguirse y desaparecer en 1888.

Este libro es una guía imprescindible para estudiar la clandestinidad anarquista y adentrarse en un mundo de luces y sombras de intenso optimismo revolucionario, así como de implacables persecuciones.

ISBN: 978-607-564-732-6

